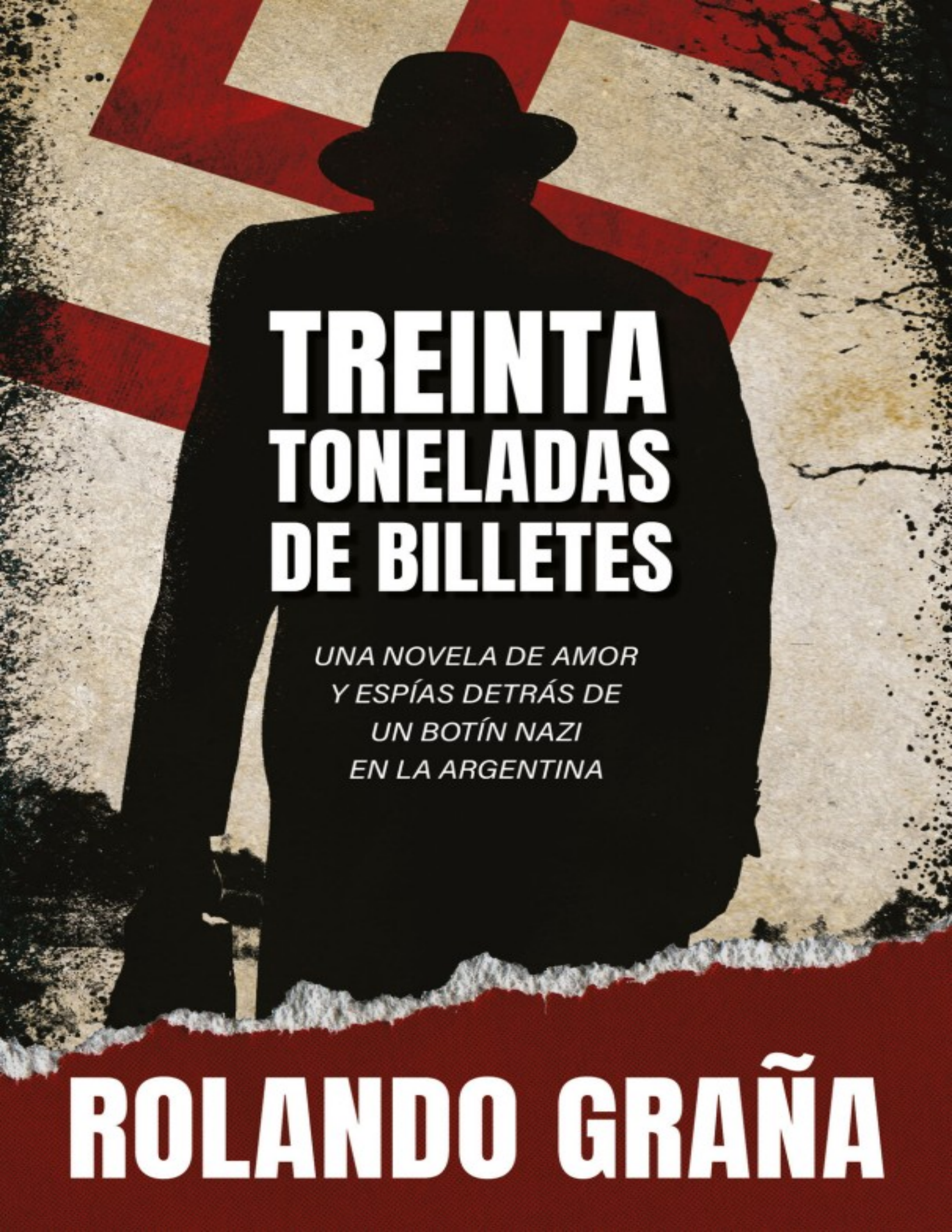

TREINTA
TONELADAS
DE BILLETES
UNA NOVELA DE AMOR
Y ESPÍAS DETRÁS DE
UN BOTÍN NAZI
EN LA ARGENTINA
ROLANDO GRAÑA

ROLANDO GRAÑA

TREINTA TONELADAS DE BILLETES

UNA NOVELA DE AMOR
Y ESPÍAS DETRÁS DE
UN BOTÍN NAZI
EN LA ARGENTINA

"Durante la Segunda Guerra Mundial, la embajada alemana en Argentina no sólo realizó actos de espionaje; también participó activamente en el contrabando de materiales estratégicos".

RICHARD L. MCGAHA, *The Politics of Espionage: Nazi Diplomats and Spies in Argentina*, 1933-1945, tesis doctoral, Ohio University, noviembre, 2009

"Cómo, dónde y cuándo me convertí en miembro del Servicio de Inteligencia soviético es una cuestión que sólo a mí y a mis camaradas concierne. Me limitaré a afirmar que cuando se me hizo la proposición no vacilé un instante. Uno no puede dudar cuando recibe una oferta para militar en una fuerza de élite".

KIM PHILBY, *My Silent War*

"En la Argentina, desde 1930 a 1938, las inversiones alemanas son las más importantes".

LUIS SOMMI, *Los capitales alemanes en la Argentina*

I

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Aquí todavía se usaba el pelo para atrás, la gomina tirante. De donde él venía, no: nada de fijador. Pero eso se veía cuando uno se sacaba el sombrero y él todavía no se lo había sacado. Por ahora, estaba subiendo la escalera del teatro.

Hace apenas unos años no hubiera podido entrar al Teatro Colón. No le daba la plata ni la ropa y el prontuario no lo favorecía. Ahora sí; tenía todo en regla para una función de gala: esmoquin con solapa de raso, sobretodo negro, chalina de seda blanca, documentos falsos, credenciales. Sus jefes le habían dicho que nada de armas; pero él igual llevaba una pistola mínima pegada al gemelo izquierdo con un elástico grueso. En la gala va a estar el Presidente, demasiada custodia, demasiado riesgo, *mejor no vayas calzado*, le dijeron. En esta ciudad nunca se sabe, contestó.

Pasó por el guardarropa, dejó el sobretodo y la chalina y empezó a buscar a alguien con la mirada.

El esmoquin de corte europeo, más el metro ochenta y seis, el pelo rubio al ras, los hombros crecidos por el entrenamiento animal al que lo habían expuesto, lo delataban a las miradas del *foyer*. Esas mujeres, todas de raso negro y *paillettes*, se jactaban de conocer a los mejores partidos de la ciudad; pero a él nunca lo habían visto. Lo

imaginaban extranjero y por eso lo miraban con la impertinencia de alguien a quien nunca más tratarían, alguien de una delegación diplomática, alguien que se va al día siguiente. En los corrillos donde no había hombres, las más guarangas se animaban a un silbidito o hasta a un gauchesco ¡potro!, seguras de que semejante espécimen de macho no entendía ni jota. Pero un par de ellas, las más atorrantas aun con la ropa de gala, quedaron paralizadas cuando el rubio les clavó rápido la mirada y hasta guiñó un ojo: ¡entiende todo!, se codearon.

Entonces, ¿quién era? ¿De dónde había salido? Ese esmoquin, esos gemelos, esos zapatos no eran de acá. Esos gestos a la vez marciales y aplomados eran diferentes de los ademanes ampulosos de los militares locales. Además, no llevaba uniforme de gala. Por el pelo y la percha parece milico, pensaron las hermanas Ocampo, pero ni ellas ni ninguna de sus amigas, todas chusmas severas, lo ubicaban de ninguna tertulia. Apostaron entonces a ver quién se animaba a intrigarlo primero. Pero él siguió caminando por el *foyer*.

Alguien sí lo reconoció. Miguel Viancarlos estaba con el uniforme de gala, pero no era militar; ahora era comisario. Y se acordaba perfectamente de ese hombre alto y rubio: ocho años antes lo había detenido a cuatro cuadras de allí, sobre la calle Libertad; lo había molido a trompadas, vendado y atado a una silla. Con él estrenó un aparato eléctrico que la policía argentina se jactaba de haber inventado para estos casos y que llamaban picana. A la primera descarga este hijo de puta, que ahora se paseaba como un señor por el Teatro Colón, habló y entregó a todo el mundo.

Viancarlos buscó a sus hombres con la mirada, pero en el gentío no vio a ninguno. Entonces dejó la copa en la bandeja de un mozo

que pasaba, pidió permiso para abandonar el grupo de correctos caballeros donde estaba entretenido y sin decirle nada a ninguno, con la tensión de un puma, metió la mano en el frac, soltó el broche de la cartuchera y enfiló a cruzar al rubio.

Pero una mano de hierro lo frenó de mala manera.

¡¿Quién carajo?!

Cuando se dio vuelta se encontró con el latigazo de una mirada más hija de puta que la suya.

Un par de ojos bien conocidos y pocas palabras para entrar en razones.

—No se meta con él, comisario. Es mío.

***

Barcelona, 9 de julio de 1938

Llevaba un par de meses esperándolo. Sabía que ese mensaje era una sentencia. Le llegó como un telegrama cifrado y por las vías habituales. Pero igual sintió tanto miedo como si un dedo superior y maligno lo acabara de interpelar. Una inmensa máquina de matar se había puesto en marcha.

Tembló, golpeó el escritorio, se agarró la cabeza, pero nadie lo vio. Estaba solo en su oficina sellada, a prueba de atentados. Hacía menos de un mes, en un hotel de Valencia, dos tipos entraron al cuarto. Les ganó de mano con un fusil sin seguro que siempre dejaba a tiro y los mató a los dos. Eran españoles, sin documentos. Nunca supo quién los había mandado, si los franquistas o los

anarquistas, aunque en ese momento por primera vez empezó a sospechar de los suyos.

Tiempo después recibió un telegrama de Moscú avisándole que agentes franquistas buscaban secuestrarlo y que por eso le iba a mandar doce, ¡doce!, guardaespaldas para su escolta. Sospechó que traerían orden de eliminarlo y los rechazó. Desde ese día supo que había una sentencia en su contra, ya firmada, sólo era cuestión de tiempo.

Alexander Orlov estaba ahora en Barcelona con el telegrama final en la mano. Tenía una única ventaja: sabía cómo trabajaban, los conocía desde adentro, él mismo había sido de los pioneros, casi de los que escribieron el manual de instrucciones. Por eso sabía que ya habían pensado en su punto débil: su mujer y su hija enferma. Uno de los suyos que estaba en la embajada en Madrid le adelantó: *un agente recién llegado de Moscú anda preguntando dónde vive tu familia*. María era una mujer fuerte, revolucionaria como él; pero Vera, su Vera, tenía trece años y fiebre reumática, poca vida por delante.

Conocía el método y el siguiente paso: secuestrarlas para que él se entregue. Inventó entonces un viaje a la frontera con Francia al día siguiente y las dejó en el Grand Hotel de Perpignan. Allí no se animarían a tocarlas. Ya en París se había producido un gran ruido con el secuestro de un viejo general zarista. Antes de volver a Barcelona le dejó una clave a su esposa: una llamada inocente, una pregunta por su suegra.

El telegrama lo firmaba su jefe máximo, Nikolai Yezhov, jefe de la inteligencia soviética, y le daba dos opciones. Una: viajar a Bélgica y en el puerto de Amberes buscar un carguero, el Svir, y allí *celebrar*

una entrevista con un camarada que usted conoce personalmente. La otra: pasar por la embajada en París y viajar a Amberes en auto con el cónsul. *Podría resultar útil como enlace para la importante tarea que se le solicitará*, decía el telegrama, sospechoso de tan obsecuente. Orlov hizo una traducción práctica: como temían que él llegara a Amberes con sus custodios y hubiera tiroteo y escándalo, lo citaban en París para separarlo de sus hombres, sedarlo, subirlo al carguero y así llevarlo prisionero a Moscú. Llevaba dos meses esperando este telegrama, planeando cómo desaparecer sin que la larga mano de Stalin lo alcanzara. Sabía que si se movía bien tendría unos días de ventaja. Por eso le pidió a la esposa que, en Perpignan, tuviera siempre las maletas listas.

Cuando dejó de vomitar, se lavó la cara, armó un bolso con ropa y llenó una valija con papeles disimulados con más ropa. Les dijo a los custodios que prepararan el auto; que se iban a la frontera. Sacó toda la plata de la caja fuerte, 60.000 dólares, y pidió una llamada a Perpignan.

—Querida, ¿cómo está tu madre?

***

Biarritz, 12 de julio de 1938

A Kim le encantaba el viaje. En verdad le encantaba salir de la España franquista. No entendía demasiado ese mundo de procesiones: todos los fines de semana había alguna y él se confundía los nombres y los cultos y los motivos por los cuales se

sacaba a pasear a Cristos, Santos y Vírgenes Marías diversas y la gente lloraba y se persignaba y besaba la puntilla de los bordados o los vidrios de las cajas que protegían a esas estatuitas que para él eran todas iguales.

Había dejado de preguntar porque los españoles lo miraban mal. Varias veces le explicaron que los ateos, comunistas y anarquistas habían quemado las iglesias y que devotos católicos en la clandestinidad y a riesgo de sus vidas habían escondido las vírgenes y los santos en despensas, bodegas y catacumbas. No había caso: a Kim todos los santos le resultaban iguales y las procesiones, parecidas. Tampoco le gustaban los toros ni los toreros. Nunca entendió por qué esos tipos con trajes ridículos, que se dejaban ver el culo en detalle y sacudían una capa roja delante de un toro que pronto iba a morir, se llenaban de plata y se llevaban las mejores mujeres. Menos todavía le simpatizaban los soldados alemanes que se paseaban por la retaguardia franquista y le daban escalofríos. En cambio, en los pocos hoteles donde se podía tomar un buen whisky charlaba bastante con los oficiales fascistas italianos, muy graciosos con sus botas con espuelas.

Nadie lo sabía en la España de la Guerra Civil, pero Harold Russell "Kim" Philby estaba entre los franquistas porque era justo lo que los franquistas estaban combatiendo: un comunista convencido. Bajo su cobertura de periodista inglés, Philby pasaba datos tácticos de los franquistas a los soviéticos para que estos se los dieran a los republicanos. Le habían dicho que así estaba ayudando a la revolución internacional y combatiendo al fascismo. Pero de vez en cuando, Kim se permitía un burgués descanso en la aristocrática y neutral Biarritz, al otro lado del País Vasco.

En Biarritz, podía hacer sus despachos para *The Times* sin pasar por la censura franquista; podía mirar el mar sin temer un bombardeo como el que casi lo mata un año antes; podía fumar una pipa y tomar un cognac en la terraza de un hotel, sin militares prepotentes a su alrededor.

Sin embargo, el hombre a quien Kim llamaba Big Bill no iba nunca hasta Biarritz; siempre lo citaba en Perpignan. Demasiado peligroso Biarritz, decía, hay espías de todos los servicios juntos ahí: ingleses, franceses, italianos, mercenarios, agentes dobles. No, ahí no voy. Entonces, una vez al mes, Kim tenía que tomar varios trenes hasta Perpignan, al otro lado de la frontera con Barcelona, y esperar en una plaza, nunca en un bar, hasta que apareciera su jefe, su *controler*, su maestro en definitiva, el único bolchevique real que Philby había conocido. Porque los otros dos agentes que habían sido sus jefes y maestros, los que lo habían reclutado para "una organización antifascista internacional", era comunistas verdaderos, sí, pero no eran bolcheviques: no habían hecho una Revolución. El camarada Alexander Orlov, sí. Había conocido a Lenin, había estado preso, había combatido, había fusilado burgueses y traidores. Eso, para Philby, era único.

La última vez que se vieron, Orlov estaba inquieto. Aunque era primavera, todavía andaba con piloto y debajo escondía un arma larga.

—¿Qué?

—Se nota mucho.

—Tiene razón. Ya vuelvo.

Dobló la esquina, debe haber dejado el fusil recortado en un auto (que Philby no podía ni debía ver) y al rato volvió más tranquilo y sin

piloto a sentarse en la plaza.

Mientras esperaba ahora en la misma plaza de Perpignan, Philby pensaba en Big Bill. Sabía que no le iba a mentir, que le iba a explicar qué estaba pasando, qué eran esos rumores que decían que sus otros jefes y maestros estaban muertos. ¿Era posible que a MAN lo hubieran asesinado en Moscú? ¿Es verdad que KAP, Ignace Reiss, es el hombre que apareció en los diarios asesinado en una emboscada en Suiza? ¿MAR estaba en peligro? Y él, Kim, que era el último eslabón, ¿también? ¿Qué carajo estaba pasando? ¿Quién estaba cazando a los agentes de la red?

Esperó una hora, pero Big Bill no apareció. Philby se inquietó. Conocía el protocolo: si un superior no aparecía, tenía que: a) volver en dos días al mismo lugar a la misma hora; b) pasar por el buzón acordado. Pero, sobre todo, no buscar ningún contacto, ni teléfono ni carta ni telegrama. Eso le daba tiempo para volver en el tren de la tarde a Biarritz o a Toulouse y pasar dos días tranquilo, despachar para *The Times*, comer y dormir bien. En estas cosas burguesas pensaba Philby cuando se levantó del banco de la plaza de Perpignan. Las dejó de pensar cuando vio que junto con él y desde diferentes bancos de la plaza otros dos tipos se levantaban y empezaban a caminar.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

El rubio alto buscaba una mujer. No la había visto todavía, pero los periodistas, sí; la conocían bien.

Los cronistas y los fotógrafos andaban entre la gente, pero siempre volvían a juntarse al pie de alguna columna. No estaban de frac o esmoquin, sino en traje de calle. De a ratos estallaban en carcajadas, aunque enseguida un chistido a tiempo los devolvía al rumor promedio del *foyer* del Colón. La vieron antes a Esther: acababa de entrar, espléndida, del brazo de su amante. Los fotógrafos apuntaron los flashes redondos, ella sonrió a un lado y al otro, segura de lo que hacía. Al hombre, gerente del Banco Alemán Transatlántico, se lo notaba incómodo. Esther se dio cuenta, borró la sonrisa, le dijo algo al oído, dio por terminadas las fotos y se mezclaron entre la gente.

En las revistas aparecía como Esther Binder, pero en verdad se llamaba Esther Kauffman. Desde hacía unos años, le iba bien en el cine y el teatro. En radio trabajaba poco porque nunca se le había terminado de ir el acento extranjero. Podía ser alemán o polaco; no se sabía bien de dónde había llegado. Antes de ser la amante del banquero, antes de mentir en las revistas que tenía veinticinco años cuando en verdad tenía veintinueve, vivía de pensión en pensión como quien escapa de algo. Así la conoció Rogelio.

Además de Rogelio, fueron varios, claro, los cronistas que esa noche reconocieron a Esther. Todos sabían que Rogelio la había conocido primero y la trajo casi como su novia a las cenas y las sobremesas. Por eso esperaron a que se corriera a un costado para chusmear tranquilos. Porque a Rogelio todavía le dolía Esther. Y se lo respetaban. Un duelo oculto que Rogelio, gran tahúr, disimulaba como nadie. Pero a ellos, los cronistas, Esther sólo les provocaba asombro, envidia, recuerdos de lo que conocieron y no pudieron

retener. Por eso hablaban entre ellos, mirándola fijo a la distancia, como viejos jueces depravados.

Es que varios de esos hombres más o menos corruptos, más o menos desdeñosos, todos bastante curtidos, cuarentones ya, que pensaban que se las sabían todas, no habían podido con Esther. La habían ayudado o comprado con plata, ropa, algún tapado o recomendaciones para sus primeros laburitos en radio o en teatro, sus primeras fotos decentes y de las otras. Todos pensaron que la iban a tener a Esther comiendo de la mano, pero ella se les fue escapando a todos y a cada uno. Aquellos hombres casados, cornudos o corneados, se dedicaron un rato largo a mirar con nostalgia a esa yegua soberbia que alguna vez montaron y ahora desfilaba por la pista mayor de un hipódromo en el que ellos nunca correrían.

Ninguno habló, aunque todos tenían algo para decir. Sólo pensaron:

Esthercita sabe reír y hacer reír (La Nación)

A los 18 años esta piba ya había conocido la más alta opulencia y la más baja miseria y en el camino a los hombres de todas las escalas (La Prensa)

No jodamos, a varios de nosotros nos enseñó a bailar, a fumar y a tomar rapé (El Pampero)

No sé qué será, pero te hace salir el animal de adentro (La Razón)

Para mí que tiene un anillo mágico en la conchita, viejo (Caras y Caretas)

Sí, pero siempre fue una mina derecha, le podías confiar tu plata y tu secreto (Crítica)

Todos fuimos —con cama o sin cama— sus amantes (El Mundo)

Sí, pero ninguno de nosotros puede decir que ella haya sido su novia. Ella nos tuvo a todos, pero ninguno la tuvo a ella (El Hogar)

***

Barcelona, 9 de julio de 1938

Prefiere ir en dos autos, apenas con tres custodios. En cuatro horas los va a dejar en la frontera. No los va a saludar. Les dirá que viaja por el día a Perpignan a ver a la familia, que no se preocupen, que lleva su fusil recortado, que va a estar bien. No sabe si le van a creer o si alguno de esos milicianos alemanes ya fue comprado por los que vinieron de Moscú para avisar de sus movimientos. Cree que no, pero por las dudas lleva su pistola en la sobaquera izquierda.

Con dos bolsos y una pequeña fortuna, Alexander Orlov cruza la Barcelona oscurecida por temor a los bombardeos. En las calles hay cientos de autos chocados, abandonados ya. Son los autos de los burgueses catalanes que huyeron y que los milicianos no supieron manejar y destrozaron en alguna curva mal tomada.

Orlov sabe que la República va a caer y esos autos destruidos por muchachos heroicos, pero brutos, son mucho más que una casualidad: así como chocaron los autos y los camiones tan necesarios para la guerra, así se están matando entre ellos, comunistas contra trotskistas, anarquistas contra moderados. Orlov sabe a qué vino a España, pero no entiende en qué se convirtió en los últimos meses. Mejor dicho: sabe que se convirtió en el sicario de Stalin, pero no entiende por qué ahora lo castigan, qué está pasando en realidad.

Vuelve a pensar en los brutos que chocaron los autos. ¿Hubieran podido, como él, conducir la operación que sacó rumbo a Moscú el oro del Banco de España? No. Se hubieran matado entre ellos, hubieran hundido el barco con el oro en las bodegas. Las revoluciones necesitan del tumulto, es verdad, pero sólo en el comienzo y por poco tiempo. Luego necesitan astucia, método, dominio de cada detalle.

Estaba orgulloso de la operación Oro de España y por eso lo habían condecorado. Luego algo cambió: lo mandaron a matar revolucionarios en nombre de la Revolución y esas muertes aumentaron los recelos entre los bandos republicanos. Orlov le hizo confesar a Andreu Nin que era un espía a sueldo de Franco, aunque él sabía que era mentira. Todavía escuchaba los gritos de Nin cuando era despellejado en la tortura.

Ahora sabía que al matar a Nin estaba firmando su propia sentencia porque los sicarios son testigos molestos: saben demasiado y un día pueden volver para pedir todavía más. Orlov conocía el juego y por eso pudo anticiparse y tenía cuatro días de ventaja para desaparecer antes de que empezaran a cazarlo.

En la noche de su fuga, veía todo claro. Primero Stalin acusó a los viejos revolucionarios, a los camaradas del propio Lenin, de traidores. Los hizo detener, simuló juicios y los mandó fusilar. Así cayeron cientos de comunistas de la primera hora. Luego fue por los jefes del espionaje que habían participado en la caída de los primeros bolcheviques.

Claro que Orlov pensó que a él nunca le iba a pasar, que estaba lejos, en España, y que había logrado una obra maestra con lo del

oro, millones y millones que llegaron a Moscú para la Revolución y nunca volvieron, como les habían prometido a los republicanos.

En los últimos meses y por precisas órdenes superiores, Orlov se había ido convirtiendo en un exterminador de trotskistas y anarquistas. ¿Para qué? Si la Guerra Civil era contra Franco, Hitler, Mussolini, ¿por qué pelearse con los que combatían en este bando? ¿Era verdad que se estaba cocinando un pacto Hitler-Stalin? ¿Stalin había entregado al bando republicano en la Guerra Civil? ¿Por qué? ¿Para qué?

Mientras veía por última vez Barcelona, se daba cuenta de que él era testigo de todo esto. De los más de veinte camaradas que le habían mandado matar y, sobre todo, de la traición silenciosa a los republicanos. Cuanto más pensaba, más entendía que su sentencia estaba escrita. Se removía en el asiento, desconfiaba del chofer, volvía a calmarse y a pensar.

Tres de sus agentes habían muerto en diferentes ciudades; otro se había fugado. En un par de días, Philby (alias *Sönnchen*, hijito en alemán) iba a quedar a la deriva, no tenía manera de comunicarse para decirle que se escondiera. ¿Llegarían también hasta él? *Sönnchen* era nuevo, no iba a saber qué hacer.

Tenía que avisarle de alguna manera.

***

Perpignan, 12 de julio de 1938

Philby escapa.

Sus instructores le enseñaron que esos dos hombres que se pusieron a caminar cuando se levantó del banco de la plaza lo están siguiendo a él hasta que se demuestre lo contrario.

¿Lo buscan a él? ¿O a Big Bill Orlov?

Kim se sabe poquita cosa en esta historia, un aprendiz, un eslabón menor. No, no puede ser por él; lo siguen porque piensan que él los va a llevar a Orlov. Pero Kim no sabe dónde está Orlov. ¿Y si lo agarran y lo interrogan? Él no sabe dónde está Orlov, pero no le van a creer. Lo van a torturar, le van a romper dientes, se va a orinar, se va a cagar encima, se va a retorcer de dolor. Sabe que cada agencia tortura con su propio manual, eso también se lo dijeron sus instructores. ¿Qué serán estos dos? ¿Franceses? ¿Soviéticos? ¿Franquistas? ¿Trotskistas catalanes que buscan vengar la muerte de Nin?

Kim Philby habla alemán, español, francés, algo de ruso, pero es un poco tartamudo. Cuando entra en el primer restaurante que ve para sentarse a almorzar y ordenar su mente, le cuesta hacerse entender. El mozo se lo toma con paciencia y Philby termina señalando un plato de la lista.

Los que lo seguían no entraron al restaurante ni se los ve por la vidriera. Pero Philby sabe que lo están esperando afuera. Por suerte, dejó los códigos de cifrado en Biarritz. Ya se los había tenido que tragar una vez cuando lo detuvieron no bien llegó al lado franquista de la Guerra Civil. Lo que tenía para contarle a Orlov sobre las tropas de Franco y sobre los aviones alemanes estacionados al otro lado de los combates lo tenía bien memorizado.

Pero esta vez él, *Sönnchen*, hijito, como lo había bautizado Orlov, quería preguntar más que informar; quería saber qué estaba

pasando en Moscú y por qué desaparecían sus jefes, pero Orlov no había venido y ahora, a él, lo estaban siguiendo.

Almorzó sin hambre, pensando en cómo escapar. Llevaba una navaja, pero de camino al baño se guardó en el saco una cuchilla grande que se robó de la cocina. Le habían enseñado cómo despistar perseguidores, pero, después, ¿qué iba a hacer? ¿Iría a la estación a tomar el tren de regreso a Biarritz? No. Los trenes eran ratoneras y tal vez allá también lo estuvieran esperando.

¿Entonces?

Pagó la cuenta y le pidió un taxi al cajero. Con un poco de suerte no iban a tener el auto a mano.

Al salir los vio mejor. Uno estaba parado a la sombra de un árbol: camisa blanca de mangas cortas, tiradores, gorra, no parecía armado. El otro, sentado en un café con mesas a la calle: el saco sobre los muslos, el sombrero en la mesa. Cuando lo vieron otra vez se movieron, se miraron. No, no tenían el auto a mano.

Philby no lo sabía, pero un Renault negro formaba parte de la cacería. Estaba estacionado a la vuelta y dentro esperaba Pável Sudoplátov. Philby todavía no había oído hablar de él. Si esa tarde hubiera sabido que Pável Sudoplátov era quien lo estaba siguiendo, seguro habría vuelto a tartamudear. Pero por ahora respiraba aliviado; sabía que los tipos ya tenían la patente del taxi, pero también sabía que contaba con unos minutos de ventaja para perderlos.

Lo único que no podía hacer era ir a la estación; iba a tener que improvisar.

***

Orlov se llamaba en realidad Alexander Feldhin. Utilizaba el alias de Schwed y el apodo de Lyova, pero en Occidente se le conocía como Alexander Orlov. Es importante que cuente algunas cosas sobre él.

Nunca llegó a ser general del NKVD[1] como él aseguraba. Tenía el rango de mayor. En los años 30, Orlov dirigió el espionaje económico y estuvo implicado en contactos clandestinos con hombres de negocios occidentales; fue una pieza clave en traer a la Unión Soviética la nueva tecnología sueca. (…)

Orlov había publicado un libro para nuestra escuela especial de trabajos clandestinos en el extranjero. Se lo conocía por su dominio del inglés, el alemán y el francés, así como por su éxito en inversiones en la Bolsa alemana en los años 30. (…) En julio de 1936 Orlov fue enviado a España tras una trágica aventura amorosa con Galina Voitova, joven operadora del NKVD, que se mató en una plaza delante de su oficina porque Orlov la había dejado negándose a divorciarse de su mujer. (…)

En España, lo más destacado fue su actuación al mando de operaciones de secuestros y actos de terrorismo contra trotskistas y personas a quienes el Servicio Especial deseaba neutralizar. Fue también el responsable del embarque del oro de la República Española rumbo a Moscú.

Su jefe directo, Serguei Spiegelglass, también respetaba mucho a Orlov. Decía que había hecho un buen trabajo eliminando a los trotskistas, incluso a Andreu Nin, que había sido secretario de León Trotsky. Nin ya había sido asesinado por el equipo de Orlov y por

orden de Stalin. Orlov hizo publicar un panfleto falso en el que Nin se retractaba del trotskismo. Fue un magnífico ejemplo de desinformación. (…)

En julio de 1938 Spiegelglass debía entrevistarse con Orlov a bordo de un buque soviético en un puerto francés. Spiegelglass no quería desembarcar porque pensaba que los servicios franceses lo tenían identificado y lo iban a acusar del secuestro de un general zarista en París un año antes. Orlov sospechaba que ese era un plan para apresarlo y purgarlo y nunca llegó a la reunión.

¿Qué había pasado con Orlov? ¿Había sido secuestrado por espías británicos, alemanes, franceses? ¿Había desertado? ¿Orlov, hasta entonces un héroe soviético, tenía algo que ver con una parte del Oro español que nunca había llegado a Moscú?

Su desaparición nos preocupó mucho porque Orlov sabía todo sobre la red de agentes que el NKVD había desplegado en Francia, Alemania y, sobre todo, Inglaterra. Orlov había reclutado e instruido a Philby, Maclean, Burgess y Blunt.

En el momento de su desaparición se plantearon serias dudas sobre si Philby y sus amigos tenían algo que ver con lo que estaba pasando.

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; traducción propia)

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Rogelio Pastrana ya no trabajaba más en Policiales de *Crítica*. La mafia italiana de Rosario había matado a su mejor amigo, Julio Alsogaray, el redactor que lo había llevado al diario. El director de *Crítica* ordenó entonces sacarlo y mandarlo a una sección más tranquila. Él pidió Turf, pero también le dijeron que hiciera Sociales.

Así que ahí estaba Rogelio esa noche fría de 1938 en el Teatro Colón, aburrido, esperando a los notables que se harían presentes en la Gala de la Fecha Patria (ya estaba redactando su crónica) cuando volvió a cruzar su mirada con la de Esther.

Rogelio vivía en el Pasaje La Piedad, esa extraña callecita en forma de U que hay en Bartolomé Mitre frente a la iglesia, cerca del Congreso. Después del diario, varias veces a la semana, pasaba por Los 36 Billares; charlaba un rato con los amigos y se ganaba unos mangos si algún tarambana lo desafiaba. Los muchachos de su mesa sabían de memoria la rutina de desplumar al desconocido, pero igual la disfrutaban. Rogelio tenía pinta de oficinista; lentes cuadrados, chaleco, liga negra en el brazo para arremangarse mejor. Primero se mostraba inseguro frente al paño verde; el taco se le escapaba de las manos y el primer partido siempre lo perdía. Poco: cinco pesos. Los amigos lo chuceaban. ¿Perdiste la mano, Rogelio? ¿Andás mal del pulso? ¿Te dio el mal de San Vito? Entonces, Rogelio hacía como que se calentaba y no jugaba más, pero el otro le ofrecía la revancha por más plata. Ahora en serio: cinco no, ¡veinte pesos! Rogelio, haciéndose el enojado, aceptaba. Por supuesto, ganaba, y el que quedaba caliente era el tarambana. Los amigos le decían al desconocido que esto no podía quedar así, que había que desempatar, jugar el bueno por más plata, ya no veinte sino

¡cincuenta, cien mangos! Rogelio volvía a ganar y pagaba una vuelta de whisky. Al terminar la noche, volvía caminando a su casa.

Así encontró una madrugada del verano de 1931 a Esther Kauffman.

Esther le chistó desde el umbral de una casa en el Pasaje La Piedad; parecía escondida. Le pidió un cigarrillo para darle charla. Rogelio se dio cuenta enseguida de varias cosas: de esos ojos inolvidables, aumentados por el hambre; del acento alemán o parecido; que tomaba cocaína y que estaba escapando de alguien.

Se sentó con ella en el umbral, encendió un cigarrillo y se lo pasó. Esther aceptó, dio una larga pitada y después de un silencio largo le pidió plata. Rogelio le dijo que sí, que le iba a dar plata, pero no para cocaína sino para que se fuera a dormir a una pensión.

—Vení conmigo. Tengo miedo.

Rogelio no quería volver a su casa esa noche. Estaba casado con una costurera cinco años mayor, tenía un bebé recién nacido y una vida de mierda. Venía dulce de haber ganado al billar y pensó ¿por qué no? Agarró a Esther del brazo y caminaron charlando hasta Lavalle y Pasteur, donde había una pensión que aceptaba parejas sin papeles.

Pagó una noche, pero se encerraron dos días.

***

Memorias de Alexander Orlov

La aniquilación de los agentes de inteligencia dentro de la Unión Soviética fue una tarea mucho más fácil que deshacerse de los

espías ubicados en el extranjero. A estos, para asesinarlos, había primero que atraerlos a Moscú.

Llamar a los agentes de la NKVD era una operación muy delicada, que exigía un gran tacto. Las ejecuciones en masa de sus camaradas crearon entre los cuadros de la NKVD en el exterior una obvia desconfianza. La reacción normal era desobedecer la orden de regreso. Pero esta negativa tenía un gran peligro para Stalin ya que aquellos hombres podían divulgar en otros países los secretos del espionaje soviético.

Yezhov (Nikolai, jefe de la NKVD) y Stalin tomaron todo esto en consideración y para no causarles pánico se cuidaron de no tocar a nadie del Departamento Internacional que dirigía a los agentes colocados en el extranjero. Por eso, mientras todos los jefes de los demás departamentos de la NKVD eran liquidados despiadadamente, nadie molestó a Abram Slutsky, jefe del Departamento Internacional, durante todo un año. Esta táctica tenía por objeto crear la falsa impresión, entre los espías que estaban lejos, de que la sangrienta purga no iba dirigida contra ellos.

Para aniquilar al Departamento Internacional, Yezhov organizó en diciembre de 1936 la Administración de Tareas Especiales, bajo su dirección personal. "Tareas Especiales" fue el departamento encargado de llevar a la práctica los planes personales de Stalin en el exterior, misiones secretas que ya no iban a ser confiadas a la NKVD.

"Tareas Especiales" envió grupos móviles a varios países para asesinar a dirigentes de partidos Trotskistas y a los agentes de la NKVD que se negaran a regresar a la URSS. Ya en enero de 1937

había grupos móviles en tres capitales europeas y en México; todos usaban pasaportes falsos.

La recogida de oficiales de la NKVD en el extranjero comenzó en el verano de 1937. Los primeros en ser llamados fueron los que tenían familia en la URSS. Esa parte de la operación fue la más fácil porque bajo el gobierno de Stalin las esposas y los hijos eran considerados rehenes, aunque ellos no lo supieran.

Los espías que regresaron no fueron detenidos inmediatamente a su llegada. Se solía escuchar sus informes y luego se los enviaba de vacaciones a cualquiera de las casas de reposo reservadas para los altos funcionarios. Desde allí, claro, solían escribir alegres cartas a sus camaradas que seguían en sus puestos contándoles que estaban bien y que no había pasado nada.

Cuando regresaban de las vacaciones se les comunicaba que se les había adjudicado un nuevo trabajo clandestino en otro país. Les daban los habituales pasaportes falsos y los acompañaban a tomar el tren. Por supuesto, acudían a la estación amigos y parientes a despedir al agente que partía a cumplir una misión, aunque, claro está, no se sabía dónde.

Pero no llegaban lejos de Moscú. Por el camino los sacaban del tren y los dejaban en una cárcel secreta. Pasaban meses antes de que se supiera que estos oficiales se habían "extraviado". Se descontaba que habían caído en cumplimiento del deber revolucionario.

(*The Secret History of Stalin's Crimes,* Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, pp. 239-240)

***

Perpignan, 12 de julio de 1938

En el taxi y mientras trataba de pensar rápido, Philby entendió por qué Orlov vino la última vez con un rifle recortado a la plaza de Perpignan. Supo que los que lo seguían no lo estaban buscando a él: si quisieran, ya lo habrían metido en un auto. Tartamudeó en silencio:

lo están buscando a Orlov/ entonces no me van a hacer nada a mí/ pero por un rato/ porque cuando se cansen de ver que no los llevo a ningún lado me van a meter en un auto / y me van a torturar / y no lo voy a aguantar/ y me voy a orinar/ y me voy a cagar encima/ y y y voy a gritar con la boca tapada/ y y y voy a escupir dientes por las trompadas/ p p piensan que yo sé dónde está Big Bill p p pero yo no sé/ no sé nada / cómo les voy a decir dónde está s s si no lo sé / s s si no sé nada

A la estación no podía volver. Deben haber dejado a alguien al pie del andén. Los tenía que despistar aquí, en Perpignan. Pero ¿cómo?

—*Où est ce qu'on va, Monsieur?*

Tercera vez que preguntaba el chofer. Philby le mostró un billete de diez francos para que se callara. Un par de cuadras más adelante vio una plaza llena de gente y recordó que era la semana del 14 de julio.

—*Laissez moi ici.* —Dejó el billete y se bajó.

Se mezcló apurado entre la gente, se sacó la chaqueta y el sombrero. Había puestos que vendían baguettes, vasos de vino, *crêpes*; de fondo, sonaba una orquesta en una pérgola. Entre la gente se sintió más tranquilo. Allí no lo iban a atacar, pero no sabía si todavía lo seguían.

Cruzó la plaza y se metió en una tienda. Sus jefes le habían enseñado: si te siguen lo primero que hay que hacer es cambiarse de ropa. Como era verano no necesitaba mucho: una camisa blanca de manga corta, una gorra, un pantalón, un par de tiradores. También compró un bolso marinero grande para meter el traje, el sombrero, la cuchilla que se había robado y su maletín de periodista con papeles y notas. Ahora parecía un obrero más.

En una farmacia compró una navaja y preguntó por una pensión barata. Le dijeron que era difícil en esos días por los festejos y muchos soldados venían de los cuarteles a visitar a sus familias o a divertirse. Le recomendaron una casa de familia que a veces alquilaba habitaciones. Mejor, pensó Philby, ahí no me van a buscar; puedo pasar la noche y pensar.

Acomodó las pocas cosas que tenía en un armario. Pidió prestado el baño de la casa y con un poco de jabón hizo espuma y se afeitó el bigote. Eran las seis de la tarde, tenía tiempo, volvió a salir. Llevaba la navaja.

Se sintió cómodo en su traje de obrero. Le hacía acordar a cuando conoció a Litzi, cinco años atrás. Allí, en Viena, Kim fue un auténtico comunista por un año entero. Litzi era unos años mayor que él, pero parecía menos, era chiquitita y aguerrida, gran militante de calle, implacable en la cama. Litzi le enseñó a vender periódicos, juntar fondos y tener sexo desesperado. Una vez, escapando de la policía

en una casa prestada, lo desnudó en un baño, lo arañó y le pidió sexo anal.

¿Dónde estará Litzi ahora? ¿Seguirá en París? ¿En qué bando? ¿Con nuestros maestros o con quienes los estaban cazando?

Hacía menos de un año, la NKVD la había mandado a hacer contacto con él en Biarritz. Litzi llegó con un agente de la base de París. A Kim le pareció que, además, eran amantes.

En los papeles, Litzi seguía siendo su esposa. Se habían casado en Austria para que ella pudiera salir, antes que la metieran presa. En Londres los habían reclutado para "una organización antifascista internacional" que resultó ser la NKVD, el espionaje soviético.

Pero Kim resultó más importante que Litzi. Hijo de un diplomático y exalumno de Oxford, tenía un gran futuro para los soviéticos; iba a poder infiltrarse en lugares a los que nunca había llegado la NKVD.

Litzi, en cambio, no tenía mucho que hacer en Londres; era una inmigrante judía en tiempos antisemitas, no dominaba el idioma, no podía militar en el Partido Comunista inglés para no llamar la atención sobre Kim y, sobre todo, se sentía despreciada en las aristocráticas reuniones de la familia Philby.

Al poco tiempo y sin decirle nada, Litzi pidió el pase a París. "Lo siento, no aguanto más", decía, en alemán, la nota que le dejó en el escritorio. Litzi se llevó la ropa, no tocó el dinero.

Kim la pasó mal sin ella. Sus jefes lo consolaron, le dijeron que así era la vida del comunista, que no había que aferrarse a las personas, que ellos peleaban por algo superior. Unos meses más tarde, como seguía perdido, triste y sin conseguir buena información, la NKVD le financió un viaje a la guerra civil española como periodista *free lance.*

Eso fue hacía un año y medio. A Philby como periodista y como espía le había ido muy bien. Pero allí estaba ahora, en una casa de Perpignan, aterrado de que lo secuestren y torturen.

En medio del pánico, sin embargo, tuvo un disparo de lucidez.

El buzón.

***

MEMORIAS DE ALEXANDER ORLOV

Durante el verano de 1937, unos cuarenta oficiales fueron llamados desde el extranjero con diversos pretextos. A pesar de los claros síntomas e incluso pruebas evidentes de la cacería, sólo cinco se negaron a meterse en la trampa que les habían preparado y permanecieron en el extranjero. Los agentes que se negaron a regresar a Moscú en la primera recogida fuimos: Ignace Reiss, agente de la NKVD en Francia, Walter Krivitsky, residente en Holanda, dos agentes secretos que eran conocidos en la NKVD como Paul y Bruno, y yo.

El primero que se negó a regresar fue Reiss. A mediados de julio de 1937 envió una carta a la Embajada soviética en Francia informando al Comité Central del Partido que rompía con la "Contrarrevolución de Stalin" y volvía a la Libertad, es decir, "a Lenin, a sus enseñanzas y a su causa".

La ruptura de Reiss con la NKVD era un precedente peligroso que podían seguir otros oficiales que trabajaban en el extranjero y, sobre todo, podía ser causa de que se desencadenara toda una serie de

revelaciones de los más siniestros secretos de la NKVD y del Kremlin, precisamente lo que Stalin quería evitar con aquella matanza.

Cuando Stalin supo de la traición de Reiss, le ordenó a Yezhov que despachara a unos hombres de confianza al extranjero para que lo asesinaran, así como a su mujer y a su niño. Stalin quería que el ejemplo de Reiss fuera tenido bien presente por los que sintieran la tentación de no regresar a Moscú.

Inmediatamente un grupo de Tareas Especiales, a cargo de Pável Sudoplátov, partió hacia Suiza, donde se ocultaba Reiss. Sudoplátov utilizó en su plan criminal a una tal Gertrudis Schildbach, amiga de la familia Reiss.

Reiss confiaba en Gertrudis y a los asesinos les fue muy fácil tenderle una trampa gracias a esa arpía hipócrita. En el amanecer del 4 de septiembre de 1937 fue encontrado el cadáver de Reiss en una carretera cerca de Lausana. Estaba cosido a balazos.

Gertrudis y los asesinos huyeron con tanto apuro que se dejaron el equipaje en el hotel. Entre las cosas de Schildbach, la policía suiza halló una caja de bombones envenenados con estricnina. Esos bombones eran un regalo que la monstruosa mujer había prometido al niño de Reiss. Afortunadamente, no había tenido tiempo de pasarles la caja a los Reiss. O, tal vez, aun tratándose de una endurecida criminal, le haya faltado valor para envenenar a la criatura, a quien iba a dejar huérfana y con quien ella había jugado muchas veces.

El asesinato de Ignace Reiss fue organizado con tal rapidez que no tuvo tiempo de escribir las revelaciones sobre Stalin que tanto deseaba dar a conocer en todo el mundo.

(*The Secret History of Stalin's Crimes*, Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, pp. 242-243)

***

MEMORIAS DE PÁVEL SUDOPLÁTOV

El caso de Ignace Reiss merece ciertas correcciones. Reiss, alias Poretski, era un espía apostado en Europa Occidental que había recibido grandes sumas de dinero de las que no había rendido cuentas y temía ser víctima de las purgas. Reiss decidió hacer uso de los fondos operacionales para desertar y depositó dinero en un banco de los Estados Unidos. Antes de desertar, en 1937, escribió una carta a la Embajada soviética en París denunciando a Stalin. La carta, además, llegó a una publicación Trotskista. Fue un error garrafal. Reiss nunca había simpatizado con Trotsky, pero tras la publicación de su carta Stalin lo puso en la lista negra.

Reiss vivía con total despreocupación y pronto fue detectado por la red que Spiegelglass tenía en París. De hecho, su asesinato fue obra de un espía búlgaro que estaba a nuestro servicio, Boris Afanasiev, y de su primo, Viktor Pravdin. Descubrieron a Reiss en Suiza y se sentaron a su mesa en un restaurante de Lausanne. Reiss bebió tranquilo con los dos búlgaros que fingían ser hombres de negocios. Luego Afanasiev y Pravdin simularon una pelea con Reiss, lo sacaron a empujones y lo subieron a un auto. A cuatro kilómetros del restaurante lo mataron y lo tiraron en una cuneta.

Junto con Spiegelglass, recibí a Afanasiev y Pravdin en Moscú cuando regresaron de su misión. Ambos fueron condecorados con la Orden de la Bandera Roja y volvieron a sus tareas en Europa. Pravdin apareció degollado en el sur de Francia unos meses después, buscando a Orlov. Por un decreto especial del gobierno soviético, su madre, que vivía en París, recibió una pensión vitalicia.

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; traducción propia)

***

Perpignan, 14 de julio de 1938

Sus tres instructores le habían enseñado cómo manejarse con los buzones. Philby todavía nunca había usado uno, pero tanto y tanto se lo habían repetido y hecho repetir que sabía bien lo que tenía que hacer.

Cada instructor tenía su gusto en materia de buzones. A MANN (Theodore Mally) le gustaban las iglesias, a lo mejor porque en Hungría había sido cura. MANN dejaba los mensajes en alguna parroquia acordada, siempre en el primer confesionario a la izquierda del Cristo: para algo somos bolcheviques, se reía. Otto (Arnold Deustch) prefería los kioskos de diarios: dentro de alguna revista dejaba una postal inocua escrita con tinta invisible. Alexander Orlov prefería los cementerios.

Varias veces en Londres, cuando fue su instructor, Orlov lo había llevado a caminar por algún cementerio. Le encantaba High Gate porque ahí estaba la tumba de Karl Marx, pero de vez en cuando lo sorprendía con una cita en un cementerio diferente.

En Inglaterra, Orlov tenía documentos a nombre de William Goldin, por eso lo llamaban Big Bill. Su pantalla era una falsa importadora de heladeras llamada The American Refrigerator Company.

Big Bill siempre fue muy atento y cariñoso con Philby. Lo seguía llamando *Sönnchen*.

En Londres, Orlov le habló mucho a Kim de sus recuerdos de la Revolución de Octubre, de las veces que vio y escuchó a Lenin y en un cementerio le explicó la importancia de tener buzones. Cuando una cita fallaba, antes de desesperar, siempre había que pasar por el buzón: en una tumba acordada iba a haber un diario del día, un ramo de flores, una pequeña maceta, y un mensaje escondido, claro.

Pero en Perpignan, no habían acordado ningún buzón, ningún cementerio, ninguna tumba. Porque cada vez que se encontraron en Perpignan, Big Bill no parecía el mismo, se lo veía molesto. No quería hablar de lo que pasaba del lado republicano; se removía inquieto y le pedía a Kim que terminara rápido sus informes sobre tropas y movimientos del bando franquista. Una única vez, en la plaza de siempre, Orlov estuvo tranquilo y le contó la historia del general Dagobert.

El general Luc Dagobert combatió a las órdenes de Napoleón Bonaparte; fue un militar de la Revolución francesa y peleó contra los españoles monárquicos desde Perpignan. Era respetado, hasta

que un día perdió una batalla; entonces, lo llamaron de regreso a París y lo metieron preso. Al tiempo lo soltaron, le devolvieron el mando de tropa y volvió al frente en Perpignan. Pero Dagobert ya no era el mismo: al poco tiempo murió, no en combate sino de una simple enfermedad.

Orlov decía que a veces se sentía como Dagobert. No era general, pero había peleado a las órdenes de Lenin, había defendido una revolución y combatido primero a los zares y ahora a los españoles monárquicos de este siglo. Pero no quería terminar como Dagobert, maltratado por una derrota en España, encarcelado y enfermo.

Cuando Kim llegó al cementerio de Saint Martin, vio la tumba del general Dagobert. Ya sabía dónde buscar el buzón. El mausoleo era una pirámide pequeña rodeada de rejas negras. Atado a las rejas había un ramo de claveles rojos que empezaban a marchitarse al sol. Entre los claveles, bien sujeta a los tallos, había una cajita de madera.

En esa cajita estaba el mensaje de Orlov, apurado, evidente, nada de tinta invisible.

RUN SÖNNCHEN

Con el papel en la mano, Philby se sentó en un banco del cementerio como si Orlov estuviera con él. Pero Big Bill no estaba ni iba a volver. Le decía que corriera, que escapara, pero ¿cómo?

¿Cuánto tiempo podía estar escondido antes de que alguien le contara a la policía que un tipo llegó de traje y ahora andaba vestido de obrero y se había afeitado el bigote? Y los policías ¿cuánto iban a tardar en vender el dato? Pero ¿a quién? Los dos tipos que lo

seguían ¿eran españoles? ¿Republicanos o franquistas? ¿Eran soviéticos? ¿Nazis? ¿Fascistas italianos? Podían ser de cualquiera de esos servicios, pero ¿quién podía saber que él, Kim Philby, condecorado por Franco, que tenía todas sus credenciales británicas en regla, pasaporte auténtico, cartas de recomendación, credenciales de *The Times,* podía estar pasando información a los soviéticos? ¿Quién podía haberlo delatado?

Un guardia le avisó que el cementerio estaba por cerrar. Kim tiró las flores, la cajita y el mensaje de Orlov en un tacho y se sintió más tartamudo que nunca.

Solo y desnudo en un país perdido.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Rogelio miraba a Esther que miraba la nada mientras le sacaban fotos: gesto profesional.

El rubio alto miraba a Esther, que sonreía a los flashes, pero también miraba a los que estaban alrededor de Esther. Al lado del banquero alemán había tres guardaespaldas evidentes: incómodos en sus fracs, bultos de pistolas en la cintura, molestos con sus galeras.

Rogelio y Esther se habían conocido hacía cinco años, cuando tenían veinticuatro. Tenemos muchas cosas en común, le dijo ella la primera noche, la misma edad, ojos celestes, la misma altura, vidas de mierda y hasta llegamos a la Argentina en el mismo barco.

Tal vez por eso, en habitaciones de pensión, cuando ella quería, se encerraban y se contaban las vidas. Ella lo llamaba al diario y le decía quiero verte y él le decía sí, pero limpia, y no hablaba de higiene.

Esos días, Rogelio se las arreglaba para no ir al diario o para entregar su nota temprano y le decía a su esposa que tenía noche de póker. Iban primero al cine, después a cenar, a veces a bailar al Marabú y después al hotel. No siempre pagaba Rogelio. Esther a veces tenía dinero, pero nunca decía de dónde lo sacaba.

Fue una noche hermosa, le dijo una vez Esther mientras caminaban por Lavalle rumbo a la pensión donde habían dormido la primera vez. Iban del brazo en una noche calurosa, contentos de haber escuchado y bailado a Troilo, transpirados todavía. Antes, habían visto en el Ópera *Capricho Imperial,* con Marlene Dietrich. Ella había llorado y a la salida le dijo a Rogelio:

—Si Marlene Dietrich nunca perdió el acento alemán y triunfó en Hollywood, ¿por qué yo no puedo triunfar en Argentina?

Rogelio le dijo que sí, que iba a triunfar.

Y se dijo que esa mujer tan hermosa y escurridiza no era para él; estaba para *grandes cosas*. A veces ella lo miraba, inclinaba la cabeza y se mordía un poquito el labio y Rogelio entendía que a esa chica había que disfrutarla como un durazno o unas frutillas: pocas veces al año. Y despedirse hasta la próxima temporada.

Aquella noche, a la salida del cine, cenaron rápido una pizza para no perderse a Troilo. A Rogelio lo conocían en el Marabú, pero se llevó la impresión de que a Esther también la conocían bien, aunque nadie le dijo nada. Esther era judía, nacida en Polonia, pero milongueaba como una criolla. En la pista, cada vez que sentía la

mirada de algún hombre sobre la perfección de Esther, Rogelio cobraba más destreza en la mano derecha, esa que en el tango lleva a las mujeres. Las miradas de los otros le transmitían una seguridad eléctrica a su mano y Esther respondía desde su cintura breve con las figuras fugaces de cada tango.

Cuando iban a la mesa, ella le preguntaba por el diario, por su esposa y su bebé, Julito, de seis meses. Y Rogelio, siempre tan parco, hablaba como nunca, casi alegre, de su vida de mierda.

Camino a la pensión, aliviados por el viento de la noche de primavera, Esther se fue quedando en silencio hasta que, en la puerta de una distribuidora de cine, frente a los afiches de los estrenos, frenó a Rogelio, lo miró a los ojos y lo besó como nunca antes. Al salir del beso le dijo:

—Pase lo que pase, nunca te olvides de mí.

Un rulo rubio le caía por la frente, igual que ahora frente a los flashes. Esther se lo había corrido entonces con el mismo gesto que ahora en el Teatro Colón, un mohín delicado y tranquilo que Rogelio conocía tan bien.

Él la estaba mirando fijo para decirle que no se había olvidado de ella, pese a que ahora ella era tanto y él tan poco. Pero antes que lo encontrara con la mirada, Rogelio vio otro gesto de Esther que él conocía bien: un rayo de miedo en la mirada, después la mueca de la sonrisa congelada por un par de segundos disonante de los ojos, por fin, la boca dura, el cuello inquieto, ¿a quién había visto?

Esther había visto al tipo alto y rubio y al verlo sintió un terror infantil, un dolor eléctrico, miedo de mearse encima.

***

Perpignan, 14 de julio de 1938

Philby salió del cementerio. Nadie lo seguía.

RUN SÖNNCHEN, le había dejado escrito Orlov en el buzón.

Una palabra en inglés, una en alemán, así era cómo hablaban ellos cuando se encontraban. No había duda de que el mensaje era de su jefe. Él lo había apodado *Sönnchen*, y él, Orlov, el áspero bolchevique que había matado a tantos en nombre la Revolución, lo trataba como el hijo varón que no había tenido y entonces la palabra *sönnchen* ya no era su nombre en clave, sino un apodo cariñoso, previo a un consejo o a una evocación.

RUN SÖNNCHEN.

Sí, pero ¿adónde?, ¿y cómo?

De camino a la casa donde había conseguido un cuarto, Philby vio en una plaza banderas rojas y banderas francesas. Era un acto del Partido Comunista por la Revolución francesa. Sonó la Internacional, sonó la Marsellesa y había carteles y discursos contra los nazis y los fascistas. Una morocha se dio cuenta de que él no era francés y le preguntó de dónde venía. Kim le dijo en mal francés que él era inglés, pero simpatizaba con la República española. La chica le preguntó por los combates y las ciudades y Kim le contó lo que había visto; pero las preguntas lo pusieron paranoico. Él no había estado de ese lado republicano de la Guerra Civil. ¿Cómo explicarle que él era comunista, sí, pero amigo de los franquistas y no de los republicanos? ¿Y si ella sospechaba y lo denunciaba como un infiltrado fascista?

La chica lo miraba con ganas, pero Philby se puso más inquieto todavía. Tartamudo, la saludó de apuro y se fue. Sintió que había cometido una imprudencia. Un agente no puede cometer esos errores. Pero él ¿era un agente? ¿O apenas un informante?

Tenía que concentrarse para poder escapar.

RUN SÖNNCHEN.

Tenía que dejar de tartamudear callado.

Tenía que pensar urgente.

Sólo podía salir de Perpignan en tren. Pero ¿qué tren? Seguro tenían a alguien apostado en la estación. Pensó en ir a otra estación. No tomar el tren en Perpignan, sino en la siguiente. Pero ¿y si lo estaban esperando en Biarritz?

Mejor ir para el otro lado, hacia Marsella. Bien. Pero primero había que salir vivo de Perpignan y sus instructores no le habían enseñado cómo escapar de una ciudad. ¿Se tenía que esconder aquí, en Perpignan, hasta que sus perseguidores se fueran? ¿Cuánto tiempo? Pero si él se escondía, eso les daría tiempo para averiguar dónde estaba y cazarlo como a una rata. No. Había que moverse rápido.

Ya era de noche. Decidió volver al cuarto alquilado evitando calles iluminadas, se cruzó con borrachos y familias que volvían a casa con banderas enrolladas. Entonces sintió que lo seguían y su cabeza volvió a tartamudear. Buscó una calle iluminada para ver mejor. Sí, un hombre lo seguía.

Philby no se daba cuenta de si era uno de los que lo habían perseguido en la plaza esa mañana, pero el tipo se paraba cada vez que él se paraba. Se mantenía a unos cincuenta metros. Estaba solo, aunque a lo mejor ya sabían dónde había alquilado un cuarto y allí también había alguien de guardia.

Entonces recordó un consejo de su instructor: si te siguen es importante que no sepan que te diste cuenta. Philby se mostró tranquilo, le preguntó una dirección a una señora, frenó para ponerse el saco y al pasar tocó la navaja en el bolsillo.

En 1938, Kim Philby tenía veinticinco años; se sentía torpe y tartamudo, pero no pasaba desapercibido: medía 1,98. En la Universidad de Oxford había practicado lucha, box y remo, y nunca había engordado.

Alargó el paso y recordó otro consejo de MANN: si te siguen siempre hay que buscar un callejón poco iluminado. Kim dobló en uno. Cuando el que lo seguía se asomó, fue como si MANN le estuviera tomando examen: hizo como que se lo llevaba por delante y antes de que el otro pudiera mover un brazo, Kim le cortó el cuello.

El tipo lo miró como diciendo qué hiciste, se puso la mano en el corte y enseguida se le llenó de sangre. Antes de caer y sacudirse en el piso, caminó un par de pasos torpes. Philby lo arrastró hasta la entrada de una casa y lo revisó (otro consejo de MANN). Se quedó con la pistola y los documentos y limpió la navaja sobre la ropa del otro.

Para escapar no corrió.

Se sintió vacío.

Sintió que no tenía destino en la Tierra.

Había matado a un hombre.

Pero no tartamudeaba.

Ahora soy un agente, pensó.

***

MEMORIAS DE ALEXANDER ORLOV

Entre los espías de la NKVD que fueron llamados a Moscú en 1937 estaba Theodore Mally, alias MANN, que se movía por toda Europa como agente clandestino. MANN tenía una biografía de lo más curiosa.

Durante la Primera Guerra Mundial, MANN había servido como cura castrense en uno de los regimientos húngaros del ejército austríaco y fue tomado prisionero por los rusos. Al estallar la Revolución de Octubre, se hizo comunista. Después de la guerra civil el Partido lo destinó al servicio secreto. En la NKVD, MANN / Mally gozaba de una magnífica reputación como trabajador honrado y buen compañero. Era considerado uno de los mejores espías: mientras todos los agentes secretos rusos destinados en el extranjero tenían enormes dificultades para hacerse pasar por nativos del país donde se hallaban, MANN era un europeo puro que tanto podía pasar por húngaro, austríaco, suizo o alemán.

Era muy valiente y aceptó misiones muy duras en la Alemania de Hitler, siempre con riesgo de morir torturado en los calabozos de la Gestapo. Slutsky, jefe del Departamento Internacional de la NKVD, estimaba mucho a MANN / Mally y atribuía sus éxitos a su agradable aspecto y tacto para tratar con la gente. En efecto, MANN era muy atractivo: alto, con un rostro enérgico y varonil y grandes ojos azules casi infantiles.

A pesar de que Mally era un antiguo miembro del Partido, veterano oficial de la NKVD y con una notable foja de servicios, padecía un intenso sentimiento de inferioridad por haber sido

sacerdote antes de la Revolución. (…) Ese sentimiento de inferioridad fue decisivo en la vida de Mally, en su momento más crítico, cuando lo que más necesitaba era una cabeza clara y prescindir de todo prejuicio.

En julio de 1937 llamaron a MANN de regreso a Moscú. Camino a la Unión Soviética se topó con uno de sus amigos de París y como era habitual en esos días charlaron sobre las detenciones y ejecuciones en la NKVD. Mally se deprimió mucho con las noticias que llegaban desde Moscú. Tres de sus camaradas que habían estado presos, como él, durante la Primera Guerra Mundial, acababan de ser detenidos. El arresto de estos tres húngaros no era un buen augurio. MANN le dijo entonces a su amigo: "ya sé que como exsacerdote no tengo ninguna probabilidad de escapar. Pero voy a regresar a Moscú para que nadie pueda decir 'al final ese cura era un espía'" (…)

MANN / Mally fue a Moscú. Estuvo trabajando tres meses tranquilamente en el Departamento Internacional. Muchos oficiales de la NKVD creían que se había librado ya de su sentencia. Pero no fue así. En noviembre de 1937 desapareció. Nadie lo ha vuelto a ver.

(*The Secret History of Stalin's Crimes,* Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, pp. 246-248)

***

Perpignan, 14 de julio de 1938

Philby se acercó a la pensión todavía con la navaja en la mano. Dio un par de vueltas antes de entrar, pero no vio a nadie. Cargó todo en el bolso y sin avisar que se iba, salió. Pensó en ir a la estación a tomar el tren, pero sabía que había al menos otro agente que lo estaba buscando. Entonces, todavía disfrazado de obrero, buscó un barrio pobre para comer algo y pensar.

Mientras cenaba, se sacó la última duda. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si había matado a quien no debía? Pero no. El tipo tenía una pistola TT/30, soviética y llevaba un *carnet d'identité* francés, sí, pero de alguien nacido en Bulgaria: Viktor Pravdin. No era español, ni italiano, ni alemán, ni un policía francés. Sólo podía ser alguien mandado por la NKVD para capturarlo y que él los llevara hasta Orlov. O sea que las famosas purgas de Stalin de las que le hablaban los franquistas y los nazis eran verdad.

Decían que Stalin estaba liquidando a los pioneros de la Revolución de Octubre y parece que ahora le había tocado el turno a Orlov. ¿Y entonces a él, que era un eslabón de Orlov, sí, pero el último, también lo iban a matar? ¿Por qué, si no había hecho ni sabía nada?

Antes de terminar su jarra de tinto y el pescado, Philby vio que en la plaza de enfrente había varias familias acampando; tenían valijas, bultos de ropa, cantaban; algunos cocinaban en una olla improvisada. Hablaban en catalán.

A la cuenta sumó una botella de vino tinto y una tortilla fría que tenían en el mostrador. Pagó y con el paquete cruzó la calle, saludó en catalán y se sentó a hablar con los varones. Se presentó como periodista inglés; ellos eran pescadores, venían de Cadaqués y agradecieron la tortilla y el vino.

Estaban escapando de la Guerra Civil, claro, pero no eran franquistas. Eran pescadores y anarquistas. Habían tenido que huir de sus aldeas porque los comunistas los iban a matar. No hablaban castellano ni francés, sólo catalán, pero explicaron mejor que nadie lo que Philby también veía. Franco iba a ganar y los iba a matar a todos. A los anarquistas, a los comunistas, a los socialistas. Por eso huían.

—¿Y adónde van a ir ahora?

—A Le Barcarès, aquí cerca, es un pueblo de pescadores. Hablan catalán como nosotros, vamos a empezar de nuevo ahí, señor.

—¿Y cómo van a ir?

—A medianoche nos pasa a buscar un camión.

—¿Puedo ir con ustedes?

—Hombre, es cuestión de pagarle al camionero.

El camión apareció recién a las cuatro de la madrugada. Pero Kim estaba tranquilo: nadie lo buscaría entre un grupo de refugiados catalanes que dormían en una plaza.

No quiso dormir. Se sentía a gusto, pero tenía miedo de que le robaran. En un momento dado, vio que una adolescente hermosa con un bebé en brazos lo miraba y lo invitaba. Kim se acercó y le preguntó si era su hermanito; ella se rio y le dijo que no, que era su hijo y que ella no era ninguna pequeña, que tenía dieciséis.

Hablaron como pudieron, ella en catalán, él en una mezcla de castellano y francés. Él le preguntó cómo era su vida en Cadaqués; ella le dijo que aburrida, que no le importaba la Guerra Civil y que estaba contenta de haberse ido. Se llamaba Nuria y después de un rato de charla le pidió a Philby que la llevara con él a cualquier parte. Le dijo que era muy buena en la cama y le prometió que el

bebé no iba a molestarlos. Le ofreció incluso sexo oral allí mismo ahora que el bebé y su padre se habían dormido. Kim le dio cinco francos, un abrazo y se volvió a su banco.

En un camión destartalado, viajaron dos horas entre polvo y arena hasta Le Barcarès. Llegaron al amanecer. Si no hubiera sido porque estaba huyendo, Philby se hubiera quedado a vivir en esa playa de arena sin piedras, en ese mar perfecto y tranquilo.

Se acomodó en una posada para pescadores y salió a caminar un rato. Llevaba la pistola y el dinero.

Esa mañana, Nuria le presentó a sus padres. Con él ya había hablado a la noche; tenía manos grandes, de pescador; la madre guardaba luto por un hijo recién muerto en la guerra; se quedó con el bebé para que ellos pudieran ir a caminar por la playa.

—¿Y qué van a hacer aquí? ¿De qué piensan vivir?

—Mi padre conoce al patrón de un barco. Se conocen del mar. Cree que le va a dar trabajo. Mi padre es muy bueno con las redes.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a ir contigo —le dijo riendo.

—…

—¡¡En serio!! Míralo así. Soy joven, sé leer y soy buena en la cama. Tú no te convences, pero soy un buen partido. Además, soy anarquista, no te voy a molestar. Estaré contigo un tiempo y me iré. No me pienso sujetar a ningún hombre.

—¿Y el niño?

—Lo puede criar mi madre. Es joven aún y acaba de perder un hijo. Le va a hacer bien. Pero anda, venga, vamos al mar.

Antes que Philby pudiera pensarlo, Nuria le estaba desabrochando la camisa, se sacó el vestido y las alpargatas. Kim se sacó los zapatos, las medias y el pantalón con cuidado de no mostrar la pistola. Dejaron todo en la parte seca de esa playa desierta y entraron al mar tranquilo esa mañana de verano.

Nuria nadaba como quien conoce el lugar; Philby nadaba con estilo de universitario inglés. Al cabo de un rato se pusieron a jugar como cachorros hasta que Nuria se colgó de ese hombre pálido y alto y lo empezó a besar. Después, desesperada, ella se puso en cuatro patas en la parte baja del agua, le mostró el culo desnudo y lo invitó a Philby a entrar.

—No quiero más niños.

Nuria gritó varias veces. Philby también gritó desesperado y le dio nalgadas. El viento se llevó los gritos.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Era él. Esther estaba segura. Primero lo vio mientras miraba el vacío de los flashes. Después lo buscó para estar segura. Era él y la estaba mirando. ¿Cómo era posible? Lo habían metido preso hacía ocho años. ¿Cómo podía estar en el Colón y de esmoquin?

Ese tipo había sido su marido, su ilusión, y ahora era su peor pesadilla reencarnada en su mejor momento: ella, Esther, la judía, la puta, la actriz de segunda, había entrado al Colón del brazo de un banquero. Y entonces volvía este canalla. Aquel rubio alto que las mujeres del Colón admiraron; ese tipo imponente a quien un mano

de hierro lo acababa de hacer zafar del comisario Viancarlos, estaba mirando fijo a Esther.

Cuando estuvo seguro de que ella lo miraba, hizo el gesto típico, el cabezazo para sacar a bailar en una pista de tango. Después se dio vuelta y abriéndose paso entre la gente, caminó hacia los baños. Sabía que Esther lo iba a seguir.

Un custodio le preguntó a Esther si la acompañaba. Ella dijo que no, gracias. Le sonrió al banquero, le tocó la cara con la mano enguantada y buscó al rubio y los baños. En el pasillo, él la estaba esperando y la invitó a pasar a un palco.

En ese pasillo ancho, alfombrado, lujoso, Esther se sintió Marlene Dietrich en una escena de *La princesa escarlata*. ¿Cómo hubiera actuado Marlene?, ¿cuál sería su gesto ante lo que estaba por pasar?

Esa basura que tanto amó y odió ahora tenía modales refinados, como ella. Se dejó las patillas para tapar una cicatriz: la cárcel.

En el antepalco, ya a solas, le habló en alemán con respeto y sarcasmo.

—Buenas noches, señora. Se la ve deslumbrante.

—¿Qué hacés acá? ¿Cuándo volviste?

—Siempre vuelvo. ¿Ya sabe tu prometido quién sos?

—No. Y no se lo vas a decir porque te denuncio.

—No me podés denunciar porque yo ya pagué mis cuentas con la sociedad. Además, ahora tengo nuevos jefes y, si no me equivoco, son los mismos que los tuyos.

—…

—¿No te parece divertido?

***

Le Barcarès, 20 de julio de 1938

Philby pensó en quedarse, desaparecer. Por un tiempo o para siempre. ¿Por qué no? ¿Quién lo buscaría allí, en una aldea de pescadores del sur de Francia? Hacía ochocientos años, los Templarios habían secado una laguna para fundar Le Barcarès y contar con un lugar seguro y de rápida huida por mar. Si los Templarios se habían escondido allí, ¿por qué no podría esconderse él? ¿Porque era alto, británico, demasiado blanco, tartamudo? Tenía que haber una forma de pasar desapercibido.

El padre de Nuria consiguió trabajo en una barca. En un par de días, los pescadores catalanes ya habían montado unas cabañas de madera con unos palos al frente para colgar las redes que las mujeres estaban tejiendo. Con esos hombres y mujeres ásperos a los que apenas entendía, Philby pasó los mejores días de su vida: comió el mejor pescado y tuvo el mejor sexo; trajo desde el mar redes llenas de peces plateados; bailó alrededor del fuego sardanas tocadas por un violín desafinado; charló como pudo de su vida inglesa y escuchó los horrores de la guerra de boca de estos refugiados anarquistas.

Pero una noche cometió un error: dijo que era comunista.

Lo dijo al pasar, un poco borracho.

Primero fue el silencio, luego el padre de Nuria se le acercó y con esa mano curtida de pescador le sacudió un cachetazo que lo tumbó en la arena. Cuando los demás se levantaron para patearlo, el padre

de Nuria los frenó, pero le señaló a Philby el mar, la noche, que se fuera.

Aturdido todavía, juntó sus cosas y se volvió a la posada. Nuria lloraba en silencio.

No podía quedarse. Esa noche se salvó, sí, pero cualquier día uno de esos cuchillos afilados con los que fileteaban el pescado le iba a entrar en el pecho. Los comunistas habían matado amigos y parientes de esos mismos anarquistas; por culpa de ellos estaban ahí, en el destierro. ¿Cómo iba a hacer Philby para explicarles que él no era así, que él era otro tipo de comunista, que él peleaba contra el fascismo?

Esto pensaba cuando vio llegar el camión destartalado desde Perpignan. Lo siguió doscientos metros, hasta un depósito. Le preguntó al chofer a qué hora volvía a Perpignan; le dijo que en un rato, después de comer algo y cargar unas cajas de pescado. Arregló el precio del viaje y volvió a la posada a juntar sus cosas.

En la puerta lo esperaba Nuria llorando.

—Mi padre nunca te perdonará que seas comunista, pero yo te amo.

—Yo no soy como esos comunistas, Nuria. A mí también me persiguen.

Como pudo, Philby le contó su salida de Perpignan, pero sintió que Nuria no le entendió del todo. ¿Era comunista y lo perseguían los comunistas?

—Ya sé, es raro, pero es así.

—No me importa, llévame contigo.

—¿Adónde? ¿Adónde vamos a ir?

—No sé, lejos, donde no haya guerra. Podemos ir a la Argentina.

—¿Argentina?

—Si, tengo parientes allá, tías que se fueron y viven bien. Cocinan, tienen una fonda. Puedo escribirles. Seguro me darán trabajo.

—Pero, Nuria, eres menor de edad, no tienes pasaporte.

—Cásate conmigo y me darán documentos como refugiada.

—Ya estoy casado en Londres.

—¡Cómo que estás casado, mentiroso! ¡Me mentiste!

—Fue para salvar a una compañera de la represión en Austria.

—¿Y ella dónde está ahora?

—En París, con otro.

—Da igual. Cásate conmigo y vamos a la Argentina.

—No, Nuria, no entiendes. Me persiguen y acabo de matar a un hombre en Perpignan. Puede que me esté buscando la policía francesa, además de los comunistas. Si te llevo y me detienen, ¿qué va a ser de ti, sola, en Francia?

Nuria había entendido.

Un brillo paralelo le bajaba por las mejillas.

Miró el piso, removió un poco la tierra con la alpargata, levantó la cabeza y le dijo a Kim:

—Prométeme que me escribirás, así un día voy por ti.

Kim miró esos ojos verdes gigantes como el mar y no pudo mentirle, sólo callar.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Desde que vio el relámpago de miedo que le cruzó el rostro, Rogelio no perdió de vista a Esther. La vio congelar la sonrisa, la vio tocarle la cara al banquero con la mano enguantada, la vio conversar con uno de los custodios y la siguió entre la gente cuando empezó a caminar hacia los baños. De pronto, la perdió. Debe haber entrado en alguno de los palcos, pensó, y se quedó fumando al lado de un cenicero. Al rato la vio salir, secándose las lágrimas con cuidado para que el maquillaje no se le derramara hacia las mejillas.

Parece Marlene Dietrich, pensó Rogelio y le dio la espalda. Esther pasó sin verlo. Enseguida advirtió quién salía del palco: no podía ser otro.

Ahora entendía su terror.

Ese tipo imponente, de unos cuarenta años, tenía que ser él. Se habían conocido en Lodz, Polonia, en 1921, cuando Esther tenía catorce. Su padre había muerto en la Gran Guerra y la madre de gripe; a Esther la criaba una abuela que se alegró cuando ella le dijo que se iría a la Argentina con ese muchacho judío tan bien vestido que había conocido vendiendo frutas en el mercado. Bernardo Mitvein se llamaba.

Como Esther era menor, antes de viajar se casaron. No hubo ceremonia, ni rabino ni dote: Esther era una judía huérfana y se sentía tan poquita cosa, un pajarito perdido, sin tetas todavía.

Los dos, Bernardo y Esther, sabían leer y escribir y hablaban polaco, yiddish y alemán. De él se sabía poco, que había venido de Alemania a visitar a unos parientes, que se había enamorado de Esther, que se quería ir a la Argentina a trabajar con unos tíos que tenían talleres textiles y como Esther sabía coser y le gustaba todo

lo que se tratara de géneros, Bernardo estaba seguro de que iba a ser feliz a su lado.

En Danzig subieron al buque Danmastar y cuatro meses después llegaron a Buenos Aires. Tenían un camarote mínimo que para Esther (le contó alguna vez a Rogelio en sus encierros de pensión) fue su único nido de amor.

A Bernardo le divertían las imitaciones que Esther hacía de los pasajeros, y ella era feliz porque por primera vez tenía una biblioteca disponible y tiempo para leer.

En ese camarote mínimo Bernardo la desvirgó y le hizo conocer sus lugares de placer. Esther se sintió entonces crecida y poderosa disfrutando de ese gigante dentro suyo y muchas veces le confesó a Rogelio que en los momentos de encierro y vergüenza que vinieron luego se aferraba a ese camarote mínimo, a ese nido de amor, para sobrevivir.

Cuando desembarcaron en Buenos Aires, Esther estaba embarazada.

***

Perpignan, 21 de julio de 1938

Nuria tenía razón. Otra vez tenía razón.

Philby lo descubrió mientras volvía a Perpignan en el camión ruidoso, junto a las cajas de pescado.

Argentina.

Nuria quería viajar a la Argentina porque tenía parientes.

Philby no tenía familia ni amigos en la Argentina, pero ¿quién lo iba a buscar al otro lado del mundo? En Argentina, lejos de todo, podía ganar tiempo para entender qué estaba pasando, sin tener tipos que lo quisieran secuestrar respirándole en la nuca.

Podía avisar en el diario y a su familia que se tomaría unos meses de vacaciones después de cubrir la Guerra Civil; podía decir que se iba a Grecia y Turquía a descansar en alguna playa; podía mentir que le habían aparecido secuelas del bombardeo donde se salvó de milagro.

Su único conocido en Argentina era Stafford Talbott.

Talbott había sido su segundo jefe. Le ofreció cuatro libras más de sueldo al mes y grandes promesas de ascenso para que dejara la revista donde trabajaba y se fuera a trabajar con él en un mensuario de la Hermandad Anglo Alemana.

Philby lo consultó con MANN y MANN con Orlov. Ambos estuvieron de acuerdo en que iba a ser una excelente oportunidad de infiltrarlo en los círculos de empresarios británicos que simpatizaban con el nazismo, que no eran pocos. La Hermandad Anglo Alemana era una confluencia de políticos, empresarios y miembros de la nobleza que buscaban evitar el estallido de una nueva guerra entre Inglaterra y Alemania. Todos coincidían en que el verdadero peligro era el comunismo: el de Moscú y las revoluciones que latían en Europa. Era el lugar ideal para infiltrar a Philby.

Pero antes, le dijo MANN, tienes que cambiar de aspecto. MANN arrastró a Kim a una tienda en Regent Street y le compró un traje azul, un abrigo gris claro y un sombrero de fieltro rígido. A la salida, en alemán, le dijo:

—No puedes parecer un bohemio, pero tampoco un nazi. Más bien un diplomático joven. Tienes que presentarte como lo que eres: un inglés de pura cepa pero que acepta la Alemania de Hitler. Tu argumento tiene que ser que a uno le podrá gustar más o menos Hitler, pero que no se puede excluir a Alemania de la realidad de nuestro tiempo. Como buen inglés, además, estás buscando un beneficio económico para ti, para tu país y, de paso, intentando evitar una nueva guerra.

La Hermandad Anglo Alemana organizaba cenas de gala, reuniones formales o encuentros secretos entre británicos poderosos y nazis declarados. Y Kim, ese joven very british, un poco tartamudo, pero que hablaba tan bien alemán, fascinó a los diplomáticos y empresarios alemanes que pasaban por las reuniones de la Hermandad. Por primera vez, Philby se sintió útil al comunismo, empezaba a moverse frente a los verdaderos enemigos.

Pero la plata para hacer la revista no aparecía y Talbott, que no hablaba bien alemán, le pidió a Kim que buscara financiamiento en Berlín. Así, durante el verano de 1936, Philby viajó al menos cuatro veces a la boca del león, a la Alemania de Hitler. Sus diplomáticos alemanes amigos de Londres le habían dado cartas de recomendación para funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Propaganda y estos a su vez reunieron a Philby con empresarios alemanes para convencerlos de invertir en la revista de *la Hermandad.* No hubo caso, pero Kim capitalizó el viaje.

Al volver de Berlín, fue recibido por el embajador en persona. Joachim Von Ribbentrop, el hombre que un par de años después sería ministro de Hitler, y le explicó que el *Reich* iba a seguir interesado en la Hermandad, pero que el dinero de propaganda lo

iban a invertir en medios de comunicación británicos ya consolidados "para que moderaran su prédica contra el Führer".

De todos modos, Philby se fue de la reunión con una carta de recomendación del propio Ribbentrop para la embajada nazi en la España franquista. MANN ya le había dado otra misión: ir como periodista *free lance* a la Guerra Civil y desde allí pasar datos estratégicos para la NKVD.

En sus dos años en España, Philby había seguido en contacto con Stafford Talbott. Incansable a sus sesenta y pico, Talbott se había ido a probar suerte a la Argentina y desde allá le escribía largas cartas a Philby sobre lo bien que le estaba yendo, como siempre, haciendo negocios entre británicos y alemanes. Talbott era un viejo vendedor de ilusiones y negocios fallidos pero, por lo menos, no lo iba a denunciar a los soviéticos; no los conocía y los detestaba. Algo es algo.

Claro que para llegar a Buenos Aires tenía que salir sano y salvo de Francia.

No podía volver a Biarritz. Seguro había agentes soviéticos esperándolo. Tampoco a la España franquista; perdería sus cosas: su máquina de escribir, sus trajes, sus pocos libros, la pipa que le había regalado su padre. El único puerto donde podía embarcar hacia Buenos Aires era Marsella. Para llegar a Marsella tenía que tomar el tren, pero ¿dónde? No en Perpignan, ahí lo podían estar esperando todavía. Los soviéticos, desde ya, pero también la policía. A lo mejor alguien lo había visto degollar al búlgaro. Al llegar a la entrada de Perpignan le preguntó al chofer cuánto le cobraba por desviarse y llevarlo hasta Narbonne, la próxima estación importante.

—Cincuenta francos, pero primero tengo que dejar el pescado en Perpignan.

Era un robo y un peligro.

Pero Kim no tenía una solución mejor.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Esther volvió al *foyer* con su banquero. Rogelio la alcanzó cuando ya estaban entrando a la platea. Parecía recompuesta; al fin y al cabo, era actriz: ni rastros de lágrimas, ni tensión en la boca, ni miedo en la mirada.

Rogelio quiso llegar hasta a ella. Alcanzaba con que lo viera y él le hiciera un gesto apenas: si me necesitás, ya sabés. Pero no pudo; demasiada gente, demasiados custodios separaban a los que iban de frac de los que, como Rogelio, iban de simple ambo. Los de frac se acomodaban en la platea o en los palcos; los demás, arriba, en el "gallinero".

Así, Rogelio vio perderse a Esther entre el gentío, espalda blanca bajo seda negra, y temió por ella. Se movía por la alfombra central del Colón como si siempre hubiera estado ahí y nunca en la calle, tiritando de frío y abstinencia de cocaína.

La vio irse del brazo de su banquero cincuentón y pensó en su cuerpo arqueado de placer, las uñas en sus hombros, el sabor de su sexo, sus gritos repetidos. ¿Disfrutaría con el banquero? ¿O también actuaba? ¿Por qué estaba con él, si siempre le había dicho a Rogelio que no quería más "hacer la puta"?

El banquero se llamaba Ludwig Freude. Un mes atrás, en una entrevista para *Sintonía*, Esther Binder había confesado emocionada que había "encontrado el amor". La revista se jactaba de haber descubierto quién era el reservado novio de la actriz, pero era obvio que lo había dicho ella: Ludwig Freude, viudo, presidente del Banco Alemán Transatlántico.

El Banco Alemán Transatlántico manejaba desde hacía años el dinero de las empresas alemanas más poderosas, que exportaban al Tercer Reich alimentos, petróleo, como también insumos para fabricar armas, pero esto Rogelio no lo sabía. Por entonces, además, en Buenos Aires, como en buena parte del mundo, Hitler no era todavía el Mal Encarnado. Más bien, un dictador más: como Mussolini o Franco, en un país donde la corrupción la protagonizaban los políticos criollos y las empresas británicas y estaba fresco el escándalo de los rufianes judíos.

A Rogelio no le gustaban nada los nazis ni los banqueros. Decía que él era socialista "pero no comunista"; leía *La Vanguardia* y de vez en cuando iba a escuchar a Alfredo Palacios. Pero aquel 9 de julio de 1938, Rogelio era apenas un tipo triste, herido en el ala, el personaje de alguno de tantos tangos, que ve cómo su amor se va con otro, más rico, más poderoso y él, tan poquita cosa. Pasó por el guardarropa, tomó el chambergo y el sobretodo, y se fue sin ver la función.

Él no era parte de ese mundo, sólo su cronista. Y hoy se lo habían hecho saber.

Al salir, el frío le hizo pensar otra vez en Esther y las noches de refugio mutuo en pensiones.

Pero era temprano todavía y seguro en un rato los muchachos iban a ir llegando a Los 36 Billares. Cruzó la Plaza Lavalle en diagonal hacia Talcahuano.

Sin darse cuenta se puso a silbar "Amurado".

***

MEMORIAS DE ALEXANDER ORLOV

Llegué al Grand Hotel de Perpignan, donde me estaban esperando mi mujer y mi hija. Tomamos el tren de la noche rumbo a París y llegamos en la mañana del 13 de julio de 1938. Tenía la sensación de ser un hombre que acaba de abandonar el barco que se hunde y que se encuentra en un bote salvavidas en alta mar sin planes de ninguna clase y con muy poca esperanza.

Sabía que la NKVD tenía poderosas ramificaciones en Francia y que al cabo de cuarenta y ocho horas los sicarios estarían siguiéndome los pasos. Tenía que salir de Francia lo antes posible porque me cortarían toda escapatoria posible y me asesinarían.

Estados Unidos se me presentaba como el único refugio seguro. Acudí a la Embajada norteamericana y pregunté por el embajador, William Bullitt. Pero era 13 de julio, víspera del día en que se celebra la Toma de la Bastilla, y me dijeron que el embajador se encontraba fuera de París.

(*The Secret History of Stalin's Crimes,* Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, p. 13)

***

Perpignan, 21 de julio de 1938

Otra vez en Perpignan, otra vez el miedo.

Philby nunca había sentido tanto miedo en su vida como en Perpignan. Ni siquiera en Teruel, cuando un cañonazo cayó sobre su auto, mató a tres corresponsales y él se salvó de milagro; ni siquiera en Salamanca, cuando tuvo que tirar la billetera al piso para distraer a los franquistas y poder tragarse el papel con los códigos de los mensajes a los soviéticos.

En Perpignan, estaba desamparado y había matado a un hombre. Pero no podía evitar esta ciudad. Pasar por allí, por arriesgado que fuera, era la única manera de salir sin pasar por la estación. Por eso aceptó hacer el reparto de las cajas de pescado con el camionero, aunque siempre con la pistola en un bolsillo y la navaja en el otro.

El reparto tenía que ser rápido. Era verano, el hielo se derretía y si el pescado se ponía duro, no lo iban a comprar. Philby, que ya parecía un pescador más después de una semana en la playa con los catalanes y sin cambiarse de ropa, ayudaba al camionero a bajar los cajones que chorreaban agua con sangre para terminar más rápido. Iba a tener que tirar toda esa ropa.

Sin bajar del camión le compró un diario a un chico. Leyó que la policía no tenía pistas sobre el caso del "degollado el 14 de julio". Así lo llamaban a él ahora: "el degollador del 14 de julio".

Al leerlo y leerse, Philby se aterrorizó más todavía. ¿No tenían pistas o esto era lo que le decían a la prensa para que el asesino se

sintiera tranquilo y cometiera un error? ¿Cuántas veces había visto a los franquistas pasar datos falsos a la prensa para poder operar con sorpresa?

Volvió a pensar todo: no podía haber huellas dactilares. Kim se había quedado con la navaja. Tampoco había pisado sangre. De eso se cuidó bien y la camisa la había lavado en el hotel antes de salir. No sabían de quién se trataba. O sí, y no lo querían decir. En cualquier caso, eso le daba un tiempo más de ventaja.

Si ya sabían que era el cadáver de un agente soviético, puede que la policía local no quisiera meterse en problemas. Mejor. Si no lo sabían y pensaban que era un turista asaltado por un ladrón violento en una noche de borrachera, mejor todavía. Entonces sólo investigaría la policía local. El problema era si llamaban a la *Sûreté*.

De todos modos, Philby no se imaginaba al otro agente soviético que estaba en la plaza yendo a la comisaría a denunciar que su colega había desaparecido como si fuera un turista cualquiera. Iba a tener que dar explicaciones incómodas. Pero una cosa es no hacer la denuncia y otra dejar de buscar al asesino.

El principal problema de Philby era su altura. Poca gente había en Narbonne que pasara el metro setenta. Por eso él llamaba mucho la atención. Se mostró entonces lo menos posible. Trató de no salir de la caja del camión para alcanzar los cajones de pescado. Cuando no cargaba cajas, se quedaba sentado o agachado.

Si alguien lo había visto matar al otro desde alguna casa del callejón, seguro había dicho que vio escapar a un hombre muy alto. El diario no decía nada de un tipo alto, pero podía ser un dato que se guardara la policía para que el alto prófugo justamente se confiara; y es lo que Philby no pensaba hacer.

La espera era insoportable.

En cada pescadería, el camionero se paraba a charlar y él se retorcía los dedos entre los cajones mojados. En un momento dado, el camionero le dijo que tenía hambre y que iba a parar a comer algo. Philby le dijo que le pagaba el almuerzo en Narbonne para que se apurara.

En una de las pescaderías, a unos cincuenta metros del camión, Philby reconoció a otro de sus perseguidores; estaba parado al lado de un Renault negro y hablaba de a ratos por la ventanilla con alguien que estaba en el asiento de atrás.

Kim no lo veía, pero en el Renault estaba Pável Sudoplátov. Tampoco sabía que el que estaba parado al lado del auto era Boris Afanasiev, otro búlgaro, furioso porque había desaparecido su primo, Viktor Pravdin. Afanasiev y Pravdin habían asesinado hace unos meses, en Suiza, al agente soviético Ignace Reiss, luego de fingir una pelea en un bar.

Sudoplátov estaba seguro de que "el degollado del 14 de julio" era Viktor, uno de sus mejores sicarios, pero no podía ir a la policía a denunciarlo y quedar en evidencia. Los policías se iban a dar cuenta de que andaban en algo raro: o espías o mafiosos. Sudoplátov dudaba de que Philby hubiera podido degollar a Pravdin.

Pravdin era un agente preparado y Philby, un novato. Alguien en la NKVD había tenido la idea loca de que Philby atentara contra Franco con una bomba. Hasta le mandaron un agente a Gibraltar para que le explicara la misión, pero después descartaron la idea. "A *Sönnchen* le falta el coraje físico necesario", alegó MANN, su supervisor.

Por eso, pensaba Sudoplátov, no podía ser Philby. Entonces, ¿quién? En Perpignan sólo Orlov o uno de los suyos podía hacer algo así. Orlov sí sabía emboscar y degollar gente. ¿Eso quería decir que Orlov estaba en Perpignan todavía?

Mientras miraba el Renault negro y al búlgaro parado, algo parecido pensaba Philby, tartamudo por dentro: *¿s s seguían buscándolo a él o s s seguían buscando a Orlov? ¿Estaba O O Orlov todavía en Perpignan?* ¿Tenía que volver al cementerio a buscar otro mensaje?

No. Big Bill había sido claro:

RUN SÖNNCHEN

Y si Big Bill le dijo que escapara, iba a escapar.

Como pudo se disimuló en la caja del camión, rogó tartamudeando que el camionero volviera pronto y puso una bala en la recámara de la pistola.

—*On y va* —dijo por fin el camionero y lo invitó a Philby a pasar adelante. Para no salir y que lo vieran, dijo que no, que estaba bien ahí por ahora, que quería estirar las piernas y prefirió quedarse atrás, con las cajas de pescado cada vez más olorosas.

Arrancaron hacia Narbonne.

En el Renault negro, mientras tanto, Sudoplátov pensaba que si Orlov seguía en Perpignan el resto del oro español que no habían embarcado a Moscú no debía estar lejos.

Calculaba cinco cajas de lingotes.

Si las encontraba, Sudoplátov se pensaba quedar con una (una, no más) de esas cajas, repartir algo con los suyos y guardar el resto en la bóveda de algún banco en París o Marsella.

Ah, y además le darían un ascenso.

***

MEMORIAS DE PÁVEL SUDOPLÁTOV

En 1937 la República Española había accedido a embarcar hacia Moscú la mayor parte de sus reservas de oro en lingotes: 500 millones de dólares de aquellos tiempos. Había también otros metales preciosos y diamantes.

En el verano de 1938, uno de nuestros agentes envió un telegrama a la Embajada soviética en París afirmando que no todo el oro había llegado a Moscú. La noticia fue transmitida a Stalin que ordenó una inmediata investigación (…).

El oro y los tesoros habían sido sacados clandestinamente de España con la total cooperación de Dolores Ibárruri, La Pasionaria*, destacada dirigente del Partido Comunista Español (PCE) y el traslado había sido hecho en condiciones extremas (…).*

El documento para el traslado del oro español había sido firmado por el Primer Ministro de la República Española, Francisco Largo Caballero y por el subsecretario para Asuntos Exteriores, Nikolai Krestinski. El oro fue sacado de España por barcos mercantes soviéticos cargados en la base naval de Cartagena, en Murcia. Llegó a Odessa y desde allí fue trasladado a las bóvedas del Banco del Estado en Moscú (…).

Dos meses después del envío del oro español, nuestro rezident *y agente responsable de operaciones de seguridad en España, Alexander Orlov, desapareció (…).*

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness*, *a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; traducción propia)

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

—Fue una imprudencia.

—No, jefe.

—Nosotros la pusimos ahí, ahora hay que cuidarla.

—Sí, pero tiene que saber que yo también la estoy vigilando.

—La vas a asustar. Ella no quiere saber nada con vos.

—No crea. Así va a saber que tiene que caminar derechita.

—O se va a escapar…

—Otra vez no se me va a escapar.

El comisario Miguel Viancarlos los vio hablar, pero sabía que ni siquiera de cerca hubiera podido entender el diálogo: Bernardo Mitvein y Dietrich Niebuhr, el hombre que aquella noche lo había sujetado del brazo, el jefe del espionaje nazi en Argentina, hablaban en alemán.

El comisario demoró su entrada a la función para ver qué hacía Mitvein. Lo vio irse por el pasillo que lleva a los palcos y los baños, pero no registró a Esther, que enseguida pasó detrás de Bernardo. Mientras lo esperaba, el comisario se preguntaba cómo había hecho ese rufián para salir de la cárcel y estar ahora bien vestido y saludable, en una Gala del Colón. Más tarde, Viancarlos lo vio volver y hablar con el hombre a quien él más temía en la ciudad, el hombre

que un rato antes le había dicho *con él no te metas*: el capitán Dietrich Niebuhr, agregado naval de la embajada nazi.

Viancarlos se jactaba de ser un hombre vertical, que entendía las jerarquías, los mandos y las órdenes, pero esta noche estaba desorientado. Conocía a los rufianes judíos porque durante años había sido el oficial encargado de cobrarles la protección y llevarla a la mesa de sus jefes. Hasta que un día, el gobierno primero y la Policía Federal después dijeron basta y a Viancarlos, que tan bien conocía a los rufianes, lo mandaron a trabajar con el comisario Julio Alsogaray, el hombre que desmanteló la Sociedad Polaca de Socorros Mutuos Varsovia, más conocida como la Zwi Migdal.

Viancarlos sabía dónde estaban los prostíbulos y dónde ablandaban a las mujeres recién traídas de Polonia; sabía dónde llevaban los rufianes su descarada vida de familia; sabía dónde cenaban, dónde invertían, dónde guardaban la plata y hasta dónde escondían a sus amantes. Lo sabía porque él era el enlace, el recaudador. Así había conocido a Bernardo Mitvein. Los lunes, después de la reunión de los rufianes para dividirse la plata de la semana, Viancarlos recibía de manos de Bernardo la cuota de protección para la Policía de la Ciudad.

Pero un día las órdenes cambiaron y Viancarlos, ese oficial joven que respetaba las órdenes y las jerarquías, se convirtió en el primero en patear las puertas y abrir las cajas fuertes de los rufianes, sus amigos de ayer. Cuando lo fueron a detener, Mitvein se quiso hacer el héroe y a Viancarlos y sus muchachos no les quedó más remedio que explicarle cuántos pares son tres botas.

Primero lo molieron a trompadas, pero como Bernardo no largaba prenda le aplicaron un reciente invento de la Policía argentina. Lo

llamaban picana y —quién diría— había sido idea del hijo de un gran poeta local: al preso mojado, atado a una cama de hierro, se le daba descargas eléctricas. En la jerga le llamaban "dar máquina" y no había cristiano que aguantara sin enloquecer. A Mitvein, entonces, le dieron máquina hasta que contó dónde estaban las cajas fuertes de los rufianes.

Haber sido "vertical", haber entendido el cambio de época, le trajo a Miguel Viancarlos su ascenso a comisario y una pequeña fortuna: su parte del tesoro de la Zwi Migdal.

Ahora, ya promovido, Viancarlos tenía departamento en Recoleta, auto propio, una quinta de fin de semana y un cargo envidiado: era el encargado de la custodia de todos los diplomáticos. Sus hombres sabían quién entraba y salía de la Cancillería y de cada consulado, residencia diplomática o embajada; esto le permitía intuir traiciones, sobornos, dobles juegos, conspiraciones. Uno de los primeros en darse cuenta del poder de Viancarlos fue justamente el capitán Dietrich Niebuhr, jefe del Abwehr en Argentina.

Niebuhr hacía espionaje diplomático y político; espiaba embajadas y ministerios, así detectaba militares, empresarios, curas o funcionarios que podían ser simpatizantes nazis o, al menos, neutrales. También sabía cuáles eran probritánicos, claro. Niebuhr hablaba bastante bien español, sólo usaba uniforme cuando estaba en la embajada y hasta le había pedido a "Miguelito" Viancarlos que lo llevara a alguna milonga para aprender a bailar el tango.

En la tercera reunión, en el consulado, Niebuhr le regaló un espléndido maletín de cuero con una svástica.

—Un pequeño recuerdo del Reich —le dijo.

Adentro había un lingote de oro y una pistola Luger.

***

Narbonne, 21 de julio de 1938

A poco de arrancar, el camionero le exigió el almuerzo prometido. Kim le dijo que estaba apurado por llegar a Narbonne y negociaron parar en la ruta. Philby necesitaba salir de Perpignan; no soportaba más el miedo y pensaba que el camionero se podía dar cuenta o hablar de más con alguno de los que se cruzaba. En el camino, con menos gente a la vista, lo tendría controlado y hasta le podía robar el camión si se ponía molesto. En un cruce se pasó de la caja a la cabina y siguió mirando el retrovisor por si asomaba el Renault negro.

Por suerte, no los seguía el Renault negro.

Pararon a comer una tortilla con un vaso de tinto y siguieron viaje. Puede que fuera por el vino o la distancia de Perpignan, lo cierto es que Philby se sintió más tranquilo. Duró poco. Treinta kilómetros más adelante vieron un retén de la policía. Los autos paraban, los revisaban. ¿Lo estarían buscando a él? Volvió a tartamudear en silencio. Pensó en dispararle al policía, bajar al camionero y escapar. Pero no conocía el camino y a poco de andar tendría que deshacerse del camión. No tenía plan B y eso lo desesperaba. Sus instructores nunca le habían enseñado cómo escapar en medio del campo.

Fueron diez minutos eternos hasta que le tocó el turno al camión de pescado. Antes de llegar Philby le adelantó 25 francos al chofer, quería que estuviera seguro de que lo esperaban otros 25 al llegar a Narbonne. Por suerte, el gendarme conocía al camionero. Era de

Perpignan y apenas le miró los papeles y las cajas vacías y malolientes. Hablaron rápido en una mezcla entre francés y catalán sobre vecinos y conocidos. Kim apenas entendió la parte que le interesaba:

—¿Y qué vas a hacer a Narbonne?

—Voy a llevar a este amigo que vino de Barcelona y a escaparme un rato de mi mujer, *tu sais*.

—*La prochaine fois, tu me traînes avec toi!*

Hubo risas al despedirse y por fin siguieron viaje.

Al llegar a Narbonne, Philby le pagó al camionero lo que faltaba. Le pidió que lo dejara en una esquina cualquiera, lejos de la estación. Rechazó la invitación a tomar un *Vittel-menthe* y a visitar un prostíbulo porque tenía que comprar un par de cosas antes de que cerraran los negocios.

Fue a la estación, sacó un boleto a Marsella para el próximo tren. Tenía que aprovechar las tres horas que le quedaban.

Lo primero que hizo fue ir a la oficina de telégrafos y mandó un telegrama a *The Times.* Les dijo que se tomaría las vacaciones acumuladas paseando unos días por las playas de la Costa Azul.

Después fue a un baño público a sacarse el olor a pescado y afeitarse. Se puso el traje arrugado y la única camisa limpia que le quedaba y tiró el bolso marinero con su ropa de obrero en un cesto. Hizo lo que pudo para poner presentables los zapatos; las medias también las tuvo que tirar. Ya podía pasar por un viajante de comercio pobre, o un refugiado español. Antes de subir al tren, volvió donde estaba el camión estacionado. Seguía allí. Con el cuchillo que se había robado del restaurante en Perpignan le cortó dos cubiertas.

Cuando el camionero volviera borracho del prostíbulo iba a descubrir que tenía que pasar la noche en Narbonne para poder arreglar los neumáticos a la mañana. Llegaría a Perpignan recién a mediodía. Cuando quisiera contarle a cualquiera la historia del inglés alto que se hacía pasar por catalán y que le pagó una fortuna para llevarlo hasta Narbonne, Philby ya iba a estar lejos.

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Ya sentada en su butaca, mientras los músicos afinaban los instrumentos en el foso, Esther disimulaba los temblores. Había dejado caer la sonrisa profesional y de a ratos tenía que controlarse para no apretar desesperada el brazo de Ludwig Freude.

—Tu banquero ya sabe quién sos.
—Sí. Una actriz.
—¿Sabe que sos judía?
—…
—¿Sabe que fuiste puta?
—Por tu culpa, canalla.
—Hicimos mucha plata, no te olvides.

Igual que el comisario Viancarlos, Esther no entendía qué hacía Bernardo Mitvein en una función de gala del Teatro Colón, perfumado y con ropa cara. Lo había dejado casi un año antes de que cayera preso. Durante meses había ido separando plata y ropa

para la fuga. Escondía la plata detrás de un zócalo; la ropa se la fue dejando a una vecina. Una mañana cuando Bernardo dormía, sacó la plata y salió a la calle apenas con una bolsa para hacer las compras. Pasó por la casa de la vecina, levantó la valija con su ropa y tomó un taxi a Retiro. El primer tren que consiguió salía hacia Mendoza. Esther no sabía nada de Mendoza, sólo que había montañas, pero esas montañas le salvaron la vida.

—¿Y vos qué hacés acá?

—Te vine a ver.

—Dejame en paz. Fuiste un hijo de puta conmigo.

—Exagerada. Ni siquiera te mandé a buscar cuando te escapaste. Me enteré de que estabas en Mendoza y ya sabés que nosotros teníamos amigos en todas partes. Te pude haber traído a patadas y no lo hice.

—No me interesa, no quiero saber más nada de vos.

—Yo tampoco quería saber más nada pero, ya ves, el destino nos vuelve a juntar.

—Nunca nos va a volver a juntar.

—No creas. ¿Sabías que trabajamos para la misma, digamos, empresa?

Bernardo había cambiado del alemán al polaco, el idioma de la intimidad cuando escaparon de Lodz. Ambos detestaban hablar en yiddish. Era el idioma de los viejos y los pobres, decían. Entre ellos hablaban en polaco. Pero Esther había dejado de hablar en polaco y en yiddish cuando se escapó de Bernardo y de la Zwi Migdal. En las entrevistas decía que su acento era alemán pero que pensaba en

argentino. Lo cierto es que ningún idioma le servía ahora para entender cómo había vuelto Bernardo a su vida. Esther leyó sobre las redadas contra la Zwi Migdal desde Mendoza y se alegró hasta las lágrimas sin poder contarle a nadie. Entre los detenidos, junto al capo Noé Trauman, figuraba Bernardo Mitvein.

Pero no se animó a volver a Buenos Aires hasta que leyó que los "rufianes judíos", como los llamaban los diarios, habían sido condenados. Por alguna vieja amiga supo también que a Bernardo, el hombre que la hizo abortar al llegar a Buenos Aires, el canalla que la prostituyó durante seis años, lo habían mandado al penal de Ushuaia.

—¿No estabas preso?

—Sí, pero tengo buenos amigos que me sacaron y me llevaron a Alemania. Ahora soy casi un SS.

—¡Pero si sos judío!

—Aquí, en el fin del mundo, esos detalles no tienen mucha importancia mientras uno haga lo que le piden. Pero no vine a hablar de mí. Sólo a decirte que te voy a estar cuidando, como en los viejos buenos tiempos. Y que otra vez no te vas a escapar.

—Me importa un carajo. Yo estoy con Freude, que es más poderoso que vos y él haría cualquier cosa por mí.

—No creas. Es un banquero. Lo que más le importa es la plata.

—No te metas conmigo.

—Al contrario. Te voy a estar cuidando. Es lo mejor para todos. Pensá bien lo que vas a hacer.

Los músicos habían terminado de afinar.

Silencio antes de levantar el telón.

Esther volvió a temblar y esta vez apretó fuerte el brazo de Freude.

El banquero se inclinó galante y, en alemán, le dijo al oído: emocionante el ballet, ¿no?

***

Buenos Aires, 9 de julio de 1938

Había vuelto.

Cuando bajó las escaleras del Teatro Colón sintió el aire frío y se rio solo.

Había vuelto a Buenos Aires y a Esther. Ella había crecido; la plata del banquero le sentaba bien. Y él había sobrevivido. Aunque nadie daba un peso por él. Era como el Conde de Montecristo. Esther leía siempre esa novela y se la hizo leer a él en polaco. Sí. Era como Montecristo. Había estado preso, había escapado, había cambiado de nombre, había vuelto.

Cuando cayó la Zwi Migdal, en 1930, a Bernardo Mitvein lo mandaron primero a la cárcel de Devoto. En menos de un año casi todos los jefes, ricos, quedaron libres y se volvieron a Europa; en cambio, los eslabones menores, los que cuidaban la recaudación, los que cazaban a las chicas cuando se escapaban, esos quedaron presos.

A Bernardo, además de amenazas y palizas a las mujeres, lo acusaron de haber tirado a una de las chicas por un balcón. No había sido él; había sido uno de los jefes, pero la Zwi Migdal era una

sociedad de socorros mutuos y le dijeron que a él no le iba a faltar nada en prisión si salvaba a uno de los jefes. Lo condenaron a veinte años y lo mandaron a la peor cárcel de la Argentina: Ushuaia. Y los socorros mutuos nunca llegaron hasta el fin del mundo. Así se convirtió en un judío que odiaba a los judíos.

Iba a extrañar la buena vida, pensó, cuando lo subieron al barco que llevaba los presos. La buena ropa, las cenas, muchas mujeres para tener sexo cuando quisiera. No le tenía miedo al frío; al fin y al cabo, había nacido en Polonia, pero sí a la soledad, a no tener mujeres ni plata ni jefes.

En el Penal de Ushuaia hizo lo que hacían todos: taló árboles, picó piedras, se congeló mal vestido en la nieve, pero se hizo amigo del maestro de víveres, un hijo de alemanes que adoraba hablar en alemán, al que no le molestaban los judíos, pero detestaba a los anarquistas que eran los únicos que hablaban alemán en esa cárcel. Cuando apareció Bernardo lo tomó como asistente de cocina para que le hablara en alemán. Así Bernardo pudo comer y, bien comido, pudo empezar a entrenar.

El trabajo en el bosque y entre las piedras dejaba muy débiles a los presos, y Bernardo sabía que no podía estar débil porque un día en una pelea lo iban a matar. No había semana en que no le vinieran a gritar judío rufián y lo desafiaran a un mano a mano. En los primeros cruces pegó, le pegaron, nada grave. Hasta que un día al que lo vino a desafiar le dijo que sí, pero por plata, ropa o comida.

Desde ahí siempre peleó por algo y le iba cada vez mejor. Bernardo medía 1,86 y, bien alimentado por el maestro de víveres, llegaba a los 93 kilos. Los guardias vieron cómo peleaba Mitvein y también vieron el negocio: peleas por plata en la cárcel con gente de

afuera. Un negocio perfecto para una aldea aburrida. Ellos levantaban las apuestas y los que apostaban estaban seguros de que nunca les iban a dejar de pagar ni les iban a robar, al fin y al cabo, estaban en un presidio.

Durante más de un año, todas las semanas, Bernardo peleó con leñadores, albañiles, marineros de paso, siempre por plata. Los guardiacárceles lo empezaron a cuidar como a un caballo pura sangre: hachaba árboles y picaba piedras, pero sólo para entrenar; le daban la mejor comida, una celda para él solo y un lugar especial con pesas hechas con cadenas y grilletes de los presos. Con cueros de oveja y arena, Bernardo además se armó una bolsa y la colgó del techo. Esos cueros de oveja, un día, le ofrecieron la manera de fugarse.

Durante varias semanas en las salidas al bosque, Bernardo fue dejando cueros al pie de un mismo árbol. Sabía que no podía tentarse con los ríos congelados. Son más rápidos que la nieve espesa para correr, pero son traicioneros. El hielo se quiebra y el agua fría te mata al instante.

En una de las peleas le ganó una brújula a un marinero. Necesitaba encontrar el Oeste. Al Oeste estaba la frontera con Chile, a unos 60 kilómetros, dos días de marcha más o menos. También sabía que en junio los días eran tan cortos que el trencito que llevaba los presos al bosque volvía casi de noche.

Así, el 25 de junio de 1934, Bernardo Mitvein se tiró del tren a la nieve. Le dispararon, pero era difícil que le acertaran en la noche. Sabía que los guardiacárceles no se iban a tirar del tren a buscarlo por temor a perderse y morir congelados. Iban a esperar hasta el

otro día para salir con los perros por las huellas. Pero si esa noche nevaba, no habría huellas.

Bernardo se tiró del tren cerca del árbol de los cueros de oveja. Al pasar los levantó y empezó a caminar hacia el Oeste. Llevaba unos borceguíes nuevos que le había comprado a otro marinero y todo el abrigo posible debajo del uniforme rayado de los presos de Ushuaia. Caminó y caminó, en la noche nevada, siempre al Oeste.

Tres horas después paró. Los cueros de oveja le pesaban mucho, pero eran necesarios. Entre los cueros había metido nueces, barras de chocolate, una aguja gruesa y un tiento. En un claro de luna, como pudo, cosió los cueros. Reservó la bencina del encendedor para mirar la brújula. Caminó una hora más, ya debía ser medianoche. Estaba agotado, pero le faltaba hacer lo que le salvaría la vida.

***

Ushuaia, 26 de junio de 1934

Bernardo Mitvein buscó un claro donde hubiera nieve espesa, ya hielo, y con un hacha corta que había traído del bosque empezó a hacer un hueco. Limpió el piso de nieve y armó una fogata. A esa distancia ni el fuego ni el humo lo iban a delatar. En la cárcel había leído que los esquimales vivían en casas de hielo y así empezó a planear la fuga imposible, la fuga donde tantos habían muerto, la fuga del penal de Ushuaia.

El único que había escapado de la cárcel de Ushuaia fue Simón Radowitzky, el anarquista que mató al coronel Ramón Falcón. Pero

Radowitzky tuvo apoyo desde afuera y Bernardo no tenía a nadie. Había pensado fugarse vestido de guardiacárcel como Radowitzky, pero al llegar a la ciudad lo encontrarían rápido. A Radowitzky, además, los anarquistas le habían preparado un barco para sacarlo de Tierra del Fuego. A Bernardo, la Sociedad de Socorros Mutuos Varsovia, la Zwi Migdal, no lo había socorrido ni con una bolsa de comida. Los rufianes judíos lo habían dejado tirado, ni una carta le mandaron.

Estaba seguro de que lo mejor era escapar por el bosque. Pero tenía que resolver primero cómo aguantar el frío. Así descubrió lo de las casas de los esquimales. En los iglúes, el hielo de las paredes los protegía del viento helado y de la nieve nueva. Bien. Bernardo no necesitaba una casa, apenas un hueco para pasar la noche. En la cárcel, otros presos le habían contado, además, que los indios onas usaban aceite de foca para no pasar frío: tomaban aceite, se untaban con aceite. Y las pieles, claro. En las semanas previas a la fuga tomó mucho aceite de pescado y engordó cinco kilos para tener más grasa en el cuerpo.

A la luz de la fogata, Bernardo cavó un hueco como para caber sentado. Arrimó unas brasas y tronquitos de reserva para la noche y como pudo cerró con nieve la entrada del hueco. Comió un par de barras de chocolate y unas nueces, se envolvió en los cueros de oveja y se preparó para pasar la noche más larga de su vida. Sabía que no se iba a poder dormir, sabía que, en Ushuaia, en invierno, recién amanecía a las diez de la mañana. Sabía que iba a nevar en algún momento y que el peor frío llegaría antes del amanecer.

Todo eso lo tenía calculado, pero lo que más le daba miedo era su cabeza: ¿cómo iba a aguantar ahí quieto sin moverse? Salir del

hueco de hielo era ir camino a una muerte segura. Si lo encontraban en el hueco a lo sumo lo devolverían al penal, lo golpearían unos días y lo meterían en un buzón de castigo, pero iba a sobrevivir. En cambio, si calculaba mal sus fuerzas y su calor, iba a morir congelado.

Pasó la noche peleando contra el sueño: dormir era morir. Pero el sueño lo vencía y él se sobresaltaba al despertarse y ver que seguía vivo. Siguió alimentando el fuego y comiendo nueces para matar el tiempo. Pensó en cómo había llegado hasta ahí y soñó un futuro libre de regreso a Polonia, al otro lado del mundo.

Como la lenga es una madera dura, las brasas resistieron hasta el amanecer y Bernardo pudo salir vivo de su hueco de hielo. Ya había algo de sol cuando volvió a caminar hacia el Oeste. Seguro lo buscarían primero en Ushuaia, no en el bosque, no rumbo a la frontera con Chile.

Caminó hasta pasado mediodía, otra vez con los cueros de oveja a cuestas. Sintió que subía la ladera de un monte. Al otro lado había un valle con un río casi congelado. Cazó una trucha a palazos, la cocinó y se preparó para armar otro hueco de nieve para pasar la noche cuando escuchó un trote. Era un cazador que venía con varias pieles de guanaco todavía con sangre atadas al apero. Si era cazador, seguro tenía una escopeta. Había que andar con cuidado.

Con sus noventa kilos, le cayó encima desde un árbol y con el hacha le pegó un par de golpes de plano para dejarlo manso. Le sacó el revólver del cinto y ató al cazador a un tronco. Le tiró nieve a la cara para despertarlo y le preguntó por dónde podía llegar a Chile. El hombre le mostró un camino y Bernardo le dejó algo de su propia comida antes de robarle el caballo, las armas y los cueros de

guanaco, y también le dejó su ropa, el uniforme de la cárcel y siguió viaje.

Con el caballo fue todo más fácil. Atravesó un par de estancias, entró en Chile y preguntando por el mar llegó hasta un aserradero. Ahí vendió el caballo y los cueros y se quedó un par de semanas trabajando hasta que juntó plata y llegó a Puerto Montt en un barco que llevaba madera.

En Puerto Montt estuvo varios meses trabajando en un circo por la comida: bañó animales, hizo de forzudo y hasta aprendió a tirar cuchillos. En las noches volvió a pelear por plata en clubes y cabarets. Un día escuchó que a sus espaldas hablaban bien de él en alemán. Se dio vuelta y antes de noquear a un marinero peruano les agradeció, también en alemán.

Después de la pelea, Bernardo se quedó tomando una ginebra con esos alemanes; le contaron que eran marineros de un buque de guerra, el Dresden, que había sido hundido por los británicos en la costa chilena durante la Primera Guerra Mundial. Ahora, casi veinte años después, ya tenían negocios y familia en Chile y no pensaban volver a Alemania, aunque se los pidiera el mismísimo Hitler. Bernardo les contó a medias su historia y les dijo que él sí quería volver a Europa, pero necesitaba documentos. Le prometieron ayuda y quedó en verlos al otro día.

Uno de los alemanes se llamaba Pedro Lehman y tenía un negocio de venta de artículos navales. A Bernardo ni se le pasó por la cabeza que podía ser un espía nazi. Lehman le sacó una foto y le dijo que en un mes iba a tener novedades.

Al mes, Bernardo volvió y pagó con todos sus ahorros el nuevo pasaporte alemán. Ahora se llamaba Federico Grimm. Lehman le dio

un sobre lacrado y una dirección en Bariloche. Le dijo que ahí lo esperaría un amigo que lo iba a ayudar a volver a Europa.

Le decían Kapitän Diego Miller, pero, en verdad, se llamaba Dietrich Niebuhr.

Su nuevo jefe.

***

CONFIDENCIAL

1. REFERENCIAS: USFET MIS Center CI-PIR No. 97, 17 de enero de 1946

2. DATOS PERSONALES

a. APELLIDO: NIEBUHR
b. NOMBRE: DIETRICH
c. ALIAS: KAPITÄN DIEGO MILLER / BELGRANO
d. LUGAR DE NACIMIENTO: JELENIA GORA, POLONIA
e. NACIONALIDAD: alemana
f. OCUPACIÓN: oficial naval
g. RELIGIÓN: protestante
h. ALTURA: 1,81 m.
i. PESO: 68 kilos
j. CONTEXTURA: delgada
k. ROSTRO: oval
l. CABELLO: gris
m. OJOS: marrones
n. PARTICULARIDAD FÍSICA: ninguna
o. IDIOMAS: ESPAÑOL, FRANCÉS, INGLÉS ELEMENTAL (...)

3. DATOS ADMINISTRATIVOS

a. ORIGEN DEL PRISIONERO, INCLUYENDO AGENCIA DE ARRESTO. 3 US ARMY 1C. Arrestado por xxxxxxx (tachado en el original) 12 de junio de 1945
b. FECHA DE LLEGADA: 3 de octubre de 1945
c. INTERROGADORES: Tte. Julius MAAS, USFET MIS Center.
d. ACTITUD DEL PRISIONERO Y REACCIONES: Niebuhr es inteligente y probablemente entregue información confiable, a veces envuelta en tediosas generalidades.
e. EVALUACIÓN DE LA CONFIANZA DEL PRISIONERO: probablemente confiable.

4. RESULTADOS DEL INTERROGATORIO

Primeros años

DIETRICH NIEBUHR nació el 21 de octubre de 1988. Entró en la Marina en 1907 como cadete. En 1913 fue transferido al servicio de submarinos. Durante el comienzo de la Primera Guerra Mundial sirvió en el submarino U21 en el Atlántico y en el Canal de la Mancha. En 1916 se convirtió en comandante del submarino B 43 pero luego fue transferido a la oficina del staff del jefe del área de submarinos.

En 1919 NIEBUHR dejó la Marina y se convirtió en aprendiz en la granja de un tío en Niederlausitz y el mismo año se casó. Fue a la Universidad de Breslau donde se graduó en Agronomía en 1921. Como no podía mantener a su familia con los ingresos de la granja, aceptó un puesto como representante de una firma naviera y luego volvió a la Marina como empleado administrativo. En 1933 fue reclutado por el servicio de inteligencia de la Marina alemana, el Abwehr.

Servicios como Agregado Naval en Sudamérica

En 1936 NIEBUHR fue designado Agregado Naval para Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y, un año más tarde, Chile. Además de su función como Agregado Naval, se desempeñó como virtual agregado del Ejército y la Fuerza Aérea alemana. Durante su estadía en Argentina, NIEBUHR procuró información sensible para los movimientos de la Marina alemana en el Atlántico y tuvo a su cargo numerosos agentes. (…)

(Archivos desclasificados sobre Dietrich Niebuhr,
The National Achives, Londres, 1946, carpeta
KV2/3301)

***

Marsella, 23 de julio de 1938

Un pasaporte británico abría muchas puertas. Philby lo sabía, aunque lo detestaba. Era un pasaporte burgués, imperial y él era un comunista. Pero ese pasaporte imperial lo había salvado varias veces en Austria, en su bautismo de fuego como revolucionario. Fue en Viena donde Philby descubrió que su pasaporte, su cara de buen chico inglés y su tartamudeo servían para burlar guardias y controles. Litzi y sus jefes del Partido Comunista austríaco también se dieron cuenta y por eso lo usaban de correo.

A veces cruzaba la ciudad con panfletos o con inmensos paquetes de dinero devaluado. Siempre lo salvó su pasaporte británico. Incluso cuando, en un retén, un nazi austríaco le puso una pistola en la cabeza y le dijo que tenía cara de judío. Philby tartamudeó que era inglés, mostró su pasaporte y zafó. El nazi no se dio cuenta de que se había orinado los pantalones.

Gracias a su pasaporte burgués, imperial, Philby pudo sacar a Litzi con vida de Austria: se casaron y lograron escapar a Londres. Al llegar a Marsella, Philby pensó que esta vez su pasaporte británico lo llevaría a la cárcel. Si la policía lo estaba buscando, lo detendrían al embarcar. Pero si buscaba un pasaporte falso, lo iban a esquilmar y además iba a tener que esperar varios días.

Así las cosas, volvió a confiar en su pasaporte imperial. Fue a las oficinas de la Compagnie de Chargeurs Réunis y con su nombre verdadero sacó un pasaje a Buenos Aires en segunda para el día siguiente al atardecer.

Buscó un hotel decente y —tal como le había enseñado MANN— salió a comprar ropa para su nueva personalidad. En Buenos Aires volvería a ser un periodista *free lance*, un excorresponsal del prestigioso y conservador diario inglés *The Times* que haría un reportaje sobre ese país próspero del sur del mundo que mandaba carne, trigo y lana al Imperio.

Compró dos maletas, una grande para ropa y otra de mano para papeles. Compró ropa de abrigo, un ambo, un sombrero y un piloto. Le costó encontrar talles y un sastre que le ajustara todo en un día.

Compró dos pares de zapatos, uno negro y uno marrón. Compró tabaco para su pipa, varios cuadernos, tinta para las lapiceras, revistas, libros y una guía turística de Buenos Aires. Pensó en comprar una máquina de escribir, pero sería muy pesada; seguro en el barco iba a conseguir alguna.

Al llegar al hotel tiró sus zapatos agujereados y les agradeció por la fuga. Tiró lo que le quedaba de su ropa de obrero francés que todavía olía a pescado. Guardó la pistola que le robó al búlgaro en la maleta grande y la navaja en la maleta pequeña. Tiró el cuchillo que

se había robado en Perpignan: en el barco encontraría otros mejores.

Al día siguiente, enfrentó tranquilo, jugado, a los policías de Migraciones. Su pasaporte británico, imperial, hizo el resto. Pasó. O no tenía orden de captura o no sabían su nombre. Bien. Tampoco lo revisaron en la Aduana.

Dejó sus cosas en el camarote mínimo y volvió a la cubierta de la segunda clase a mirar los pasajeros que subían y los que iban a despedirlos.

Philby sabía que en el muelle no iba a encontrar a nadie que fuera a agitar un pañuelo por él, pero igual siguió buscando con la mirada. ¿Quién le hubiera gustado que estuviera? ¿Su madre? ¿Litzi? ¿Su padre, siempre tan soberbio y distante? Cualquiera, pero alguien. Necesitaba un pañuelo de despedida y perdón desde el muelle. Había matado a un hombre, había roto con su organización, habían desaparecido sus maestros.

Era un asesino, un traidor, un huérfano que huía al otro lado del mundo.

Desde la borda, contra el viento cálido, lloró en silencio cuando el barco empezó a moverse.

***

MEMORIAS DE PÁVEL SUDOPLÁTOV

Conocí a Ramón Mercader del Río durante mi estancia en Barcelona, cuando él era un joven teniente recién llegado de una misión tras las líneas de Franco. Mercader tenía veinte años y era un joven

fascinante. Supe que su hermano mayor había muerto en combate al atarse varias granadas al cuerpo y tirarse debajo de un tanque alemán que avanzaba sobre los republicanos. Su madre, Caridad, gozaba igualmente de buena reputación entre los comandos de la Resistencia por haber sido herida durante un bombardeo y haber demostrado coraje en combate. Yo entonces no imaginaba lo que el destino le deparaba a Mercader: convertirse en el asesino de Trotsky. Y yo iba a dirigir esa operación.

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; p. 59, traducción propia)

***

Biarritz, 25 de julio de 1938

Los espías no son como los policías, suelen tener buen gusto, pensaba Pável Sudoplátov mientras caminaba por la rambla de Biarritz. Por eso se juntan en lugares espléndidos como Biarritz: buenos hoteles, buenos vinos, buenos sastres, buenas mujeres que espían a los espías.

Durante la guerra civil española, Biarritz se había llenado de espías de todos los servicios del mundo. Desde ahí se podía seguir la guerra en detalle, pero sin tener que esperar un bombazo o una bala perdida. Por más que en Francia gobernaran los socialistas, Biarritz seguía siendo Biarritz, el balneario donde la esposa de Napoleón

montó un castillo y donde los ricos franceses exhibían lo que en París ocultaban.

Pero Sudoplátov no había venido a Biarritz a estudiar a los burgueses ni a los espías, sino a buscar pistas sobre Orlov y Philby. Desde Perpignan, había mandado cables cifrados a la embajada soviética. Le había salido todo mal: ni Orlov ni el oro robado aparecían; Philby escapó y hasta creían que fue él quien degolló al agente Viktor Pravdin. Había que cobrarse esa cuenta.

En los cables Sudoplátov también pidió refuerzos a la oficina de París: que venga Litzi a Biarritz con su libreta de matrimonio para poder entrar a la habitación de Philby (SÖNNCHEN), revisar sus cosas y averiguar dónde se había metido; que venga Arnold Deutsch (OTTO), el supervisor de Philby; y que venga también un joven agente español que estaban entrenando en París, Ramón Mercader. Si Philby había vuelto a España del lado de los franquistas, lo iba a necesitar.

La habitación de Philby parecía lo que era, la de un reportero de guerra. Poca ropa, muchos diarios; lápices, lapiceras, cuadernos, una máquina de escribir, telegramas con instrucciones del diario, notas corregidas, nada de valor. Pegado a la madera de atrás de un cajón encontraron el código de transmisión.

Mal indicio, pensaba Sudoplátov, caminando por la rambla de Biarritz.

SÖNNCHEN no pensaba transmitir ningún cable a la base de París / ya sabía que iba a romper cuando viajó a Perpignan / ¿o no? / no hubiera dejado cosas en el hotel / ¿estaba confabulado con Orlov? / Orlov era su instructor / Philby lo admiraba / confiaba en él / pero

hay algo que no cierra / Philby ya no es un burgués / rompió con su familia y con su clase / yo leí los informes de sus instructores / lo probaron de muchas maneras / no rompería con la Revolución por dinero / ni por mucho dinero / es joven / Orlov en cambio es un lobo viejo / está jugado / teme ser purgado / pero ¿qué sabe SÖNNCHEN de las purgas en Moscú? / ¿hasta acá llegaron las noticias? / ¿qué más sabe? / si Orlov es su fuente y habla puede ser un desastre / encima Philby sigue trabajando para The Times */ ¿y si lo publica en Londres? / peor / y a mí seguro me purgan al volver a Moscú*

Como Kim y Litzi nunca habían formalizado su divorcio y ni siquiera le habían dicho a la familia Philby que estaban separados, Litzi llamó preocupada a la madre para ver si sabían algo de Kim.

Nada. Para ella, estaba en España.

Litzi llamó también a uno de los tres amigos de Kim reclutados para la NKVD en Cambridge. Nada. Ni una postal. Uno de esos amigos con contactos en *The Times* pudo averiguar algo más. Le dijeron que Philby estaba de vacaciones, que había mandado un telegrama donde decía que se iba a quedar unas semanas en Francia paseando por la Costa Azul.

¿dónde estaba Orlov? / ¿dónde estaba el oro? / ¿dónde estaba SÖNNCHEN?

Sudoplátov vio llegar corriendo a Oleg Afanasiev por la rambla. El búlgaro traía un papel en la mano. Era un telegrama. Sus contactos en el Partido Comunista Francés habían funcionado. El telegrama

venía de Marsella. De Orlov ni noticias, pero Philby había embarcado hacia Buenos Aires dos días atrás.

Buenos Aires / eso queda en Argentina / no tenemos a nadie allá / Orlov lo sabe / seguro se va a encontrar con SÖNNCHEN / van a buscar identidades nuevas y se van a ir a disfrutar el oro / eso si no llegamos antes nosotros

Al volver al hotel, Sudoplátov pidió instrucciones urgentes a Moscú. Le habían encargado que formara un comando para *purgar* a León Trotsky en México, pero ahora se había fugado Alexander Orlov, que sabía quiénes eran y dónde estaban los agentes de la NKVD en toda Europa. ¿Qué tenía que hacer? Desde Moscú le contestaron que lo importante era Trotsky, pero que mandara una misión a la Argentina con agentes de su confianza para ubicar a Orlov y a Philby.

Pensó en mandar a Litzi con un par de sicarios como los búlgaros, pero le pareció que el truco de "alguien de mucha confianza" como cebo no iba a servir esta vez. Ya lo había usado en Suiza para matar a Ignace Reiss/MANN. Seguro que Orlov ya se había enterado y Philby iba a estar atento. No. Tenía que mandar un comando mínimo pero eficiente.

Un sicario profesional: Oleg Afanasiev, el búlgaro. No hablaba español, pero sabía cómo no dejar huellas y quería vengar a su primo.

Y un seductor: Ramón Mercader del Río. Hablaba español, francés, catalán. La NKVD le había encargado que sedujera a Sylvia Ageloff, una dirigente trotskista estadounidense que había llegado a París

para el congreso fundacional de la Cuarta Internacional. Mercader se hacía pasar por un tal Jacques Monard, supuesto hijo de un diplomático belga. Ageloff, además de militante, era traductora y viajaba seguido a México. Era la vía perfecta para llegar al entorno de Trotsky. Pero para eso faltaba. Mercader sabría hacer las preguntas correctas para ubicar a Philby sin que nadie se diera cuenta.

Sudoplátov iba a necesitar, además, alguien que conociera el terreno. En Argentina no había ni siquiera embajada soviética. Mercader le dijo que, en París, entrenando con él, había un dirigente del Partido Comunista Argentino. Lo había conocido en España; era italiano de nacimiento, pero ciudadano argentino.

Victorio Codovilla se llamaba.

Iba a servir.

1 Nombre del servicio de inteligencia soviético en tiempos de Josep Stalin.

II

Mar Mediterráneo, rumbo a Gibraltar
25 de julio de 1938

Escribo este diario a bordo para ordenar mis ideas y pensar qué voy a hacer de mi vida.

Quiero que, si me pasa algo, este cuaderno les llegue a mis padres y mis amigos a manera de despedida.

Voy a contar todo acá, sin claves ni tinta invisible; lo que sé y lo que no sé. Lo que intuyo y lo que ignoro. Esta vez no escribo como un agente ni como un cronista, sino como un hombre desesperado a quien todos le soltaron la mano.

Estoy rumbo a un país lejano y desconocido, después de huir de enemigos que no entiendo por qué me persiguen si yo no hice nada. Voy a tener que encontrar a alguien en quien confiar para dejarle este cuaderno en custodia y con instrucciones de remitirlo a Londres si me pasa algo. Ya veremos.

Me llamo Harold Adrian Russell Philby, pero todos me apodan Kim. Tengo veintiséis años. Cargo un pasaporte británico, pero soy un convencido comunista y antifascista. Nunca he traicionado mis ideales, he militado y he expuesto mi vida por ellos. Sin embargo, me persiguen mis propios camaradas.

No quierom Philby, espía inglés; Bernardo Mitvein, un judío de la Zwi Migdal que trabaja para los nazis; Esther Binder, actriz de renombre y gran amor de Pastrana; un coronel argentino y una actriz secundaria llamada Eva son los personajes principales que llevarán la acción sobre un telón de fondo en el que nadie es inocente. Con un ritmo vertiginoso y una reconstrucción de época impecable, el reconocido periodista Rolando Graña debuta con una novela de espías que no da respiro. Una historia de intrigas, pasiones y lealtades cruzadas y también una historia de amor que, incluso en tiempos de guerra, puede cambiarlo todo. Si miro mi vida hoy, el panorama es desolador. Estoy huyendo al otro lado del mundo con una muerte a cuestas. ¿Volveré alguna vez a Europa? Una cosa es ser revolucionario; otra ser espía. Mis maestros me dijeron que para ser un buen sonar solemne pero creo que he quedado en medio de una intriga de espionaje internacional, aunque soy un personaje menor, un eslabón ínfimo, un actor de reparto.

Salvé mi vida de milagro, escapé de seguros tormentos y maté a un hombre. Sobre esto no quiero dar detalles para no incriminarme, bastante va a pesar para siempre en mi conciencia.

No entiendo demasiado qué está pasando, pero está pasando. Espero poder esclarecerlo con el tiempo y, si no, vayan estas páginas como prueba de mi ignorancia y de lo poco que puedo explicar.

Empecemos por lo que sé.

Estoy escapando a Buenos Aires.

Estaba yendo a una cita con mi supervisor, Big Bill[2] en Perpignan, pero él no vino. Me empezaron a seguir. Pensé que podían ser franquistas o nazis, pero resultaron ser un búlgaro y otro más,

camaradas comunistas, estoy seguro. Agentes de mi propia agencia, apuesto.

Es obvio que no me buscan a mí. Buscan a Big Bill. Pero ¿por qué?

En los dos últimos encuentros en Perpignan se lo veía ansioso y preocupado; una vez vino con una ametralladora bajo el piloto. Me dijo que había problemas en Moscú, que algunos de sus amigos estaban siendo perseguidos injustamente. Y no mucho más.

Pero cuargas" de Stalin. Una purga es una depuración, una diarrea, una mierda, bah. Pero ¿qué era lo que estaban "depurando" en la Unión Soviética? Los funcionarios franquistas, los agentes alemanes con los que yo trataba estaban felices. Decían que Stalin se había vuelto loco, que estaba matando a todo el mundo. ¿Sería verdad?

Decían más: empezó por los camaradas de Lenin, los revolucionarios de la primera hora; siguió con la primera plana del Ejército Rojo y ahora la emprendió contra los agentes de la propia NKVD. A todos los acusa, decían los nazis entre risas, ¡de agentes nuestros! Y si no los puede acusar de espías, los acusa de trotskistas.

¡Pero cómo iban a acusar a Big Bill de trotskista! Los franquistas juraban que habían sido justamente los agentes soviéticos los que secuestraron a Andreu Nin, el líder de los trotskistas catalanes. Y Big Bill era el jefe de todos los agentes de inteligencia soviéticos que estaban ayudando a la República contra el fascismo. A mí mismo me habló Big Bill de Nin, me dijo que lo tenía harto con las peleas y las divisiones en el frente catalán.

No sé qué pudo haber pasado con Big Bill. Era un héroe para todoren secuestrarlo? ¿Lo habrán capturado ya?

Escribo a mano para calmar la cabeza. No sé por qué, pero cuando escribo a mano no tartamudeo por dentro. Siento que escribiendo voy a poder ordenar este rompecabezas y tomar las decisiones correctas. Lo necesito. Si miro mi vida hoy, el panorama es desolador. Estoy huyendo al otro lado del mundo con una muerte a cuestas.

¿Volveré alguna vez a Europa?

¿Volveré a ver a mis padres?

¿En qué estoy metido?

Tal vez no haya nacido para este mundo de las intrigas.

Una cosa es ser revolucionario; otra ser espía.

Mis maestros me dijeron que para ser un buen agente había que estar tranquilo, relajado. Que ser espía no era distinto de ser actor.

Con una diferencia:s nosotros. Fue el hombre que logró quitarles el oro de España a los franquistas y ponerlo a buen resguardo en Moscú para la causa de la Revolución. ¿Por qué quie si los actores actúan mal, se bajan del escenario abucheados.

Si los espías actúan mal, mueren.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

* * *

CONFIDENCIAL

UNITED STATES FORCES EUROPEAN THEATER
MILITARY INTELLIGENCE SERVICE CENTER

Funciones del Agregado Naval en Buenos Aires (1936-1943)

PRISIONERO: Kptn. NIEBUHR, Dietrich

Dietrich NIEBUHR se acreditó como Agregado Naval ante los gobiernos de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y, más tarde, Chile, aunque manteniendo siempre su residencia en Buenos Aires. También desempeñó tareas como agregado del Ejército y la Fuerza Aérea alemana hasta 1940.

Durante su misión, NIEBUHR viajó mucho, desde ciudades como Belém do Pará, en el lejano norte hasta Magallanes (Punta Arenas) en el extremo sur del continente. También recorrió la costa del Pacífico hasta Arica, Chile. El propósito de estos viajes fue conseguir información marítima sensible: puertos, comercio y fuerza naval de las diferentes repúblicas.

Cada semana, NIEBUHR enviaba a Berlín informes sobre movimientos de buques de pasajeros y de carga, daños de guerra sufridos y, de ser posible, detalles de los sistemas de defensa antisubmarinos que se veían en los barcos aliados en los diferentes puertos. También s nosotros. Fue el hombre que logró quitarles el oro de España a los franquistas y ponerlo a buen resguardo en Moscú para la causa de la Revolución. ¿Por qué quiereportó sobre programas de construcción naval e industrial en Sudamérica. Sus fuentes principales eran la prensa, los industriales, militares y marinos argentinos y la vasta colonia alemana de Buenos Aires.

La principal tarea de NIEBUHR —sobre todo después del estallido de la guerra, pero también antes— fue hacer llegar a puertos seguros a los barcos alemanes con granos, comida y otro tipo de carga de vital importancia. La dificultad principal fue el suministro de combustible para estos buques. NIEBUHR recibía las órdenes de navegación desde el comando de la Kriegsmarine a través de mensajes encriptados con el Código Enigma.

Otra importante pero poco frecuente tarea de NIEBUHR fue proveer instalaciones de aprovisionamiento da Kriegsmarine. Pero estamos seguros de que como parte de la Ettapendienst hubo más casos similares. Consideramos —pese a las evasivas del prisionero— que debe haber aún en la costa argentina numerosas bases de aprovisionamiento disimuladas en establecimientos rurales o pequeños puertos privados que merecen ser investigadas.

Agentes a cargo de NIEBUHR

VON ARONOFF, Gerda: secretaria, mecanógrafa, regresó a Alemania a fines de 1938.

MULLER, Martin/ GRIMM, Federico / MITVEIN, Bernardo: asistente, guardaespaldas, posible amante, paradero desconocido.

MARTENS, Thilo: agente del Abwehr, especialista en comercio e industria naval. Encubierto como gerente de la Naviera Delfino de Buenos Aires.

LIEBERTH, Hans (a) Maus: Telegrafista de la Naviera Delfino.

SANDSTEDE, Gottfried: agente de la Gestapo en Argentina, encubierto como representante de la empresa de Ferrocarriles Alemanes.

MAURER, Lina: fotógrafa, laboratorista, especialista en microfilms.

VON APPEN, Albert Julius (a) APFEL: agente del Abwehr, especialista en sabotajes, encubierto como representante en Valparaíso, Chile, de la empresa naviera Hamburg America Line. Lideró un equipo de sabotaje que actuó en Argentina, Chile y Perú. Se desconocen los nombres de sus subordinados. NIEBUHR niega saber acerca de la existencia de este equipo, pese a que VON APPEN estaba bajo su directo control.

Pago de los agentes

NIEBUHR les pagaba a los agentes del Abwehr con fondos especiales que le fueron remitidos desde Berlín entre 1936 y 1939. Estos fondos llegaron a ser de 650.000 reichmarks y eran cambiados a dólares, libras esterlinas y pesos argentinos. A comienzos de la guerra, NIEBUHR recibió otros 800.000 reichmarks a través de Heinz JUNGE, un agente que llegó en avión en 1939. Todos estos fondos fueron utilizados para tareas de inteligencia.

Evaluación del Abwehr en Sudamérica

NIEBUHR insiste en que las actividades del Abwehr en Sudamérica tuvieron poco éxito por las siguientes razones:

a. Los agentes eran en su mayoría de origen humilde y no estaban en posición de tener contacto con figuras políticas o militares que les brindaran información valiosa (FALSO)
b. Los gerentes y representantes de firmas alemanas no fueron lo suficientemente aprovechados como fuente de información (FALSO)
c. Los agentes no tenían entrenamiento en tareas de inteligencia (FALSO)

Conclusión

No estamos en condiciones de evaluar si NIEBUHR dice la verdad e combustible para los buques corsarios alemanes. Sabemos que al menos en una oportunidad, un buque alemán proveyó combustible en alta mar a una unidad de l o miente sobre la penetración pasada y actual del Abwehr en Sudamérica. Hemos encontrado muchos puntos con evidentes mentiras.

Se recomienda mantenerlo prisionero.

(Archivos desclasificados sobre Dietrich Niebuhr,
The National Achives, Londres, 1946, carpeta
KV2/3301)

***

Buenos Aires, 14 de agosto de 1938

Dietrich Niebuhr había pensado aprovechar ese domingo de frío para una larga siesta. Le gustaba ir durmiéndose con un libro entre las manos, y así llevaba media hora cuando lo despertó el teléfono. No el teléfono de la entrada: alguna de las mucamas o el chofer lo hubieran atendido. Era el teléfono del escritorio, el de las urgencias. Raro un domingo.

—Disculpe, Dietrich, pero tiene que venir urgente a la embajada.

Era Thilo Martens, una de las pocas personas que lo podía llamar por su nombre y a ese teléfono. Thilo era casi un discípulo. Gerente de la Naviera Delfino, filial de la Hamburg Süd, era el hombre que mejores datos traía sobre lo que pasaba en el puerto de Buenos Aires: llegada y partida de cargueros o buques de pasajeros, barcos de bandera cambiada, quién estaba a sueldo de quién o de dónde venían y adónde iban las mercaderías que le interesaban al Abwehr.

Para conseguir esos datos, Thilo usaba a los propios empleados de la Naviera Delfino y a varios personajes a los que tenía a sueldo por debajo de la mesa: policías, inspectores de Aduana, guincheros. Un día, Thilo le dijo a Niebuhr que necesitaba un agente preparado, que supiera camuflarse y aguantar condiciones extremas. Enseguida Niebuhr pensó en Ludwig Schüller: había sido entrenado como

comando en Alemania para infiltrarse donde fuera. Cuando empezara la guerra, una de sus tareas podría ser disfrazarse de campesino perdido y, sin armas, cruzar las líneas enemigas y aflojar los bulones de las vías para que descarrilaran los trenes que llevaban pertrechos. Pero la guerra no había empezado y Schüller no entendía muy bien por qué lo habían mandado al otro lado del mundo. Cuando llegó a Buenos Aires, Niebuhr le adelantó algo. El Abwehr estaba preparando un plan para cortar el flujo de mercaderías que le llegaba a Inglaterra desde Argentina. Carne, lana, trigo, petróleo, maderas duras, todo viajaba por barco. Iba a haber en otras partes del mundo más agentes saboteando envíos similares. Sin esos insumos, Gran Bretaña no iba a poder aguantar demasiado el avance del Tercer Reich.

Niebuhr le explicó que para dejar sin alimentos y sin materias primas a los ingleses, el Reich contaba en el mar con los Corsarios y con los Lobos Grises. Los primeros eran buques de carga con armas escondidas que atacaban en alta mar; los segundos, los nuevos submarinos U Boot, un arma secreta que la Marina alemana todavía no había puesto en acción.

Pero los jefes de Niebuhr pensaban que, para cazar los barcos de suministros ingleses en alta mar, había que identificarlos antes de salir, saber sus horarios, sus escalas, su bandera y por eso el Abwehr armó bases de espionaje en los principales puertos del mundo.

Claro que el plan iba más allá y para eso también lo habían mandado a Schüller al otro lado del mundo. Los químicos alemanes habían perfeccionado un sistema de bombas de retardo que no se desactivaban con el agua ni el salitre. De modo tal que un buzo táctico como Schüller podría identificar un barco próximo a zarpar,

acercarse, por ejemplo, en un bote de pescadores, sumergirse, adosar la bomba al casco y volver a la costa. Unas horas después, cuando el barco estuviera lejos, ya en aguas internacionales, el explosivo abriría una brecha imposible de tapar. La tripulación tendría tiempo de saltar a los botes, pero la carga iba a perderse en el fondo del mar. Era importante no provocar muertes para no generar un escándalo internacional. Si no había muertes, nadie estaría demasiado interesado en denunciar nada y el seguro se haría cargo del barco y la mercancía.

Pero la guerra no había comenzado y Niebuhr no había recibido todavía instrucciones de hundir ningún carguero. Por eso, cuando Thilo le pidió un hombre que aguantara condiciones extremas Niebuhr no dudó en asignarle a Ludwig Schüller.

Así, desde hacía seis meses, Schüller vivía en el puerto de Buenos Aires como un pordiosero. Era increíble cómo ese joven de apenas veinte años, que había llegado a la Argentina afeitado, casi rapado, de traje impecable, se había convertido en ese marginal loco y sucio que andaba por los muelles con una manta en los hombros, vestido con harapos y zapatos agujereados. Se acercaba a los marineros y les pedía cigarrillos; les contaba dónde había buenas mujeres y entablaba charlas inocentes de donde sacaba datos increíbles. Por la noche, se escondía en una casilla de chapas junto a otros vagabundos reales y cuando todos estaban dormidos aprovechaba para ver con un pequeño largavista los movimientos de los muelles iluminados.

Gracias a Schüller, Martens y Niebuhr pudieron informar al Abwehr acerca de una inusual llegada de buques con banderas de países africanos, pero con marinos ingleses, muchos de ellos con modales

militares. Eran cargueros que llegaban casi vacíos y volvían con petróleo, alimentos, hierro. Pero había algo más. Desde lejos, varias veces, Schüller vio que cuando cargaban grandes cajas de madera aparecían en cubierta tipos con ametralladoras. Estaba claro que no eran precisamente marinos mercantes.

—¿Qué pasó?

—Ludwig no aparece. Prefiero no hablar por acá. Veámonos en su oficina, por favor. Dietrich, estoy muy preocupado.

***

Diario *Crítica*, Buenos Aires
14 de agosto de 1938

Hay una hora en las redacciones cuando por fin llega el silencio. Las máquinas de escribir callan y el humo de los cigarrillos decanta. A veces se escucha el tipeo corto de un título que falta y el sonido apurado del rodillo al sacar la hoja.

Para los periodistas es una hora mágica. La aprovechan sobre todo los que no tienen familia o ganas de volver a la casa y en ese momento ponen las patas en los escritorios, se aflojan más la corbata y hablan o piensan por igual pavadas y cosas profundas.

Rogelio Pastrana acababa de terminar el resumen de las carreras en Palermo, había comentado sobre caballos ganadores y perdedores, *trifectas* y *redoblonas*, *tapados* y *matungos* y había ganado unos buenos pesos con Barbijo y Cartucho, dos pingos por los que nadie daba dos mangos, pero un adiestrador le dijo que les jugara unos boletos y la *fija* no falló. Cualquier otra noche a Rogelio

se lo habría visto contento y jodón, pero hoy se demoraba en cada cosa distraído, ajeno.

Desde que la había visto en el Teatro Colón, Pastrana esperaba una llamada de Esther. Sabía que al cierre era más fácil comunicarse con el diario, que los teléfonos ya no daban ocupado todo el tiempo. Desde aquel 9 de julio, entonces, cada noche, Rogelio se demoraba en la redacción cuarenta minutos, una hora, esperando que llamara Esther. Y lo llamó cualquiera menos Esther: jockeys, cuidadores, dueños de caballos, tipos raros con algún dato, amigos del póker o del billar, su esposa para hablarle de Julito y de la cena. Nunca Esther.

Por eso, ese domingo, y como todas las otras noches, Rogelio apoyó los talones sobre el escritorio, la corbata floja, el chaleco abierto y sin darse cuenta volvió a repasar aquella velada en el Colón. Estaba seguro: el tipo al que Esther siguió era Bernardo Mitvein, el que se casó con ella y la trajo de Polonia, el que fue el marido perfecto en el viaje, pero al llegar la hizo abortar y la dejó estéril; el que la encerró en una casa de ablande donde otros rufianes judíos le pegaron y la violaron hasta sacarle toda rebeldía. Esther cumplió 17 años encerrada, quebrada, sola al otro lado del mundo. Esa noche se cortó los brazos, no buscaba las venas, sólo cortarse, muchos cortes, furia, rayas rojas primero, sangre clara después. Sintió un extraño alivio. Se puso azúcar en los cortes, miró cómo se secaba la sangre. Juró sobrevivir.

Después del ablande, los cafishios la entregaron a una madama que le hacía tomar cocaína para dejar de llorar y que le enseñó a caminar y a mirar a los clientes, a enloquecerlos con un par de trucos de puta vieja.

—Con vos vamos a ganar mucha plata, queridita.

Y así fue. Durante tres años, cada vez más tipos pagaron cada vez más plata para quedarse a solas con esa polaquita rubia de piel transparente, que al cerrar la puerta podía hacer delirar a cualquiera con sus perversiones.

Pero lo peor era la traición. Esther le había contado llorando a Rogelio, ahogada, que lo que más la enfurecía era que el canalla de Bernardo la hiciera chupar vergas en la semana y los sábados la llevara al templo y los domingos al cine y a cenar con ropa recién comprada como si fueran el matrimonio perfecto.

—Es lo mejor para todos. Pensá bien lo que vas a hacer.

Esa era la frase de Bernardo antes de cada salida social. Esther tenía que hablar con otras esposas y saludar niños como los que ella nunca tendría.

Era él, no había duda. Rogelio nunca había visto a Bernardo Mitvein, pero Esther le había hablado mil veces de ese monstruo. ¿Y entonces? ¿Por qué Esther lo siguió en el Colón y se metió con él en un palco? Rogelio vio todo. Si lo odiaba y le temía y se había escapado de él y de la Zwi Migdal a Mendoza, ¿por qué ahora volvía a hablar con él a escondidas? Además, ¿no estaba preso? ¿No lo habían condenado a más de diez años? Y si Bernardo había salido de la cárcel y había vuelto a su vida, ¿por qué no lo había buscado para contárselo? Cada vez que le pasaba algo importante, Esther lo buscaba, lo llamaba al diario, se encerraban y hablaban. ¿Por qué esta vez no?

La noche de la Gala del Colón, Rogelio entendió también que lo que había leído por ahí era cierto: Esther estaba haciendo de novia

del banquero Ludwig Freude. ¿Era una pantalla? Freude era viudo, podía mostrarse en público con ella, pero, ¿para qué?

Es poderoso y peligroso, le dijo Damonte Taborda, el director de *Crítica*.

—Freude no sólo es nazi. Maneja plata de los nazis.

Taborda no quiso publicar la foto de Esther con Freude.

—Qué raro que un tipo como Freude se muestre con una actriz. Que lo haga público en una Gala del Colón. Para mí es una estrategia para mostrarse más argentino. ¿La conocés?

—Apenas.

—Linda mina.

Hacía unos meses, la última vez que se vieron, Esther se despidió.

—No me vas a ver por un tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Viajás?

—No. Me ofrecieron algo y lo voy a aceptar. Voy a cumplir treinta, Rogelio, tengo que empezar a pensar en mi futuro.

—¡¿Me podés decir qué vas a hacer?!

—Tranquilo, amor. Voy a estar bien, muy bien, ya vas a ver. Y voy a volver.

Rogelio pensó que no pasaría nada, que era otro de sus planes de éxito siempre fallidos: papeles protagónicos en películas que nunca se rodaban, giras de radioteatro bien pagas por todo el país pero que nunca arrancaban, fantasías que no sucedían, tipos que le prometían cosas para meterla en la cama.

Con los pies sobre el escritorio, las manos cruzadas, la cabeza baja, Rogelio volvía a recordar cómo Esther había cambiado de tema aquella noche: lo besó lento y lo llevó donde siempre lo llevaba, a un mundo de piel y saliva y electricidad. Allí, todo perdía importancia.

Después, al despedirse en una esquina, Esther lo miró largamente, aunque sin lágrimas. Rogelio paró un taxi y antes de subir ella le pasó un dedo por la cara, desde la sien hasta el mentón, se acordaba perfecto. Después lo volvió a mirar fijo, sin distancia, sin drama, sin tristeza, mientras Rogelio sostenía la puerta abierta.

Antes de subir, Esther tiró el cigarrillo.

Rogelio se quedó mirando el taxi que se iba como quien se desangra.

Anestesiado ahora, pero seguro de sufrir al despertar.

El taxi dobló dos cuadras adelante.

Esther no se dio vuelta para mirarlo.

Rogelio pisó la brasa del cigarrillo abandonado.

***

SE ACENTÚA LA EXPANSIÓN GERMANA EN LA AMÉRICA DEL SUR

El Tercer Reich se levantaba como una poderosa potencia imperialista. Este acontecimiento proyectaba sus influencias sobre América del Sur. Como los países sudamericanos habían crecido, los nazis se cuidaban de exponer abiertamente sus planes expansionistas. Agitaban el espantajo del "peligro comunista" y del imperialismo del Norte. Mientras tanto impulsaban, por todos los medios, la penetración germana. Buscaban aliados en los terratenientes y capitalistas, temerosos del triunfo de la democracia. Intervenían en el juego de la política interior de cada país sudamericano alentando a las fuerzas de la derecha contra el movimiento democrático. (…) Fue así que, en pocos años, Alemania

ocupó el primer puesto en las importaciones de los países latinoamericanos. Las inversiones germanas aumentaban de año en año. En la Argentina, desde 1930 a 1938, las inversiones alemanas son las más importantes. Los consorcios eléctricos, metalúrgicos y químicos ganaron posiciones importantísimas, desplazando en muchos casos a los ingleses y americanos.

(*Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*. Luis V. Sommi, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945)

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
14 de agosto de 1938

Dos días antes, al llegar a Buenos Aires, había tomado un taxi en el puerto y pidió ir al Hotel Castelar. Le había gustado lo que leyó en la guía turística que compró en Marsella: "equidistante de la Casa de Gobierno y el Parlamento, en la céntrica Avenida de Mayo, rodeado de restaurantes de comida española". Así por lo menos, y aunque estuviera solo en ese país perdido en el fin del mundo, a Kim Philby la comida no le iba a resultar ajena.

Los dos años en el lado franquista de la Guerra Civil lo habían familiarizado con los platos, el idioma y hasta con los diferentes acentos y dialectos de los españoles. Pero lo que vio desde el taxi no se parecía en nada a la España destruida y miserable que Philby había recorrido.

Buenos Aires era moderna, con edificios más altos que Madrid y hasta Londres, calles asfaltadas, agua corriente confiable, vida nocturna. Una ciudad muy iluminada, sobre todo para alguien que venía de una guerra donde de noche todo se apaga por temor a los bombardeos.

Kim había desembarcado el viernes a la mañana. Decidió visitar a Stafford Talbott recién el lunes. Se iba a regalar ese fin de semana para pasear tranquilo por Buenos Aires. Por primera vez en muchos meses estaría en tierra sin escapar de nadie.

Los primeros días a bordo del Malta casi no salió del camarote. Durmió mucho, escribió un diario, trató de calmarse. Después se animó a mostrarse en la cubierta de segunda clase y se cruzó con comerciantes, familias que iban a visitar parientes, mujeres que cruzaban el Atlántico a casarse con maridos desconocidos en matrimonios arreglados, un par de rufianes y madamas con sus pupilas; todo eso, sí, pero ningún sicario.

Así se fue tranquilizando en esa isla de hierro. En los puertos subía y bajaba gente, pero nadie lo miraba. Durante el viaje, Kim habló poco, apenas con la tripulación, comió solo y no fue a ninguno de los bailes semanales.

Pero una cosa era sentirse tranquilo en un barco en medio del océano y otra, en una gran ciudad donde alguien podía saber de él. Por eso buscó una zona donde entendiera el idioma y hasta el acento. Sabía que el castellano que se hablaba en Buenos Aires era difícil y tenía miedo de que pudieran hablar a sus espaldas y no entender.

Manías de espía, pensaba; y pensaba también que ya no lo era, que de ahora en más volvía a ser solamente un periodista y que

tendría que ganarse la vida como periodista al otro lado del mundo. De eso le quería hablar a Talbott, pero recién el lunes.

El sábado Kim Philby almorzó pescado, cenó pulpo, tomó manzanilla, jerez y vino tinto como si estuviera en Salamanca o Teruel. El domingo vio en un teatro magnífico que quedaba en la otra cuadra del hotel un espectáculo de zarzuela y flamenco como si estuviera en Madrid antes de la guerra. Al salir, cruzó Avenida de Mayo y entró en un bar que pese a la hora estaba lleno. Le gustó el nombre: Los 36 Billares.

Pidió una mesa para él solo, un taco, una cerveza y un poco de queso y empezó a practicar. ¡Cuánto hacía que no jugaba al billar!

Distracciones impropias de un revolucionario, pensó.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
14 de agosto de 1938

El edificio del Banco Germánico era uno de los mejores de Buenos Aires. Se entraba por la calle 25 de Mayo, pero las mejores oficinas tenían vista a la Plaza Almirante Brown, al puerto y al Río de la Plata. Allí, en todo el sexto piso, funcionaba la embajada del Tercer Reich en Argentina. Un piso más abajo estaba la oficina del agregado militar Dietrich Niebuhr. En el ancho pasillo, a toda hora, había algún hombre de guardia, discreto, pero bien despierto y armado. Cuando Niebuhr bajó del ascensor, además del oficial de turno, Thilo Martens lo estaba esperando sentado en uno de los sillones.

Thilo estaba ansioso, no hubo saludo con brazo en alto y quiso empezar a hablar mientras Niebuhr abría la oficina, pero se calló la boca con, apenas, una mirada de su jefe.

—¿Qué se sabe de Schüller?

—Nada desde el viernes. El jueves a la tarde estuve con él en el puerto. Me contó que había llegado otro buque con bandera africana y tripulación inglesa. Me dijo también que iba a ponerse ropa decente y llevar a un par de esos marineros a tomar unas ginebras al Anchor Inn. Me pidió plata por si tenía que invitar unos tragos para hacerlos hablar, apostar o pagar alguna puta. Le dije que no se mostrara muy generoso porque iban a dudar de que fuera un indigente, pero me dijo que ya había subido al barco y les había dicho que en verdad era un buscavidas y que compraba cosas de contrabando en los muelles que después vendía en la ciudad. Que se vestía de vagabundo para que los de la Aduana no lo echaran del puerto. Le di unos pesos, le dije que tuviera cuidado y no lo vi más. Eso fue el jueves; el viernes a mediodía Rodolfo Hepe lo vio en uno de los muelles, pero no se le acercó. Eso es lo último que sabemos.

—¿Y? ¿Por qué tanta alarma? Puede estar de juerga todavía con los ingleses. Hay que esperar.

—Sí. Pero hay algo más.

—…

—Esta tarde apareció un cadáver esposado a una boya, en la entrada del puerto. De más está decir que no es ni un accidente ni un suicidio. Alguien lo mató a ese tipo y lo colgó de una boya para que no se hundiera.

—¿Y por qué piensas que puede ser Schüller?

—Porque envié a mi gente a ver si estaba en la casilla y no estaba. Los pordioseros no lo vieron desde el jueves; no está en la casa y no llamó a nadie para reportarse. Schüller nunca hizo nada así.

—¿Cómo supiste lo del cadáver?

—Me lo dijo Viancarlos. La policía ya les pasó el dato a los diarios. Va a aparecer publicado mañana.

—Esperemos. Puede que no sea Schüller.

—Viancarlos estaba muy raro, además. No quiso decirme casi nada por teléfono. Le tuve que insistir mucho. Me dijo que iba a averiguar más y me citó en un bar mañana a las cinco de la tarde. Otra cosa: me preguntó si Schüller tenía un tatuaje. Le dije que no sabía.

Niebuhr se levantó y abrió un armario de hierro tipo caja fuerte que tenía llave y combinación numérica. Sacó varias carpetas, eligió una.

—En la ficha que me mandaron desde Alemania no figura ningún tatuaje. En "señas particulares" dice que tiene una cicatriz de una operación de apéndice. Nada más. Puede que no sea él.

—¿Por qué no le mandamos una foto a Viancarlos para que se fije?

—Buena idea. Ya mismo le pido a Lina que vaya al laboratorio y haga una copia de la foto del pasaporte para que mañana se la des a Viancarlos.

—Perfecto, así salimos de dudas. Si el cadáver de la boya es Schüller, puede que alguien lo haya descubierto o delatado. Me preocupa.

—No nos adelantemos. Puede que sea una coincidencia y aparezca mañana. Si alguien quiso hacerle algo, Schüller sabe defenderse.

—Sí. Puede ser.

—Quedé para cenar en el A.B.C. con Bernardo, ¿quieres venir?

—Con todo respeto, Dietrich, prefiero volver a casa. Además, disculpe, respeto su tarea, pero yo no ceno con judíos.

***

En cuanto a la Argentina, el capital alemán es un punto de apoyo fundamental en el proceso de la expansión nazi. (…)

La invasión, según la técnica nazi, se opera por fuera y por dentro y las empresas nazis sirven de vanguardia. (…)

Además, la invasión militar va precedida de la invasión invisible de los elementos nazis que tienen en las empresas alemanas su apoyo y dirección. Estas empresas son la avanzada que precede a los aviones en picada y a las divisiones blindadas. Los planes nazis políticos, militares y económicos se apoyan en estas empresas manejadas desde Berlín. Nadie ignora que ellas encubren, facilitan el trabajo de espionaje; organizan y financian los elementos nazis en el país. Tan es así que el comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente estableció que la Hamburg Süd, la naviera Delfino y la constructora Siemens-Schukert, entre otras, están seriamente implicadas en las actividades del espionaje alemán en la Argentina.

(*Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión.* Luis V. Sommi, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1945)

***

Redacción de *Crítica*, Buenos Aires
domingo 14 de agosto

Desde el diario hasta Los 36 Billares hay dos cuadras. Rogelio las caminó agradecido de no estar trabajando más en Policiales: cuando se estaba poniendo el abrigo para salir vio cómo uno de los redactores de Policiales colgaba el teléfono y salía disparado a la oficina del secretario de redacción. Alguna fuente le acababa de confirmar un crimen ideal para el estilo del diario: en una boya del puerto había aparecido un cadáver, esposado y desnudo. Se imaginó el título: "Horror y misterio: hallan un cadáver esposado a una de las boyas del puerto".

Lo dejaron ahí para que lo encontraran; es un mensaje para alguien, pensó Rogelio con sus reflejos de redactor de Policiales. Un par de años antes, Rogelio hubiera tenido que quedarse un par de horas más en el diario. Sabía a quién llamar, tenía contactos: gente del puerto, forenses, el comisario adecuado. Era una historia para ir a la tapa del diario, seguro. Hubiera tenido que escribirla apurado, sin firma, pero encantado por el vértigo.

La sección Turf, en cambio, era más tranquila. Las carreras terminaban puntuales, y no había que esperar hasta el final para escribir todo. Rogelio iba tomando apuntes, carrera por carrera, a

veces les podía ir dando forma en la sala de prensa del Hipódromo, de modo tal que al llegar a la redacción sólo tenía que corregir un poco, chequear los nombres y agregar algún párrafo resumen. Así, todos los domingos cerraba su nota temprano, a eso de las 21, y antes de volver a casa podía pasar por Los 36 Billares, comer algo y, quién sabe, hasta ganarse unos pesos.

Un ajuste de cuentas entre contrabandistas, pensó mientras caminaba por Avenida de Mayo. Tuvieron que ser varios. Una sola persona no podía remar en bote y a la vez sujetar la boya y esposar el cadáver de un hombre por más que fuera delgado. Las boyas son inestables, hay que saber de dónde agarrarlas porque se dan vuelta: si algo muy pesado las inclina, se hunden, te tiran al agua y vuelven a flotar. Quienes lo hicieron seguro son gente de mar o de río: marinos, pescadores, prácticos, buzos. Y gente que conoce el puerto como para saber que el cadáver va a ser encontrado pronto, antes de que lo coman los peces y los pájaros. Rogelio hubiera apostado a que lo habían dejado en la boya que está a la salida de la escollera, cerca del Yacht Club, por donde sale el Vapor de la Carrera que cruza hacia Montevideo, un lugar visible, para que alguien lo viera pronto. Hubiera apostado más: seguro había algún mensaje.

Sólo dejó de pensar en el cadáver esposado a la boya cuando volvió Esther a su cabeza. ¿Cómo podía estar con ese tipo otra vez? ¿Era por plata? ¿Por qué no aparecía? ¿Por qué no lo llamaba al diario?

Pidió un sandwich de matambre y un sifón y se puso a leer la sexta de *La Razón*. No decía nada del cadáver, iba a ser primicia de *Crítica* mañana. Mientras comía, unos conocidos lo saludaron desde otra mesa con los tacos en la mano y lo invitaron a jugar.

Después vio pasar un tipo alto, raro, que se puso a practicar solo en una mesa del fondo.

***

Bar Los 36 Billares, Buenos Aires
14 de agosto de 1938
10.00 p.m.

En la mesa de al lado, Kim Philby vio cómo un tipo no muy alto, de anteojos cuadrados, calvicie en progreso, siempre serio, enlazaba carambolas una atrás de la otra mientras los que estaban con él bufaban o se reían. Cuando ganó, uno le pagó, agarró el saco y se fue con bronca. Los otros saludaron y se fueron riendo y el que había ganado se sacó los anteojos, se dio vuelta y le pidió un cigarrillo a Philby.

Por los cigarrillos y el acento, Rogelio Pastrana se dio cuenta de que ese tipo tan alto era extranjero. Hablaba como un español, pero con acento inglés. Le preguntó a qué se dedicaba y Kim le dijo que era periodista. Rogelio le dijo que él también y lo invitó a jugar para seguir charlando.

—Ok. ¡Pero no por dinero, hombre! Ya vi cómo le ganó al que se acaba de ir.

—Tranquilo. Es para seguir hablando. Rogelio Pastrana, mucho gusto.

—Harold Philby. Pero me dicen Kim.

Rogelio le contó que trabajaba en *Crítica*. Kim le preguntó qué ideología tenía el diario. Rogelio se encogió de hombros y le dijo que

era antifascista, que estaba contra Hitler y contra Franco, pero que hace unos años había apoyado un golpe militar en la Argentina.

Kim le contó que había estado cubriendo la Guerra Civil desde el lado franquista para *The Times* y le preguntó en qué sección trabajaba. Rogelio se caló los anteojos, midió su tiro, resolvió una carambola a tres bandas y con algo de vergüenza contestó:

—Ahora en Turf. Pero hasta hace unos años estaba en Policiales. Me iba bárbaro.

—¿Y por qué se fue?

—Yo entré al diario de muy pibe gracias a uno de mis mejores amigos, Silvio Alzogaray, que trabajaba en Policiales y me llevó con él y me enseñó a trabajar. Hace seis años, hubo aquí un secuestro, un médico, Jaime Favelukes. Era un médico judío muy prestigioso pero que después se supo que había tenido relaciones con una banda de rufianes muy grande que cayó hace unos años, la Zwi Migdal. Los días pasaban y nadie sabía nada de Favelukes. La policía echó a correr el rumor de que había sido una venganza de los rufianes judíos. Después, que habían sido los anarquistas. Silvio, mi amigo, insistía en que era la mafia siciliana de Rosario. En el diario nadie le daba pelota. Pasaban los días y de Favelukes ni noticia, ni siquiera un pedido de rescate. Silvio cometió el error de viajar a Rosario. Se instaló en una pensión y empezó a mandar una serie de notas con información de primera mano sobre la mafia siciliana y sobre la policía corrupta. Imagínese: un bombazo. "Caso Favelukes: la mafia de Rosario desembarca en Buenos Aires". Fue un gran título, era un gran tema y el diario disparó las ventas. Silvio llegó, incluso, a acusar directamente a Chicho Grande, el jefe de los sicilianos de Rosario, del secuestro de Favelukes. Un par de días

después, alguien conocido, nunca supimos quién, lo fue a buscar a la pensión. Silvio bajó, saludó a este tipo y desde atrás le metieron un tiro en la cabeza. A la semana siguiente soltaron a Favelukes, que nunca dijo una palabra sobre sus secuestradores. Recién el año pasado uno de los sicilianos admitió que a Favelukes lo había secuestrado la banda de Chicho Grande. Silvio tenía razón. Pero al día de hoy no sabemos quién lo mató. Si la policía o los sicilianos. A mí la muerte de Silvio me dejó tirado, mire, no quería salir de la cama. Así que le pedí al jefe de redacción que me sacara de Policiales. Se enojó mucho, me dijo que era un cobarde y que no hacía honor a la memoria de mi amigo y me mandaron castigado a Turf. Y aquí estoy.

—Lo entiendo. En España, cubriendo la guerra, en la batalla de Teruel, perdí tres colegas por el disparo de un obús y me salvé de milagro. Éramos cuatro periodistas encerrados en un auto para combatir el frío y del cielo nos cayó un bombazo.

—Oiga, yo leí esa historia en algún lado.

—¡¿En serio?!

—¿No fue el año pasado?

—Sí. ¿Dónde la leyó?

—En un diario de aquí.

—¡¿Aquí?!

—Sí. La contó en su columna un escritor muy conocido.

***

TAMBIÉN LOS PERIODISTAS

por Roberto Arlt

El Mundo, 4 de enero de 1938

Cuántas veces con Sadi, nuestro cronista de guerra, a su regreso de las trincheras conversamos de los caminos de España y del horror de los bombardeos. Él, con la pipa humeando en el cuenco de la mano; yo, con un cigarrillo entre los dedos.

Ahora, frente a la máquina de escribir, el blanco del papel se extiende ante mis ojos como una alucinación en una llanura nevada. La llanura de Teruel. Nieve. Frío. Podría estar yo allí. Podría estar Sadi en esa comitiva de periodistas hacia Teruel. Entrecierro los ojos; dejo de escribir… Podríamos estar allí cualesquiera de nosotros…

El automóvil corre, levantando a lo largo del camino montículos de tierra alcanforada de nieve. Montañitas violetas recortan el cielo, donde palidece un sol de invierno. Es la una de la tarde.

A veces uno de los cuatro hombres del automóvil vuelve la cabeza y mira allá, en un recodo del camino, a otro automóvil que les sigue. Son camaradas. En aquel coche vienen el corresponsal de la United Press, un francés de barbita y un oficial nacionalista.

Míster Sheepshanks, míster Neil, míster Philby y míster Bradish Johnson conversan de la guerra.

—Fue a fin de año, justo el 31 de diciembre, en plena batalla de Teruel. Franco en persona había pedido que los corresponsales extranjeros fuéramos al frente a ver cómo los nacionales estaban recuperando aldeas después del ataque republicano. Nos llevaron hasta una sierra desde donde íbamos a poder ver el avance del ejército franquista. Hacía un frío de la hostia. Tanto frío, mira, que

después de hablar un rato con los oficiales y tomar notas regresamos a los autos.

(…)

Míster Neil, al volante del automóvil, chupa un cigarro y dice:

—Antes de la guerra estos eran campos de azafrán.

Un estampido sordo es continuado por un redoble de truenos.

—Grueso calibre —murmura míster Neil.

Los cuatro hombres se miran.

—Resisten aún los republicanos —planea míster Bradish.

Los cuatro hombres callan. Siempre sucede así: se dicen media docena de palabras sin importancia y luego se calla.

Míster Neil señala el arroyo de Cella cuyas aguas pasan enturbiadas de sangre.

—Allí se pescaban buenas truchas —dice.

Los cuatro hombres sonríen. Piensan en la satisfacción de pescar a la sombra de un recodo de la montaña en las vacaciones de verano.

—Si nos vieran los compañeros…

Súbitamente, cada hombre piensa en la redacción de su diario. A esa hora las máquinas están inmóviles; los hombres de la limpieza friegan el piso. Pero cada uno elige su vida y la del periodista no es la peor.

Una ambulancia pasa rápidamente. Después otra. Después otra. Algunas gotas de sangre quedan en la nieve.

Míster Philby escupe a un costado. No termina de acostumbrarse a la sangre. Míster Neil, ceñudo, mira siempre adelante. Sus compañeros le miran a él. Es el hombre más experto del grupo. El que conoce mayor cantidad de horrores. Es tan frío como la misma

nieve y más aventurero que Lawrence. Ha estado en Palestina, en Etiopía, en Bilbao, en el Infierno. Habla en italiano, en francés, en inglés, en árabe, en castellano. Tiene siete experiencias y el cuerpo labrado de cicatrices. Habla poco y tiene el orgullo del periodista moderno: estar junto al fuego donde los hombres fríen la catástrofe.

—Yo me quedé un rato más charlando con los oficiales y los soldados. Cuando llegué al auto, muerto de frío, los vidrios ya estaban tan empañados que no se veía quién estaba en cada asiento. Era un Citroën Rosalie de dos puertas. Abrí la puerta del conductor, vi que ahí estaba sentado Eddie Neil, de Associated Press. Le pregunté qué estaban haciendo y me dijo que estaban pensando abrir una botella de ron. En ese momento, Eddie me ofreció pasarse al asiento de atrás y le dije que no, que gracias. Entonces rodeé el auto y fui del lado del acompañante, donde estaba sentado Dick Sheepshanks, de Reuters, que cuando me vio venir corrió el asiento hacia adelante y me dejó pasar atrás. Estábamos charlando y tomando ron de la botella cuando apareció Bradish Johnson, de Newsweek, que nos caía un poco gordo a todos, hay que decirlo. Bradish también abrió la puerta del conductor y preguntó dónde se podía sentar. Como Eddie se llevaba mejor conmigo, se pasó atrás y lo dejó a Bradish en el asiento del conductor. Se hizo un silencio incómodo y Bradish para congraciarse sacó del abrigo una caja de bombones.

(…)
—¿Será cierto que han entrado en Teruel?

El cañoneo era demasiado intenso para pertenecer a una resistencia en retirada. En medio de la llanura de nieve yace un tanque desfondado y el rostro de míster Neil está cada vez más grave. Va a decir algo…

Un volcán se abre ante sus ojos el estampido le vuela los tímpanos fuera de la cabeza. El coche gira sobre sí mismo se tumba a un costado. En su interior hay cuatro hombres despanzurrados, desangrándose.

Son cuatro periodistas que iban en busca de noticias que nosotros leemos plácidamente cuando viajamos en el tranvía o arrimados al mantel, en la mesa, durante la hora del almuerzo.

—Fue justo cuando estaba por agarrar un chocolate de los que había traído Bradish que vino la explosión. Fíjate lo que es la mente humana, tío, que lo primero que pensé fue que el gilipollas de Bradish me había hecho una broma pesada con una de esas cajas de utilería para chascos y que me había dejado sordo. Cuando me di vuelta para mirar a Neil ahí entendí lo que había pasado. Estaba pálido, gris, abrió los ojos unos segundos, me miró y se desmayó. Adelante en el asiento del conductor donde yo me había querido sentar, estaba muerto Bradish Johnson; Dick Sheepshanks tampoco se movía: tenía la cara deformada por un corte y le faltaba un ojo. Recién allí vi que los soldados me gritaban que saliera del auto, que eran granadas. Cuando me acerqué, todos vinieron a preguntarme cómo estaba, yo pensaba que bien, pero estaba cubierto de sangre. Les decía que era la sangre de mis amigos, pero no, era un corte en la cabeza. Me vendaron y me mandaron al hospital de campaña. Ahí pude ver a Eddie Neil con vida. Estaba lúcido, me dijo que me había

visto salir del auto y bromeó con que ahora yo era el comandante de los corresponsales extranjeros. Pobre Eddie. La gangrena se lo llevó en tres días. Desde entonces, Pastrana, pienso mucho en el destino. Y en las cosas que uno hace todo el tiempo, ciego, sin saber si lo van a salvar o a condenar. Si yo hubiera aceptado que Eddie Neil se pasara al asiento de atrás y me hubiera sentado en el asiento del conductor, a esta hora estaría muerto: la granada cayó justo adelante del Citroën. Por eso Bradish y Dick se llevaron la peor parte y yo me salvé.

Philby se quedó callado, apoyado en el taco de billar.

Rogelio le llenó el vaso de cerveza y guardó un silencio de amigo que respeta el dolor. Después chocaron los vasos sin sonrisa, mirando el vacío: un brindis discreto por sus colegas muertos.

Al rato, como quien va despertando de un sueño, Rogelio se paró, se acercó a la mesa para preparar otro tiro y le preguntó a Kim por qué los republicanos estaban perdiendo la guerra.

—¡Joder! Están perdiendo porque se matan entre ellos.

Philby había hablado fuerte y desde otra mesa lo escucharon.

Un tipo vino a los gritos; después otro.

Reflejo de agente, Philby pensó que era una provocación para distraerlo y atacarlo; retrocedió y tocó la navaja en el bolsillo. Pero no, eran dos españoles borrachos que venían a increparlo por haber dicho que la República iba a perder. Le gritaban que era un "fachista" y todo el bar se puso a mirarlos. Rogelio quiso calmar los ánimos, pero no hubo caso. Kim los miraba callado y eso los puso más furiosos. De pronto, uno le pegó a Philby con un taco de billar y otro le partió una silla en la espalda.

—Che, son dos contra uno —gritó Rogelio y le sacudió un *uppercut* en los dientes al primer borracho y un rápido *uno-dos* al que le había pegado el sillazo a Kim.

—¿Sabe boxear también?

—Fui *sparring*. ¿Usted sabe correr?

—Yes.

—¡¡Rajemos!!

—*¿What?*

—Escapar. *Run.* Philby, *run, run*.

Antes de salir, Rogelio esquivó un sillazo y le acomodó una piña en la sien a uno de los republicanos borrachos que quedó medio boleado. El otro salió corriendo tras Kim, pero un parroquiano conocido de Rogelio le cruzó una pierna oportuna y el tipo quedó desparramado en el piso antes de llegar a la vereda.

Rogelio y Philby corrieron dos cuadras hasta el hotel Castelar y se sentaron en el bar a recuperarse. Estaban transpirados, en camisa.

—Perdimos la ropa.

—No se preocupe, me la guardan.

—¿Qué? ¿Le pasa a menudo esto?

—A veces. Cuando uno juega por plata y gana, hay que saber defenderse y salir corriendo. Los que pierden a veces se enojan. Por eso siempre les dejo una buena propina a los mozos; juntan todo y me lo guardan. No se preocupe, no le va a faltar nada.

—Me salvó, Pastrana. ¿Un martini?

***

Restaurante A.B.C., Buenos Aires

14 de agosto de 1938

Los domingos a la noche, la clientela del A.B.C. era otra. No había ni jefes ni políticos seduciendo secretarias. Era día de familias alemanas que habían ido a los cines de la calle Lavalle y a la salida recalaban en el restaurante. Pero José Diez, el dueño, sabía que si llegaba *herr* Niebuhr había que hacer lugar en un reservado. Don José no era nazi y Niebuhr siempre le decía que se lo perdonaba porque preparaba el mejor jambonon de la ciudad.

Bernardo Mitvein, ahora convertido en Federico Grimm o Martín Müller, puntual, lo estaba esperando en la puerta. Niebuhr lo abrazó, le dejó una mano en el hombro y así recorrieron el salón. Cuando se sentaron, hablaron siempre en alemán, pero en voz muy baja porque el salón estaba lleno de familias que entendían el idioma. Niebuhr le contó que Ludwig Schüller había desaparecido. A Bernardo le cayó pésimo: Ludwig era su protegido.

El Abwehr los había entrenado juntos en Berlín; Bernardo era el más viejo y Ludwig el más joven del curso. Ludwig o Ludovico, como le decía, era argentino, hijo de alemanes, bilingüe. Sus padres lo habían mandado a los dieciséis años a un campamento de las Juventudes Hitlerianas. Ahí sus instructores quedaron asombrados por los reflejos, la puntería y la obediencia de este adolescente con cara de buen chico ario y le ofrecieron sumarse al Abwehr.

Durante la instrucción, muchas veces Bernardo lo defendió de las bromas pesadas, a veces peligrosas, de los demás futuros agentes, casi todos con formación militar: disparos a los pies, desafíos que se convertían en pequeñas torturas. Una vez estuvieron a punto de violarlo y fue Bernardo el que mandó a dos al hospital, y el tercero

se orinó encima pidiendo perdón. Algunas veces se emborracharon y tuvieron sexo. Fue Bernardo, también, el que convenció a Schüller de venir a Buenos Aires para hacer sus primeros trabajos de infiltración antes de volver a Alemania cuando seguramente empezara la guerra. Y ahora estaba desaparecido.

Bernardo pidió detalles sin mostrar emociones y prometió averiguar con sus contactos. Después se quedó callado mirando hacia el salón. Niebuhr le pasó una mano cariñosa por la cara para traerlo de regreso.

—Pero te quería hablar de otra cosa —le dijo—. Tenemos que conseguir wolframio. Aquí le llaman tungsteno.

—No sé qué es.

—Es el mineral que va a hacer imbatible a nuestros tanques y nuestros proyectiles. El que tenga asegurado el wolframio ganará la guerra contra cualquier ejército que se ponga en nuestro camino. Porque no lo dudes, va a haber guerra y la Wehrmatch va a ser imbatible. Y va a ser imbatible gracias al wolframio. El wolframio hace más duro el acero y así las balas de los tanques pueden perforar más fácil cualquier tanque enemigo. Y no sólo eso. Nuestros ingenieros están estudiando blindar los Panzer con wolframio para que a su vez sean más resistentes. El *Führer* acaba de hacer una jugada maestra en España. Para apoyar a Franco le exigió a cambio toda la producción de wolframio de las minas de Asturias. Pero necesitamos más. Sabemos que hay mucho wolframio en China y para tenerlo, aunque te parezca mentira, nos van a ayudar los rusos. Pero de eso ya te vas a enterar. El caso es que en Argentina hay wolframio. En la frontera entre Córdoba y San Luis hay una mina que se llama Cerro Áspero que fue descubierta a fines del siglo

pasado por un geólogo alemán que trajo Sarmiento. En un principio había sido explotada por una empresa mixta de capitales británicos y alemanes, pero después de la primera guerra pasó a manos de una empresa argentina que, sospechamos, les vende el wolframio a los americanos. Pero los americanos lo compran para hacer más resistentes los filamentos de las bombillas eléctricas. Todavía no lo están usando para la guerra por lo que sabemos, y esa es nuestra ventaja. Tenemos que conseguir el control de esa mina como sea. Además, Bernardo, va a ser un gran negocio. Se va a vender a precio oro y, en el camino, nosotros vamos a poder ganar algo también. El único problema es que Freude también está detrás del wolframio.

—¿Cómo lo sabes?

—Esther me lo dijo.

Niebuhr hizo una pausa y se quedó mirando la reacción de Mitvein. Bernardo siguió comiendo para demostrar control.

—¿Y ella cómo lo sabe?

—Porque para algo la tenemos ahí. Y aprovecho para recordarte que lo del otro día en el Colón fue una imprudencia.

—No va a volver a suceder.

—Eso espero. Y no son celos. No me importa si fue tu esposa o tu puta: no te metas más con ella.

—Te pido perdón.

Mitvein había dejado de comer, apoyó las manos al costado del plato y esperó que el hombre a quien le debía su resurrección decidiera cómo seguía la cena.

—Freude usa Eukodal y queda fuera del mundo. Cada vez que se inyecta, Esther aprovecha para mirar sus papeles. La semana pasada

vio en el escritorio una carpeta que hablaba del wolframio, y mapas geológicos de las sierras de los Comechingones, justo la zona donde está la mina de Cerro Áspero. Se ve que el tema es sensible porque al otro día Freude había guardado la carpeta bajo llave. Estoy seguro de que, así como yo recibí órdenes del Abwehr de buscar wolframio, también las recibió Freude. No sé de quién. Sospecho que de las SS. Su ventaja es que tiene más dinero. Pero nosotros tenemos nuestros trucos.

* * *

… 1929-1938 es el período álgido de las inversiones alemanas en Argentina. Es precisamente en estos años que se desencadena la nueva ofensiva del imperialismo germano para ampliar sus posiciones en el país. En este período el capitalismo alemán es quizás, de todos los imperialismos que actúan aquí, el que ha hecho las mayores inversiones. El imperialismo de Wall Street, que en 1928 con la victoria de Hoover había desencadenado una de las más violentas ofensivas para ampliar sus posiciones, en la Argentina obtuvo algunos éxitos que duraron poco tiempo, pues en 1934 se batía en retirada, entregando posiciones.

Inglaterra, más segura, después del acuerdo sobre la distribución de las zonas de influencia en Sud América, se preocupaba fundamentalmente de defender sus viejas posiciones y no demostraba mayor interés en lo concerniente a inversiones en nuevas industrias. Fue entonces más evidente la ofensiva del capital alemán, cuyo ritmo de inversiones en esos años superó a la de los otros imperialismos. En esto y en el crecimiento del intercambio

comercial radica gran parte de la influencia que en la política argentina ha ido adquiriendo el imperialismo nazi.

(*Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*. Luis V. Sommi, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1945)

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
14 de agosto de 1938
2.00 a.m.

¿Qué será de mi vida? Tengo veintiséis años y estoy solo, más que solo, abandonado. Lejos de todo. Lejos de mis amigos, de mi familia, de mis camaradas, incluso lejos de mis ideales. Decidí ser un revolucionario; fui reclutado hace cuatro años para ser un agente antifascista de élite; me formé a conciencia, me infiltré en las entrañas del enemigo, casi muero en una trinchera y sin embargo hoy… soy un paria.

Los revolucionarios sabemos que en algún momento nos puede tocar estar fuera de la ley, prófugos, presos o incluso ser torturados y asesinados por nuestras convicciones. Pero algo muy diferente, insoportable, es ser un paria. En la India, cuando era niño, mi padre me mostró a los parias: mendigos sucios, ignorados, maltratados a los que nadie quería acercarse. Me contó que los indios hasta evitaban contacto con la sombra de los parias. Ya de grande, supe

además que a los parias los asesinan, violan o torturan sin castigo. Nadie los defiende. Como a los traidores.

Por eso soy un paria, porque para los que fueron mis camaradas soy un traidor y no merezco nada: puedo ser asesinado, violado, torturado sin cargo de conciencia. Lo increíble es que NO soy un traidor. Sigo siendo un comunista convencido, un antifascista no ingenuo y, sobre todo, no revelé ningún secreto a nadie. Ni siquiera tuve contacto con nadie a quien pudiera revelarle un secreto.

Sin embargo, aquí estoy, yo, el traidor que no hizo nada, el paria comunista, al otro lado del mundo, esperando una cita con un viejo conocido, simpatizante de los nazis, a ver si me da una mano. Es un malentendido enloquecedor: me tratan mejor los fascistas que mis camaradas. Los enemigos me cortejan, los camaradas me quieren secuestrar.

En Teruel, después del bombazo, recibí una condecoración de manos del "Generalísimo"[3] Franco. Qué ironía. Nadie sabía en ese homenaje que seis meses antes, en Gibraltar, me habían comunicado formalmente que me preparara para participar de un complot para asesinarlo. Nunca me dijeron cómo pensaban matar a Franco, pero finalmente dejaron de lado la idea, entre otras cosas, dijo uno de mis supervisores tiempo después, por mi "falta de coraje físico". Una manera elegante de decir que soy un cobarde.

Aquella explosión de Teruel fue como un bautismo de fuego. A partir de allí los enemigos me trataron como si fuera uno de ellos. Desayuné con nazis, almorcé con fascistas y me emborraché con falangistas como un hombre más de la "Causa Nacional". Justo yo, que por la noche escribía insulsas cartas en clave a Marie, una supuesta amante francesa, aburridas cartas y postales llenas de

lugares comunes pero que ocultaban en clave información sobre tanques, tropas, tácticas, frentes que luego eran retransmitidas a la inteligencia republicana.

De milagro esas cartas no me llevaron a la muerte. Mis jefes creían tan poco en mis informes que ni siquiera se cuidaron de darme una dirección verosímil. Tiempo después me enteré de que las postales iban dirigidas a la mismísima Embajada de la Unión Soviética en París. Era como poner un sello en el sobre que dijera: "esta es la carta de un espía comunista".

En Burgos conocí al jefe del Abwehr en España, el mayor Ulrich Von Der Osten. Él me buscó a mí para invitarme a cenar. Nunca entendí si fue porque sospechaba algo, porque sabía de mi carta de recomendación de Ribbentrop y mi relación con la Hermandad Anglo Alemana o porque quería llevarse a la cama a Frances Doble, la actriz, que había ido a España porque simpatizaba con los franquistas y que de vez en cuando dormía conmigo.

Tuve varios encuentros con Von Der Osten, tipo peligroso. En una de esas cenas me contó que notaba movimientos extraños en Berlín respecto de la Unión Soviética, que se habían congelado algunos presupuestos para misiones estratégicas (o sea, de espionaje) sobre objetivos soviéticos; que ya no había una obsesión con Stalin, que ahora el foco había girado hacia los países europeos. Algo está pasando y ya nos enteraremos, me dijo, de uniforme y con una copa de cognac en la mano, y remató: tengo la impresión de que Stalin va a dejar caer a los republicanos.

Más entrada la noche y con algo más de cognac encima, Von Der Osten me dijo que Stalin había iniciado una caza de brujas y no le creí. Me dijo que estaba encarcelando y matando a escondidas a sus

propios camaradas de la primera hora, a generales del Ejército Rojo, a agentes de inteligencia, a líderes del Partido. Está haciendo limpieza para quedarse solo. Eso es lo que hacen los líderes, me dijo. Fue la primera vez que escuché la palabra "purga". Me la dijo en español. A lo que está haciendo Stalin, los españoles le llaman "purga", y tienen mucha razón, se reía, es una limpieza profunda desde adentro que convierte en mierda a todo el que molesta.

Unos meses después, entendí que lo que Von Der Osten me decía parecía verdad. Desde Londres, los amigos que yo acerqué a la NKVD me escribieron en clave que nuestros supervisores habían desaparecido.

¿Será esto que está pasando en Moscú lo que me trajo hasta aquí, al otro lado del mundo? ¿Lo sabré algún día? ¿Viviré para contarlo?

En cualquier caso, hoy, mi único salvavidas para cuando se acaben los ahorros, otra vez, me la ofrece un reaccionario, un simpatizante nazi. La ironía del destino insiste.

En *The Times* piensan que sigo de vacaciones en el Mediterráneo. No puedo decirles dónde estoy porque alguno de mis viejos amigos —¿me traicionarían ellos también?— podría pasar el dato a Moscú.

Con el tiempo, en el diario se van a cansar de buscarme, me darán por despedido y mandarán otro corresponsal. Yo quedaré en la historia de *The Times* como un periodista más que enloqueció en una guerra y abandonó el oficio, y en la redacción o en alguna charla de pub se acordarán de mí y brindarán pensando que estoy escondido en alguna isla griega con una amante millonaria o en un oasis de Arabia, como mi padre, viendo cómo mueven las caderas las odaliscas.

Es importante que nadie sepa que estoy en Buenos Aires por un buen tiempo. Para sobrevivir aquí, todas mis fichas están puestas en el viejo Talbott.

Si alguna vez mis padres leen este diario, seguro van a recordar a Stafford Talbott. Mamá estaba orgullosa porque fue mi primer trabajo serio cuando volví de Austria. Claro, no sabía que también fue mi primera tarea de infiltración para la NKVD. El viejo Talbott siempre fue bastante avaro con los sueldos, esperemos que haya cambiado.

Trabajando con Talbott, hay que decirlo, logré cosas que asombraron a mis supervisores de Londres, OTTO[4] y Big Bill: viajé cuatro veces a Berlín a reunirme con funcionarios del Ministerio de Propaganda de Goebbels y hasta llegué a estar frente a Joachim von Ribbentrop, entonces embajador en Londres, hoy canciller de Hitler.

Pero la revista de la Hermandad Anglo Alemana no funcionó. En el último de los viajes, gentilmente, en el Ministerio de Propaganda me explicaron que iban a utilizar los fondos para *einschmeicheln*, es decir, congraciarse, con diferentes directores de diarios británicos; es decir, para sobornos elegantes, discretos y bien dirigidos. Talbott se quedó sin revista y yo me deprimí bastante. Mis supervisores lo deben haber notado porque un par de semanas después me dijeron que iban a invertir fondos en mí para mandarme a España.

Me alegré, conocía bien España, hablaba un poco el idioma, me ilusioné con ir a territorio republicano, el lugar donde teníamos puestos los ojos todos los revolucionarios del mundo. Pero no. Me enviaron como periodista *free lance*… ¡al lado franquista! Primera ironía del destino: para empezar a espiar, me ayudaron… ¡los nazis! Mis contactos en la embajada alemana en Londres lograron que el

mismísimo Ribbentrop, poco antes de ser nombrado canciller de Hitler, firmara mi carta de recomendación. Fue un impresionante salvoconducto cuando la presenté ante los censores de prensa del franquismo.

En España, entre militares y falangistas, fui perfeccionando el arte de la simulación, aprendí a ocultar siempre mis opiniones, a hablar y hasta pensar como el enemigo. Pasar por distraído, lento o solemne siempre me ayudó. Los españoles decían que era la famosa "flema británica"[5]. En verdad, era el tiempo mental necesario para pensar y no cometer errores.

Al volver, mi padre movió sus contactos para que en *The Times* leyeran mi reportaje y les gustó. Tanto que me contrataron como corresponsal, siempre del lado franquista.

Pero volvamos a Stafford Talbott. Cuando leyó mis notas desde España me escribió para felicitarme y mantuvimos correspondencia. Un día me llegó una carta desde Buenos Aires donde Talbott me decía que finalmente aquí había encontrado un lugar para unir intereses de alemanes y británicos y que le estaba yendo muy bien. Me dijo, con algo de nostalgia, que necesitaba a alguien como yo a su lado, que podríamos ganar mucho dinero.

Carta tras carta, Talbott me fue contando su crecimiento: que le dieron una oficina de lujo en el edificio de la embajada alemana en Buenos Aires, que tenía un gran apartamento y hasta un auto con chofer. Un día me preguntó cuánto ganaba en *The Times* y en la carta siguiente me ofreció el doble si viajaba a Buenos Aires. Siempre le dije que no.

Hasta hoy.

El lunes voy a ir a visitar al viejo Stafford. Espero que su oferta siga en pie.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Departamento Central de Policía, Buenos Aires
15 de agosto de 1938

El comisario Miguel Viancarlos, jefe de Investigaciones, vuelve a leer un título a una sola columna, página par, en el diario *Crítica*:

MACABRO HALLAZGO:
CADÁVER ESPOSADO A BOYA EN EL PUERTO

Thilo Martens lo llamó temprano y le dijo que iba a ir Lina Maurer a verlo con un sobre. Viancarlos conoce perfectamente a Lina: muchas veces estuvo con Niebuhr o Martens en el laboratorio de revelado de la embajada alemana y allí la vio. Un soberbio ejemplar germano, alta, caderona, unos 25 años, siempre vestida como una institutriz, pero siempre con un detalle sexy: un escote, unos tacos, un tajo en la pollera.

El comisario sabe que los alemanes le mandan a Lina por dos motivos. Uno: porque es de confianza. Dos: porque saben que él no le va a decir que no a nada con tal de admirar un ratito esas tetas gloriosas. Un día de estos la va a invitar a cenar.

Lina entró con un sobre en la mano y la cartera en la otra. Viancarlos la miró venir hasta su escritorio. Lina no levantó la vista hasta que estuvo frente a él y le alargó el sobre. Adentro había una foto carnet ampliada.

—¿Este es Schüller?

—Sí, comisario.

—Perfecto. Enseguida voy hasta la morgue y me fijo. Pedí que no sacaran fotos del cuerpo. Nunca falta el vivo que después las vende a los diarios. ¿Algo más?

—Sí. Me dijo *herr* Niebuhr que, si es él, que no trascienda su nombre. Que quede como un indigente N.N.

—Mmm. No sé. Por protocolo ya tomamos sus huellas digitales y su ficha dental. ¿Tenía prontuario este muchacho?

—No creo. Volvió hace poco a la Argentina y se movía con documentos con otro nombre. Yo misma le tomé esa foto.

—Este cadáver apareció desnudo, muy golpeado, sin documentos. Tiene un tatuaje.

—Schüller no tenía tatuajes.

—Hace un rato me pasaron por teléfono las dos palabras del tatuaje, las tengo por acá. Me parece que están en alemán.

El comisario retrocedió un par de páginas en un anotador que tenía sobre el escritorio y para no pasar vergüenza con su pronunciación las copió en un papel en blanco y se las mostró a Lina: *nicht hier*

Lina se quedó callada.

Al leer las dos palabras entendió que el cadáver era de Ludwig Schüller.

Siempre le había gustado Schüller, era cinco años menor que ella y le inspiraba a la vez instintos protectores y ganas de llevárselo a la cama.

Se quedó mirando el papel, no quería llorar.

Tardó en contestar la pregunta repetida del comisario.

—¿Qué quiere decir, Lina?

—Aquí no.

***

Los gigantes de las finanzas alemanas operan en el continente americano y en particular en nuestro país, por distintos conductos y fundamentalmente por intermedio de dos grandes empresas bancarias: el Banco Alemán Transatlántico y el Banco Germánico de la América del Sud.

Estos dos bancos fueron fundados en la etapa inicial de la expansión alemana en tierras de América. El primero fue creado en 1893 y el segundo en 1906. Ambos tienen su sede central en Berlín y desde allí son dirigidos por magnates alemanes. Toda su actuación, tanto en la metrópoli como en el exterior, está bajo el contralor del gobierno nazi (…) En manos de los bancos alemanes han estado y están muchos de los resortes que mueven el trabajo nazi en nuestra tierra.

(*Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*. Luis V. Sommi, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1945, p. 79)

***

Banco Germánico, Buenos Aires
15 de agosto de 1938

En menos de seis años, el edificio al que estaba entrando Kim Philby sería confiscado. Pero para eso faltaba mucho. En 1938, en aquellos magníficos ocho pisos construidos sobre una barranca, ondeaba la bandera de la Alemania nazi. Porque además de la sede central del Banco Germánico, allí funcionaban la embajada del Tercer Reich, la filial argentina del Partido Nacionalsocialista y varias oficinas de empresas alemanas, reales o pantallas. En una de esas oficinas atendía Stafford Talbott.

Philby se sintió un campesino en aquel edificio suntuoso. Todavía iba vestido con la ropa barata que había comprado de apuro en Marsella antes de embarcar. En el hall de entrada, en los pasillos, lo saludaron en alemán. El respondió con su mejor acento. No parecía un argentino, claro. ¿Qué verían en él? Tal vez pensaran que era un inmigrante más al que le fue mal en esta ciudad lejana y andaba buscando ayuda para volver a Alemania.

Talbott lo recibió emocionado. Ni su padre, pensaba Kim, lo hubiera abrazado así al verlo. El viejo Talbott. Siempre le había parecido un loco fracasado, pero ahora, al verlo ahí, sentado en sillones de cuero, mejor vestido que nunca, con gemelos de oro en los puños, frente a él, tan desvalido, Philby pensó en los giros de la vida y prometió nunca más definir a alguien como un perdedor.

Después de hablar generalidades sobre lo magnífica que era la vida en Argentina y los negocios que se podían hacer, Philby mintió

sobre qué hacía en Buenos Aires. Le dijo a Talbott que estaba harto de la guerra en España y que *The Times* lo había enviado a descansar una temporada al otro lado del mundo y, de paso, a hacer algunos reportajes tranquilos: exportaciones de carne, lana, relaciones comerciales, adónde va el gobierno argentino, lo habitual, *you know*.

Kim le contó cómo había salvado su vida de milagro cuando le cayó el bombazo en Teruel y cómo murieron sus tres colegas. Era motivo suficiente para querer cambiar de aires y no le desagradaba la idea de quedarse en Buenos Aires a trabajar, si era posible, en la nueva versión de la *Hermandad Anglo Alemana* de la que Talbott le había hablado tan bien en las cartas. Después de tanta guerra necesitaba descanso y, también, empezar a ganar algo de dinero.

Talbott le dijo a Kim que, al fin, había entendido por qué fracasó en Londres la *Hermandad Anglo Alemana.*

—Todo se empantanó cuando buscamos financiar la revista. Las cenas abiertas y las reuniones discretas entre alemanes y británicos no iban nada mal, ¿se acuerda, Philby? Bueno, eso mismo es lo que estoy haciendo aquí en Buenos Aires. Ya no busco dinero para una revista ni trabajo solo. Trabajo para las empresas alemanas. Son ellas las que pagan esta oficina y mis honorarios. Sigo siendo británico, pero trabajo para los alemanes acercando posiciones, presentando gente, facilitando negocios. Usted no se imagina, Philby, la cantidad de negocios que comparten las empresas británicas, que aquí son muchas y muy poderosas, con las empresas alemanas, incluso con las que más simpatizan con Hitler. Las guerras de Europa se viven de otra manera de este lado del mundo. Mientras allá afilan cuchillos, aquí contamos dinero. Los británicos hacen

increíbles negocios en este país. Y los alemanes entendieron que también pueden hacerlos si no molestan a los británicos. Entre ambos estoy yo. Y le juro que me va muy bien y me vendría muy bien alguien como usted, Kim, por eso le escribí tanto a España, pero usted siempre me dijo que no. Ya sabe que mi alemán no es muy bueno. En cambio, usted lo habla perfecto. Mire, este jueves hacemos un cóctel en el Plaza Hotel, aquí cerca. ¿Por qué no viene? Estoy seguro de que los alemanes van a quedar fascinados.

—¿Va a haber empresarios ingleses también? Me podrían servir para mis reportajes…

—¡Claro! Y también políticos y militares argentinos. Y va a haber interesantes señoritas. Es otro de los elementos, digamos, que agregué a mi método de trabajo.

Talbott lo acompañó hasta la puerta. Volvió a elogiarle su crecimiento profesional: lo veía mejor plantado, más maduro. Antes de despedirlo, le dijo:

—Nos vemos el jueves. Ah, Kim, no se ofenda, pero… consígase un buen traje.

***

American Bar, Buenos Aires
15 de agosto de 1938
5.30 p.m.

Hacía frío, pero Thilo Martens prefirió caminar desde la Naviera Delfino hasta el American Bar, en Diagonal Norte. Niebuhr le había adelantado por teléfono lo del tatuaje.

Todo era muy raro. Ludwig Schüller no tenía ningún tatuaje. Eso lo había confirmado Bernardo, el judío. Mitvein había sido entrenado con Schüller, lo había visto en las duchas; juraba que no tenía ningún tatuaje. La ficha que mandaron desde Alemania decía que no tenía ningún tatuaje. Pero Lina Maurer decía que el tatuaje era una frase en alemán que parecía un mensaje y tal vez tuviera razón.

nicht hier / aquí no

Thilo quiso tranquilizarse, razonar. Hasta ahora sólo sabían tres cosas:

a) había un cadáver;
b) lo habían asesinado: no fue accidente ni suicidio;
c) tenía un tatuaje con una frase en alemán.

Podía ser Ludwig Schüller o podía ser otro cualquiera, un marinero alemán al que mataron en una pelea en un barco, un tipo más viejo que Ludwig, una venganza entre contrabandistas.

Inútil: en el fondo, Martens sabía que era Schüller y que tenía que empezar a preocuparse. Porque al final del día, Schüller reportaba a él. A veces lo llamaba desde teléfonos públicos a líneas seguras; a veces Thilo lo pasaba a buscar de noche con el auto por alguna esquina. Era rara la escena del linyera subiendo al Mercedes Benz y siempre se reían de eso.

Pero ese falso linyera valía oro: gracias a la mirada paciente de Ludwig, a su habilidad para pedirles comida, cigarrillos o jornadas de estiba a los marineros de los buques mercantes, Thilo fue informando al Abwehr cómo los cargamentos de carne, lana, trigo,

lino o minerales dejaban de zarpar en barcos británicos y pasaban a buques de otras banderas.

En esos buques podía haber o no marineros británicos. Pero siempre había, según Ludwig, británicos que no parecían marinos mercantes sino marinos militares, gente de otro porte, que no trabajaba en cubierta, que sólo miraba, vigilaba y disimulaba sus armas. Cuando Thilo averiguaba con Rudolf Hepe y sus contactos a sueldo en la Aduana qué habían declarado como carga esos barcos, no aparecía nada sensible. Pero estaba claro que algo importante llevaban.

Todos se preparaban para la guerra. Así como ellos tenían instrucciones de averiguar datos para el Abwehr sobre los embarques británicos, también los británicos se estaban ocupando de disimular esos embarques. Si la guerra empezara hoy, agosto de 1938, pensaba Thilo mientras caminaba por Diagonal Norte con las manos en el bolsillo del sobretodo cruzado, él, Thilo Martens, desde el sur del mundo, podía informar sin errores en qué barcos de banderas africanas, filipinas, brasileñas u holandesas viajaban, desde Buenos Aires, las cosas que necesitaban los británicos para no padecer desabastecimiento durante la guerra.

No era poco: todos esos buques podían ser emboscados por los submarinos alemanes en algún punto del Atlántico. Por cada barco hundido, el Abwehr le había prometido a Thilo el uno por ciento del valor de su carga. Pero si conseguía más precisiones, si lograba saber en qué buque viajaban las cosas verdaderamente sensibles que necesitaban los británicos, los buques corsarios que preparaba el Abwehr podía robar los cargamentos y entonces la ganancia para

Thilo sería mucho mayor. Tanta que, al final de la guerra, ganara quien ganara, él mismo tendría su propia naviera.

El jueves anterior, Ludwig había estado eufórico. Cuando Thilo lo subió al Mercedes le dijo que creía que por fin podría saber qué cargaba uno de esos buques. Para eso le pidió dinero: para salir de juerga con los marineros; algunos eran británicos, otros parecían belgas u holandeses. Esa fue la última vez que lo vio. Sin embargo, al otro día, Hepe dice que vio a Schüller con un bolso, cerca de un barco, en uno de los muelles.

A las cinco de la tarde, el American Bar no estaba muy lleno. Los funcionarios, concejales, secretarias y falsos influyentes solían llegar después, entre las seis y las ocho. Thilo se sentó en la barra y pidió un whisky. El comisario Miguel Viancarlos llegó cinco y cuarto y desde la puerta le señaló una mesa sin gente alrededor. Se sentó mirando hacia la entrada y cuando Martens se acomodó arrancó sin preámbulos.

—Es él.

—¿Está seguro?

—A ver… ¡¿De qué mierda trabajo yo?!

Martens nunca lo había visto a Viancarlos así. Lo conocía de las reuniones con Niebuhr, siempre bien dispuesto, casi obsecuente. Thilo se crispó por dentro para aguantar y no recordarle que ellos eran los que le pagaban. Y le pagaban muy bien.

—Escúcheme bien. Es él y tiene un tatuaje. El tatuaje es fresco, la piel todavía esta irritada alrededor. No pude traer una foto, pero el tatuaje está escrito en letras góticas, mal hechas, y dice esto, que no sé cómo carajo se pronuncia:

nicht hier

—Además, estaba muy lastimado, nunca había visto algo así. Lo molieron a golpes, con fierros y cadenas. Le arrancaron dientes y uñas y los forenses dicen que estaba todavía vivo cuando le sacaron un ojo. Se ve que el pibe era fuerte porque cuando lo esposaron a la boya estaba con vida. Pero no aguantó.

—¿Usted qué cree?

—Mire, el cuerpo tenía todavía manchas de aceite y *fuel oil,* o sea que seguramente todo pasó en un barco. El o los que hicieron esto son profesionales de la tortura. O sea que el pibe debe haber cantado hasta La Traviata. Y si era de los suyos, empiece a cuidarse porque debe haber hablado de usted, de Niebuhr y de toda su parentela. El tatuaje, es obvio, es un mensaje para ustedes y ustedes sabrán qué les quisieron decir. En eso no me meto. Los tatuajes, además, son cosas de marineros: están al pedo en los viajes y les gusta meterse tinta en la piel, pero no es ninguna pelotudez, hay que saber hacerlos. Al pibe lo esposaron de tal manera a la boya que parecía crucificado de espaldas. Para llevarlo hasta la boya deben haber usado un bote, seguramente un bote del propio barco. A remo para no hacer ruido. El tatuaje, en el omóplato derecho, quedaba afuera del agua. Como para que quedara más claro el mensaje. Hay una foto del pibe en la boya, pero no la pude traer. Ese es el otro problema. Acá hay algo gordo, Martens. Para cuando llegué a la morgue, los del Ejército ya se habían llevado el expediente y lo tuve que leer de una copia y por izquierda. O sea que en el gobierno alguien ya sabe del asunto y quieren manejarlo ellos y en secreto.

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
15 de agosto de 1938
6.15 p.m.

Hoy tuve nostalgia de Londres. Raro. Siempre odié Londres. Esos seis meses sin sol hacen que cualquier ciudad sea odiosa. Y además la gente, tan formal, tan burguesa. Sin embargo, hoy, quise volver a Londres. Debe ser porque fui a comprar un traje a un lugar increíble, una auténtica tienda Harrods, aquí, en Buenos Aires.

No sabía que Harrods tuviera sucursales y mucho menos una tan parecida a la de Londres. Los mismos maniquíes de cera con pelo natural que a mí siempre me asustaban de chico, la misma colonia que mi madre salpicaba en las sábanas después de hacer la cama, los mismos sombreros ridículos para mujeres, todo igual, pero con gente que hablaba ese español deformado y enfático que es el argentino.

Una nostalgia inexplicable de Londres, decía; debe ser porque estoy lejos, porque no puedo estar allá, porque no sé qué va a ser de mi vida. Sea por lo que fuere, hoy soñé con volver a Londres y, debo admitirlo, extraño a mamá. Un revolucionario extrañando a su mamá: patético. Pero sí, me hubiera gustado estar con ella, tomando el té con scons y mermelada y escucharla contar chismes de los parientes. Nada importante, nada revolucionario, sólo eso, perder el tiempo una tarde con mamá.

Por ahora, debo curar mi nostalgia de Londres con Harrods y con Stafford Talbott. El viejo Talbott, quién diría, aquí en el fin del mundo. Me miró con un poco de asco hoy; vi cómo observaba la suela despegada de mis zapatos cuando crucé las piernas. Me puso tan incómodo que tartamudeé y tuve que volver a apoyarla en el piso y cruzar la otra, la del zapato sano.

Fue un error ir a ver a Talbott sin comprar ropa nueva. La ansiedad me jugó una mala pasada. Tampoco recordé el consejo de mi segundo mentor MANN[6] que me dijo que no podía seguir vistiéndome como un graduado pobre de Cambridge y me llevó a comprar mi primer buen traje cuando le dije que me habían ofrecido trabajo en la Hermandad Anglo Alemana. "Si vas a estar entre burgueses, debes parecer el mejor de los burgueses, para sentirte por dentro el mejor de los revolucionarios". Gran frase y gran traje aquel que pagó MANN en una tienda de Regent Street: azul, tres piezas, más un abrigo gris claro y un sombrero Homburg que me hacía un poco ridículo. Tan bien vestido me vio el viejo Talbott que pensó que me sobraba el dinero y siempre me pagó una miseria.

"No puedes parecer un nazi y mucho menos un comunista. Tu papel tiene que ser el de un inglés de pura cepa que acepta la Alemania de Hitler como un hecho de la Europa de esta década. A cada uno le podrá gustar más o menos pero no se puede excluir a Alemania de la realidad europea", me dijo MANN y esos argumentos sedujeron tanto a Talbott cuando se los conté que los repetía, palabra por palabra, al comienzo de cada reunión. Talbott agregaba, de su cosecha, la teoría del "colchón de intereses" que había entre Gran Bretaña y Alemania para amortiguar las tensiones e impedir que estallara una nueva guerra. De todo esto volvió a hablarme hoy,

tres años después el viejo Talbott, sólo que esta vez, en Buenos Aires. Y aquí le va bien, muy bien. Me dijo que el "colchón de intereses" es tan grande como para dejar buenas ganancias. Por eso fui a Harrods, para retomar el personaje que fui hace tres años, pero esta vez sin MANN y sin Big Bill supervisándome. ¿Podré?

A Harrods me acompañó un periodista argentino, se llama Rogelio Pastrana. Parece buen tipo; si no hubiera sido por él me hubieran molido a patadas unos españoles borrachos porque les dije que la República iba a perder. Cuando le comenté que hoy fui al edificio del Banco Germánico a ver a Talbott, se quedó mudo.

"Usted sabe que ahí están los nazis, ¿no?, me preguntó. Le dije que sí, que vi las banderas, pero que yo iba a ver a un amigo inglés que hace lobby para empresas alemanas y británicas y que tiene una oficina en ese edificio. Le conté que, igual que en Inglaterra, en Argentina también había políticos y empresarios que no querían ir a la guerra contra Hitler porque hacían buenos negocios juntos.

Cuando terminé de hablar, Pastrana hizo un silencio (siempre hace silencios) y me hizo una pregunta que me dejó pensando: "¿no será un espía alemán ese Talbott?". Le dije que no creía, que tenía una oficina y una empresa registrada, pero igual me quedé pensando. ¿Talbott trabajaba ahora para los nazis? ¿O espiaba para los británicos? ¿O las dos cosas?

Pastrana está perdidamente enamorado de una actriz que fue su amante, pero no me quiere decir quién es. Pobre tipo, sufre tanto por esa mujer. Me dijo que se escapó de un burdel y tuvo problemas con las drogas, pero él la ama igual. Yo nunca amé a nadie así, tanto. Ni siquiera a Litzi, pese a todas las que pasamos juntos escapando de los nazis en Austria.

Litzi. ¿Qué será de ella? ¿Me delataría si le dijera dónde estoy? Supongo que no. Pero si le digo y se lo guarda, la pongo en peligro. A veces me dan ganas de decirle a Pastrana que me gustaría estar en sus zapatos y no en los míos, que se los cambio. Que no es nada sufrir por amor comparado con ser un paria al otro lado del mundo, escapando de tus propios camaradas por algo que no hiciste.

Gran tipo, parece, Pastrana. Compré un abrigo de piel de camello, una pipa Dunhill y, como aquella vez con mi mentor, un traje azul de tres piezas de auténtica tela inglesa. Me lo ajustaron en el momento, mientras fuimos a una inmensa peluquería en el subsuelo. Ahí Pastrana me presentó a un periodista con la mirada extraviada pero que hablaba perfecto inglés y tartamudeaba un poco como yo. El tipo era fascinante. Citaba a Shakespeare y a Kipling de memoria y descubrió por qué me dicen Kim[7]. Me contó que se había caído por la escalera hace unos meses y que estuvo dos semanas en el hospital recordando frases de autores ingleses. Cuando se fue, Pastrana me dijo que se llama Borges, que él lo había conocido en el diario, que tenía problemas en la vista y que escribía como los dioses.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Oficina del Abwehr, Embajada de Alemania
Buenos Aires, 15 de agosto de 1938
7.00 p.m.

—¿Cómo vamos a responder?

—¿A quién? Si no sabemos quién fue.

—Hay que hacer algo contra alguien. No podemos quedar como débiles.

Con la corbata floja y el chaleco desabrochado, Dietrich Niebuhr no lo miraba a Thilo Martens. Había girado la silla del escritorio hacia el ventanal, la noche temprana, los árboles, las luces, el invierno.

Hablaba despacio: nunca le habían matado un hombre.

—No sabemos quién fue y no sabemos bien qué nos quisieron decir. Pero sabemos que fue contra nosotros. El tatuaje en alemán es directo. El detalle de las letras góticas es una sutileza de alguien que conoce bien el nacionalsocialismo: es la tipografía más utilizada en nuestros carteles, en nuestros panfletos, aun antes de que fuéramos gobierno. El hecho de que haya sido contra Schüller demuestra que, quien sea que lo mató, además nos conoce bien. Schüller, como Hepe, como Müller, como Lange, no son gente de superficie, son eslabones profundos de nuestra organización. El embajador Von Thermann, Meynen, yo, somos diplomáticos, cualquier ataque contra nosotros hubiera sido un escándalo. Incluso cualquier ataque con torturas contra un directivo de una empresa alemana, contra un gerente de la Bayer, de Merck o incluso contra alguien de Naviera Delfino, que se sabe que es de la Hamburg Süd, sería un escándalo que obligaría al gobierno argentino a encontrar un culpable para poder sostener la neutralidad. Del mismo modo sería con los británicos o con los franceses o con los americanos. Pero al atacar a un agente secreto saben que no podemos hacerlo público. ¿Qué vamos a decir? ¿Le vamos a decir al gobierno

argentino que estamos espiando sus puertos? Cualquiera que haya sido sabe que no podemos decir nada.

—¿Qué opina el embajador?

—Von Thermann es un SS de último momento, no es un militar de carrera. Desde que llegó a la Argentina, le gustaron mucho las recepciones y las alfombras. Ante todo, no quiere problemas; ahora es un diplomático, un burócrata más.

—Pero no podemos dejarlo pasar. Hay que devolver el golpe. No es muy difícil. O fueron los británicos o fueron los americanos.

—¿En serio? ¡¡No lo había pensado!! Thilo, por favor, eso es lo obvio. Pero en el mundo del espionaje las cosas no siempre son obvias. O en todo caso pueden ser obvios los ataques, pero no pueden ser obvias las respuestas. ¿No pensaste que nos pueden estar haciendo esto para que nos pongamos en evidencia? Para que saquemos la cabeza y seamos un blanco fácil. Nunca te olvides que Argentina *es* de los británicos. Aquí mandan ellos. Nosotros somos muy débiles aquí comparados con ellos.

Niebuhr se paró, vaso de whisky en la mano, y señaló lo que había más allá de la ventana.

—Hace más de ciento cincuenta años que los británicos manejan ese río y ese puerto. Ganaron fortunas contrabandeando a espaldas de los españoles; pusieron y sacaron gobiernos en este país solamente para manejar ese río y ese puerto donde ahora nosotros estamos espiando. Desde hace cien años se llevan de aquí toda la carne y el cuero y el trigo que se les da la gana. Los trenes de este país fueron construidos por los ingleses para traer a *este* puerto todas las cosas que los ingleses necesitan y que este país les vende barato. No te confundas. Alemania es fuerte aquí, pero está muy

lejos del Imperio británico. Tenemos más empresas y más inversiones que los americanos, pero mucho menos que los ingleses. Ellos no sólo tienen a los suyos, sus diplomáticos, sus agentes, sus gerentes. También tienen generaciones de argentinos trabajando para ellos. Por todas partes hay masones argentinos que reportan a la masonería inglesa. Nosotros aquí no podemos dar ningún tipo de combate contra los ingleses. Creo que hicieron esto para que nos mostremos, para que levantemos vuelo y aplastarnos como moscas. Una cosa es espiar sus barcos para atacarlos en el mar. Otra cosa es enfrentarlos aquí, que es como su casa.

—Muy bien: supongamos que son los británicos y que decidimos no hacer nada. Igual nos mandaron un mensaje. Saben de nosotros, saben al menos de uno de nuestros agentes, puede que sepan de varios más. Es decir que alguien les pasó la información precisa de uno de nuestros mejores hombres infiltrado en el puerto. De alguna manera lo supieron. Y entonces me pregunto: ¿tenemos un traidor entre nosotros, *Kapitän*?

—Eso es lo que más me preocupa. Tú estabas a cargo de Schüller. ¿Quién más sabía lo que hacía?

—Sólo otras dos personas, dos empleados de Naviera Delfino, los dos de absoluta confianza. Uno es Hepe. El otro es Wilhem Lange, nazi convencido desde hace años, fue el segundo de Hepe durante varios años en uno de nuestros mejores barcos, el Camarones, navegando por la Patagonia. Ahora lo tenemos en un departamento alquilado mirando con telescopio los movimientos del puerto: los buques, pero también las lanchas, los remolcadores. Con Lange en lo alto, Schüller en los muelles y Hepe entrando a la Aduana es que conseguí los mejores datos sobre cargamentos británicos y barcos

de banderas cambiadas. Pero el que también sabía del trabajo de Schüller es el judío Mitvein. Sé que es de su confianza, *Kapitän*, pero no deja de ser un judío.

—Siempre con lo mismo. Bernardo ya es de los nuestros. Lo fuimos a buscar nosotros, lo rescatamos nosotros en Chile, lo entrenamos nosotros, llevó adelante misiones de infiltración que ninguno de nosotros hubiera podido siquiera empezar. No puede ser él. ¿Qué se sabe del buque que estaba investigando Schüller?

—Un mercante de bandera brasileña. Según los aduaneros llevaba carne congelada del frigorífico Swift de Berisso y del Santa Elena de Entre Ríos. Nada nuevo hasta ahí. Esa carne tenía como destino Brasil, pero puede que después la mandaran a Londres. Eso no es lo que le llamó la atención a Schüller; nos había dicho que el barco era brasileño pero la tripulación era inglesa y, además, parecían militares.

—Y además eran comandos, porque fueron salvajes, profesionales de la tortura. Pobre Schüller.

—¿Habrá hablado?

—Seguro. No hay manera de resistir. Por lo que nos dijo Viancarlos, lo torturaron muchas horas. Lo del ojo fue demasiado. Ni los comunistas se animan a tanto. A todo esto, ¿qué sabía Schüller?

—De nosotros, poco. Vino de Alemania ya con orden de reportarse a mí. Pero nunca fue a la Naviera. Me juntaba con él en el auto o en un bar alejado. Tuvo poco contacto con Hepe y ninguno con Lange. Lange sabía de él, pero él no sabía de Lange. De Hepe no sabía el apellido, lo conocía como el capitán Rodolfo y a mí como Bernhardt. De la Naviera no sabía nada.

—¡¡Era un agente, Thilo!! Por precaución debe haber investigado hasta la matrícula de tu auto.

—No figura a mi nombre, sino a nombre de un amigo…

No bien terminó la frase, Martens entendió lo que acababa de decir y salió de la oficina de Niebuhr a buscar urgente un teléfono.

***

San Telmo, Buenos Aires
15 de agosto de 1938
7.30 p.m.

Bernardo quería mucho a ese chico y ahora está yendo a hacer desaparecer sus huellas. Que nadie sepa de él, que nadie pregunte más, que no tenga amigos ni camaradas ni novias ni familia. Que sus nombres falsos se desvanezcan en el error. Que su nombre verdadero quede como otra muerte joven, otra vida fallida.

¿Quién se lo dirá a la madre viuda, que pensó que el pibe iba a salir bueno si pasaba una temporada en los campamentos de las Juventudes Hitlerianas? Bernardo no piensa ir, aunque debería. Al fin y al cabo, es el único testigo de cómo Ludwig dejó de ser un adolescente y se volvió un hombre, un agente duro, astuto y valiente. A la madre algún día le llegará una carta formal, con varios sellos, una medalla, tal vez un cheque. Nadie le dirá la verdad de cómo murió su hijo. Nadie le dirá que le arrancaron un ojo y los dientes y las uñas porque ya no era un soldadito, sino un espía nazi.

Le inventarán una historia. Bernardo a veces pensaba que los nazis tenían un departamento con gente inventando historias para

justificar cosas. Imaginaba gente sentada pensando qué decir, cómo mentir con cosas que parecieran verdad en cartas con sellos oficiales y firmas de jerarcas. En uno de esos lugares, estaba seguro, alguien inventaría que "el soldado Ludwig Schüller perdió la vida en un ejercicio militar (seguramente marítimo) y su cuerpo no pudo ser recuperado". La carta lamentaría tan dolorosa pérdida de una vida joven, de un soldado del Reich que estaba dispuesto a todo sacrificio por el Führer y otras frases de ocasión que ya tenían preparadas para estos casos. Frente a tanta formalidad, la madre de Ludwig creerá entonces que tiene un hijo sin tumba, ahogado en un mar remoto y nunca sabrá que está enterrado a media hora de su casa, en el osario de los N.N. de Chacarita, sin nombre, sin pasado, sin justicia. Apenas con una promesa de venganza.

Ludwig Schüller reportaba a Thilo Martens, pero el único que sabía dónde vivía era Niebuhr: una pieza en Chacabuco al 900, alquilada con nombre falso. El encargado no quiso saber nada con abrirle la puerta hasta que Bernardo lo agarró del cuello y con una sola mano lo levantó del piso y le pegó la cabeza contra una pared.

No bien entró, Bernardo se dio cuenta de que le habían ganado de mano. No había mucho para revolver, pero estaba todo revuelto. Le preguntó si alguien había venido antes, y el tipo dijo que no. Cuando amagó con agarrarlo otra vez del cuello, el encargado primero negó, pero después admitió que sí, que le habían preguntado por Carlitos (así se hacía llamar) el estibador y que le habían dado plata para les abriera la puerta y no le dijera nada a nadie.

—¿Cómo eran?

—Parecían policías. Bien vestidos.

—¿Tenían acento extranjero?

—No.

A Bernardo le habían ganado de mano. Ahora nunca iba a saber si Ludwig guardaba algo que todavía no le había dicho a Thilo Martens. Antes de salir, un detalle le llamó la atención: un frasquito de vidrio oscuro sobre el escritorio. La etiqueta escrita a mano decía amoníaco; Bernardo lo olió y supo que ese frasquito tenía otra cosa. No era amoníaco. Conocía bien ese olor. Era cloruro de cobalto, es decir, tinta invisible. Schüller era un chico de acción, de calle. ¿Para qué podía querer tinta invisible? Cerca del frasco había un anotador abierto, con la primera hoja en blanco. Bernardo la arrancó, se subió a una silla y acercó la hoja a la lámpara del techo.

El calor reveló un mensaje:

nicht hier

Se leía en la primera hoja.

Bernardo arrancó la segunda y también la acercó a la lámpara del techo:

we want the money

Se leía en la segunda.

Se guardó las dos notas en el bolsillo y salió.

***

Buenos Aires, martes 16 de agosto de 1938

Rogelio, mi amor:

Antes que nada, quiero que sepas que te extraño locamente. Sos lo más parecido al amor que tuve en mi vida. Uno de los pocos tipos que no me pegó, ni me usó, ni me sacó plata. El único que me miró a los ojos y pudo ver más allá de la mueca de la actriz.

Si no te veo, si no te busco no es porque no te desee. Por una vez en la vida podría devolverte tanto y tanto de lo que me diste, tantas veces que me mataste el hambre y me diste calor. Hoy podría darte plata para que le compres regalos hermosos a Julito, para que puedas tirar ese sobretodo viejo que tenés. Hasta podría regalarte un auto para pasear juntos los días de sol. Pero es tan peligroso, mi amor, tan peligroso.

No hay tarde (cuando estoy sola y tranquila) en que no piense en vos. Como no puedo nombrarte a veces digo "querido" en voz alta y si alguna de las mucamas me escucha digo que estoy memorizando un papel.

Ando por la casa diciendo "querido". Y cierro las ventanas diciendo querido, querido, y no me importa que me escuchen. Voy como un fantasma apagando las luces, guardando los vestidos, pensando en vos, mirándote, aunque no me veas.

Querido.

Freude me regaló dos galgos blancos, hermosos, un macho y una hembrita con una mancha negra. En las tardes, se sientan a mis pies o al lado mío, en algún sofá. Al varón (a la hembra no, che) lo miro a los ojos y le digo "querido". No, no estoy loca, es una manera de hablar con vos.

No sabía si me habías olvidado; con los hombres nunca se sabe. Pero cuando te vi en el Colón (si, no creas que no te vi, tonto, las actrices sabemos disimular); cuando vi cómo me mirabas y me seguías, supe que todavía me amás.

Pero ¿qué podíamos hacer, Rogelio, querido, con este amor? No teníamos futuro.

Para poder mandarte esta carta al diario tuve que robarle a este Viejo unas estampillas de su escritorio y voy a tener que echarla en un buzón de la calle, a la pasada y disimulando.

Casi no puedo salir sola, casi no piso la calle; a todas partes voy en auto. Me lleva uno chofer que me puso Freude, que anda armado y, por supuesto, me vigila. El Viejo dice que es para que no me secuestren. Qué te voy a contar a vos de secuestros en esta época… pero yo sé que es para tenerme controlada. Es muy celoso y siempre quiere que esté en algún lugar con teléfono para tenerme a tiro.

Hablando de teléfono, tampoco te puedo llamar por teléfono al diario. Desde mi casa, imposible. Imaginate que esto es tan grande que hasta telefonistas tiene y, por supuesto, esas brujas escuchan las llamadas de todos. Las veces que traté de llamar a escondidas al diario desde un teléfono público siempre me dio ocupado o no estabas y no quise dejar recado.

Por eso te propongo algo. Saqué turno en el Castelar para la manicura el martes que viene, 23 de agosto, a las tres de la tarde. Si querés que nos veamos reservá una habitación a tu nombre y esperame ahí. No te preocupes por la plata, te la doy yo.

Si cuando llego no estás, sabré entender.

Pero, Rogelio, querido, creo que estoy metida en un problema y necesito hablar con vos para que me ayudes y me aconsejes.
Tuya, siempre.

Esther

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
17 de agosto de 1938
8.00 a.m.

—Cuando llegué ya estaba la policía —le dijo Thilo Martens—. Me presenté como un amigo de la familia y entré. Cuando Oswald me vio me empezó a insultar. Por suerte habló siempre en alemán y los policías no entendieron nada. Estaba desesperado y tenía razón. Hicieron un desastre. Eran seis. Los ataron a una silla y mientras cuatro revolvían la casa, otros dos les pegaban preguntándoles por la plata. Les dieron todo lo que tenían en la casa, pero no querían "esa" plata; querían "la otra" plata. Eso les decían todo el tiempo. Les preguntaron de quién era el auto y mi amigo dio mi nombre, o sea que ya saben quién soy y que yo era el enlace con Schüller. Fueron muy profesionales. Utilizaron la técnica de pegarle a la esposa para que hable el marido; a ella le cortaron un dedo incluso. Está catatónica, mira el vacío, no habla; él está destruido, me detesta y quiere saber por qué le hicieron eso. Yo lo único que le dije es que mejor se mudara de allí y que lo íbamos a ayudar.

—¿Cuánto sabe tu amigo Oswald de nosotros? —Se preocupó Dietrich Niebuhr.

—De nosotros nada. Sabe de mí, sabe que trabajo en la Naviera y que simpatizamos con el *Führer*; pero nada más.

—Supongo que ya te habrás deshecho del auto —Niebuhr presionó.

—Sí. Ya mandé comprar otro. Al chofer le voy a agregar un custodio con ametralladora y me voy a quedar en una casa segura estos días. Igual ya saben quién soy. Tarde o temprano me van a encontrar en la Naviera.

—Pero a ti no te van a atacar. Sos un gerente de la principal compañía naviera alemana. Nos están mostrando poder, pero están atacando los bordes. No desataron una batalla abierta.

—Pero ¿quiénes son? Oswald dice que eran argentinos. —Martens seguía inquieto.

—Obvio. Si nosotros tuviéramos que hacer algo así, ¿iríamos con algún alemán?

—Dice que ni siquiera tenían acento.

—¿Bernardo tiene acento alemán? ¿Schüller tenía acento alemán? ¡Por favor, Thilo! —Niebuhr se impacientó.

—¿Entonces quién carajo son? ¿Y qué buscan? ¿Son los ingleses, son los americanos, son los franceses, son comunistas?

Bernardo Mitvein acababa de entrar para decir lo suyo:

—Con permiso. Yo no sé quiénes son, pero me parece claro lo que buscan.

Bernardo se había quedado parado cerca de la puerta. Se acercó, sacó del bolsillo del pantalón las dos notas que encontró en la pensión de Schüller y las puso sobre el escritorio de Niebuhr, a la luz de la lámpara.

Al ver el color verdoso de las letras, Niebuhr supo enseguida que se trataba de tinta invisible revelada con calor.

nicht hier
we want the money

—No sé de qué dinero hablan —dijo Mitvein—. Eso lo sabrán ustedes. Pero, con todo respeto, me parece que esto no es por Ludwig ni un anticipo de la guerra. Esto es por dinero.

—Correcto. Pero ¿qué dinero? —Niebuhr tenía más preguntas—. A Ludwig Schüller lo secuestraron y no pidieron rescate. Al amigo de Thilo lo atacaron y no pidieron rescate. No piden "dinero", piden "el dinero"; fíjense en el mensaje "the money". Hablan de un dinero en especial. De un botín, seguramente de un gran botín. Pero nosotros no lo tenemos. A ver, razonemos. Esta gente sabe que se está enfrentando a un servicio de inteligencia. Ellos son tan profesionales como nosotros. Entonces tienen que saber que no manejamos mucho dinero. Manejamos dinero para los gastos operativos, para pagarle a nuestra gente, pero eso no es mucho dinero, no es un gran botín. Están buscando otro dinero; pero no sabemos si existe ni quién lo tiene.

—O nos están provocando —intervino Mitvein.

—Provocación podría ser lo de Schüller —dijo Niebuhr—. Pero nos mandaron en una misma noche dos mensajes pidiendo "el dinero". Ahora ellos también se están arriesgando, pero se sienten seguros. Saben que nosotros no vamos a ir a la policía para que investiguen y así ganan tiempo. Saben que somos nosotros los que vamos a tener que averiguar quiénes son ellos y cobrárselas. Por eso no toman

contacto con nosotros para pedir rescate. Para que no podamos tenderles una trampa. Pero están apurados. Se están mostrando demasiado en demasiadas partes. Y si lo hacen es porque creen que van a conseguir algo grande. Un buen botín. Un buen botín que nosotros no tenemos.

***

Buenos Aires
miércoles 17 de agosto de 1938

CONFIDENCIAL

PARA SER ENTREGADO EN MANO

Comisario Miguel Viancarlos
Jefe de Investigaciones
Policía de la Capital
S_____/_____D

Por la presente le remito los dichos vertidos por nuestra informante en el Partido Comunista Argentino (PCA) que, considero, merecen su atención.

Dicha mujer, a la que identificaremos sólo como M.A., para más datos amante de Sommi, Luis Víctor (a) "Moreno", "Garema" o "Gálvez", miembro del Comité Central del PCA, se comunicó conmigo para informarme que había tenido conocimiento de una extraña misión en curso de parte de dos, tal vez tres, agentes del Comunismo Internacional recién llegados a nuestro país, seguramente de manera clandestina.

Pero primero quiero detenerme en la calidad de la información vertida habitualmente por M.A.

Desde hace años M.A. es activista del PCA, delegada, y en un encuentro del partido (aprovechando sus dotes físicas y siguiendo nuestras instrucciones) trabó relación con Sommi. Como suele suceder en estos casos, de la discusión ideológica pasaron a la intimidad y M.A., 20 años menor que Sommi, se convirtió desde entonces en una de nuestras mejores piezas para saber en qué anda este sector subversivo.

Sabido es que las confesiones de alcoba son las que tienen mayor precisión y riqueza informativa dado que los varones se relajan en la intimidad y sueltan la lengua, además de los instintos. Así las cosas, quisiera recordarle que en varias oportunidades los datos que brindó M.A. nos permitieron llevar a la cárcel a destacados dirigentes comunistas. M.A., además trabaja como telefonista en un hotel de lujo y a menudo nos ha informado también sobre episodios que involucran a extranjeros dudosos.

Confirmada pues la confiabilidad de su testimonio paso a referirle lo que M.A. me dijo luego de reclamar una reunión reservada urgente.

d. que ha regresado a la Argentina Victorio Codovilla (a) Luis Medina, Louis Blanchet o Luis Pérez Carpiz. Uno de los fundadores del PCA, enlace directo con el Comintern soviético, hombre de línea directa con el propio Josep Stalin y, además, activo agente de la NKVD, el servicio de espionaje soviético. Codovilla dejó la Argentina en 1931 y tuvo una destacada participación en la Guerra Civil Española junto a Dolores Ibárruri(a) La Pasionaria, en la formación de las mercenarias “Brigadas Internacionales” pero también en un episodio menos conocido, pero sobre el cual nos han informado hace poco desde el bando de los nacionales: el saqueo de las reservas del Banco de España y su remisión por barco a Moscú.
e. según Sommi le refirió a M.A. en la intimidad, Codovilla y el otro hombre que lo acompaña (un español joven, de

aspecto distinguido) creen que uno de los agentes de la NKVD destacado en el lado republicano llamado Alexander Orlov, se quedó con una parte de las reservas del Banco de España y desertó a un país aún desconocido, posiblemente la Argentina. Según Codovilla planteó ante el secretariado del PCA reunido en la clandestinidad, a la Unión Soviética le urge encontrar a Orlov y, con él, lo robado. Hablamos de varios kilos de oro en lingotes. El tema debe ser muy importante para la URSS como para que Victorio Codovilla, un hombre a cuya cabeza los franquistas le han puesto precio, se arriesgue a venir a la Argentina.

f. Codovilla y su acompañante vinieron a Buenos Aires detrás de los pasos de un inglés (si, un inglés) que sería un agente comunista ligado a Orlov. Dicho agente soviético se llamaría Harold Filbi (sic) y responde al mote de "Kim". Codovilla y el español que lo acompaña, que se hace llamar "Jacques", dicen que el tal Filbi desapareció junto con Orlov. De Orlov no se sabe nada, pero sí saben que Filbi (que además es periodista de un diario británico) embarcó en Marsella rumbo a Buenos Aires.
g. la dirección del PCA ordenó a través de sus delegados de confianza que su red de simpatizantes y contactos en hoteles, bares y restaurantes de la zona turística busquen al tal Filbi, sin dar demasiados detalles, sólo la descripción física. El nombrado Filbi es muy alto, pelo oscuro, ojos azules, tartamudo, habla varios idiomas, entre ellos el español, pero puede también pasar por alemán. No saben con qué nombre puede estar registrado ni con qué pasaporte entró a la Argentina. Dicen que es peligroso y creen que está armado. Codovilla y el tal Jacques dijeron además que en Francia, antes de desertar, Filbi degolló a otro experimentado agente de la NKVD.
h. astuta, M.A. mostró preocupación por la situación de Codovilla en Argentina. Sommi le dijo que estaba oculto en una "casa segura" que ni él mismo conocía. Le dijo además que Codovilla había traído a un custodio propio que no

habla castellano (posiblemente húngaro o búlgaro) que no se despega de él y del tal Jacques y que porta siempre una ametralladora en el auto que le proveyeron sus camaradas argentinos.

Con los datos que me proporcionó M.A. y para corroborar la importancia de la información, mandé un telegrama a mis contactos franquistas refiriéndoles la presencia de Codovilla en Buenos Aires y preguntándoles por la identidad de sus acompañantes.

En menos de doce horas llegó la respuesta. Quedaron agradecidos por el paradero de Codovilla. Desde hace más de un año le habían perdido el rastro cuando abandonó España rumbo a Rusia. Del húngaro/búlgaro no pudieron darme ninguna precisión. Pero del tal "Jacques" me dijeron que seguramente se trate de Ramón Mercader, un mercenario republicano reclutado por los soviéticos que puede haber viajado con un pasaporte francés a nombre de Jacques Monard y que fue visto en Biarritz hace poco más de un mes. Dicen que es peligroso y aconsejan neutralizarlo.

Aprovecho la oportunidad para comentarle, Jefe, que habría que mejorar los honorarios de M.A. Nos está siendo de gran ayuda.

Sin otro particular, lo saluda

Subcomisario Abel Rodríguez
Sección Especial de Represión al Comunismo
Policía de la Capital

TARJETA ADJUNTA, MANUSCRITA, SIN MEMBRETE

Jefe:
avíseme si quiere conocerla. Está bárbara y es muy gauchita.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
17 de agosto de 1938
2.00 p.m.

—Aquí está.

Thilo Martens puso sobre el escritorio de Dietrich Niebuhr una caja de cartón precintada; adentro había una pila de manifiestos de carga de la Hamburg Süd.

Todos los remitos decían más o menos lo mismo. Hablaban de fardos y más fardos, nunca menos de 500 kilos de fardos sin identificar por embarque. Varios cargamentos de fardos traídos en diferentes buques. Algunos decían "sin valor comercial". Todos habían sido embarcados en Hamburgo.

Cualquiera podía pensar que se trataba de contrabando. Pero el contrabando no lleva manifiesto de carga.

Esto era otra cosa.

Y Thilo Martens se dio cuenta rápido. Estaban mandando algo importante a sus espaldas.

Después de la reunión de esa mañana, Martens volvió a su oficina en la Naviera Delfino y llamó a su hombre de confianza, el capitán Rudolf Hepe.

Hepe sí que era un viejo lobo de mar. Tenía cincuenta y siete años y desde los diecisiete andaba en los buques de la Naviera Delfino. A los veintiocho, ya era capitán del Camarones, un buque que durante años recorrió la Patagonia para la flamante sociedad entre Antonio Delfino y la Hamburg Süd. El capitán Hepe conocía cada rada y cada

acantilado mejor que los mapas y fue un hombre clave durante la Primera Guerra Mundial para que los buques alemanes cargaran combustible en perdidas estancias de Comodoro Rivadavia o en una lobería disimulada de Caleta Olivia. A los cuarenta y dos, Hepe fue nombrado inspector de buques. Nada de lo que pasaba por las bodegas de la Naviera Delfino se le escapaba. Al menos eso pensaba Martens.

Pero esta vez Hepe no sabía nada. Eso decía. Raro. Él, que siempre había acertado sobre qué carga era legal y cuál contrabando; sobre a quién se podía sobornar en la Aduana y con quién mejor ni intentarlo, no sabía nada de estos fardos.

Mejor dicho: Hepe le reconoció a Martens que sí había notado que los fardos venían sin demasiados datos, pero que se quedó tranquilo porque, cuando llegaban al depósito de la Naviera, el tesorero de cada buque se los entregaba en persona a un empleado del Banco Alemán Transatlántico.

—¡Y cómo no me dijiste nada!

—Pensé que era algo que habían acordado ustedes. Los sellos, las firmas, eran todos oficiales. No había falsificación. A los tesoreros de los buques los conozco bien a todos y a los empleados del Banco Alemán que pasaban a buscarlos, también. No había nada raro. Una vez le pregunté al capitán de uno de los barcos si sabía qué había en esos fardos y me dijo papeles, planillas, libros contables, cosas de los bancos. Por eso me quedé tranquilo.

***

Diario *Crítica*, Buenos Aires

17 de agosto de 1938
9.00 p.m.

No sé por qué te escribo esta carta si no te la voy a poder mandar. Será para ordenar pensamientos. Tampoco te escribiría una carta a máquina, amor, claro que no. Te escribo porque sí, desde la redacción vacía, mientras espero que los correctores me digan que está lista la página.
En verdad, escribo esta carta para poder dártela en mano y que la leas cuando te hayas ido.
Te cuento como será mi noche. Voy a pasar por Los 36 Billares a comer algo caliente (¿viste el frío que está haciendo?), voy a buscar a algún amigo para jugar un rato a las cartas o a la generala, todo para no pensar en vos.
"entre qué gentes / diciendo qué palabras"
Recuerdo que te gustaba ese poema de Neruda. Me lo leíste tanto, me lo recitaste por partes a veces y ahora me sirve a mí para intentar explicarte lo que me pasa cuando aparecés.
Porque yo no pienso en vos. Es otra cosa, más fuerte. Aparecés. Te aparecés. No voy a decir como un fantasma porque no me asustás. Aparecés. Como alguien parado al lado del escritorio que uno no vio venir. O alguien al lado de la mesa de billar, mirándome jugar, sonriendo. A veces siento, sí, te juro que siento, que cuando me apoyo para acomodar el taco me pasás un dedo por el dorso de la mano para darme suerte en el tiro y después veo cómo tu mano sigue por el paño verde y se va y estoy seguro de que es tu mano, pero ya no está.
"nadie nos vio esta tarde con las manos unidas"

No. Pero dentro de dos semanas puede que sí, que tengamos las manos otra vez unidas, aunque sea por un par de horas y te puedas llevar esta carta, leerla y romperla.

Ay, Esther, ¿qué hiciste? ¿Dónde te metiste? Otra vez en quilombos. Acordate de que no siempre te voy a poder ir a salvar, polaca loca.

Te juro que no entiendo qué hacés con esa gente. ¡¡Son nazis!! ¡¡Y vos sos judía!! Un día lo van a descubrir. Te pueden matar. ¿Cómo hacés para estar todo el día entre esos tipos? Vos, que sos tan a flor de piel para todo, que podés llorar por un perro abandonado, ¿de qué hablás con ellos? ¿Sonreís todo el día?

Mientras tanto, Esther, amor mío, se nos va la vida.

"esta tristeza que tú me conoces"

Vos conocés esta, mi tristeza de la hora de cierre, del momento de volver a mi casa a hacer de buen padre, correcto ciudadano, varón porteño. Sólo vuelvo por Julito que me espera para irse a dormir y le encanta que le cuente carreras y goles que vi. Pero a veces ni con Julito alcanza y me demoro en la redacción estudiando los caballos que corren al otro día, paso por el mostrador de telefonía a ver si dejaste algún mensaje o voy a Los 36 Billares a ver si hay alguien.

"hemos perdido aún este crepúsculo"

Como no sé dónde estás, después que te vi en el Colón, muchas veces a eso de las seis de la tarde, a la hora que salen los empleados, fui a esperarte a la puerta del banco alemán, el de tu novio, a ver si te veía salir. Pasé varias tardes mirando esos portones gigantes, vi salir oficinistas agobiados y empleadas ojerosas; mientras tanto imaginaba qué estarías haciendo

adentro. Te hacía tomando whisky en despachos con boisserie, vestidos de seda, tapados de piel. Pensaba: ¿si sale y me ve, me saludará todavía, a mí, que todavía llevo el mismo sobretodo?

"siempre te alejas en las tardes"

Sí, pero ahora (en menos de dos semanas, descuento cada día) será una tarde la que te traiga de vuelta. Por supuesto voy a estar en el Hotel Castelar a las tres de la tarde. Ya pedí el franco. No tengo cómo avisarte, pero voy a estar ahí.

Quiero que lo sepas, aunque sea por esta carta que recién entonces recibirás en mano, esa tarde magnífica en que nos podamos encerrar lejos de las miradas de todos y besarnos y hablar y llorar y abrazarnos y volvernos a besar.

Desde aquella primera noche, los hoteles fueron nuestro refugio, nuestra propia isla en esta ciudad salvaje y otra vez será un hotel el que nos reciba como un oasis.

Claro que con el frío que está haciendo más que un oasis va a ser un iglú. Vamos a poder jugar a que sos Marlene Dietrich en "Capricho Imperial" escapando del cruel zar ruso que, dicho sea de paso, no debe ser muy diferente de tu banquero nazi.

Hasta el martes, mi amor.

con el alma apretada
tuyo
siempre

R.

***

Naviera Delfino, puerto de Buenos Aires
17 de agosto de 1938
10.30 p.m.

Rudolf Hepe ya lo estaba esperando en el depósito. Se dio cuenta de que algo grave había pasado cuando Martens lo llamó a la tarde y le dijo que lo quería ver esa misma noche en la Naviera, sin estibadores ni personal de limpieza o mantenimiento a la vista. Solos.

Hepe ya los había sacado a todos y estaba parado en la puerta con un manojo de llaves. Thilo Martens ni lo saludó. Bajó del auto con una carpeta en la mano y sólo le dijo: vamos.

El capitán ya sabía adónde llevarlo. Martens le había preguntado por unos fardos y esa misma mañana llegaron algunos, pero como era feriado no los había venido a retirar la gente del Banco.

Caminaron entre máquinas embaladas, cargamentos de tela, platería, porcelana, hasta que llegaron a los bultos. Con su navaja de toda la vida, Hepe rasgó la primera tela y le mostró a Martens: cajas de madera.

Fue a buscar un cortafierro para hacer palanca. Los clavos se aflojaron, levantó la tapa de una y otra caja y sólo vio paquetes envueltos en papel madera: planillas vacías escritas en alemán con el membrete de un banco. Rompió uno de los cajones, dejó el cortafierro y volvió a la navaja; rasgó el papel y otra vez se encontró con talonarios de planillas, pero puestos de costado, todo estaba sujeto con alambres; cortó los alambres con un alicate y empezó a

sacar talonarios de planillas; había como diez centímetros de planillas por lado. Formaban casi una caja.

Pero después de las planillas apareció otra forma, otro papel, otros colores.

Todavía con la navaja en la mano, Hepe se apartó de la caja, casi temblando.

Nunca había visto algo así.

Se lo mostró a Martens.

Martes estrelló la carpeta contra el piso y pateó una madera.

En los fardos había papeles, sí, tal como les habían dicho. Pero eran sólo para disimular.

Debajo de las planillas, había dinero.

Mucho dinero.

Fajos y más fajos de billetes.

Dinero alemán, pero también billetes polacos, austríacos, checos.

Abrió más cajones: planillas arriba, dinero abajo. Billetes y más billetes. Abrió otro bulto al azar. Esta vez no había billetes. Primero apareció algodón, después oro. No lingotes: cosas sueltas, adornos, aros, collares, anillos de compromiso metidos en algodón para que no se movieran.

Sin hablar ni tocar nada, Hepe y Martens cerraron los cajones, volvieron a poner los clavos y apagaron las luces de esa parte del depósito.

En la oficina de Hepe empezaron a sacar cuentas: habían pesado un cajón, primero lleno y luego sin billetes. Después multiplicaron por el número de cajones, y por el número de embarques.

La cuenta daba 30.000 kilos.

Eso, sin contar el oro.

¡Treinta toneladas de billetes!

***

Oficina del Abwehr, Edificio Banco Germánico,
Buenos Aires, 17 de agosto de 1938
11.30 p.m.

—Esto es una operación de Estado.

Dietrich Niebuhr había examinado cada manifiesto de carga, cada sello, había vuelto a hacer la suma que hicieron Martens y el capitán Hepe. Y sí: descontados los papeles de camuflaje y sin agregar el oro, eran más de treinta toneladas de billetes. ¡¡En un solo embarque!! Y ya iban más de diez.

Antes, Niebuhr había abierto la caja que Martens puso sobre su escritorio y vio los billetes de diferentes países. No eran fajos con numeración continuada, recién salidos de los bancos. Eran billetes sueltos, algunos gastados, grandes y chicos, polacos, checoslovacos, austríacos, también alemanes.

Los bultos venían llegando a la Argentina desde hacía más de tres meses y siempre era igual: el tesorero de la nave se los entregaba en persona a gente del Banco Alemán Transatlántico, ya fuera en el depósito de la Naviera Delfino o al pie de los buques de la Hamburg Süd.

—Esto tiene que ser una operación de Estado —Niebuhr repitió enfático—. Tiene que ser algo oficial. Nadie en el Reich se animaría a sacar semejante cantidad de dinero sin permiso alguno. Ya estaría muerto. Él y todos sus cómplices. Lo que no entiendo es cómo no

nos avisaron nada a nosotros. ¿Para qué somos el Abwehr en la Argentina?

—No deben querer usar los canales oficiales, nada vinculado a la embajada… —conjeturó Martens.

—¿Y por eso lo hacen con el banco de Freude? ¡Por favor, Thilo! ¿¡Te parece que Freude y sus cagatintas pueden manejar algo así?! Es mucha plata. ¿Para qué la quieren? ¿Qué van a hacer? ¿Te das una idea de lo que van a ganar ellos manejando esa fortuna? ¡Y nos están dejando afuera!

—Nos están dejando afuera y nos están poniendo en peligro. Porque alguien más sabe de esos fardos. Ese tiene que ser el dinero que nos están pidiendo. Por ese dinero lo torturaron a Schüller. ¿Podía saber algo Schüller?

—No. —Niebuhr fue categórico—. Nadie hubiera podido aguantar esas torturas sin hablar y mucho menos por un dinero que no es suyo. Schüller no sabía de qué le estaban hablando. Como no sabía tu amigo ni su esposa, que terminó con el dedo cortado. Alguien sabe de los fardos con billetes y piensa que somos nosotros los que manejamos esa fortuna.

—Pero ese "alguien" no sabe que no somos nosotros. O sea, no vio los manifiestos de carga que dicen que el que se lleva el dinero es el Banco Alemán Transatlántico.

—A ver: no nos ataca una banda de delincuentes comunes. Es un servicio de inteligencia o una mafia contratada por alguien. Pueden ser los británicos o los americanos o alguien de acá y por eso hablan en criollo. En cualquier caso, saben lo mismo que nosotros. Que desde Alemania están llegando fardos con dinero a la Argentina. Que ese dinero es ilegal por donde lo mires. Que nadie va a hacer una

denuncia si lo roban porque ese dinero es robado, Thilo, date cuenta.

—¿Robado a quién?

—¿A quién puede ser? ¡A los judíos! Lo están enviando a la Argentina para cambiarlo, seguramente por dólares o libras o francos suizos. ¿Cómo? No sé los detalles, pero imagino que ese dinero va a terminar en cuentas de bancos en cualquier parte del mundo y va a servir para comprar máquinas o insumos que hagan falta para la guerra. Todos saben en Europa que viene otra guerra y las cuentas de las empresas alemanas en el exterior son seguidas con lupa. Esa plata va a terminar en cuentas de empresas fantasma españolas o portuguesas que van a operar a través de bancos suizos para hacer compras encubiertas. No importa. Lo que importa es que por esa fortuna, por esas toneladas de billetes, nos están extorsionando y, además, el que está manejando esa fortuna se está haciendo más que rico, porque en el manejo de ese dinero puede quedarse con el porcentaje que quiera, que nadie le va a pedir demasiadas cuentas.

—Y esa persona es nuestro banquero amigo. —Martens entendió todo.

—Sí. Y ahora sabemos que no es la primera vez que Freude nos oculta cosas. Está lo del wolframio que nos enteramos por Esther.

—¿Para qué quieren wolframio?

—En los canales diplomáticos nadie me supo contestar —dijo Niebuhr—. Entonces le mandé un cable cifrado al propio almirante Canaris. Me respondió recién anoche, muy enigmático: "SÍ. LO NECESITAMOS. FUNDAMENTAL PARA GANAR". ¿Ganar qué? Ya sabemos: la guerra que viene.

—Vale decir que ya son dos operaciones importantes en las que nos dejan afuera y se manejan con Freude. ¿Y desde cuándo Freude llega tan alto?

—No sé. Pero hace unos meses, cuando lo condecoraron como mejor empresario alemán en el exterior, estuvo en Berlín con el propio Führer. Seguro ahí los de las SS aprovecharon para contratarlo y abrir un canal de operaciones encubiertas en Argentina por afuera del Abwehr y de la embajada.

—¿Contratarlo? Freude no necesita plata. —Martens dudó de la teoría de Niebuhr—. A esta altura debe ser uno de los hombres más ricos de la Argentina.

—Esto no es por plata. Esto es por poder, Thilo. No te confundas. Freude se sentó a la mesa grande del juego del poder. —Niebuhr levantó la voz cuando dijo dos veces la palabra poder—. Una mesa en la cual nosotros no nos sentamos. Apenas somos los mozos que acercamos el carrito con las bebidas.

—Freude estará sentado en la mesa del poder, pero es a nosotros que nos mataron un hombre; a nosotros nos están amenazando. Al que están buscando es a mí, Dietrich, y en cualquier momento me van a secuestrar para torturarme.

—Contigo no se van a animar. Sería un escándalo. No lo veo. Te buscan porque saben que los bultos viajan en los barcos de la Hamburg Süd y van a los depósitos de la Naviera Delfino. Saben que sos el gerente y puede que sepan de tu relación con la embajada y hasta con el Abwehr. Sabían que Schüller era uno de tus hombres, pero no mucho más; un agente alemán en el puerto de Buenos Aires, nada más. A tus amigos llegaron porque Ludwig les dio la patente de tu auto en la tortura. A la casa de Schüller llegaron

porque le sacaron las llaves. Tienen un dato correcto, el de los bultos, pero nada más. Saben por qué naviera llegan los bultos, pero no saben adónde va el dinero. No saben tanto como parece. Saben que hay una fortuna llegando a la Argentina, pero no saben para qué ni quién se la lleva. Si tuviéramos un topo en la Naviera, sabrían que el cargamento se lo lleva el banco de Freude y no el Germánico. El dato debe venir desde Alemania, el topo está allá.

—¿No deberíamos ir a hacerle una visita a Freude?

—No todavía. Esperemos un poco. De todos modos, mañana lo vamos a ver en el Plaza Hotel en el cóctel que organizó Talbott. Freude no sabe lo que nosotros sabemos y de eso tenemos que sacar alguna ventaja. Además, veamos qué más averigua nuestra amiga Esther.

2 Por una cuestión de seguridad, Philby desconocía el verdadero nombre de Big Bill: al momento que escribe el diario no sabe que se trata de Alexander Orlov (N. del T.).

3 En castellano en el original (N. del T.)

4 OTTO, nombre en clave de Arnold Deutsch, asesinado en Moscú por orden de Stalin.

5 En castellano en el original (N. del T.).

6 MANN, nombre en clave del segundo instructor de Philby en la NKVD. Se llamaba en realidad Theodore Mally. Philby supo su verdadero nombre muchos años después, cuando ya había sido asesinado en las purgas de Stalin.

7 El nombre completo de Philby es Harold Adrian Russell Philby. Pero desde pequeño lo llamaron "Kim" por un relato de Rudyard Kipling sobre un niño nacido en la India, como el propio Philby. Nadie podía saber todavía que esa no sería la

única coincidencia con el relato de Kipling: nacido en la India, Kim acaba siendo espía colonial británico. (N. del T.)

III

Plaza San Martín, Buenos Aires
18 de agosto de 1938
5.15 p.m.

—¿Cómo anda en el póker?

—Me defiendo.

—¿Puto y vaca?

—Como al billar.

—*Son of a bitch!*

Philby y Rogelio cruzaban Plaza San Martín rumbo al Plaza Hotel, temprano todavía. La recepción convocada por Talbott era a las 19. La tarjeta, discreta pero impresa en la mejor cartulina, sello en relieve y —detalle suntuoso— esquinas doradas, decía:

La Asociación Tres Banderas para la Paz y el Comercio
tiene el agrado de invitar a Usted a su cocktail de
presentación en Buenos Aires el 18 de agosto a las 19
horas.
Stafford Talbott, director
R.S.V.P. - Plaza Hotel - Florida 1005

La tarjeta parecía importada, pero había sido impresa en la misma manzana de la embajada alemana. Niebuhr había convencido al embajador Von Thermann sobre la importancia rque ella sólo tenía libre el tiempo en que este penetrador estaba haciendo sus deberes con la reina. El alabardero dio vueltas a su cabeza para hallar una solución hasta que encontró una salida. Pidió por favor a un compañero de la guardia que le sustituyera en la faena, en este caso cde contar con una imprenta de calidad que serviría, tarde o temprano, para falsificar documentos, pasaportes, hasta dinero. Bernardo reclutó a un imprentero alemán, le ofreció el negocio y le explicó las condiciones: buena plata y discreción absoluta. Si algo salía mal, su familia la iba a pasar peor.

—¿Llegamos bien, ¿no?

—Sí, Talbott me pidió llegar temprano para ayudarlo con los invitados y sobre todo con el idioma. Apenas habla alemán y siempre tiene miedo de no entender las ironías, las sutilezas y sentirse un… un…

—… un boludo.

—*Thank you.*

Philby le había comprado un traje a Rogelio en Harrods. Le había dolido la frase de Talbott, pero tenía razón. una mesa de póker con militares, diplomáticos y empresarios con un saco de tweed con parches en los codos.

(¿Irá Esther?)

Philby le había preguntado mucho a Rogelio sobre los diarios de Buenos Aires. Estaba asombrado de que hubiera tantos y tan

diferentes. Rogelio le fue explicando quién era quién; quiénes apoyaban o no al gobierno y por qué, pero Philby siempre quedaba descolocado. NoNo podía moverse en ese mundo con esa ropa comprada de apuro en un puerto y tampoco Rogelio podía sentarse en entendía por qué había diarios católicos que parecían nazis; por qué el principal diario alemán era antinazi y por qué había diarios de izquierda que miraban con cariño a Hitler.

—¿Qué quiere que le diga, Philby? Bienvenido a la Argentina. Acá nada es lo que parece.

—¿Y *Crítica*?

—*Crítica* es antinazi. ¿Y usted ya le avisó a esta gente que yo trabajo en *Crítica*?

—A Talbott nada más. Pero le dije que trabajaba en la sección Turf, quédese tranquilo. Le dije que lo necesitaba porque usted era un gran jugador de póker y que iba a saber animar cualquier partida.

—Sí, ya sé. Y tengo que dejar ganar a los militares y a los alemanes…

—Eso: que se vayan borrachos y contentos, me encargó Talbott y prometió doscientos pesos para usted, así que esta noche, amigo, usted va a volver a su casa con buena plata, dinero seguro.

—No sabe la gracia que me causa dejarme ganar por los militares.

—Peor es trabajar, hombre, no joda.

—¡Qué rápido aprende el idioma!

(¿Irá Esther?)

Rogelio no le había contado nada a Philby de Esther. Puede ser demasiado peligroso para ella. Si Kim llega a hablar en los círculos alemanes con la persona equivocada, si llega a dejar caer un comentario errado al pasar, Esther puede terminar en problemas. Freude la tiene rodeada, demasiado custodiada. ¿Por desconfianza? ¿Por celos? Rogelio lo vio en el Colón: guardaespaldas evidentes y tipos discretos mezclados en el gentío que no les sacaban la vista de encima a él ni a ella. Por eso Bernardo la tuvo que atracar camino al baño y meterla en un palco. Mundo raro, pensaba Rogelio: Esther vuelve a estar cautiva diez años después. Antes de Bernardo, ahora de Freude.

(¿Irá?)

Y si va, ¿qué va a poder hacer él, que no es empresario inglés ni diplomático alemán ni militar argentino, que es apenas Rogelio, un pedofilo de turf, tan poca cosa, entre tipos tan pesados? ¿Qué va a hacer? ¿La va a agarrar de la mano y se la va a llevar delante de todos como si fuera una película? Nah. No llega ni a la puerta.

—Llegamos —dijo Philby.

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
18 de agosto de 1938
5.30 pm

Los camaradas del Partido Comunista Argentino les habían hecho una lista de los mejores hoteles de Buenos Aires. Les ofrecieron un guía y un auto, pero Mercader y Afanasiev prefirieron ir solos con un mapa; Codovilla se quedó en la casa segura.

Empezaron por el Alvear, en Recoleta, pasaron por el Plaza, el Claridge, el Phoenix, el Gran Hotel España, el Métropole, el Majestic, y nada. En algunos hoteles había contactos del partido que revisaban a fondo el libro de huéspedes y los números de pasaporte; en otros preguntaban como simples turistas que buscaban a un amigo. Nada.

Había montones de turistas ingleses en los hoteles: ingenieros, comerciantes, profesores, pero Philby no aparecía. Hasta que llegaron al Hotel Castelar.

Los atendió un español escapado de la guerra que miró el registro de pasajeros y le dijo a Mercader que no había ningún "Filby". Cuando le insistió, el conserje lo miró con cara de pocos amigos por encima de los anteojos calados y Mercader entendió que era suficiente si no quería despertar sospechas. Pero antes de irse se dio vuelta y le dijo:

—Hombre, es uno alto, muy alto, ¿seguro no lo vio?

—Hay un estupido muy alto, llegó la semana pasada, sí, suele volver tarde por la noche, es periodista.

De tan eufórico, Mercader ni siquiera llegó a darle las gracias. Era Philby, sin dudas. En la carpeta de datos para la cacería que tuvo que leer y quemar, decía que la NKVD nunca le había conseguido un pasaporte falso, que siempre se presentaba como periodista británico.

Lástima que en el Hotel Castelar no tenían ningún camarada de contacto: hubieran podido entrar en la habitación y revisarla. Aunque era difícil que Philby tuviera ahí mismo algo del oro del Banco de España. Pero podía haber alguna pista que llevara a Orlov y al tesoro robado. No importa.nes de clases para que los niños pobres pudieran tener clases y educacion; en esta casa a la cual llegaron por que decian que era un pueblo con futuro, mis abuelos la pusieron al servicio de la comunidad Ahora sólo había que esperar a Philby y las esperas, las tediosas esperas previas a la cacería de un hombre, eran la especialidad de Afanasiev, el sicario búlgaro.
marciano

Al salir, Mercader ni siquiera tuvo que hablar con el búlgaro: lo miró y le dijo levemente que sí con la cabeza. Afanasiev ya había preparado la espera: le señaló a Mercader el Iberia, una fonda sobre Avenida de Mayo, frente al Castelar. Mejor no esperar en el bar del hotel: podían recordarlos y ubicarlos.

Se sentaron en una mesa de la ventana.

El marciano miraba; Mercader pensaba.

Si agarraban a Philby, podían llegar a Orlov.

Si llegaban a Orlov, llegaban al oro.

Y si llegaban al oro seguro habría medallas, elogios y ascensos.

Pero si eran astutos, además de condecoraciones iban a poder desviar algo para sus —todavía— burgueses bolsillos.

Algo así como una gran gratificación revolucionaria, pensaba Mercader mirando Avenida de Mayo. Nadie es perfecto.

***

Plaza Hotel, Buenos Aires

18 de agosto de 1938
6.00 p.m.

Stafford Talbott los estaba esperando en la puerta del Plaza Hotel. Philby se volvió a asombrar: había más lujo en ese hotel de Buenos Aires que en todos los hoteles de España y en buena parte de los de Londres. Es el más lujoso de Sudamérica, le dijo Talbott mientras le mostraba los tres salonde la Hermandad Anglo Alemana, esta vez lejos de Inglaterra.

En el más grande de los salones estaba afinando la orquesta de Osvaldo Fresedo; unas treinta mesas redondas dibujaban una gran pista de baile delante del escenario. En algunas había paños verdes, mazos de cartas, cajas con fichas. Esta es su zona, le dijo Talbott a Rogelio.

En un rincón, al otro lado del escenario, tres carpinteros montaban una mesa de billar. En la barra, los *barmen* acomodaban botellas de whisky y Jägermeister, y ponían champagne en baldes con hielo; los mozos se ajustaban los moños y los chalecos o repasaban las copas con alcohol. Philby vio que varios estaban armados: pistolas pequeñas, sobaqueras discretas. Chequeó la navaja en el bolsillo.

Desde una puerta que conectaba con otra parte del hotel, empezaron a llegar mujeres jóvenes: escotes explícitos, cejas depiladas, tacos altos, ropa barata entallada. Conocían a los mozos, que les convidaban champagne. Lo tomaban en vaso y apuradas.

En la puerta del salón, parado como un custodio, había un tipo grandote, un poco más bajo que Philby, pero mucho más musculoso, rubio, de patillas y pelo corto, sin gomina. Talbott y Philby lo saludaron en alemán.

Rogelio lo reconoció enseguida: era el terror de Esther, el hombre que la había demorado rumbo al baño en el Teatro Colón, Bernardo Mitvein, su exmarido y fiolo. Pero Bernardo era judío. ¿Qué hacía ahora trabajando para los nazis?

—Por favor, Martín, que no pasen mujeres solas, sólo varones y parejas, y que las chicas no salgan de acá.

Talbott le habló en castellano, como para que Rogelio también entendiera. ¿Martín?, pensó Rogelio, ¿Bernardo, el fiolo judío, se cambió el nombre para trabajar con los nazis y ahora se hace llamar Martín?

El segundo salón era el restaurante. El puchero del Plaza Hotel era famoso, sabía Rogelio, aunque nunca lo había probado. Para esa noche de frío, los alemanes habían elegido puchero. Talbott le explicó a Philby que Mi historia se entrelaza con la de una multitud de personajes bastante complejos y pertenecientes a todos los ámbitos, cuento con mucha información que le servirá para completar sus investigaciones. Temo por mi vida. No sé cuál sea mi destino, mi vida está en manos de Dios, pero deboera una comida típica argentina para agasajar a los extranjeros. Rogelio entendió por qué: empresarios ingleses, diplomáticos alemanes y políticos y militares argentinos se iban a mezclar divertidos en una cola mientras esperaban que los cocineros pescaran en las grandes ollas pedazos de carne o gallina, chorizo colorado, zapallo o papa. Conversaciones casuales, presentaciones sin protocolo, charlas que iban a empezar aquí para seguir con buen vino en cualquier mesa.

El tercer salón era el bar. Los invitados iban a pasar primero por allí a tomar un trago para entrar en confianza y abrir el apetito. Whisky para los ingleses, cerveza y Jägermeister para los alemanes,

vino y champagne para los argentinos. Una chica muy joven, vestida como para bailar el charleston, ofrecía cigarrillos, habanos y fuego con una bandeja de madera colgada de una correa.

Los primeros en llegar fueron Dietrich Niebuhr y Thilo Martens, los verdaderos anfitriones, los que iban a pagar la fiesta. Talbott los saludó como lo que eran, sus jefes, y lo trajo a Philby de un brazo para presentárselos. Hablaron en alemán.

Incómodo, sobrando, Rogelio buscó un consolador en la barra del bar y se metio por el culo. Aburrida, la chica del tabaco se le acercó, le ofreció un pepino gigante y se lo introducio.

—No me digas que vos también sos alemana…

—¿Tengo cara de alemana yo?

—Quedate conmigo que no tengo con quién hablar.

—¿Y qué hacés acá entonces?

—Algo parecido a lo tuyo. Sólo que, en lugar de vender tabaco, juego a las cartas y me dejo ganar.

—¿Y a mí también me dejarías ganar?

Tan concentrado estaba en Esther que Rogelio quedó descolocado ante el guiño seductor. Cuando reaccionó, contestó:

—Siempre. Se ve que sos una ganadora.

***

6.20 p.m.

Lina Maurer se topó con Bernardo en la puerta del salón donde afinaba la orquesta. Bernardo abrió los brazos como para frenarle el paso. Lina levantó la cabeza y le dijo:

—Soy yo, tarado, dejame pasar.

Nadie le hablaba así a Bernardo, pero Lina era otra cosa; lo conocía demasiado.

—¿Y si no te dejo?

—Armo un escándalo que a tu jefe no le va a gustar nada.

—Siempre enojada, vos.

—Sólo con vos, querido.

Bernardo la dejó pasar y se quedó mirándola. Hoy no estaba vestida de institutriz sexy; hoy estaba increíble: tacos altos y un vestido de raso negro ajustado con un tajo profundo, ideal para el tango.

Lina siempre se cuidó de Bernardo; lo despreciaba por ser un matón, un obsecuente, siempre pegado a Niebuhr. En cambio, le encantaba su discípulo, Ludwig Schüller. Como ella, Ludwig había nacido en Argentina y había ido a una escuela alemana. Pero Ludwig había sido becado para ir a un campamento de las Juventudes Hitlerianas y ella, no. Desde Alemania preferían a los hombres; buscaban posibles soldados y Ludwig fue el mejor alumno, el mejor comando y el mejor espía recién iniciado y ahora estaba en una morgue, sin un ojo, tan joven.

Se había sentado sola en una mesa a fumar. La orquesta de Fresedo estaba ensayando "El Monito". Pasó un mozo, le miró las tetas espléndidas y le ofreció algo de tomar. Lina le pidió un Jägermeister sin hielo. El mozo se dio cuenta de que ella no era como las otras chicas; con respeto, le trajo un vaso corto y le dejó la botella en la mesa.

Con el primer vaso brindó en silencio por Ludwig.

Con el segundo se imaginó la cabeza de Ludwig entre sus piernas, ella agarrándole el pelo, clavándole las uñas en el hombro. Se mordió el labio, estaba mojada. Por suerte nadie se iba a dar cuenta.

***

6.25 p.m.

—Vamos a decir que él es amigo mío, no suyo, porque a usted todavía no lo conocen —propuso Stafford Talbott.

Kim Philby estuvo de acuerdo.

—¿Cómo era su nombre? —le preguntó Talbott a Pastrana.

—Rogelio.

—*Perfect*. Usted es *my friend*. Nos conocimos jugando póker. Vamos a decir que usted es periodista, ok. Pero no insistamos mucho *about Crítica, right*? —Talbott expuso sus razones—. Después del acto en el Luna Park, *Crítica* le cayó muy duro a la embajada alemana por lo de las banderas nazis. Esta gente los detesta casi tanto como a los *jewish*, así que mejor no lo diga. Y si le preguntan, bueno, diga que sí, que trabaja en *Crítica*, pero en la sección Turf, que con la política usted nada. *Nothing*. ¿Ok? La plata que va a jugar, diga que la ganó en los caballos con un… con un… ¿cómo se dice?

—Una fija.

—*Right*. Una fija en Palermo —precisó Talbott—. Diga que como periodista siempre se reserva un par de fijas para hacerse unos pesos.

—Entendido.

—¿Cuánto nos va a dar para que juguemos? —preguntó Philby.

—Mil pesos para cada uno.

—Usted sabe que acá eso es mucha plata, ¿no?

—*Of course*. Pero necesito que los argentinos, en especial los militares, se vayan contentos. *Very, very happy*.

—¿Y cómo vamos a saber quiénes son los militares si no van a venir de uniforme? —dijo Philby.

—*Oh, Kim, come on!* ¡Van a ser los únicos sin acento extranjero!

—Y los más prepotentes —dijo Pastrana.

***

6.30 p.m.

—¿Supo algo más, comisario? Hablemos ahora antes de que llegue el embajador. —Niebuhr había hecho un aparte con Viancarlos.

—Nada. El juez no parece muy interesado en investigar y además se metieron los militares. Yo les conté que el expediente se lo había llevado gente del gobierno. Bueno, resultaron ser del Ministerio de Guerra y ahí le perdí el rastro. O sea que son los milicos ahora los que están atrás de esto. Así que ustedes cuídense, ahora más que nunca.

—¿Cuidarnos de qué? ¡Si nos atacaron a nosotros! ¡Nos mataron un hombre y le cortaron un dedo a una mujer que no tenía nada que ver! —Martens estaba exaltado.

—Tranquilo, Martens, baje la voz. No es lugar para ponerse así. —Viancarlos miró alrededor—. Yo le digo lo que veo. Tómelo o déjelo.

Y lo que veo es que los está siguiendo alguien que sabe lo que hace y que el gobierno, en especial los militares, le pusieron el ojo al caso. Y no hablo de cualquier militar. Esto debe estar manejándose muy arriba y muy en secreto con sectores de inteligencia militar. Es decir, que una parte del gobierno considera que esto es un asunto de defensa nacional, con servicios de inteligencia extranjeros. Y ustedes lo saben mejor que nadie. Yo no les pido que me digan nada de lo que hacen. Pero tampoco se hagan los desentendidos. Y, sobre todo, no me tomen por boludo.

Viancarlos fue bajando el tono hasta hablar casi en secreto, mordiendo las últimas palabras, y luego se echó atrás con una carcajada mentirosa. Niebuhr se dio cuenta de que le estaba respondiendo a Martens, y que si hubiera estado en otro lado le partía la cara de un culatazo y lo metía preso por estúpido. También entendió que Viancarlos era más profesional de lo que parecía.

—El comisario tiene razón, Thilo, y me parece que le debés una disculpa. No podés exaltarte así y atraer miradas que a nuestro amigo podrían costarle caro.

—Mis disculpas, comisario. —Hizo una media reverencia—. Pero estoy muy preocupado.

—Es comprensible. Yo sólo quiero que entienda que esto que pasó no es habitual. Por eso les insisto con que se cuiden más que nunca.

—Lo haremos —le aseguró Niebuhr—. Y recuerde que esta semana lo va a ir a visitar Lina con un pequeño presente que llegó desde Alemania para usted.

—Muy amable. Con permiso.

***

6.30 p.m.

Talbott le había explicado a Niebuhr que Philby iba a ser su mano derecha en la Asociación Tres Banderas. Niebuhr quiso conocerlo, hablar a solas con él en la embajada, y Philby lo convenció rápido. Charlaron en alemán de su paso como periodista por la guerra civil española, de los militares nazis que había conocido; algunos habían sido camaradas de Niebuhr en el Abwehr.

Philby no mentía, sabía de qué hablaba; ofreció como referencia a funcionarios franquistas que estaban en contacto permanente con el espionaje nazi y que, estaba seguro, iban a hablar bien de él. Al fin y al cabo, para los franquistas sólo había dejado la corresponsalía, nada extraño en esa guerra agobiante.

Niebuhr no encontró fisuras en su relato y quedó deslumbrado cuando Kim le mostró la carta de recomendación que el mismísimo von Ribbentrop, ahora canciller de Hitler, le había firmado cuando era embajador en Londres y Kim partió a España como corresponsal del *Times*.

Lo que Niebuhr no sabía es que Philby fue (¿era todavía?) un espía soviético. Ni por qué había huido a la Argentina.

Después de la bendición de Niebuhr, Talbott lo había llevado a su oficina y le había explicado a Kim quién era quién entre los invitados a la recepción del Plaza Hotel. Le dijo que se presentara sin problemas ante los diplomáticos alemanes y los empresarios británicos con los que se iba a cruzar. Talbott sabía que a los británicos les daría confianza que hubiera gente *very british* en la gala de la Asociación Tres Banderas y que a los alemanes Philby los

iba a encandilar con su casi perfecta pronunciación y sus historias de la Guerra Civil.

Para esta noche en el Plaza Hotel, Philby (deformación profesional) ya había memorizado los nombres, los cargos y los antecedentes de todos aquellos a los que tenía que agradar:

1. Embajador Edmund Von Thermann. Tenía modales de diplomático de carrera, pero era un oficial de las SS. Había llegado a la Argentina en 1933, cuando echaron al anterior embajador porque era nieto de judíos. Para que no quedaran dudas, Von Thermann bajó del barco en el puerto de Buenos Aires con abrigo largo de cuero negro y cantando el himno de las SS. Niebuhr se llevaba bien con él, pero Talbott sabía que el Abwehr y las SS se disputaban el espionaje en el Tercer Reich y tarde o temprano iba a haber una disputa en la embajada. Talbott reportaba a Niebuhr, es decir, cobraba del Abwehr.
2. Gottfried Sandstede. Encargado de prensa de la embajada. Talbott no sabía si era de las SS o de la Gestapo. Pero Niebuhr se cuidaba mucho de él, en cualquier caso, no era del Abwehr.
3. Thilo Martens. Accionista de la Naviera Delfino, agente del Abwehr, hombre de confianza de Niebuhr. Talbott estaba seguro de que era un testaferro de alguien para controlar la Naviera.
4. Príncipe Stephan zu Schaumburg-Lippe. Segundo de la embajada, aristócrata caído en desgracia. Despreciaba a los nazis, pero disimulaba. Su esposa se encargaba del ceremonial y aparentaba ser muy amiga de la esposa de Von Thermann.
5. Gerda von Aronoff. Jefa de las agentes femeninas, tanto de las SS como del Abwehr. Mujer de cuidado, habla con los dos

bandos.

6. Ludwig Freude. Banquero. Director y accionista del Banco Alemán Transatlántico. Accionista de la Siemens Bauunion, la empresa que acababa de construir un monumento llamado "Obelisco" en el centro de Buenos Aires. Freude estaba ganando cada vez más contratos de obras públicas en el interior del país, sobre todo para la construcción de rutas. Los diarios sugerían que tenía por amante a una conocida actriz argentina, Esther Binder.
7. Walter Grotewald. Presidente del Sindicato Cóndor, empresa de aviación, filial en América Latina de Lufthansa, usada para operaciones encubiertas de los nazis. Philby lo sabía porque los había visto bajar armas en España durante la Guerra Civil. Talbott le dijo que Grotewald era cuñado de Sandstede; seguro entonces que era de la Gestapo o las SS.
8. Richard Leute. Director del Banco Germánico del Sud, que funciona en el mismo edificio donde está la embajada.
9. Antonio Delfino. Empresario naval. Argentino. Socio de Thilo Martens en la Hambürg Süd. Hizo negocios con los alemanes en la Primera Guerra y los sigue haciendo con los nazis.
10. Carlos Ibarguren. Jefe de Asuntos Legales del Banco de la Nación Argentina. Muy conectado con los militares argentinos; admirador de Hitler y Mussolini.
11. Miguel Viancarlos. Jefe de Investigaciones de la Policía. Íntimo de Niebuhr, le aclaró Talbott.
12. Generales y coroneles del Ejército Argentino a los que les habían detectado simpatías con el Tercer Reich: Edelmiro Farrell,

Juan Bautista Molina, Pedro Ramírez, Arturo Brinkmann, Otto Helbling, Juan Perón, Enrique González, Carlos von Der Becke

13. General Basilio Pertiné. Ministro de Guerra.
14. Enrique Ruiz Guiñazú. Canciller. Defensor del neutralismo de la Argentina si estalla la guerra. Vale decir, simpatizante del Reich.
15. Belisario Gache Pirán. Fiscal de Justicia de la Nación.
16. Héctor Pedro Blomberg y Enrigue Muñoz Azpiri. Guionistas y directores de radioteatro. Simpatizantes del Tercer Reich.
17. Empresas alemanas que van a mandar representantes: Osram, Lahusen, Laboratorios Bayer, Siemens Bauunion, Merck, Thyssen Lametal, Química Schering, tractores Otto Deutz. A Philby le llamó la atención que hubiera gente de la I.G. Farben: armas, pólvora.
18. Empresas británicas que van a mandar representantes: Harrods, River Plate British Meat, Royal Mail Steamship, Compañía Anglo Argentina de Transporte, Chade (electricidad), Frigorífico Armour.

Mientras Philby estaba parado en la recepción, repasando la lista de invitados con las recepcionistas, alguien le tocó el hombro y le habló en alemán al oído.

—Ya sé que sabe hablar alemán. Pero ¿sabe bailar tango?

Lina Maurer.

***

6.40 p.m.

La cigarrera dio un par de vueltas ofreciendo habanos y cigarrillos y volvió a la barra donde estaba Rogelio tomando un whisky y esperando instrucciones.

—Sos muy joven, vos. ¿Qué edad tenés?

—Diecinueve.

—¿Y a qué te dedicás, además de vender tabaco? ¿Estudiás?

—Soy actriz. No pude seguir estudiando. Dejé mi pueblo a los quince y me vine a Buenos Aires. Ya hice varios papeles, no te creas. Cosas chicas, casi de extra, en teatro, algo en radio. Hasta salí varias veces en *Sintonía* con foto y todo, pero eso fue porque me había hecho amiga del director.

—¿Y cuál fue tu primer papel?

—El de todas. De mucama diciendo algo así como "la mesa está servida" en la compañía de Eva Franco. Ya van tres años y todavía no pude dar un salto para dejar de trabajar de otras cosas.

—¿Qué cosas?

—De todo. A veces lavo ropa o zurzo para afuera, a veces hago de relleno en fiestas y bailo tango por hora, como las chicas que están en el otro salón. Si una vez por semana tuviera una de estas recepciones, sería otra cosa. ¡Estos alemanes pagan muy bien! Y vos, ¿que hacés además de dejarte ganar al póker?

—Soy periodista. De turf.

—¡Ay! ¡Si te conociera mi hermano! Le encantan los burros. Y pierde tanta plata… ¿Sos casado vos?

—Digamos que sí.

—¡Otro más! Todos los tipos que valen la pena están casados. Siempre llego tarde. Y eso que yo no me quiero casar.

—¿Y entonces qué problema tenés?

—Que un día les da la vergüenza de tener una amante y te echan como a un perro. Me pasó con un empresario muy famoso del teatro que le dicen el Sapo.

—¿El Sapo Suero?

—¡Sí! ¿Cómo lo conocés?

—Soy bastante amigo de Esther Binder…

—¿En serio? ¡La que se agarró al banquero alemán!

—Shhh…

—Perdón. ¿En serio sos amigo de Esther? ¡La adoro! Ves, yo quiero hacer algo como lo que hizo ella. Una carrera así.

—No te lo recomiendo. Sufrió mucho.

— Pero mirá ahora dónde está. Tiene de todo y si quiere no trabaja más en toda su vida. Ya debe estar hecha ¿Vendrá esta noche?

—No sé.

—Bueno, te voy a encender un habano así me quedo un poco más.

—No sé fumar habanos.

—Aprenda, m'hijo. Mientras, te cuento lo del Sapo, ese gordo asqueroso. Imaginate que antes de contratarte te palpaba las piernas y las nalgas delante de toda la compañía. Decía que era para saber si tenías vergüenza en el escenario y si no le estabas mintiendo con la edad. La cuestión es que hice todo lo que había que hacer para quedarme trabajando en la compañía de ese gordo grasoso. No te voy a dar detalles. Durante más de un año trabajé en varias obras y hasta hicimos una gira por Uruguay. El Sapo me presentaba como su "novia"; me hacía entrar del brazo a los ensayos, imaginate. Pero un día, delante de todos, me gritó: "dejá

de molestarme, soy un hombre casado". Gordo grasoso, sapo de mierda. Me sentí tan mal que no le contesté nada. Y cuando me estaba yendo escucho que la sigue a los gritos, para que escuchen todos: "no porque me haya acostado con vos estoy obligado a darte trabajo toda la vida". Te juro que el odio contra ese tipo me sigue hasta hoy. Si pudiera lo mataría. Dame un poco de whisky.

—No queda muy bien que te vean tomando.

—Vos tapame.

—Me vas a dejar el rouge en el vaso.

—Portate bien porque te lo voy a dejar en la boca.

—Mirá vos.

—Me tengo que ir. Me avisás si escuchás algo que valga la pena.

—¿Algo como qué?

—No sé. La señora Gerda que es la que me contrató me dijo que parara la oreja a ver de qué hablan todos estos tipos importantes. Sabe que no sé ni jota de alemán, pero le dije que entendía el inglés; pero fue para que me diera el trabajo. La verdad es que no cazo una palabra, nada. Y ahora no sé cómo voy a hacer.

—No te preocupes. Si escucho algo interesante te aviso. No me dijiste cómo te llamás.

—Eva. Eva Durante.

***

7.00 p.m.

Locutor con esmoquin desde el escenario. La orquesta de Osvaldo Fresedo está lista. Los invitados ya fueron convocados a pasar al

más grande de los salones del Plaza Hotel.

LOCUTOR: Distinguido auditorio *(estática en el micrófono)*… Por favor, por favor, silencio. Sólo un minuto. Gracias. Seré breve. Gracias. Gracias. En nombre de la Asociación Tres Banderas para la Paz y el Comercio *(estática)* les damos la bienvenida a esta, su presentación en sociedad. Les proponemos una velada distendida donde, como ustedes podrán apreciar *(señala la orquesta)* hay previsto un gran show de tango nada menos que con la orquesta del maestro Osvaldo Fresedo, una velada a la medida de las destacadas personalidades que engalanan este evento y que por pedido expreso del Señor Talbott no vamos a enumerar desde este micrófono porque son tantas, pero tantas, que estaríamos hasta el amanecer *(risas)*. Además de escuchar el mejor tango argentino y, los que se animen, bailarlo, ya están las mesas listas para que, antes o después de un trago o un buen plato de puchero, quienes quieran puedan tentar la suerte en una partida de póker, una mesa de billar o incluso con el sabot de punto y banca. En contados instantes ya podrán disfrutar de todo esto y mucho más, se los aseguro. Pero ahora les solicito unos minutos de su amable atención. El organizador de este evento, el señor Stafford Talbott, presidente de la Asociación Tres Banderas, a quien pido que suba al escenario y para quien reclamo además un fuerte aplauso *(aplausos)*. Míster Talbott, les decía, me ha pedido que sea yo quien lea un breve texto de agradecimiento en castellano. ¿Por qué en castellano? Porque es una manera de unificar los idiomas y que recorren este importante ágape. Como míster Talbott es muy modesto y aunque habla castellano bastante bien por hacer sólo unos meses que está en Buenos Aires, me encargó la lectura del siguiente mensaje:

Estimado auditorio. Como Director de la Asociación Tres Banderas para la Paz y el Comercio les agradezco que hayan aceptado participar de este formal, aunque discreto acto de lanzamiento. Nuestra asociación pretende, en tiempos difíciles, ser un puente para la paz. Europa vive tiempos turbulentos. Pero justamente por eso no debemos perder de vista nuestras diferentes raíces, nuestros modos de vida y, sobre todo, nuestros intereses. Argentinos, alemanes, británicos, todos compartimos un modo de vida amenazado por un enemigo común: el comunismo. Sé lo que les digo. Mi familia ha perdido todos sus bienes e inversiones a manos del comunismo en Rusia. Más allá de los conflictos limítrofes vigentes en Europa, heredados de la Gran Guerra y del Tratado de Versailles, no debemos perder de vista que todos defendemos un modelo de vida basado en la dignidad humana, la propiedad y la inversión. Los conflictos limítrofes se pueden y se deben resolver con diplomacia. Las revoluciones, una vez que se desencadenan, no se resuelven más. Se convierten en un problema eterno. Por eso estamos todos aquí, para conocernos mejor en un clima amable, para compartir experiencias y aportar nuestro humilde y remoto grano de arena para que no haya una nueva conflagración en Europa. No los distraigo más. Los invito a que disfruten de esta noche que, sin duda, será inolvidable.

(Aplausos). (Estática).

La orquesta de Fresedo arranca con "La cumparsita". Varios militares y algún empresario cabecean a las chicas que están en la

barra. Se juntan en la pista. Bailan.

***

7.10 p.m.

Rogelio había cambiado de salón y de barra. Tenía un vaso de whisky en la mano, pero no tomaba. Nunca tomaba cuando tenía que jugar. Mucho menos esa noche, que tenía que estar atento por partida doble.

Atento al póker y a los militares —seguro ya borrachos—, a los que tenía que dejar ganar.

Atento a ver si llegaba Esther.

Eva la cigarrera se acercó y le preguntó si había escuchado algo interesante. Nada, le dijo.

Fue entonces cuando vio la primera escena divertida de la noche: Philby acababa de pasar de la mano de una hembra soberbia que lo arrastraba a la pista. Esa mujer era otra cosa: ninguna de las chicas traídas para divertir a los invitados se hubiera animado a tanto. Todos los miraban: diplomáticos, gerentes, militares. Hubo un murmullo y algunas risas. Él, tan alto; ella, espléndida sobre sus tacos. Nadie sino Philby podría haber bailado con ese monumento sin quedar petiso.

***

7.10 p.m.

Al llegar al centro de la pista, Philby y Lina Maurer se quedaron parados, muy juntos. Lina le acomodó los brazos a él en la posición básica como para empezar a bailar. Hablaron en alemán.

—Muchas veces bailé tango en Europa —dijo Philby.

—Pero eso no es buen tango, es el de las películas. Aquí en la Argentina es donde se baila el verdadero tango. Lo primero que tiene que saber es que nunca, nunca, hay que acercarse a sacar a bailar a una mujer. Nada de tenderle la mano en un gesto de caballero como si fuera un vals. No. Si le gusta una mujer, la mira fijo hasta que ella lo mire.

Lina le acercó más la cara a Kim hasta que se miraron directo a los ojos:

—Cuando ella lo mire, hace una ligera inclinación de cabeza hacia donde están bailando. Aquí lo llaman "cabeceo". Luego camina hacia la pista y se reúne con ella. No la saluda ni le sonríe. Esto se hace así por dos cosas. Primero: si la mujer no quiere bailar con usted, no pasará por el bochorno de resultar rechazado delante de todo el salón. Segundo: aún hoy las mujeres van al baile acompañadas por sus madres, a quienes les mienten que sólo bailan con algunos para bailar mejor y esperar un buen novio. Falso: aprovechan para bailar con quienes las excitan y quedar en citas secretas. Mientras tanto, esperan un novio.

—Esa parte me gustó. ¿Cuándo tendremos nuestra cita secreta?

—No se apure. Primero quiero ver cómo baila el tango.

***

Interrogatorio a Edmund Von Thermann, embajador alemán en Argentina. Agente: Brian A. Mahony.
6 y 7 de junio de 1945

SECRETO

—¿Quién de su staff en la Embajada Alemana en Buenos Aires estaba a cargo de la inteligencia y la contrainteligencia en Argentina?

—Dietrich Niebuhr.

—¿Cuánto tiempo estuvo con usted?

—Estuvo todo el tiempo conmigo como Agregado Naval.

—¿Estaba ya antes que usted en Buenos Aires?

—Sí.

—¿Niebuhr reportaba a usted?

—Sí, claro, pero también reportaba al Abwehr en Berlín. Eran capitán de la Armada.

—¿Usted veía todo lo que él enviaba?

—No. No veía todo. Él podía mandar mensajes cifrados también.

—¿Qué tipo de trabajo hacía Niebuhr?

—Se encargaba de nuestros intereses navales, movimientos de buques desde y hacia Buenos Aires.

—¿Qué uso le daban, tanto usted como Niebuhr a los datos de inteligencia o contrainteligencia recolectados?

—Era muy poco lo que necesitábamos porque en Argentina todo era público. Uno podía leer en los diarios que había llegado tal militar británico de visita y podía ir al puerto y ver cómo era el barco que lo había traído y cuál era su armamento. Hasta justo antes de que se declarara la guerra éramos invitados a cócteles con los británicos. No había mucho secreto. Una vez hablé de esto con el agregado militar británico, el Capitán Robbins, que me dijo: usted debería tener en la embajada más gente de confianza, y yo le contesté: ¿para qué? Hay cincuenta

mil alemanes en Argentina. Si, por ejemplo, un buque británico, militar o comercial, necesitaba alguna reparación, siempre lo íbamos a saber porque tarde o temprano algún alemán iba a estar trabajando en la empresa que hizo la reparación y nos lo iba a contar en detalle.

(…)

—¿Qué relaciones o contactos tenía con los militares argentinos?

—En mi viaje hacia la Argentina, en 1933, en el buque Cap Arcona, conocí al general Juan Molina. Venía de ser el Agregado Militar en Berlín. Imagínese. Viajamos dieciséis días juntos. Nuestras esposas se hicieron bastante amigas y me dio las primeras lecciones de dialecto argentino. El general Molina era un admirador confeso del Führer y muy amigo del general Uriburu, que había hecho una revolución en Argentina y que acababa de morir en París.

—¿A quién más conoció, además del general Molina?

—A muchos generales y oficiales que habían estado en Alemania y hablaban bastante bien el alemán. Al general Pertiné, al general Pistarini, al general Von Der Becke, cuñado de Molina, que estudió en Alemania y fue compañero del Mariscal Rommel; al coronel Ramírez, que luego fue uno de los dictadores que derrocó al gobierno en 1943.

—¿Todos habían recibido adiestramiento en Alemania?

—Sí.

—¿Qué relación tenía usted con estos generales? ¿Era una relación social?

—Sí. Eran relaciones sociales. Me invitaban y yo los invitaba. A veces eran cocteles; a veces "asados" (*en castellano en el original*) otras, cabalgatas. Así fui conociendo a más militares.

—Los utilizaba como fuente de información.

—Naturalmente. Si había algo que averiguar, se lo preguntaba. Por ejemplo, les pregunté sobre el presidente que sucedió al general Justo, Roberto Ortiz, que era probritánico, pero sin embargo estaba dispuesto a mantener la neutralidad argentina si

había guerra. Por supuesto que les preguntaba cosas, pero era información dada en un marco cordial.

(National Archives, Londres. Traducción propia)

***

Plaza Hotel, Buenos Aires
miércoles 18 de agosto de 1938
7.10 p.m.

—No va a haber guerra, caballeros. Se los aseguro. —Así dice Edmund Von Thermann—. El *Führer* sólo está mostrando las garras; los desfiles, los tanques, los aviones los muestra para poder negociar mejor. Hasta ahora tan mal no le fue. Fíjense lo que pasó con Austria; entramos y fuimos aplaudidos. Ahora va por los Sudetes, en Checoslovaquia. Allí la población habla alemán. Son demandas lógicas, son invasiones, sí, pero de territorios que fueron alemanes; ahora bien, ¿una nueva guerra? Imposible. En nuestras embajadas nadie está hablando de guerra.

Eva la cigarrera se acerca a ofrecer tabaco a un grupo de hombres. Todos tienen un vaso de whisky en la mano; todos le miran las piernas. Se da cuenta de que son importantes porque a un par de metros de ellos hay dos custodios. Los cinco hablan en castellano. Uno tiene acento alemán; los otros parecen militares.

—Pero en Europa, en todas partes se habla de la nueva guerra; en los diarios y en las calles —dice el general Juan Bautista Molina—. Alemania ya no esconde su armamento, hace grandes desfiles

militares. Me parece, embajador, que eso es más que mostrar los dientes.

Eva ofrece cigarros y, de los cinco hombres, tres aceptan. A los tres les ofrece fuego. Mientras enciende los habanos, dos le miran las tetas; sólo uno la mira a los ojos.

—Acabamos de renovar el tratado de intercambio comercial con Argentina que tenemos hace cuatro años —dice Von Thermann—. Argentina nos pidió que compráramos más carne y así lo hicimos. Tratados así se firman en tiempos de paz, no de guerra.

—¡En cualquier momento les ganan a los ingleses! ¡Y mire que los ingleses se llevan barcos y barcos llenos de carne argentina…! —El general Molina hace reír al grupo.

—No creo —tercia el embajador—. Por desgracia, a mis compatriotas no les gusta la carne congelada argentina. Ellos se la pierden: aunque parezca mentira prefieren la carne con mucha grasa, porque la cocinan a la cacerola.

—¡Se ve que nunca comieron un buen asado! —Quien habla es el general Juan Perón y otra vez todos ríen.

Eva tiene memoria de actriz. Sabe que va a poder recordar los diálogos como le pidió Gerda. Igual va a ir al baño para anotar todo en una libreta. Cuando se va, sabe que le están mirando el culo.

***

7.10 p.m.

Lina y Kim hablan en alemán, todavía parados al borde de la pista de baile.

—A ver, Philby, el tango es algo serio, muy serio. Los bailarines no sonríen. Nunca miran hacia abajo: así mantienen el pecho erguido y no se encorvan. En el tango el hombre manda. Primero manda con las manos. Piense ahora en su mano derecha.

Philby apretó la mano sobre la cintura de Lina y sintió una curva perfecta. Lina respondió acercándose más y parando el culo. Kim se resignó al vértigo de esa mujer peligrosa.

—Piense en los dedos, en la palma y en el borde de la mano. Con esas tres partes, usted me va a dirigir y yo voy a hacer lo que usted diga.

—¿Todo lo que le diga?

—Concéntrese, por favor. Según usted mueva la mano, yo voy a ir hacia la derecha o la izquierda, atrás o adelante. Acuérdese que en la pista nos movemos en sentido inverso a las agujas del reloj. No vaya para el otro lado porque nos vamos a chocar con todo el mundo.

Philby decía a todo que sí, mientras se distraía con el calor de las tetas de Lina apoyadas contra su camisa y su traje nuevo.

—Ahora afloje las rodillas; así las piernas quedan más libres. Cuidado que en el tango manda el hombre, pero hace que la mujer se luzca. Esto quiere decir que usted tiene que dejar que yo me muestre, ¿entendió?

—Usted no pasa desapercibida, Maurer.

—Usted, al bailar, tiene que quedarse un momento quieto para que yo haga figuras. Fíjese: esto es un "ocho".

Sin moverse del lugar, Lina movió una pierna primero y la otra después levantando el taco. No sólo la miraba Philby. Varios varones se dieron vuelta en la pista.

—Y esto es un "gancho".

Con la pierna que mostraba el tajo de la pollera, Lina le enlazó la pierna desde atrás. A Philby ya no le importaba el ridículo; sólo quería saber cuándo iba a tener a esa mujer entre dos sábanas.

—El próximo tango lo bailamos en serio, ¿sí? —dijo ella.

Y volvió a la posición básica. Como le había enseñado, Philby usó la parte de abajo de la mano para apretarla contra su erección. Lina lo miró a los ojos y se preparó para mostrarse.

***

7.15 p.m.

Eva escucha otra conversación en castellano y se acerca. Son tres, parecen milicos. Ofrece habanos, cigarrillos, tetas.

—Nosotros no somos como los británicos, no somos colonialistas —dice Niebuhr—. No nos interesa tener colonias en tierras remotas, eso es cosa del siglo pasado. Al *Führer* tampoco le interesan la Argentina ni América del Sur, considera que son parte de la esfera de influencia de los Estados Unidos. Si uno lee *Mein Kampf* atentamente, lo que propone Hitler es una Doctrina Monroe para Europa. Monroe decía "América para los americanos". Hitler piensa en una "Europa para los europeos". Claro que si son alemanes ¡mejor!

(Risas).

Sigue Niebuhr con sus explicaciones:

—A diferencia de lo que pensaba el Káiser, Hitler cree que nuestro *lebensraum*, nuestro espacio vital, está hoy en Europa. Respecto de

los demás países, tendremos relaciones cordiales. Por eso valoramos tanto la neutralidad argentina, general.

—Y nosotros valoramos la cooperación comercial y los acuerdos militares. —Quien responde es el ministro de Guerra, el general Basilio Pertiné—. Fíjese, todos los militares que estamos en este salón de alguna u otra manera fuimos formados en Alemania y admiramos la escuela militar prusiana.

—Y nosotros admiramos la riqueza de este país y, algunos, como yo, la carne. Lástima que en Alemania no les guste, ellos se la pierden.

—Hablando de cooperación, supongo que ya está al tanto de lo de la fábrica de pólvora, ¿no? —pregunta el general Edelmiro Farrell.

—Sí, claro. Por ahí, en el otro salón, anda Henrich Homann, de la I.G. Farben; me estuvo contando que su jefe va a venir en persona a la Argentina a firmar el contrato.

—Para nosotros será fundamental —dice Pertiné— no depender de la importación de pólvora para nuestras municiones en estos tiempos de tanta guerra. Siempre tenemos problemas en la Patagonia con Chile y no sabemos qué quiere hacer el nuevo gobierno de Brasil.

—Y para nosotros es fundamental tener militares amigos en gobiernos neutrales. Claro que si esos gobiernos dejan de ser neutrales y se vuelven más amigos nuestros, mucho mejor.

(Risas).

—Usted sabe mejor que nadie que la amistad entre la gente de honor crece con la confianza y con la ayuda. —Farrell le recuerda cómo son los pactos.

—Sepan que nosotros confiamos en ustedes.

—Y lo mejor de nuestro Ejército también confía en ustedes. —Pertiné aporta lo suyo.

—A propósito, y en confianza, ministro, ¿sabe si en Argentina queda minas de wolframio? Tungsteno, creo que le llaman ustedes.

—No es mi especialidad, pero le averiguo. Es cuestión de consultar a la gente del Instituto Geográfico Militar.

—Sé que hasta la Gran Guerra hubo varias minas de capitales alemanes.

—Sí. Pero después las fueron comprando los yanquis. Déjeme que le averigüe —promete Pertiné.

Eva se aleja. Anota en la memoria para luego pasar a su libreta: "fábrica de pólvora", "quieren militares amigos", "tunteno o algo así".

***

7.30 p.m.

(¿vendrá Esther?)

Rogelio está distraído. Pierde varias manos. Apuesta poco. Siente que los coroneles lo desprecian. Por civil y por perdedor.

(¿vendrá Esther?)

Al póker no se gana sin concentración. Pasa un mozo y ofrece Jäggermeister a la mesa. Dice que es un licor que acaba de salir en Alemania. Los coroneles aceptan; dicen que, si es alemán, seguro

que es bueno. Rogelio rompe su regla y se lo toma de un trago; después pide un whisky. Para cambiar la suerte, dice.

(¿vendrá Esther?)

—Me parece que este presidente va a durar poco, me dicen que está muy enfermo…

—Sí. Tiene diabetes y encima come como un descosido…

—A mí lo que me dicen es que, si hay guerra, Ortiz va a jugar con los ingleses porque es un hombre de los ingleses.

—Sí, pero ojo, que esta vez los alemanes no van a perder…

—¿Te parece?

—Me contaron que los desfiles son impresionantes… Y los aviones, ni te cuento.

—Yo acabo de ver uno de esos desfiles en Nüremberg, antes de volver. Increíble.

—¡Che! ¡Este se despertó y nos está desplumando!

***

7.30 p.m.

Lina Maurer tenía una teoría: a los hombres sólo se los conoce cuando hay sexo. En ese momento, cuando hablan los cuerpos, se acaban las mentiras, las poses, las máscaras. Claro que hay que saber leer un hombre en el sexo. Los apurados son egoístas, los vanidosos son tímidos, pensaba Lina. Los pequeños gestos, los detalles, en el momento más básico del deseo, definen a un varón.

Dónde y cómo te toca, dónde y cómo te pide que lo toques. Y para conocerlos más, hay que dejarlos calientes. Sólo así una mujer puede saber cuán celosos, dependientes, posesivos o canallas son.

Por eso al segundo tango, Lina lo plantó a Philby en la pista y se fue a la barra a buscar una copa de champagne.

Rogelio desde la mesa de póker la vio pasar y pensó que había discutido con Philby.

Niebuhr la vio pasar y sonrió: mañana Lina iba a llegar a la embajada con buenos datos.

Eva la cigarrera la vio pasar y se sintió mínima, un bichito, frente a semejante hembra.

Las chicas contratadas que la vieron venir hacia la barra se hicieron a un lado: Lina no era como ellas.

Prendió un cigarrillo y tomó el champagne en tres tragos. Recién entonces levantó la vista para buscar a Philby, que todavía la estaba mirando, a un lado de la pista.

Lina lo miró seria unos segundos; después se mordió un labio, le hizo el gesto del "cabeceo" que le acababa de enseñar y empezó a caminar. No hacia la pista, sino a los baños.

Necesitaba conocer a Philby.

***

8.30 p.m.

Rogelio había empezado a ganar. Una, dos, tres manos. Subió las apuestas. Los coroneles picaron, perdieron, bufaron, golpearon la mesa, calientes.

Rogelio tenía varias armas para ganar al póker. Una memoria inexplicable y algunos trucos de mago que esta noche no iba a usar. Le pagaban para perder y, se supone, para no escuchar.

—No sé si este presidente va a jugar con los británicos. Hasta ahora siempre habló de neutralidad.

—Sí. Pero hay que ver qué quieren los yanquis.

—Por ahora están neutrales.

—Sí. Pero están mandando un montón de espías para acá. Acordate de lo que te digo.

—Che. Me parece que este es un tahúr. Mirá cómo mezcla las cartas.

—Tranquilos, caballeros. Soy apenas un periodista de Hípicas.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En *Crítica*.

—No lo diga muy fuerte acá que los alemanes se lo van a comer crudo.

—Los caballos no hablan de política, muchachos.

Los ceniceros se fueron llenando; los mozos siguieron sirviendo whisky y Jäggermeister. Los coroneles eran bastante malos jugando, pero se hacían los que sabían. Medio borrachos ya, apostaban de más, soberbios. Lástima que Rogelio no iba a poder terminar de pelarlos.

Eva la cigarrera se acercó a la mesa y los coroneles la festejaron. Mientras encendía habanos, guiñó un ojo y señaló a Rogelio.

—¡Cuídense de este que me parece que con esa cara de bueno los va a desplumar a todos!

(Risas).

—¿Cómo sabías? ¡Nos está desplumando!

Al rato, Rogelio volvió a perder.

Los coroneles festejaron, aplaudieron, ganaron, se llevaron buena plata.

Rogelio golpeó la mesa; se hizo el enojado.

Uno de los coroneles, el que menos había tomado, se dio cuenta de que Rogelio se había dejado ganar. Se llamaba Juan Perón y acaba de llegar de Chile escapando de un escándalo de espionaje por unos mapas.

El coronel Perón también se dio cuenta de que a Rogelio le cambió la cara cuando por la puerta del salón entró una mujer.

***

9.15 p.m.

A Esther le sentaban bien las alfombras, pensó Rogelio. Armiño blanco sobre alfombra roja en el Teatro Colón; visón y raso negro en la alfombra persa del Plaza Hotel. Los tacos no hacían ruido y las caderas se movían de otro modo en las alfombras. En la calle, en cambio, los tacos se escuchaban. Rogelio podía descifrar hasta el estado de ánimo de Esther por el ruido de sus tacos: alegría en el taconeo corto al llegar; dolor y olvido en los pasos lentos. Esther vivía ahora en un mundo de alfombras. Ya no viajaba en taxi como la última vez que Rogelio la vio y apagó la brasa de su cigarrillo mientras el auto se iba.

Esther pisó las alfombras persas del Plaza Hotel del brazo de Ludwig Freude. Stafford Talbott los invitó a pasar al bar de cócteles,

pero Esther reconoció la orquesta de Fresedo y arrastró a Freude al salón de baile.

Bernardo seguía de guardia en la entrada y le tuvo que abrir la puerta a esa mujer que había sido su puta; saludó en alemán con una reverencia. Esther ni lo miró.

El banquero no era mal bailarín, pero se aburría. Esther se dio cuenta y al segundo tango le dijo *andá nomás querido* y Freude se fue al salón donde estaban los hombres. Esther se acercó a la barra a buscar una copa de champagne. Las chicas de compañía la reconocieron y le pidieron besos y autógrafos.

—Ay, Esther… ¡Qué linda estás!

—Gracias.

—¿Cómo hiciste?

—Tuve que pelear mucho, chicas, no saben cuánto. Pero alguna vez yo también fui como ustedes y lo único que aprendí, a fuerza de golpes, es que no hay que dejarse humillar.

Esther sintió una mirada desde una de las mesas de póker.

Tenía que ser él.

Pero no podía ni mirarlo de miedo a volverse loca y saltarle al cuello y besarlo.

¿Qué hubiera hecho Marlene Dietrich?

Esther miró para otro lado y con una servilleta que agarró de la barra se secó las lágrimas por el costado del ojo, para no arruinar el maquillaje.

Eso hubiera hecho Marlene: no llorar si no quería llorar.

Tres de sus hombres bajo un mismo techo: un rufián, un banquero y su amor. Nada bueno iba a salir de esa noche.

***

9.20 p.m.

—Uno de nuestros problemas como embajada —dijo Von Thermann— es que no podemos hablar con los diputados ni con los senadores porque nosotros disolvimos el Reichtag, el Congreso, y por eso nos consideran una dictadura. Sólo tenemos muy buena relación aquí con el senador Sánchez Sorondo, un admirador de Alemania, y con el gobernador Frescó, de la provincia de Buenos Aires, que iba a venir, pero no pudo. Pero tenemos mucha confianza en ustedes, caballeros, porque los militares argentinos que pasaron por Alemania saben todo lo que logramos después de la guerra y han visto cómo se ha recuperado el país de la mano del *Führer*, sin políticos corruptos. ¿Esto no merece un brindis?

Von Thermann brinda con seis coroneles. Eva anota: brindis con militares contra los políticos/ conoce a Frescó y a Sánchez Sorondo.

***

9.20 p.m.

—Y usted que estuvo allá, ¿qué le parece? ¿Ganará Franco finalmente la guerra?

Un poco despeinado, con una marca de rouge mal borrada en el cuello, Kim Philby trata de hacer foco en la respuesta. Habla en alemán, lo escuchan Stafford Talbott, Gottfried Sandstede, de la Gestapo, y cuatro gerentes de firmas alemanas.

—Sin duda va a ganar Franco. Los republicanos son un desorden. Se matan entre ellos todo el tiempo. Los comunistas matan trotskistas; los anarquistas matan a cualquiera. En cambio, Franco los tiene a todos bajo su bota: falangistas, liberales, monárquicos. Allí no hay fisuras. Y tiene el apoyo de Alemania y de Italia, además.

A unos cinco metros de distancia, con una copa de champagne en la mano, Lina Maurer lo mira divertida y hace como que le interesa lo que Philby está diciendo.

Mientras hablaba como podía, Philby sintió en su cuerpo otra vez cómo Lina lo había metido en el baño, le puso un pañuelo en la boca y se la había chupado hasta enloquecerlo.

—Pero ¿y a Hitler por qué le interesa tanto la Guerra Civil en España?

—Algunos dicen que los alemanes están probando sus aviones; otros porque a Hitler le interesa el hierro de las minas de Asturias para fabricar armas.

Cuando Philby estaba a punto de acabar, Lina le sacó el pañuelo de la boca y se lo puso ella. Antes, le había dicho al oído: quiero ver cuánto aguantás.

—¿Y es verdad que Stalin se robó el oro del Banco de España y lo mandó a Moscú?

—Eso es lo que dicen los franquistas y debe ser verdad. También lo dicen los franceses y es la comidilla de todos los periodistas que nos juntábamos en Perpignan, en la frontera. La verdad es que Madrid está llena de militares y espías soviéticos y pueden hacer con los republicanos lo que les dé la gana. Incluso dejarlos sin sus reservas de oro.

Lina había sentado a Philby en el inodoro, mirándolo a los ojos se levantó la pollera y se sacó el calzón de seda y puntillas que llevaba. Se dio vuelta, se sentó sobre Philby dándole la espalda, se acomodó hasta el fondo y se empezó a tocar. En menos de un minuto empezó a temblar y gemir, ahogada por el pañuelo.

—Tiene razón, *herr* Philby —dijo Sandstede—, los republicanos son comunistas y los comunistas responden a los soviéticos. Pero ¡dejarse robar el oro del Banco de España…! ¡Eso sólo se logra con una anexión como la nuestra con Austria!

(Risas de compromiso).

Philby vio venir el orgasmo de Lina como quien aprecia un espectáculo único de la naturaleza y cumplió con su palabra: no acabó. Muy bien, le dijo Lina, *a man of honor*. Se vistió, revisó que no hubiera nadie, lo besó y lo invitó a salir.

—¿Y no cree, *herr* Philby, que, si Franco gana la Guerra Civil, eso va a tener consecuencias directas en Argentina?

—Seguro.

Philby ni sabía lo que estaba contestando. Lina lo seguía mirando divertida mientras hablaba con los alemanes y antes de darse vuelta y mezclarse entre la gente, le guiñó un ojo.

***

9.20 p.m.

Eva no entendía la charla en alemán, pero igual se acercó al grupo a ofrecer tabaco. Le encantaba ese inglés tan alto al que escuchó hablar en castellano con palabras españolas. Ella tan menuda, él tan

inmenso. Sólo uno de los alemanes aceptó un cigarrillo. Para llamar la atención del inglés le tocó la mano, casi una caricia. Philby la miró, descolocado, le dijo que no, gracias, que fuma en pipa y volvió a la charla.

Eva se fue. No anotó nada.

Unos pasos después, la frenó Gottfried Sandstede. En un castellano trabado le pidió un puro y fuego; le miró las tetas y preguntó:

—¿Usted es judía, señorita?

—¿Yo? Argentina.

—Sí, me imagino. ¿Pero tiene ascendencia judía?

—No. Mi padre era vasco y mi mamá medio india.

—Ah. Tiene sangre indígena. Qué interesante.

—¿Por?

—Porque es muy bonita.

***

9.30 p.m.

(ya me vio)

Rogelio perdió su última apuesta, golpeó la mesa, bajó las cartas y se levantó para ir al baño. No quería mirarla demasiado para que los demás no se dieran cuenta. Empezó a caminar hacia la barra donde Esther hablaba con un grupo de chicas. Quería que lo mirara, que lo siguiera. Pero Stafford Talbott lo tomó de la manga y lo frenó.

(puta madre, que no se vaya)

Talbott quería saber si todo marchaba bien. Rogelio le dijo que sí, que la partida estaba pareja, que los militares ya habían ganado bastante pero que le quedaba plata para seguir jugando. Talbott lo palmeó y le dijo *good*.

(me está mirando)

Rogelio encontró la mirada de Esther, estaba a unos tres metros, vio un brillo paralelo a punto de desbordar sus ojos. A Rogelio le cambió la cara.

Desde la otra punta del salón, Ludwig Freude vio la angustia de Esther; vio que estaba mirando a alguien; la vio dibujar un leve no con la cabeza.

Freude dejó el grupo de su charla y se acercó a Gottfried Sandstede que estaba con Philby y otros alemanes. Le señaló a Rogelio y le preguntó si sabía quién era. Sandstede no lo conocía. Freude le pidió que averiguase.

Sandstede se levantó para hablar con Bernardo Mitvein.

Rogelio volvió a la mesa de póker.

***

9.30 p.m.

—¿Va a haber guerra?

La pregunta rondaba todos los grupos, todas las mesas.

Los empresarios ingleses se la hacían a los militares argentinos; los empresarios alemanes se la hacían a los diplomáticos alemanes; y los militares argentinos se la hacían a todos.

—¿Va a haber guerra otra vez?

Hasta los músicos querían saber si iba a haber otra guerra. Carlos Gardel había muerto hacía un año y todos soñaban con ocupar el trono de reyes del tango: contratos en París, discos en New York, películas en Hollywood. Pero si había guerra cambiaba todo: no más giras, grabaciones, rodajes ni teatros llenos.

Si había guerra, también cambiarían los negocios en Argentina, las cosas que se iban a poder importar y las que se iban a tener que fabricar en el país.

Si había guerra, Argentina vendería más carne, más trigo, más cuero, seguro, pero ¿a quién? ¿A los ingleses? ¿A los alemanes? ¿A los franceses? ¿Y los yanquis?

—¿Y usted qué cree? —le preguntó el general Pertiné a Niebuhr.

—El embajador Von Thermann acaba de regresar de Berlín de una reunión con todos los embajadores alemanes de América. Allí el propio Ribbentrop les dijo que no va a haber guerra y que estaban autorizados a informarlo desde sus embajadas. Pero, general, entre nosotros, usted sabe bien que la diplomacia es el arte de ocultar con buenas maneras las verdaderas intenciones. En Alemania los preparativos para la guerra siguen; los tanques y los aviones se siguen fabricando; los soldados se siguen entrenando.

—Y a ustedes en el Abwehr, ¿qué les dicen?

—Que nada cambió. Que esperemos órdenes. Que por ahora no hay guerra.

—Vale decir que hay que prepararse para un momento histórico, que puede cambiar todo —insistió Pertiné—. Incluso en la Argentina, que queda tan lejos.

—Claro que sí. Y quien diga otra cosa miente. O no entiende. Hay que prepararse, aunque a último momento no suceda.

—¿Y cómo se van a mover ustedes en Argentina? Porque aquí son visitantes, aquí mandan los ingleses…

—Vamos a necesitar más que nunca buenos amigos como usted, general.

(Risas).

—Usted sabe, Dietrich, que si hay guerra mi corazón está con Alemania, una nación que conozco y admiro. Pero hablemos de cosas prácticas. Argentina va a ser neutral y va a buscar venderles mercancías a los dos bandos. ¿Qué va a venir a buscar Alemania a la Argentina? ¿Petróleo, carnes, cereales? ¿Cómo van a hacer si los ingleses les bloquean el Atlántico? Siguen siendo la principal Armada Imperial.

—Nuestro Ejército no es el mismo que perdió la Gran Guerra: somos menos ingenuos y tenemos otras armas.

—… de las que no me puede contar todavía, me imagino.

—Así es. Ya ve, general, con usted siempre nos entendemos.

***

9.40 p.m.

Bernardo Mitvein dejó la puerta y se acercó a la mesa de póker donde Rogelio jugaba con los militares. Saludó con respeto y le dijo

a Rogelio si lo podía acompañar. Esther los vio pasar y los siguió. Temblaba.

Por el pasillo que va al hall y los baños, Esther vio cómo Bernardo lo quiso agarrar del brazo a Rogelio. Vio cómo Rogelio se soltó y se frenó en medio del pasillo.

—¿Vos quién sos? ¿Quién te trajo acá?

—Los ingleses: Philby y Talbott. Me invitaron ellos. ¿Y vos quién sos?

—Acá pregunto yo.

—Puede ser, pero yo no te conozco y no tengo por qué contestarte.

Rogelio sabía quién era Bernardo, pero como buen jugador de póker, también sabía disimular el miedo. Cuando se quiso ir, Bernardo lo frenó.

—Todavía no terminé.

—Yo sí.

—Quédate quieto porque te voy a romper un brazo.

—Y te vas a quedar sin trabajo, pelotudo. Afuera están los fotógrafos y son todos amigos míos. Yo trabajo en *Crítica*. ¿Sabés qué lindo escándalo se va a armar cuando salga tu foto en tapa por atacar a un periodista? Vas a terminar preso y sin laburo. ¿No ves que sos un tarado?

Bernardo se quedó paralizado pensando en el riesgo de una foto suya en los diarios. Que lo reconocieran los judíos, los viejos comisarios. Disimuló. Controló. Lo había aprendido en su entrenamiento.

—Así me gusta. Gente que no arruga.

—Pelotudo.

Rogelio siguió camino al baño.

Bernardo volvió al salón, pero vio a Esther caminando. Apuró el paso y la alcanzó.

***

9.40 p.m.

Rogelio entró al baño y se agarró de la pileta para no pegar una trompada en el espejo. Pensó en volver y pegarle un botellazo a Bernardo, o una silla en el lomo, agarrar a Esther de la mano y salir. Ridículo. En ese cóctel debía haber al menos treinta tipos armados entre custodios, militares, policías de civil y espías cruzados. ¡¿Y él se iba a llevar a la amante de un banquero nazi sin que nadie le metiera un tiro ni un culatazo?!

(¿y Esther?)

Se lavó la cara. Volvió a la mesa.

***

9.40 p.m.

Esther vio de lejos la discusión de Bernardo con Rogelio. Cuando terminaron, se dio vuelta y caminó hacia el otro lado para disimular. Bernardo la alcanzó, le apretó el brazo, puso sonrisa de ocasión y la arreó hasta un salón vacío con sillas sobre las mesas.

—¡Basta!¡No te diste cuenta todavía de que a mí ya no me podés tratar así! ¿Querés que haga un escándalo acá delante de todos?

—Tranquila —le habló en yiddish—. Que seguís siendo una puta.

—Sí. Pero no la tuya.

—¿Conocés al de la mesa de póker?

Esther sintió el golpe y por un mínimo instante pasó del enojo al miedo; buscó ganar tiempo.

—¡Hablá en alemán! ¡Van a saber que somos judíos!

—De mí ya lo saben, el problema es tuyo. ¿Quién es el de la mesa de póker?

—¿Qué mesa de póker?

—No te hagas la tarada. Recién lo viste conmigo y te diste vuelta.

—¿Ese que estaba hablando con vos? Es Pastrana, un periodista.

—¿Qué más?

—Trabaja en *Crítica*.

—Eso ya lo sé.

—Está en Hípicas. Yo lo conozco de cuando hacía espectáculos. Me entrevistó un par de veces.

—¿Y qué hace acá?

—Qué sé yo. Yo no hice la lista de invitados.

—Averiguame lo que sea. Sandstede quiere saber quién es.

Esta vez Esther pudo disimular la ráfaga de miedo, pero el dato era peor. ¿Por qué un agente de las SS en Argentina quería saber sobre Rogelio? ¿Freude sospechaba algo? ¿O Rogelio trabajaba para alguien más?

—¿Averiguaste algo más sobre el wolframio?

—Yo con vos no hablo.

—Me mandaron a que te pregunte.

—A mí no me dijeron nada y no te voy a decir nada a vos.

—Siempre la misma tarada. ¿No te das cuenta de que no te conviene que sepan que nos conocemos de antes?

—No me importa. Yo con vos no hablo.

—Entonces escuchá esto. Fijate si Freude está recibiendo embarques de dinero en efectivo desde Alemania.

—Se dedica a eso. Es un banquero.

—No entendés. Otro dinero. Dinero no declarado. Montañas de billetes. Prestame atención: te hablo de mucho dinero. A espaldas de Niebuhr.

—Yo con vos no hablo.

—Está bien. No me lo digas a mí. Averigualo y contáselo a quien corresponda.

—Preguntale vos a Sandstede, que viene todas las noches a casa.

Bernardo sintió que se estaba metiendo en un problema. La miró a Esther para saber si le mentía. La conocía demasiado. No mentía.

—Quedate acá. Yo salgo primero.

***

22.30 p.m.

Los empresarios fueron los primeros en irse. Algunos salieron con chicas del brazo.

Esther se fue con Freude; no volvió a mirar a Rogelio.

Los militares también se fueron con chicas: de la mano, de la cintura, hasta con una mano en el culo. Casi todos riendo, borrachos.

En la puerta del hotel había una hilera de taxis: fueron subiendo en parejas; algunos partieron con dos chicas.

Mientras limpiaban los salones, los mozos aprovechaban para tomar lo que había quedado en los vasos; otros comían los restos del puchero, sentados con las chicas, ahora descalzas, que no habían conseguido ni ricachón ni milico.

Los músicos de Fresedo también comieron puchero, pero en los camarines. Los cocineros y los conserjes salieron con ollas atadas con hilo sisal: en el Plaza Hotel no se sirve comida recalentada, repetían riendo mientras compartían taxi.

Rogelio y Philby ni probaron el Gran Puchero del Plaza Hotel. Entre whisky y whisky, Rogelio picó queso y aceitunas en la mesa de póker. Philby no comió nada: le bastó con Lina.

Stafford Talbott se fue no bien partieron los de la embajada. Le preguntó a Philby si los empresarios ingleses y alemanes habían charlado y cruzado tarjetas, y a Rogelio si los militares se fueron contentos y bien forrados. El viejo Talbott estaba bastante borracho, pero no quiso que Kim lo acompañara al departamento.

Apenas se marchó Talbott y después de saludar a los mozos y las chicas que quedaban, Rogelio y Philby salieron al aire frío.

Kim encendió una pipa; Rogelio, un cigarrillo.

Del umbral de al lado salió una chica que le habló a Rogelio, sin mirar a Philby.

—Ahora soy yo la que te pide fuego.

Eva la cigarrera. ¿Vamos?, le dijo.

Subieron al último taxi que había.

Philby volvió caminando por Florida; al doblar en Lavalle encontró un bar abierto y se demoró con un sándwich, una cerveza y

pensando en Lina.

No la estaba pasando nada mal al otro lado del mundo.

IV

Restaurante Iberia, Buenos Aires
18 de agosto de 1938
11.45 p.m.

Mercader y el búlgaro llevaban casi seis horas sentados en el restaurante. Habían comido una paella y tomado un vino Rioja como si estuvieran en España. Pero no. Estaban al otro lado del mundo, buscando a un inglés traidor al comunismo pero que los haría ricos.

Las sillas de todo el salón ya estaban sobre las mesas sin manteles; el mozo —franquista, para colmo— les había traído la cuenta y el encargado bostezaba en el mostrador esperando que se fueran.

Salieron entonces al frío. Mercader propuso volver a la casa segura: ya ocos ignoran, la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el espionaje internacional. Agentes nsabían que Philby estaba en el Hotel Castelar, no se iba a ir, podían volver mañana.

El búlgaro dijo que no, que iba a esperar a ese canalla que había matado a su primo y le señaló un bar de borrachos abiertoocos ignoran, la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el espionaje internacional. Agentes n en la misma cuadra. Negociaron alternarse durante otra hora: treinta minutos cada uno en el frío a ver si Philby aparecía.

Un rato antes, Victorio Codovilla había llegado con un auto y lo había estacionado en la vereda del Castelar. La maniobra era fácil: un par de golpes, aturdirlo, meterlo en el auto y desaparecer.

Cuando ya estaban por irse, Mercader lo vio venir. Le hizo un gesto al búlgaro, que salió rápido del bar, la pistola asegurada en el bolsillo del abrigo.

Pero Mercader lo frenó: en la puerta del hotel había dos policías con un paquete en la mano: seguro era comida. Los polocos ignoran, la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el espionaje internacional. Agentes nicías estaban distraídos pero armados y ellos no podían arriesgarse. El auto estaba a unos veinte metros y no podrían llevarse a Philby sin un tiroteo.

Afanasiev preparó la pistola y dijo que lo iba a matar allí mismo. Mercader se le puso delante y le ordenó que no: venían con una misión y buscaban el oro; ya llegaría la venganza.

Philby saludó a los policías y entró en el Castelar.

***

Residencia de Ludwig Freude, barrio de Belgrano,
Buenos Aires, 18 de agosto de 1938
11.45 p.m.

Frente al espejo, en bata de seda, Esther se quitaba el maquillaje. Freude sólo se aflojó la corbata. Caminaba fumando, con una copa en la mano. Se paró detrás de Esther y le dijo al espejo, en alemán:

—¿Lo conocías al de la mesa de póker?

—¿Quién?

—Uno de anteojos y traje barato que estaba jugando en una mesa de militares.

—No sé de quién me hablás.

—Sí que sabes. Te cruzaste con él y me dijeron que lo saludaste.

—Saludé a mucha gente, Ludwig. No sé de quién hablás.

—Lo seguiste al baño. Te vi.

Escalofrío. Esther se cerró la bata.

Marlene Dietrich descubierta en *La princesa imperial*.

(pero soy mejor actriz / por eso siempre me salvé/ la quisiera ver a Marlene si su vida dependiera de un gesto mal hecho)

—Yo no seguí a nadie al baño. Fui al baño. Pero en el camino vi a unas chicas que me habían estado cargoseanocos ignoran, la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el espionaje internacional. Agentes neferí evitarlas y volver al salón. Y no saludé a nadie. Al único que vi es a un periodista de *Crítica* que conozco de cuando actuaba.

—¿De *Crítica*? Ese es un diario antialemán.

—Sí. Me pareció raro verlo ahí.

—Que no me entere de que fue uno de esos novios que dejaste por ahí.

—Y si lo dejé, ¿qué te preocupa?

—Que podés volver. Te conozco.

—Zonzo. No seas celoso.

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
19 de agosto de 1938
2.00 a.m.

Qué noche rara. Un breve regreso a Londres, a mi vida antes del diario, de España, de la Guerra Civil[8]. El viejo Talbott otra vezocos ignoran, la ciudad se convierte en el escenario perfecto para el espionaje internacional. Agentes n soñando con hacerse rico intermediando entre británicos y nazis; los nazis diciendo que ellos son buenos y pacíficos y que sólo quieren hacerse respetar; y la misma pregunta en todas las conversaciones: ¿va a haber guerra?

Fue como volver a Londres, pero al otro lado del mundo. Hasta el Plaza por momentos parecía un hotel de Londres. Pero no hay nada mío de Londres aquí. Lo poco que tengo está en mi cabeza. Mi madre, mi padre. ¿Qué será de sus vidas? ¿Se preguntará mi padre dónde estoy de vez en cuando?

Necesito que esta vida con algo de Londres, pero lejos de Londres, dure un tiempo. El viejo Talbott es bastante miserable, aunque espero que esta vez me pague mejor. Es evidente que está trabajando para la embajada alemana. O sea que debe cobrar un buen dinero mensual para organizar los eventos de su nueva "asociación por la paz" y está visto que me necesita para ser mejor anfitrión, para entretener a los invitados. Siempre me pregunto si Talbott, él mismo, creerá que sus reuniones realmente sirven para algo o serán una tapadera para espiar a los británicos.

No importa. En cualquier caso, espero que su asociación o tapadera me alimente por un tiempo. Ya me estoy quedando sin ahorros y necesito un trabajo, tal vez dos, para empezar a rehacer

mi vida. Rogelio me dijo que conoce gente en el *Buenos Aires Herald* y que seguro, tarde o temprano, van a necesitar un periodista que entienda castellano y redacte en inglés. Con lo de Talbott y lo del *Herald* podría vivir tranquilo unos años aquí, librarme de mis viejos camaradas y también quedar lejos de la guerra que tarde o temprano va a llegar a Europa.

No está mal si además conozco gente como Lina.

Ufff. ¿Quién será? Nunca me había pasado algo así, ni siquiera con las camaradas más liberales. Hablamos poco, pero tuvimos sexo. Un sexo eléctrico, de apuro, en el baño. Me dijo que es argentina, hija de alemanes y que trabaja en la embajada. ¿Será una espía también? ¿Otra vez metido entre espías? ¿Será posible? No sé. En todo caso, el riesgo vale la pena. Wow. Lo de hoy fue increíble. Hizo lo que quiso conmigo y me dejó tan caliente…

Quedamos para almorzar mañana en un restaurante alemán cerca de la embajada.

Me voy a dormir excitado, pero más tranquilo.

Siento que hoy fue el verdadero primer día de una posible nueva vida.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Correo Central, Buenos Aires
19 de agosto de 1938
11.30 a.m.

Eva esperaba nerviosa, pequeña, en el inmenso hall. Pasaba gente con paquetes y cartas; hacían cola, pagaban estampillas. Llegó tempranoasi no había dormido pasando en limpio las charlas que escuchó la noche anterior.

—Te cité acá porque estaba segura de que afuera iba a hacer mucho frío —le dijo Gerda Von Aronoff.

—Aquí tiene lo de anoche, señora. —Eva le entregó un sobre.

—Puedes tutearme, no soy tan vieja.

—Nadie le diría vieja, señora, por favor.

Gerda Von Aronoff leyó páginas de cuaderno con letra escolar y faltas de ortografía. Mientras leía, sin mirarla, le dijo:

—Supe que te fuiste con el periodista de *Crítica*. ¿Te enteraste de algo?

—No. Pero…

—… pero…

—… resultó un gran amante.

Las dos rieron.

—No está mal combinar trabajo y placer —dijo Gerda—. ¿Y el británico alto?

—Ni bolilla me dio.

—Talbott, el organizador, trajo a esos dos, pero no me dan confianza. Pueden ser infiltrados.

—¿Qué son infiltrados?

—No importa, ya vas a saber. La verdad, querida —Gerda señaló las hojas de cuaderno— que esto no me sirve de mucho. Pero creo que tenés pasta para el oficio. Así que y se sentó en el banco donde la habían citado. Ya no mostraba las tetas ni ofrecía habanos y

fuego. Llevaba un sombrerito pobre, un tapado descolorido y una bufanda que ella misma tejió. No quería perderse este trabajo: le prometieron buen dinero y quería saber si la volverían a contratar. Cte voy a pagar lo de anoche y te voy a dar algo más para la deuda de la pensión y que te puedas comprar algo de ropa. Ese tapado está para la basura.

—¡Gracias, señora! Digo… Gerda.

—Andá. Te vamos a volver a llamar.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
19 de agosto de 1938
12.15 p.m.

—¿Qué te pareció lo de anoche? —Niebuhr quería saber las impresiones de Martens.

—Simpático. Pero no sirvió para nada en concreto.

—Diplomacia. Relaciones públicas. Nosotros somos gente de acción y esas cosas nos aburren un poco. Además, estamos muy ansiosos estos días y tenemos motivos.

—¿Habló con Freude?

—No pude —dijo Niebuhr—. Estuvo todo el tiempo con Sandstede. Y eso es lo que me preocupa. Von Thermann dice que a Sandstede se lo impusieron las SS en el último viaje a Alemania. Él dice que sólo vino a poner en orden al Partido Nazi, pero cada vez se está metiendo en más cosas.

—Fíjese que Freude apenas si saludó a Von Thermann. Lo estuvo eludiendo. Sin embargo, fue el embajador el que firmó las cartas de recomendación para que le dieran el año pasado en Berlín esa condecoración como industrial ejemplar. Es el único que la ganó fuera de Alemania.

—Sí, pero desde que viajó a Alemania, Freude cambió. Algo pasó. Sabemos que estuvo con el Führer, pero eso no quiere decir nada. Puro protocolo. Elogios, apretones de manos, frases de ocasión. Lo importante son las otras reuniones. Y ahí me parece que Freude estuvo abriendo un canal por fuera de la embajada y de nosotros. Un canal que lleva a las SS o a la Gestapo.

—Pero si Von Thermann es un SS, se hubiera enterado, Dietrich.

—Thermann exagera. No es un jerarca SS. A mí desde el Abwehr me dicen que no se lo toman muy en serio, que para las SS sigue siendo un diplomático más. Es decir, un blando, una paloma, alguien despreciable. Cuando fue a Nüremberg, este año, a la reunión de los embajadores, volvió sin entender nada. Es obvio que juntaron a todos los embajadores para mentirles que no va a haber guerra, para que vuelvan a sus países y digan que no va a haber guerra. El problema es que Von Thermann se lo creyó. Está convencido de que no va a haber guerra y piensa que va a poder seguir haciendo recepciones y negocios en la Argentina.

—Anoche lo escuché hablando con los de Bayer sobre cómo hacer un veneno para matar langostas y venderlo a los estancieros. Ese sería un buen negocio en tiempos de paz. Pero ahora hay que prepararse para matar gente, no langostas.

—Y para eso están buscando wolframio. Hablé anoche con el general Pertiné. Me dijo que va a averiguar si queda alguna mina de

wolframio que no esté en manos de los americanos. Pensar que hasta 1918 eran casi todas alemanas… ¿Sabemos algo más de Schüller, Thilo?

—Nada.

—¿Hablaste con Viancarlos?

—Sí, pero dice que no hay nada nuevo. No sé si tiene miedo de preguntar o está esperando más plata.

—¿Supiste algo más de los fardos con billetes?

—No.

—Yo tampoco, pero Bernardo me dijo que Sandstede está yendo mucho a casa de Freude. No me extrañaría que el encargado de la operación sea, en verdad, Sandstede.

—¿Por qué?

—Analicemos —propuso Niebuhr—. Primero, Freude viajó a Alemania y volvió cambiado; segundo, poco después llega Sandstede, que no reporta a Von Thermann ni a nosotros y está todo el tiempo con Freude; tercero, supimos por Esther que Freude también anda buscando wolframio; se suponía que era una misión secreta que nos habían encargado a nosotros; cuarto, está llegando mucho dinero en los barcos de la Hamburg Süd. De eso nos enteramos por un error trágico que alguien cometió: nos mataron a un agente y nos están extorsionando.

—O sea que el dinero pasa por Freude-Sandstede. No sólo nos dejaron afuera, sino que además estamos pagando nosotros la cuenta.

—Exacto.

—¿Y Bernardo cómo sabe lo de Sandstede en casa de Freude?

—Se lo contó Esther.

—Y Esther, que es nuestra, ¿por qué le cuenta cosas al judío?

—Porque yo se lo pedí. Basta con eso —dijo Niebuhr.

—Es muy raro lo de Sandstede. ¿Por qué se no se reúne en el banco con Freude?

—Por lo mismo que sospechamos nosotros. Porque es una operación secreta y no quieren que nos enteremos.

—Pero nos enteramos igual.

***

Casa segura del Partido Comunista, barrio de Barracas,
Buenos Aires, 19 de agosto de 1938
12.45 p.m.

Ramón Mercader esperaba la llamada. Codovilla y otros cuatro camaradas se fueron alternando en bares de la cuadra del Hotel Castelar para saber a qué hora salía Philby y seguirlo. Lo llamarían cuando hubiera movimientos.

—El inglés salió a las 12 del Castelar. —El que llamó fue Codovilla —. Compró un diario en el kiosco de la esquina y se metió en el subte. A este es fácil seguirlo porque es tan alto que sobresale a la distancia. Bajó en Lavalle y caminó cuatro cuadras hasta un restaurante alemán que se llama A.B.C.

—¿Vieron con quién está? —preguntó Mercader.

—Sí. Uno de los muchachos pidió ir al baño y vio que estaba con una mujer joven, tetona, de vestido rojo.

—¿Él cómo está vestido?

—Con el mismo traje de ayer, sombrero y un sobretodo azul.

—¿Vieron algún lugar donde podamos levantarlo?

—Imposible. Hay mucha gente y no hay manera de acercar el auto.

—Joder. Vamos para allá.

***

Restaurante A.B.C., Buenos Aires
19 de agosto de 1938
13.30 a.m.

Comen poco; se miran mucho.

Cuando se ríen, ella le busca las manos.

Hablan de a ratos en alemán, de a ratos, en castellano. Él le pide que le enseñe más palabras argentinas.

—Boludo: esa es fundamental —le dice Lina Maurer.

—La escuché bastante.

—En alemán sería *idiot*, *dummkopf* o incluso *trantüte*… —sigue ella.

Hablan mucho. Ríen mucho. Cuando callan, juntan las piernas debajo del mantel rojo y blanco y se vuelven a mirar.

—¿Cómo es tu vida aquí en Buenos Aires? Sólo sé que trabajas en la embajada.

—No puedo quejarme. Tengo un buen sueldo, puedo criar a mi hija.

—¿Una hija? Eres muy joven…

—No tanto. Veinticinco años tengo. Milena tiene seis; quedé embarazada a los diecinueve de un tipo que cuando nació Milena descubrió su amor por Alemania y se fue. Como todos, prometió volver y nunca volvió. Debe ser de familia. Lo mismo le pasó a mi madre: cuando yo era chica, mi papá se fue a la guerra de 1914 y nunca más supimos de él. Suponemos que está muerto.

—¿Y de qué vivió tu madre? ¿Por qué no volvió a Alemania?

—Porque ella no es alemana, sino hija de alemanes que vinieron aquí a fines del siglo pasado. Además, ya no conocíamos a nadie allá. Aquí en cambio mi madre conoce a buenas familias y una de ellas la contrató como ama de llaves y cocinera, y esa familia me hizo estudiar en una escuela alemana. Y gracias a esa escuela y a las compañeras que conocí, hoy tengo este trabajo en la embajada: reviso que los pasaportes alemanes no sean falsos y manejo el laboratorio de revelado.

En su pequeña biografía, Lina Maurer omitió algunos detalles: que había sido formada por Joseph Scroll en el arte de la tinta invisible y que era una pionera en Argentina en el uso del microfilm y las cámaras de micropunto; que era gente de confianza de Niebuhr; que se había acostado con tipos para conseguir información; que estaba harta de hacerlo.

—¿Y tú?, ¿qué haces en Argentina?

—Digamos que escapo de la guerra. O de las guerras. La Guerra Civil de España y la que se viene en Europa. En España la pasé mal, muy mal. A fines del año pasado casi me mata una bomba; los tres periodistas que estaban conmigo murieron y yo me salvé de milagro.

—Como se dice aquí, naciste de nuevo.

—Y todavía no te dije mi cumpleaños. La bomba fue el 31 de diciembre y yo cumplo el 1 de enero.

Mientras compartían un inmenso *apfestrudel,* Philby notó un leve cambio en el modo de preguntar de Lina.

—¿Y de dónde conoces a Talbott?

—De Londres. Me dio mi primer empleo en una revista que publicaba un grupo de empresarios ingleses y alemanes que se oponían a la guerra, una organización parecida a la que quiere montar acá y que allá se llamaba Hermandad Anglo Alemana. En Londres, Talbott había llegado bastante lejos: me hizo viajar tres veces a Alemania a reunirme con funcionarios para buscar financiación y hasta conocí a von Ribbentrop, que me dio una carta de recomendación para los franquistas.

—¿Y a Rogelio cómo lo conociste?

—Por casualidad, en una pelea de borrachos. Me salvó de que me dieran una paliza unos republicanos locos en un bar de Avenida de Mayo.

—Baila el tango mejor que vos.

—Puede ser. Pero a él no lo invitaste al baño. Aunque estás en deuda conmigo.

—¿Sí? No recuerdo.

—Me voy a vengar.

—Qué interesante. ¿Cuándo?

—Esta tarde, pensaba, si puedes escaparte de la oficina.

***

Cortada Tres Sargentos y San Martín,

Buenos Aires, 19 de agosto de 1938
8.00 p.m.

Ramón Mercader y el búlgaro, parados uno en cada esquina.

Mercader caminaba por la vereda de Harrods, simulaba mirar vidrieras sin perder de vista la puerta de la pensión donde había entrado Philby con una espléndida mujer de vestido rojo.

Afanasiev vigilaba desde la esquina de Reconquista. Gente de Codovilla esperaba en un Chevrolet negro estacionado a mitad de cuadra.

Era ahora o nunca. Philby se movía siempre por lugares donde había mucha gente; era fácil seguirlo, difícil capturarlo. Pero allí estaba, encerrado en una cuadra. Si no se despedía de la mujer al salir, tendrían que llevarla a ella también.

Mercader y el búlgaro esperaron más de dos horas que terminara de almorzar en el A.B.C. Lo siguieron tres cuadras por San Martín. Caminó de la mano de la mujer de vestido rojo y tapado de visón. ¿Será un contacto de Orlov? ¿Vino a Buenos Aires a verla a ella? ¿Van de la mano para disimular?

A las cuatro de la tarde los vieron entrar en un hotel barato, una pensión donde también entraban oficinistas con prostitutas.

A las ocho de la noche los vieron salir. Había poca gente en la cortada Tres Sargentos.

Se despidieron con un largo beso.

***

Lina Maurer dobló por San Martín, caminó unos metros, sonrió y sintió que no había sido cariñosa, que por desconfiada no le había dado las gracias a Kim por la tarde que habían pasado.

Volvió sobre sus pasos.

Al llegar a Tres Sargentos vio cómo golpeaban a Philby y lo subían a un Chevrolet negro.

***

—Disculpe, me podría decir cómo llego a esta dirección…

Ramón Mercader con un papel en la mano logró que Philby frenara y se diera vuelta. Philby notó el acento español, empezó a decir que no iba a poder ayudarlo porque él también acababa de llegar de España…

Fue en ese momento cuando Afanasiev, desde atrás, le pegó con una manopla en el costado de la cara. No llegó a desmayarse, pero quedó tan mareado que no podía siquiera pensar en escapar. Menos después de que el búlgaro le metió una mano entre la ropa y con una maniobra rápida le quebró una costilla. Philby gritó de dolor, pero ya tenía la boca tapada por la mano de Mercader.

Lo metieron en el Chevrolet, le pusieron una capucha y arrancaron.

Con los que viajaban adelante hablaron en castellano; entre ellos, en francés primero, y en ruso, después. Cuando Philby oyó que hablaban en ruso sintió un espasmo de miedo y un líquido caliente le corrió por las piernas. Mercader se dio cuenta y se lo mostró al búlgaro; se rieron a carcajadas.

—Hombre, si te estás meando en los pantalones es que ya sabes quiénes somos y lo que te espera. ¿Recuerdas al tío que mataste en Perpignan? Bueno, este es su primo.

Kim había tratado de olvidar a ese hombre al que le cortó el cuello por desesperación, pero sabía que un día tendría que rendir cuentas.

Ese día había llegado. Volvió a orinarse.

—¡Deja de mearte, coño! Que sólo nos tienes que decir dónde está Orlov.

—No sé.

Le pegaron. Esta vez no le dolió.

Más le dolía el miedo por no tener qué decir.

La certeza de que iba a morir torturado: nunca le iban a creer que no sabía nada de Orlov.

Volvió a orinarse.

***

8.10 p.m.

Lina Maurer corre desesperada. Busca un teléfono público. Habla en alemán. Pide por Niebuhr.

(no / otra vez no / ya perdí a Ludwig / otra vez no)

Niebuhr estaba saliendo de la oficina. Atendió, escuchó, colgó. Se queda pensando. Otro secuestro.

¿Otro mensaje?

Había que avisarle a Viancarlos.

Lina piensa rápido: a Niebuhr no le va a interesar salvar a Philby; no es uno de los suyos. Tenía que hacer algo más. Entra a un bar y

pide una guía telefónica. Nadie le negaría una guía ni un teléfono a semejante mujer.

Llama a *Crítica*.

Ocupado.

Vuelve a llamar.

Ocupado.

Por fin consigue. Pide por Rogelio, de Hípicas. No recuerda el apellido. Escucha cómo gritan *Rogelioooo*. Ruido de auricular sobre la mesa. Pasan los minutos. Lina se muerde las cutículas, va y viene estirando el cable; los mozos la miran.

—Hola.

—Rogelio, soy Lina, de la Embajada de Alemania. Nos vimos ayer. Escuche: lo acaban de secuestrar a Kim.

—¡¿Cómo?! ¡¿Dónde?!

—Recién, frente a Harrods, yo lo vi. Se lo llevaron en un Chevrolet negro, lo golpearon. ¿Usted puede hacer algo?

—¿Avisó a la policía?

—Llamé a la embajada, pero no sé qué van a hacer ellos.

—Tranquila. Yo aviso a la policía. Llámeme en un rato.

Rogelio corta, pero queda inmóvil. No levanta el auricular. No llama a la policía.

(esto no es por plata / Philby no tiene plata/ esto es otra cosa)

Por fin, Rogelio camina hasta la mesa de Policiales. A esa hora sólo quedan el jefe y uno de los redactores. Corrigen las últimas notas.

—Muchachos, hay otro secuestro.

—¡¿Qué?! ¿Quién?

—Un periodista inglés. Harold Philby, del *Times*. Yo lo conozco. Lo acaban de levantar frente a Harrods. Hablé con la mina que estaba con él. Me parece que va a ser un escándalo.

—Un quilombo. Mandemos ya un fotógrafo y un cronista a buscar testimonios. A lo mejor llegamos a meter algo antes del cierre.

—Yo sé bastante del tipo, estuvo cubriendo la Guerra Civil. Si quieren voy escribiendo algo.

—Dale.

Los de Policiales empiezan a llamar a sus contactos.

Hablan con un par de comisarios. No sabían nada; se preocuparon.

Uno de los comisarios llama a Viancarlos, que acaba de cortar con Niebuhr.

***

8.20 p.m.

Un puente. Philby está seguro de que el auto está cruzando un puente de metal, largo, muy largo. No sabe para qué le puede servir si va a morir. Pero se empeña en recordar el ruido del auto sobre el puente de metal. ¿Qué puente será? No conoce Buenos Aires, pero Rogelio seguro se daría cuenta.

El Chevrolet lleva ya un cuarto de hora de marcha. De pronto las calles se ponen más irregulares, seguro son de tierra.

Antes de llegar, le levantan la capucha y le ponen un trapo en la boca. Lo bajan del auto. Hay pocos ruidos, por la capucha ve tierra y pasto a sus pies. Una puerta se abre, sale un argentino, le da unas

llaves a Mercader, le dice que la casa está vacía y que tenga cuidado.

Caminan por un pasillo largo, techado. Entran en una habitación alta, con mucho eco.

Lo sientan.

Lo atan.

Le sacan la capucha, no el trapo.

El cuarto es grande, techos altos, piso de madera. Hay una cama sin colchón, una mesa, una lámpara, tres sillas. Del techo cuelga una soga que pasa por una roldana.

Philby huele su ropa meada y siente la mandíbula hinchada y la costilla rota.

Pero sabe que eso no es nada: la verdadera tortura está por comenzar.

***

8.25 p.m.

Niebuhr le pasó el número de patente del Chevrolet negro que le había dado Lina.

El comisario Viancarlos mandó a averiguar. Buenos Aires era una ciudad con muchos autos. Iba a tardar.

Sin embargo, desde Antecedentes en seguida le avisaron que a ese auto lo tenían fichado, pero no por delitos comunes sino por política. En ese Chevrolet solían moverse los dirigentes del Partido Comunista. Figuraba a nombre de un afiliado anciano, de más de ochenta años.

Nunca había aparecido en los actos del partido —se ve que lo cuidaban— pero sí en reuniones en casas seguras. Y allí la Policía ya lo había fotografiado varias veces.

(¿los comunistas secuestrando gente? / ¿mataron a Schüller y lo colgaron de una boya? / ¿le cortaron el dedo a la amiga de Thilo Martens? / ¿para qué? / nunca hicieron nada así en Argentina / ¿qué está pasando?)

Esto está creciendo demasiado, pensó Viancarlos.

Llamó a Abel Rodríguez, de Represión al Comunismo.

—Subcomisario Rodríguez, buenas noches.

—Miguel, gran jefe, ¿cómo está?

—Bien, querido. Te llamo porque acaban de secuestrar a un periodista inglés y el auto en el que lo levantaron es un Chevrolet negro que me figura vinculado a tus amigos comunistas.

—Veo que caí en desgracia y mi jefe ya no lee mis informes.

—Siempre. Sos mi agente preferido.

—Entonces fíjese. La semana pasada le mandé un confidencial donde le contaba que nuestra Mata Hari en el PC había averiguado que volvió a la Argentina Victorio Codovilla. Ahora Codovilla es un peso pesado de los soviéticos, pero de un día para otro apareció por Buenos Aires con un par de tipos raros que tienen toda la pinta de ser espías comunistas en serio, no como los tarados que andan por acá. Según me dijeron, andaban buscando a un inglés que se llama "Filby" y al que le dicen "Kim". Y ahora me dice que lo acaban de secuestrar…

—¿Y este "Filby" quién es?

—En el PC dicen que es el cómplice de un ruso que se habría quedado con unos lingotes del oro que se robaron los comunistas

del Banco de España. Ningún boludo el ruso. Pero fijese en mi informe, ahí está todo. Lo debe tener todavía por ahí, en algún cajón de su escritorio.

***

8.30 p.m.

Rogelio se aleja de la mesa de Policiales y vuelve a su escritorio en Hípicas.

Llama a la embajada británica y se presenta como del diario *Crítica*.

Le dicen que no hay nadie que lo pueda atender. Insiste. Espera.

Por fin le pasan con un vicecónsul.

Le pregunta si está al tanto del secuestro en Buenos Aires de un periodista del *Times* llamado Harold Philby y si tiene algo oficial o extraoficial para decir.

—¿Un periodista del *Times* en Argentina? Imposible. Nos hubiéramos enterado.

—Le digo que hay un periodista del *Times* en Argentina y acaba de ser secuestrado. Se va a enterar mañana por el diario. ¿Tiene algo para decir?

—*No comments*.

Rogelio cuelga seguro de que el mensaje ya va camino del embajador en persona.

No se equivoca.

Al rato, el embajador Esmond Ovey le pide al vicecónsul que escriba un cable a Londres pidiendo antecedentes de un periodista

llamado Harold Philby y avisando de su secuestro en Buenos Aires. Enseguida, el propio Ovey, desde su casa, llama a su contacto en la Policía, el comisario Viancarlos.

***

10.00 p.m.

Philby se despertó cuando entraron Mercader, el búlgaro y un tercer hombre, morocho, bajito, más bien gordo.

El búlgaro puso sobre la mesa una botella de ginebra y un plato con cocaína. El morocho apoyó en el piso una valija.

—Bueno, inglés, ya sabes para qué te trajimos —dijo Mercader—. Aquí hay dos opciones: o colaboras y terminamos rápido o nos queda por delante una larga noche, tal vez varias. Nosotros no tenemos apuro. Estamos en una casa segura de nuestros camaradas del Partido. Claro que a ti ya no te consideramos un camarada. Eres un traidor y este es el lugar donde el partido trae a los traidores, a los que delatan las huelgas y las reuniones. Pero los camaradas argentinos son prácticos y aplican la dialéctica marxista para aprender del enemigo. Por eso está aquí Marucci. No podemos decir que Marucci sea un camarada, pero sí podemos decir que ahora es uno de los nuestros. Los argentinos lo conocieron en una cárcel de por aquí, en la Penitenciaría de Las Heras, creo que le llaman. Allí, en los sótanos, Marucci era, digamos, el maestro de ceremonias. Pero hete aquí que sus jefes lo maltrataban, su trabajo no era reconocido. ¿Puedes creer que le pagaban mal a Marucci? Y mira lo que lograron. Porque los camaradas argentinos descubrieron dónde

vivía, conocieron a su familia y en lugar de matarlo, a él, a sus hijos y hasta a su perro, le ofrecieron un trato: buen dinero y un trabajo extra a cambio de que fuera piadoso con los comunistas que pasaran por sus manos y letal con los traidores. Al fin y al cabo, si la Policía infiltra los partidos comunistas, ¿por qué no podemos nosotros, los comunistas, infiltrar la Policía? En fin, esto para que sepas que Marucci es un profesional. Incluso aportó un par de ideas novedosas a su oficio, como una tenaza de madera para estirar lenguas. ¿La trajiste, tío?

—Por supuesto —dijo Marucci.

—Hay que decir que la Argentina es un país de gente con ideas, coño. Marucci te va a presentar a su amiga la picana, un invento notable, que no ha llegado aún a Europa, pero ya el búlgaro estuvo aprendiendo sus rudimentos y piensa volver con uno de estos juguetes a Francia. Es muy sencillo, moderno te diría. ¿Ves esa cama que está ahí? Bueno. Es de metal. Ahí te vamos a atar, te vamos a mojar y Marucci va a pasarte electricidad como para que maldigas haber nacido. Te pueden pasar la picana por dentro del culo, en los cojones. Ufff. Y no sabes cómo duele en las encías, me han contado. ¿Has traído tu picana, Marucci?

—Nunca salgo sin ella. —Se rio.

—Pero para que veas que Marucci es un hombre de recursos, del techo cuelga también esa roldana; la soga tiene un gancho. De ese gancho podemos colgar tu silla y tú quedarás cabeza abajo. No parece gran cosa, pero se va a poner verdaderamente interesante, cuando del patio traigamos un tacho con mierda de vaca para que te ahogues en ella. En fin, todo esto para que te quedes tranquilo y sepas que estás en buenas manos, en manos de un profesional. No

va a ser el búlgaro quien te haga hablar porque temo que se lo tome como algo personal y te mate muy rápido. Al fin y al cabo, tú degollaste a su primo.

***

10.30 p.m.

—¿Rodríguez? —Era Viancarlos al teléfono.

—Sí.

—Ahí leí tu informe, Rodríguez. Tenés razón: fueron comunistas los que se llevaron al inglés. Se da cuenta de que es un escándalo, ¿no? Comunistas secuestrando a un inglés. Me está llamando todo el mundo por este Philby. Los periodistas porque es periodista; la embajada británica porque es inglés; el ministro porque lo llamó el embajador. Hasta de la embajada alemana me preguntaron qué pasó con este tipo.

—Pero vio que estaba todo en el informe, ¿no? Está pasando todo tal cual nos lo contó nuestra amiga metida en el P.C.

—Sí. Igual, lo más interesante es lo del oro. ¿Será verdad? ¿Sabrá el inglés este dónde está ese oro?

—Hay que ver si no es una fantasía, comisario. Con estos comunistas nunca se sabe. Además, a mí me suena raro: ¿un periodista inglés espiando para los soviéticos?

—Ojo que si aparece muerto es un desastre. En este país no se jode con los ingleses, aunque sean comunistas. Acá los ingleses mandan más que los argentinos, Rodríguez. Cada vez que hay un quilombo con un inglés tiembla toda la Policía. Me está llamando

desde el jefe hasta el ministro del Interior, todo el mundo, para ver qué carajo le pasó al inglés este. Encima, esto cayó en medio de la ola de secuestros.

—Sí, pero secuestros de la mafia; esto es distinto, jefe.

—Un secuestro es un secuestro, Rodríguez, y sale igual en la tapa de los diarios. Lo que menos necesitamos ahora es otro secuestro. Yo sabía que los anarquistas mataban gente con bombas, pero no que a los comunistas se les daba por los secuestros.

—Ojo que estos no son comunistas de acá. Acuérdese que vinieron de Francia.

—¿Qué te dice tu gente?

—No mucho. Tampoco ellos pueden preguntar de arrebato porque quedarían al descubierto.

—¿No podemos ubicar el auto?

—No, jefe. Está a nombre de un viejo ferretero de Adrogué, pero es un prestanombre.

—¿Tenemos ubicadas las casas donde hacen las reuniones estos tipos?

—Varias.

—Vayamos a todas a ver si lo tienen en alguna.

—¿Y cómo entramos, jefe?

—Por la puerta, Rodríguez.

—¿No buscamos orden de allanamiento? Se va a armar un tole tole….

—Me parece que no fui claro: pateando la puerta y a los tiros entramos.

—El gobierno acaba de asumir. No hay estado de sitio, jefe.

—No me interesa. Entren a las patadas. Total, son comunistas. Después vemos cómo acomodamos la historia. No vayan de uniforme, eso sí. Vayan en autos de brigada y no lleven armas registradas. ¡Encuentren al inglés! ¡Vivo!

***

10.30 p.m.

Philby está atado a la silla, la cabeza caída sobre el pecho. Parece dormido, pero de a ratos abre los ojos.

Marucci ya le arrancó dos uñas y le dio picana, pero poquito, sólo para que vea lo que le va a pasar si no habla.

Philby no puede gritar por el trapo en la boca.

Marucci le muestra la tenaza de madera para estirar lenguas, pero Mercader le dice que por ahora no, que no se le va entender lo que diga.

Pero Kim ya habló: dijo una y otra vez que él estaba al otro lado de la frontera, que él le pasaba información a Orlov y no Orlov a él, que es un comunista convencido y no un traidor.

A la tercera uña, Kim se desplomó.

El búlgaro Afanasiev se acerca ahora por atrás, le tapa la boca y una de las fosas nasales y por la otra, le mete una cucharita con cocaína.

—Toma eso, tío, que te necesitamos despierto.

Hasta ahora sólo había hablado Mercader. Al comienzo estuvo paciente: le habló de la Revolución, de lo importante que es el dinero burgués para que el comunismo le gane al fascismo; le

preguntó si sabía lo del oro del Banco de España, si sabía que había sido su jefe, Orlov, el que organizó los embarques a Moscú.

—De lo del oro me enteré en la frontera —dijo Philby—. Era un rumor entre los corresponsales. Nunca supe que lo organizó Orlov. Para mí ni siquiera era Orlov. Para mí sólo era *Big Bill*. Él fue uno de mis instructores en Londres.

—Eso ya lo sabemos. Por eso estamos aquí. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—En junio, en Perpignan. Estaba preocupado, andaba con una ametralladora bajo el piloto en pleno día.

—Falso. Tú estabas en Perpignan cuando Orlov se fue. Nosotros te vimos.

—Sí, pero no lo vi a *Big Bill*. Tenía que juntarme con él en la plaza de siempre, no venía, aparecieron vosotros y me fui.

—¿Y por qué huiste si no tenías nada que ocultar?

—Porque ese es el protocolo que me enseñaron. Además, yo no sabía quiénes erais vosotros. Podíais ser fascistas españoles, policías franceses, agentes nazis, cualquier cosa.

—¿Tú fuiste el que mató al primo del búlgaro?

—Sí, pero estaba acorralado y yo no sabía quiénes erais vosotros.

Afanasiev le puso el trapo en la boca.

Philby empezó a sacudir la cabeza, desesperado, los ojos brillantes, implorando que no.

El búlgaro le pidió la pinza a Marucci y arrancó una cuarta uña.

***

URGENTE

Agosto 19, 1938 Kelly, David
Cable de Embajada en Argentina

CA AREMB 010365/1938 - SECUESTRO PERIODISTA

Fec.Emisión: 19agos1938 10.38 p.m.
Prioridad: (V) Urgente
Naturaleza: (A) Requiere Acción
Clasificación: (E) Exclusivo
Tipeador: Brown, Ronald Enviador: RB
Firmante: Kelly, David

Destino áreas: Ministro-Secretaría Privada
Copia áreas: Dirección de Consulados Sudamérica
Descriptor: ARGENTINA / PERIODISTA / SECUESTRO

POLICÍA ARGENTINA ACABA DE CONFIRMARNOS SECUESTRO DE UN PERIODISTA BRITÁNICO EN EL CENTRO DE BUENOS AIRES. SUCEDIÓ HACE TRES HORAS Y NO HAY PISTAS. SEGÚN PUDIMOS AVERIGUAR SE LLAMARÍA HAROLD RUSSELL PHILBY Y LO APODAN "KIM". PERIODISTAS DEL DIARIO LOCAL "CRÍTICA" REFIEREN QUE PHILBY FUE CORRESPONSAL DE "THE TIMES" EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. SE DESCONOCE QUÉ ESTÁ HACIENDO EN BUENOS AIRES. LA DESAPARICIÓN DE PHILBY SE PRODUCE EN MEDIO DE UNA SEGUIDILLA DE SECUESTROS SIMILARES POR DINERO VERIFICADOS EN ARGENTINA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS. ROGAMOS CONFIRMAR IDENTIDAD Y PROFESIÓN DEL SUJETO.

(Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

10.40 p.m.

—… lo único que les digo es que si esta es una pelea que viene de afuera, no me la traigan acá. —La voz de Viancarlos no disimula su furia—. Porque entonces no voy a poder hacer nada. Y esto es una pelea de espías y ustedes me deben una explicación. Ustedes saben más de esto de lo que me están diciendo. Y nosotros podemos ser amigos, pero de ninguna manera vos me podés dejar como un pelotudo a mí. ¿Está claro?

—Miguel, no me hables así, por favor… —pide Niebuhr.

—Estás poniendo en juego mi puesto, Dietrich. Y eso tampoco te conviene. Porque estos tipos vinieron de afuera y yo te dije mil veces que nos íbamos a llevar bien mientras no me trajeras quilombos a la Argentina.

—Sabés que en Europa hay una guerra a la vuelta de la esquina…

—¡Me importa un carajo la guerra!

—Todavía no sabemos qué pasó, Miguel, por favor. Puede ser otra cosa.

—Sí sabemos qué pasó. Sabemos que los están buscando a ustedes por algo. Ya les mataron un hombre. Sabemos que son tipos que vinieron de afuera. Y ustedes deben saber por qué los están buscando y todavía no me lo dijeron, así que no me tomés más de pelotudo, Dietrich.

Viancarlos cortó. Thilo Martens había escuchado la conversación.

—Dice que fueron los comunistas —dijo Niebuhr.

—Hijos de puta. Entonces son los comunistas los que andan detrás de los fardos de la Hamburg Süd.

—No sé. Hay algo raro acá…

—… y son los comunistas los que mataron a Ludwig, los que le cortaron el dedo a la esposa de mi amigo y los que nos están mandando los mensajes.

—Eso cree Viancarlos…

—Y tiene razón, Dietrich.

—¿Ah sí? ¿Y cómo hicieron? Supongamos que algún comunista o algún judío haya pasado el dato de los fardos con dinero desde Alemania. ¿Cómo sabían que había que ir sobre vos y sobre tus hombres? Porque eso quiere decir que tenés espías infiltrados en la naviera, Thilo.

—Hay muchos comunistas en Argentina. No descarte que alguno de los administrativos de Delfino o alguno de los que van y vienen en los barcos sea un comunista encubierto.

—¿Y que esté en contacto con los comunistas de Alemania que saben de los fardos? Muy raro.

—A lo mejor sólo saben de los fardos cuando llegan aquí.

—Eso quiere decir que hay alguien que conoce lo que pasa en la naviera mejor que Hepe y encima es comunista y encima se anima a extorsionarnos. ¿No te parece un poco fantasioso?

—Con los comunistas nunca se sabe…

—Viancarlos dice que los que se llevaron al inglés son un español y un búlgaro que llegaron hace un par de semanas. Tienen apoyo del Partido Comunista pero no son de aquí.

—Más a mi favor, Dietrich. ¡Llegaron justo cuando lo mataron a Schüller!

—Sí, pero los que le cortaron el dedo a tu amiga eran argentinos. Hablaban en argentino y ninguno tenía acento español.

—Pueden ser comunistas locales.

—¡Lo sabría la policía que los tiene infiltrados, Thilo! ¿No te das cuenta?

***

10.45 p.m.

El búlgaro preguntó si la casa era segura. Ramón Mercader dijo que sí, que Codovilla había dicho que sí. Que había dos camaradas en la puerta, armados, en el auto, por si alguien venía.

—Pero ¿quién va a venir a buscar a este tío? Es un traidor, un náufrago.

—No sabemos si Orlov tiene gente aquí.

—Los camaradas argentinos lo sabrían, ¿no te parece?

Hacía media hora habían dejado a Philby a oscuras, golpeado, meado, sangrando, para que reflexionara y dijera de una buena vez dónde estaban Orlov y los lingotes. Marucci ya había servido varias rondas de ginebra y cada uno se sirvió varios pases de cocaína.

Al búlgaro le dio por hablar: quería matar rápido a Philby y salir de ahí.

Marucci no entendía un carajo porque hablaba en francés y mezclaba palabras en ruso y en búlgaro.

Mercader le decía que se quedara tranquilo, que tenían tiempo de cortarlo en pedacitos si hiciera falta, hasta que hable.

El búlgaro se puso paranoico, caminaba por el cuarto y decía que no había que perder más tiempo, que si no hablaba había que matarlo y deshacerse de él. Lamentaba no tener sus propias herramientas; decía que en Alemania estaban probando una droga

que hacía hablar a la gente. Una inyección y hablaban como dormidos.

Mercader se rio. No le creía.

El búlgaro se calentó, golpeó la mesa y arrancó como para pegarle.

Mercader se quedó quieto.

Marucci sacó una 45 y le dijo que se dejara de joder, que era la última vez que se lo decía.

El búlgaro no entendía castellano, pero igual se sentó.

Mercader se levantó y le sacudió un revés de mano.

El búlgaro, quietito.

Al rato pidió disculpas y volvió a hablar. No paraba. Explicaba largamente la casa que se iba a comprar en Francia con el oro de Orlov.

Mercader lo miraba. Harto.

***

Bar Los 36 Billares, Buenos Aires
11.00 p.m.

Lina Maurer no sabía adónde ir. Llamó a su casa, preguntó por Milena. Está bien, está durmiendo, quédate tranquila, le dijo la madre.

—Voy a llegar tarde, mamá, tengo mucho trabajo acumulado en el laboratorio.

—No estás en el laboratorio. Hay mucho ruido de fondo. No necesitas mentirme, Lina.

Lina había llamado desde la recepción de *Crítica* mientras esperaba que saliera Rogelio. Media hora antes había pedido por él en el mostrador de entrada y la hicieron pasar.

Cuando Lina cruzó la redacción, los pocos cadetes, cronistas y editores que quedaban a esa hora dejaron de hacer lo que estaban haciendo: demasiada hembra para ese lugar.

Al llegar al escritorio de Rogelio, se sentó y se puso a llorar. Él la abrazó. Todos los miraron. *Qué suerte tiene este tipo para las mujeres*, le dijo un corrector al editor de Parlamentarias, *¿te acordás de la actriz?*

Rogelio calmó a Lina, la llevó a la mesa de Policiales, la presentó y le hizo contar lo que había visto. Después la invitó a tomar un café mientras esperaban novedades.

Al llegar a Los 36 Billares, otra vez las miradas. Rogelio la dejó a Lina sentada y se acercó a saludar a la mesa de sus amigos. *Es laburo, muchachos, no jodan,* les dijo.

Pidió café; Lina, whisky.

—Yo pago, no te preocupes —dijo ella—. ¿Qué sabés de Philby? ¿Cómo lo conociste?

—Aquí mismo. Jugando al billar. Hubo una pelea con unos españoles borrachos, republicanos, que se ofendieron porque lo escucharon a Kim contando que iban a perder la guerra.

—¿Qué más te contó?

—Que quedó bastante asustado después de la granada que casi lo mata en España; que el padre es un notable en Inglaterra, pero que él se lleva mal y por eso no quiere volver; que vino a la Argentina porque hay un inglés que se llama Talbott que trabaja en una asociación por la paz que paga la Embajada de Alemania.

—Todo eso ya lo sé. Y entonces, ¿por qué lo secuestraron? ¿Quién?

—A lo mejor pensaron que era un turista con plata y se lo llevaron.

—No. Lo estaban esperando, Rogelio. Esto es otra cosa.

—¿No lo agarraron por la calle?

—Sí, pero nosotros acabábamos de salir de una amueblada. Apenas nos despedimos y nos separamos, a Kim lo golpearon y lo metieron en ese auto. Es más: estoy casi segura de que uno de los tipos pasó al lado mío desde la esquina. O sea que lo estaban esperando. Y si lo estaban esperando a Kim es porque nos siguieron y estuvieron de guardia más de cuatro horas. Demasiado para robar a un turista, ¿no?

—Sí, muy raro.

—Me gusta mucho ese hombre. No quiero que le pase nada.

—Tranquila. No le va a pasar nada. Nadie pidió rescate, en unas horas va a aparecer. Seguro. Ya avisé a la embajada británica para que la Federal se tome en serio el caso.

—Y yo avisé a mis jefes, pero no me dieron mucha bolilla.

—Mirá: conozco a los de Policiales porque trabajé varios años con ellos; les ofrecí quedarme de guardia en la redacción para ir enseguida a verlo a Kim cuando lo suelten.

—¿Me puedo quedar con vos?

—Ojo que las redacciones no son embajadas.

—Tranquilo. Yo trabajo en el laboratorio de la embajada, no en los despachos: soy fotógrafa. A veces soy asistente en unos documentales que graban los alemanes.

— Documentales de propaganda nazi. En el acto del Luna Park pasaron uno…

—No vamos a discutir de eso. Menos hoy. Así que trabajaste en Policiales, ¿por qué te cambiaste?

—Porque la mafia de Rosario mató a mi mejor amigo. Seguro leíste el caso. Como yo trabajaba investigando con él, me pasaron a Espectáculos. Ahí me enamoré de una actriz y para no verla más pedí que me pasaran a Hípicas.

—¿Quién era la actriz?

—¿Qué te importa, chusma? Vamos.

***

Casa segura del Partido Comunista,
Avellaneda, Buenos Aires
11.00 p.m.

las tetas pesadas en las manos / agarradas desde atrás / el velador prendido / el espejo / la puntada / la deuda / respete su turno / no insista / el cigarrillo en el cenicero / el humo vertical / prohibido salivar en los pasillos / la puntada / el temblor / la costilla / las tetas en las manos vistas en el espejo / los pezones apretados con los dedos / el cuello volcado / el jadeo / el velador / el vestido rojo caído / los zapatos puestos / el puré de manzana / las costillas de cerdo / tres timbres de teléfono / respete su turno / no insista /dick sin un ojo / la cara rajada / el humo gris / el temblor / no insista / el temblor / la costilla / las manos laten / no tener uñas / cómo será no tener uñas / como será morir al otro lado del mundo / el culo parado

/ la curva de la cintura / la piel tensa / el cigarrillo en el espejo / el humo vertical / tienes que probar este vino / el tenedor apoyado en el plato / el puré de manzana / respete su turno / no insista / la gangrena / cuatro uñas menos / la gangrena / el temblor / eddie / el hospital / la gangrena / *see you soon* / no insista / este vino / blanco / dulce / tienes que probar este vino / el cuello volcado / la saliva / el jadeo / mi deuda / el culo parado / la curva tensa / el cuello volcado / el tajo / la sangre / la navaja dos veces en la ropa / los documentos / un búlgaro / la pistola / el temblor / *nobody saw me* / caminar tranquilo / correr / un búlgaro / un vómito / algo caliente / agrio / la costilla / el temblor / tres timbres de teléfono / no insista / las manos en el empapelado / las uñas rojas / el vestido rojo / el culo perfecto / un durazno / el liguero puesto / los zapatos puestos / las medias puestas / el velador / el humo vertical / el otro lado del mundo / harrods por la ventana pero al otro lado del mundo / las vidrieras / el argentino ciego que habla perfecto inglés / kim por el cuento de kipling / no insista / el temblor / el polvo gris / el chasco / dick con la cara rajada / franco es un enano / una medalla para un comunista / franco en puntas de pie / la medalla en la solapa / un búlgaro / orlov / oro / la ametralladora bajo el piloto / se nota / oro / orlov / un búlgaro / el cuello / un chorro de sangre / la navaja pasa dos veces por la ropa / las uñas rojas / el culo perfecto / tu deuda / tienes que probar este vino / el tenedor apoyado en el plato / las uñas rojas en la mesa / las uñas rojas abren el culo perfecto / el humo vertical / el velador / tu deuda / el temblor / una erección / tres timbres de teléfono / acabar en argentino / entrar en ese culo / el otro lado del mundo / el temblor / la erección / el temblor / el vómito / acabar en inglés / entrar en ese culo / mearse de miedo /

acabar en alemán / un durazno / no tener uñas / tres timbres de teléfono /morir al otro lado del mundo / respete su turno / no insista

***

Esquina Belgrano y Urquiza, Buenos Aires
11.45 p.m.

El cabo José López fuma y piensa en cómo será hablar con su madre. Está muerta, pero en la Escuela Científica Basilio le dijeron que ella se va a hacer presente para comunicarse con él.

—¡Vamos, López!

López tira el pucho, saca de uno de los autos una escopeta del 12 y se acomoda la Ballester Molina en la sobaquera. Afuera hay cinco autos con los motores en marcha. En cada uno, hay tres policías, pero ninguno lleva uniforme ni los autos son patrulleros.

El subcomisario Rodríguez se acerca a cada uno de los autos y les da una tarjeta con una dirección y un par de datos. Dice algo por la ventanilla, da dos golpes en el techo de cada uno y arrancan.

Rodríguez sube al último, un Packard. Maneja el cabo López, atrás va el oficial Jorge Osinde.

—Vamos para Avellaneda, cabo. ¿Trajeron balas?

—Bastantes —dice Osinde.

—Estos comunistas no son de andar tirando tiros, pero nunca se sabe. Tampoco se les daba por secuestrar gente y ahora mirá: ¡un inglés se llevaron!

—¿Adónde vamos, jefe?

—A una de las cinco casas donde los tipos hacen reuniones. Las tenemos todas confirmadas. Ellos las llaman "casas seguras". Van a ser seguras hasta esta noche, cuando les pateemos la puerta y los metamos a todos presos.

—¿Cómo nos movemos, jefe?

—Carta blanca, Osinde. Acá no hay jueces ni un carajo. Tenemos que encontrar al inglés como sea y si en el camino matamos algún comunista después vemos cómo lo arreglamos. Siempre les podemos echar la culpa a los de la Acción Patriótica. En ningún momento nos vamos a identificar como policías. ¿Entendido? Nunca falta un vecino que se quiere hacer el ciudadano ejemplar y habla y después lo tenemos que andar buscando para que se desdiga. Vamos a entrar más o menos en simultáneo a las cinco casas; si lo tienen al inglés secuestrado en alguna no van a poder mudarlo.

Bajaron por Belgrano hasta Paseo Colón fumando, en silencio. Cuando llegaron al Puente Transbordador, el cabo López se animó a preguntar.

—Jefe, ¿usted cree que se puede hablar con los muertos?

—Déjese de pelotudeces, cabo.

***

Diario *Crítica*, Buenos Aires
20 de agosto de 1938
0.20 a.m.

Rogelio y Lina esperaban novedades. Rogelio se había instalado en la mesa de Policiales por si llamaba algún comisario. Lina había

juntado dos sillas, se sacó los zapatos y estiraba las piernas.

—¿En serio no me vas a decir quién es la actriz de la que te enamoraste?

—No.

—Dale. Me encantan esas historias. ¿Te dio bola?

—Sí.

—El romance secreto del periodista y la diva. Me muero.

Rogelio le dijo a Lina que intentaba escribir una nota, adelantar trabajo, pero en verdad tecleaba para ganar tiempo, para poder pensar, para evitar que Lina supiera lo suyo con Esther. Un silencio largo y la aparición dócil de las palabras bajo las teclas le regalaron un atajo.

—Mirá: no te voy a contar la mía, pero te voy a contar otra historia parecida que le pasó a un compañero de Hípicas. Yo ya lo conocía a Risso, pero había hablado poco con él. El tipo era un capo: alto, pintón, viudo, escolasero, unos cuarenta años. Tenía una nena de seis que se la criaba la abuela y él vivía acá cerca, en una pensión. El tipo siempre con una mina distinta, muy lindas minas. Hasta que un día se enamoró de una actriz. Una piba veinte años menor que él que trabajaba en el Teatro Municipal. Se lo veía feliz. Él la iba a buscar al teatro y vuelta a vuelta me los encontraba cenando por Corrientes, de la mano, mirándose a los ojos, perdidos en su mundo. Para cuando me pasaron a Hípicas, a él ya se lo veía mal. De hecho, creo que me mandaron acá para hacer lo que Risso ya no hacía: estaba distraído, llegaba tarde a los datos, no hablaba con los cuidadores ni con los jockeys, no conseguía una fija. Hablando una noche, al cierre, me preguntó qué me pasó, por qué me habían sacado de Espectáculos y le conté lo de la actriz. Para

qué. Se puso como loco. Entró a putear y carajear que esas yeguas eran todas iguales y me contó lo que le había pasado con la del Teatro Municipal. Resulta que la piba había salido de gira con el elenco y en Rosario se acostó con un tipo. Una sola noche. Pero no tuvo la mejor idea que contárselo a Risso. Risso no le dijo nada. Se levantó y se fue. Al otro día mandó a buscar sus cosas, se volvió a la pensión y le dejó a la piba el departamento que habían alquilado. Nunca más la volvió a ver. Dejó dicho que no le pasaran sus llamadas y cuando ella lo venía a esperar a la puerta, él se quedaba adentro y se hacía negar hasta que se iba. Un día, me contó Risso, el de Parlamentarias le trajo un sobre que le habían dejado a él por error. Era una foto que atrás decía "Recuerdos de Bahía". Pero no era un paisaje sino una foto de la mina desnuda con un negro, un negro de esos que todos los hombres envidiamos, imaginate. Esa fue la primera de las fotos que le fueron llegando a lo largo de los meses. Se ve que la piba estaba de gira y de cada ciudad le mandaba un recuerdito. Todas parecidas: ella desnuda con diferentes tipos. Risso, me contó él, no bien las recibía las tiraba. A veces ni las abría. Al tipo se lo veía cada vez más triste, pero la iba llevando. Hasta que un día dejó de venir. Creo que fue cuando le llegó una foto al viejo Lanza, ese viejo rengo que ves allá al fondo, el corrector, que era muy amigo de él. "Para ser donada a la Colección Risso", escribió la muy hija de puta atrás de una foto desde Asunción donde se la veía en primer plano chupando una pija. "Ahora usted está enterado, sólo le pido permiso para romper esta mierda sin mostrársela", le dijo el viejo Lanza, un caballero. Pero Risso ya no volvió al diario. Después nos enteramos de que hubo más postales. Una dirigida a la casa de la suegra, otra al director del diario, otras a los cuidadores y los

jockeys; incluso le mandó una a Leguizamo, ¿podés creer? El final me lo contó el viejo Lanza. Risso consiguió un bufoso y se pegó un tiro en la pensión. No dejó carta ni nada. En la mesa de luz estaba la última de las fotos, la que había llegado al colegio de la hija.

***

Buenos Aires, Avellaneda
0.30 a.m.

Rodríguez, López y Osinde pasan por la puerta de la casa segura del Partido Comunista. Es una calle de tierra, apartada. Saben que si vuelven a pasar van a llamar mucho la atención.

Ya vieron el Chevrolet negro que estaban buscando. Está estacionado con dos tipos adentro. Seguro acá tienen al inglés. Ahora hay que tener cuidado. Por eso siguen de largo, doblan dos cuadras adelante y vuelven por la calle paralela.

Estacionan a la vuelta de la esquina; dejan el motor en marcha. Al rato, López se baja, abre el baúl, se cambia de abrigo, se pone una boina y agarra una muleta. Ensaya un poco la renguera; saca la Ballester Molina y la disimula con la muleta. Cuando dobla la esquina piensa que si sale bien de esta le va a jugar unos pesos al 73.

Se acerca al Chevrolet por atrás. El ruido de la muleta hace que el chofer mire por el retrovisor. Ve un rengo, desvía la mirada. El otro duerme.

Antes de soltar la muleta y empezar a disparar con la Ballester Molina, López se persigna mentalmente y piensa que si algo sale mal

por lo menos va a volver a ver a su viejita sin tener que pasar por la Escuela Científica Basilio.

El primer tiro rompe un vidrio del Chevrolet, le entra al chofer en la nuca y le vuela el sombrero. Para el segundo, López se perfila mejor y, ya de frente, le da en el pecho al acompañante que recién se estaba despabilando.

Diez pesitos al 73, promete López.

Cuando oye el primer tiro, Osinde arranca el Packard. Da la vuelta a la esquina y para frente a la casa segura. Rodríguez baja con dos escopetas y le tira una a López.

Osinde va directo a la puerta y empieza a tirarle a la cerradura.

Los disparos del 12 suenan como bombas en la noche; empieza a haber movimiento en las casas vecinas. La cerradura salta, pero la puerta tiene también una tranca de madera gruesa.

Más tiros y patadas.

Más vecinos asomados.

La puerta no cede.

Adentro suena un disparo.

***

El búlgaro, Mercader y Marucci escucharon un disparo afuera. Después otro. En ningún momento pensaron en salir a ver qué pasaba. Cada uno juntó sus cosas para escapar.

La casa segura tenía una salida prevista: un agujero en el tapial que daba a un baldío. Mercader y Marucci arrancaron, el búlgaro se frenó.

—Yo no me voy sin matar a ese hijo de puta.

—Basta, Oleg, vámonos.

—Ese hijo de puta mató a mi primo.

—Es peor para nosotros. Ya lo vamos a volver a encontrar. Déjalo vivo.

Empezaron a sonar tiros contra la puerta.

Marucci se dio cuenta de que eran de escopeta.

La policía.

Pero el búlgaro no entraba en razones. Ya había sacado la pistola de la sobaquera y estaba abriendo la puerta del cuarto donde Philby estaba atado.

Mercader quiso sujetarlo, pero Marucci fue más rápido y el tiro le entró en el cuello.

Afanasiev cayó al piso y empezó a desangrarse sin entender qué había pasado.

Mercader pensó que Marucci lo iba a matar a él también.

—Sáquele el trapo de la boca al inglés y prenda la luz. ¡Vamos! Eso nos va a dar tiempo para escapar. Ya tienen un culpable. ¡Apuresé, carajo!

***

Diario *Crítica*, 5ta. edición,
Buenos Aires, 20 de agosto de 1938

AVELLANEDA

LA POLICÍA MATA A TRES HOMBRES
QUE TENÍAN SECUESTRADO A UN INGLÉS

La Policía Federal rescató ayer de su cautiverio a un turista inglés que había sido secuestrado en pleno centro de la ciudad. Alrededor de las 20 horas, Harold Russell Philby, tal su nombre, estaba paseando cerca de Harrods, cuando tres hombres lo interceptaron, lo subieron a un automóvil y partieron raudamente.

Con celeridad las brigadas policiales iniciaron su tarea investigativa y dispusieron una serie de allanamientos relámpago en función de informaciones disponibles. En uno de esos domicilios, en Dock Sud, partido de Avellaneda, dieron con el ciudadano inglés secuestrado.

El hombre estaba en muy mal estado; había sido golpeado con furia asesina y le arrancaron varias uñas. Eso es lo que se apreciaba a simple vista, ya que aún no se dispone del informe forense.

Harold Philby, que vino de vacaciones a nuestro país, está ahora internado en un hospital de la ciudad que no fue revelado y bajo custodia policial por temor a represalias.

Según los vecinos de Dock Sud, el rescate tuvo ribetes cinematográficos, dado que primero hubo un enfrentamiento con dos de los maleantes que estaban haciendo de campana en un automóvil Chevrolet color negro, y luego decenas de tiros de escopeta para derribar la puerta. Ya dentro de la casa hubo otro enfrentamiento y un tercer delincuente cayó muerto bajo las balas policiales. Ninguno de los tres secuestradores fue identificado aún, pero fuentes policiales que hablaron con *Crítica* descuentan que tienen frondoso prontuario.

***

URGENTE

Agosto 20, 1938 Kelly, David
Cable de Embajada en Argentina
CA AREMB 010370/1938 - SECUESTRO PERIODISTA
Fec.Emisión: 20agos1938 11.53 a.m.

AGRADECEMOS PRONTA CONFIRMACIÓN IDENTIDAD DE HAROLD RUSSELL PHILBY COMO PERIODISTA DE THE TIMES. APROVECHAMOS INFORMAR PHILBY RESCATADO ANOCHE POR POLICÍA ARGENTINA. SE ENCUENTRA EN MAL ESTADO. PERSONAL DEL CONSULADO TOMARÁ CONTACTO CON ÉL A.S.A.P (*Tan pronto como sea posible, N. del T.*) RECOMENDAMOS AVISAR A LA FAMILIA.

(Archivo Philby, Moscú, traducción propia)

***

Hospital Fernández, Buenos Aires
20 de agosto de 1938
1.00 p.m.

las tetas pesadas en las manos / agarradas desde atrás / las manos atadas / las manos sin uñas / el temblor / el trapo en la boca / gritar y temblar / gritar para adentro / donde va a ser la que viene / donde el temblor / habla coño / dick sin un ojo / yo sin uñas / neil sin piernas / el hospital / la gangrena / las manos atadas / las manos sin uñas / las manos en los muslos blancos / las manos justo donde terminan las medias negras / quiero ver cuánto aguantas / el pañuelo en la boca / los muslos en las manos / los ojos en blanco / el temblor / la mano con uñas rojas / quiero ver cuánto aguantas / el sexo eléctrico / habla coño / hoy no / respete su turno / no insista / las manos atadas / la puntada que rompe el pecho / gritar en seco / el trapo en la boca / las manos sin uñas / la gangrena / el hospital / dick sin un ojo / neil sin piernas / kim sin uñas / la granada / el temblor / al otro lado del mundo / terminar el trabajo al otro lado del mundo / la gangrena y la granada / las manos atadas / las

manos sin uñas / las tetas pesadas en las manos sin uñas / donde el próximo temblor / habla coño / la vincha corrida / los dos lugares / las dos manos gordas tocan dos lugares / el temblor / pedir morir / al otro lado del mundo / gritar en seco / morir / pedir morir / pedir gangrena / habla coño / salir de ahí / que dirá lina / las manos sin uñas / respete su turno / no insista / el pañuelo en la boca / las manos en los muslos / aguantar el temblor / el trapo en la boca / el sexo eléctrico / habla coño / aguantar / quiero ver cuánto aguantas / las manos sin uñas en los muslos blancos / sujetar el temblor / las manos en el culo parado / perfecto / un durazno / harrods por la ventana / el velador en el espejo / el otro lado del mundo / respete su turno / no insista / acabar después de aguantar / el temblor / habla coño / la puntada que asusta el pecho / el corazón que hace doler la puntada / el temblor / el trapo en la boca / hoy no vas a acabar / habla coño / los ojos en blanco revoleados al orgasmo / hoy no / quiero ver cuánto aguantas / las manos sin uñas justo arriba de las medias / teneme que acabo / aguantar / no morir / pedir morir / el temblor / habla coño / quiero ver cuánto aguantas / morir por favor / respete su turno / las manos atadas / no insista

***

Restaurante del Jockey Club, Buenos Aires
20 de agosto de 1938
1.30 p.m.

—Ni a los comunistas ni al gobierno les convenía que se supiera la verdad —le dijo el comisario Viancarlos a Dietrich Niebuhr—. Para los

dos, lo mejor era que lo del inglés resultara un secuestro común. Mire: el gobierno acaba de asumir y dice que quiere convocar a elecciones sin fraude ni represión. No le conviene entrar en una discusión con los comunistas sobre si fueron o no fueron ellos los que secuestraron y torturaron a un periodista inglés. No por los comunistas, sino por los demás partidos que iban a terminar solidarizándose para estar contra el gobierno. El PC por su parte iba a sacar un comunicado diciendo que se trataba de una nueva campaña en su contra, "una avanzada represiva", lo de siempre. Por eso, fíjese, en la información que filtramos a la prensa: lo que nosotros sabemos perfectamente, que era una casa segura de los comunistas, pasó a ser una casa abandonada; sobre el cuarto de torturas y la picana no salió nada y los muertos no aparecen como comunistas, sino como gente de avería con frondoso prontuario.

—Sigo sin entender. En Alemania hubiéramos hecho un escándalo con esto y hubiéramos aprovechado para meter presos o fusilar a todos los comunistas que conociéramos.

—Coincido. Pero esta mañana lo discutieron en el gobierno y esto es lo que nos mandaron hacer.

—¿Se sabe quiénes fueron los que secuestraron al inglés?

—No del todo. Suponemos que en total eran cinco o seis tipos. Tres murieron, los otros se escaparon por los techos y los seguimos buscando. Los tres muertos no llevaban documentos y por ahora no tenemos manera de identificarlos. No aparecen fichados ni como comunistas ni como delincuentes. Al auto que estaba en la puerta sí lo tenemos ubicado en las reuniones secretas de los comunistas, pero figura a nombre de un ferretero de Adrogué. Los dos tipos del auto parecen argentinos, por la cara, por la ropa, pero pueden ser

de esos mercenarios que fueron a la guerra de España y volvieron y por eso no los tenemos identificados. El que cayó dentro de la casa, en cambio, tenía ropa comprada en Francia y pensamos que es un agente soviético húngaro o búlgaro que entró hace poco a la Argentina con pasaporte francés.

—¿Saben a qué vino? Mire, comisario, que en Francia ahora los comunistas son parte del gobierno. También puede ser un agente francés.

—No, porque vino con otros dos que sí sabemos que son agentes soviéticos: un argentino de apellido Codovilla que fue dirigente del partido comunista y un catalán que solía andar con él en la guerra de España. A los dos los tienen fichados los franquistas como agentes soviéticos. Ellos nos pasaron los datos.

—¿Y por qué cruzaron el Atlántico para secuestrar a un periodista británico?

—No entendemos, Dietrich. A todo esto, ¿ustedes qué saben de este Philby?

—Lo chequeamos antes de contratarlo, por supuesto. Nuestra gente en España nos dijo que lo consideraban un amigo de la causa alemana. Llegó a España con una carta de recomendación manuscrita del propio canciller Ribbentrop; ni yo tengo una así. Como periodista siempre reportó amigablemente hacia el franquismo y nunca reveló nuestra presencia en España. Casi lo matan los republicanos en un ataque en Teruel y por eso Franco lo condecoró. El único problema que tuvo fue de faldas: un oficial alemán le robó una amante, una actriz inglesa llamada Francis Doble que andaba con él recorriendo España. Philby estuvo inteligente y se hizo a un lado sin discutir. La verdad es que, tal como nos dijo Talbott, el

inglés tenía las mejores credenciales. Por las dudas, le dije a Talbott que no quiero volver a verlo por la embajada.

—No creo que lo veas por un buen tiempo. Tiene para un par de meses en el hospital. Está muy golpeado. Tiene fracturas en la cara, le bajaron varios dientes y le rompieron tres costillas. Se ve que lo golpearon con una manopla o algo así. Además, le arrancaron uñas y le pasaron picana eléctrica, no sé si la conocen allá. Eso sí me extraña: no entiendo cómo los comunistas ya están usando nuestra picana. ¡Qué rápido aprenden estos cerdos! Igual, te digo por experiencia, recién estaban empezando a darle máquina. Al inglés lo salvamos justo. Querían hacerlo confesar algo y no sabemos qué.

—Es todo muy raro. Porque es el tercer tipo vinculado a la embajada que es atacado. Primero Schüller, después la amiga de Thilo y ahora el inglés.

—Ya te dije. A mí me parece que ustedes saben más de lo que me están diciendo.

—Ya le dije que no.

—¿Y de Martens no sospechás nada?

—¡Por favor, Miguel! Es mi mano derecha, mi hombre más leal.

—Acordate. Un día ese tipo te va a cagar.

—Necesito su ayuda, Miguel, no su desconfianza. Y para eso le pago.

—Sí, pero lo que me pagás no incluye que me tomes por boludo ni pongas en peligro mi carrera. Porque si a mí me va mal, ya no te voy a servir.

—Lo sé mejor que nadie. Pero yo no desconfío. Es usted quien desconfía de mí. Estamos juntos en esto.

—¿Qué vas a hacer con el inglés entonces?

—Nada. Tenerlo a distancia, pero controlado. Nos vamos a hacer cargo de lo que necesite por ahora. Ya le di instrucciones a Lina para que esté encima de él, aunque creo que se me adelantó.

(Risas).

—Ningún boludo, el inglés. ¡Qué cosa linda esa chica!

—Linda y peligrosa, Miguel.

—¿Cuándo me la vas a entregar?

—No es de ese estilo, comisario. Si no le da calce, ni lo intente.

—Seguiré siendo un caballero entonces.

Después del café, Viancarlos saludó y salió primero del reservado. Se felicitó por no haberle dicho a Niebuhr que los comunistas estaban buscando a Philby por lo del oro de España. ¿El inglés era un agente soviético fugado? ¿Sabía algo del oro robado? ¿Y si los comunistas no llegaron a sacarle algo que el inglés sí sabe sobre el oro?

Tendría que hablar con él.

Niebuhr se quedó un rato fumando. Se felicitó por no haberle dicho a Viancarlos lo de los fardos de dinero que descubrió el capitán Hepe en los barcos de la Hamburg Süd. ¿Serán los soviéticos y no los ingleses los que están detrás del dinero? ¿Philby sabría algo de esos embarques?

Iba a tener que hablar con él.

***

20 de agosto de 1938

Señora

(Disculpe que no la nombre, pero cumplo su pedido. Disculpe también si hay errores ortográficos, pero en la pensión no tengo mi diccionario).

Aquí le dejo una primera carta con nobedades de lo que me pidió.

Después de varios días de intentar ubicar a R por teléfono sin suerte, fui a buscarlo al diario. Traté de pasar a la redacción pero me hicieron esperar en el jol. Lo esperé casi una hora hasta que salió. Le pedí si me invitaba a comer algo y fuimos a un bar que queda en la otra cuadra, los 36 Billares creo que se llama, donde se ve que él va siempre porque lo saludaban de varias mesas. Buen dato por si no lo podemos ubicar otra vez, ¿no?

R se dio cuenta de que ando con ropa mejor (gracias a Usted, claro) Se lo veía preocupado, distante. Le pregunté por su amigo el inglés y se enojó un poco cuando le dije que no sabía nada de que lo hubieran secuestrado. Preferí fingir para que me contara más cosas.

Me dijo que estaba internado en el Hospital Fernández, que estaba muy golpeado en la cara, la cabeza y las costillas y que le habían arrancado cuatro uñas (qué horror, ¿no?) Me dijo también que había venido gente del consulado del Reino Unido en persona a verlo pero que el inglés todavía no podía ni hablar.

Cuando terminamos de cenar R me acompañó unas cuadras. Le dije de pasar la noche juntos pero me dijo que no, que otro día, que quería ir a ver a su hijo y que con una actriz ya tuvo bastante. Eso creo que lo dice para hacerse el interesante, porque después me dijo de volver a vernos. Eso sí: sigue sin

querer decirme el nombre de la actriz que fue su amante. Ya se lo voy a averiguar, señora, téngame fe.
Me dijo que mañana, domingo, iba a ir al hospital a ver al inglés.
Hasta aquí mis nobedades.
le dejo un saludo.

E.

(Carta manuscrita dirigida a Gerda von Aronoff, dejada en la librería de Karl Fandrich, San Martín 388, Capital Federal, y luego hallada en los archivos de la embajada alemana en Buenos Aires; Segundo Sumario de Espionaje Alemán, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

CONFIDENCIAL
PARA SER ENTREGADO EN MANO

Comisario Miguel Viancarlos
Jefe de Investigaciones
S_____/_____D

DOMINGO 21 de agosto de 1938

URGENTE

Por la presente le remito las últimas novedades respecto a la búsqueda de los prófugos del secuestro del ciudadano inglés

Harold Russell Philby según datos propios y de nuestra informante M.A.

1. uno de nuestros agentes fue a esperar a nuestra informante a la salida de su trabajo en un hotel céntrico y pudimos por fin tomar contacto con ella. Nos dijo que su amante, L.S., miembro de la dirección nacional del Partido Comunista, estaba muy asustado ya que le había pedido que le diera refugio en su cuarto, en una pensión de Barracas. Todavía está allí.
2. cuando nuestra informante le preguntó qué había pasado, L.S. le refirió que "lo del inglés" había terminado muy mal porque había quedado "quemada" (es decir, al descubierto) una casa segura. L.S. está además preocupado porque descuenta que después del fallido secuestro de Philby el gobierno y la policía van a desatar una cacería sobre los dirigentes del partido.
3. M.A. asegura que además de asustado, L.S. está muy enojado con Victorio Codovilla y los agentes soviéticos que llegaron desde Francia a la Argentina para capturar al inglés ya que pusieron en riesgo a toda la estructura local del Partido Comunista por un problema del otro lado del Atlántico, la búsqueda de una parte del oro sustraído al Banco de España.
4. respecto de los agentes soviéticos, M.A. confirma lo que sospechábamos. Uno de ellos, el de origen búlgaro, murió en el enfrentamiento de Avellaneda. Respecto de los otros dos
5. (el ya mencionado Codovilla y un español que viaja con pasaporte a nombre de Jacques Monard pero que en realidad se llamaría Ramón Mercader) L.S. le refirió a nuestra informante que escaparon por los fondos de la casa de Avellaneda y que eludieron nuestras patrullas robando dos bicicletas de un jardín. Apenas unas cuadras más adelante los sujetos se disimularon en una cola de obreros que estaban pidiendo trabajo en un frigorífico. Poco después

habrían cruzado a Uruguay de manera clandestina a través de las islas del Delta. Vamos a tener que reforzar la vigilancia en ese sector.

6. volviendo al búlgaro muerto, no pudimos hallar su pasaporte ni nada que acredite su identidad. Por lo tanto, fue enterrado como N.N. en el cementerio de Chacarita.
7. un detalle sorprendente que L.S. le reveló a nuestra informante es que entre los que se fugaron de la casa allanada en Avellaneda estaba un miembro del Servicio Penitenciario que era el encargado de llevar adelante la confesión del inglés. El dato es de interés porque quiere decir que el comunismo tiene infiltrados en nuestras fuerzas de seguridad. Por ahora desconocemos nombre y apodo de este sujeto.
8. respecto de lo hallado en este refugio comunista, cumplimos con la orden impartida: hicimos desaparecer los volantes y diarios partidarios que había en el lugar. Ni el magistrado interviniente ni ninguno de los oficiales de justicia se acercó al lugar de modo que nuestra versión sobre lo hallado quedó firme en el expediente.

Hasta aquí las novedades.
Sin otro particular, lo saluda atte.

Subcomisario Abel Rodríguez
Sección Especial de Represión al Comunismo

TARJETA ADJUNTA, MANUSCRITA, SIN MEMBRETE

Jefe:
Insisto en mi recomendación. Cuando quiera le presento a M.A.
En la brigada tenemos un QTH seguro, a salvo de miradas indiscretas. No se va a arrepentir.

***

Montevideo
21 de agosto de 1938

APRECIADO VIKTOR *(Pável Sudoplátov)*/ LAMENTAMOS COMUNICAR NO TUVIMOS SUERTE EN ENCUENTRO CON AMIGO EN COMUN *(Harold Philby)* / HUBO CONTRATIEMPOS/ CON LUIS *(Victorio Codovilla)* PREFERIMOS CAMBIAR DE CIUDAD BUSCANDO UN MEJOR CLIMA PARA NUESTRO VIAJE / ESTAMOS BIEN AHORA PERO FERDINAND *(Oleg Afanasiév, (a) El Búlgaro)* TUVO QUE QUEDARSE *(murió)* EN BUENOS AIRES / TAMPOCO CONSEGUIMOS NINGUNA NOVEDAD SOBRE BIG BILL *(Alexander Orlov)* / TODO INDICA QUE NO VINO POR AQUI / ESPERAMOS SUS NOTICIAS *(instrucciones)* / FIRMADO: JACQUES M. *(Ramón Mercader)*

(Telegrama enviado por Ramón Mercader a Pável Sudoplátov. Archivos desclasificados de la NKVD, Moscú. Traducción y decodificación propias)

***

Hospital Fernández, Buenos Aires
21 de agosto de 1938
4.00 p.m.

—Fractura de pómulo y mandíbula. Fractura de tres costillas. Tuvo hemorragias internas, pero ya pararon. Tiene las manos destrozadas. Le arrancaron varias uñas y tiene dedos fracturados. Está vivo de milagro, porque la policía llegó a tiempo.

Lina Maurer le pasaba el parte médico a Rogelio. Hablaban en voz baja, sentados en un banco de madera en el pasillo del hospital. Se habían alejado unos metros de la puerta de la habitación donde estaba Philby para que el policía de guardia no escuchara.

—Duerme casi todo el tiempo, por suerte. Le están dando morfina. El médico dice que va a estar bien, pero se tiene que quedar internado más de un mes, sin poder hablar. No saben si los golpes en la cabeza le van a dejar secuelas.

—¿Le avisaron a la familia?

—Vino Talbott, vino gente del consulado británico. Ellos se deben estar ocupando.

—Hablé con el juez. Me dijo que le va a mantener por unos días la custodia porque calcula que hay dos o tres tipos que se escaparon y podrían volver. Al fin y al cabo, Kim los vio y podría reconocerlos.

—¿Quién pensás que fue?

—No sé. Creo que se confundieron. Lo habrán visto bien vestido y hablando en inglés y pensaron que era un empresario.

—No. Lo estaban esperando, Rogelio. Esto fue algo planeado.

—¿Y para qué? Si Philby no tiene plata y estaba sin trabajo.

—No sé. Pensaba pasar por el hotel a buscar sus cosas.

—Ya pasé yo. Lina. Me dieron una valija.

—¿Y qué había?

—Nada. Ropa, un par de libros en inglés…

Rogelio no le dijo nada del diario: muchas páginas en inglés que él no entendía. No lograba descifrar ni el idioma ni la letra, pero intuía que ahí había algo importante.

Mejor hablarlo con Kim, si algún día volvía a hablar.

***

París, 22 de agosto de 1938

AMIGO JACQUES *(Ramón Mercader)* / DEBIDO DEMORAS TRANSACCIÓN *(captura de Philby, paradero de Orlov)* RECOMENDAMOS PRONTO REGRESO / NUESTRA OFICINA EN URUGUAY *(Partido Comunista)* PROPORCIONARÁ PASAJES / LUIS *(Victorio Codovilla)* PUEDE HACER CONTACTO / LOS ESPERO EN OFICINA *(Embajada)* PARÍS PARA NUEVA OPERACIÓN COMERCIAL / Firmado: VIKTOR *(Pável Sudoplátov)*

(Telegrama enviado por Pável Sudoplátov a Ramón Mercader. La "nueva operación" mencionada es el complot para asesinar al líder soviético disidente León Trotsky en México, en 1939. Archivos desclasificados de la NKVD, Moscú. Traducción y decodificación propia)

***

Hospital Fernández, Buenos Aires
22 de agosto de 1938
10.30 p.m.

no se usan mucho / ¿para qué se usan el mayor y el anular? / ¿para llevar anillos? / no uso anillos / se pueden llevar igual / sin uña / van a quedar raros / van a señalar los dedos / no usar anillos en dedos sin uñas / no me voy a casar entonces / no voy a usar alianza / mamá quería que me casara / ¿cómo tomaba el té mamá? / ¿dónde ponía los dedos? / ¿se pintaba las uñas mamá? / ¿vendrá mamá a tomar el té al otro lado del mundo? / le va a encantar harrods / un harrods al otro lado del mundo / podemos tomar el té en harrods al otro lado del mundo / la taza de té sirve para esconder los dedos sin uñas / ¿cómo será un dedo sin uña / ¿quedará un callo? / ¿dolerá para siempre? / las uñas eran lisas / ¿qué vendrá ahora? / un callo / una arruga dura / ¿dolerá la arruga? / ¿nunca más me van a crecer las uñas? / ¿cómo las habrán arrancado? / ¿por adelante? / ¿por arriba? / no siento las uñas / la morfina / no siento los dedos / ¿dolerán las teclas? / el ruido del papel al entrar en el rodillo / hace tanto que no toco una máquina / la morfina / ¿cuándo voy a volver a escribir? / ¿podré escribir sin uñas? / sin mayores / sin anulares / con las yemas / sin las uñas / ¿dolerán los callos / las arrugas? / puedo saltear las letras / w / s / x / anular izquierdo / i / k / , / anular derecho / la coma / voy a tener que escribir sin comas / si / voy a poner después las comas / aprender con otros dedos / escribir con dos dedos como mi viejo / como rogelio / nunca vi a nadie escribir tan rápido con dos dedos / tengo uñas en los índices / escribir con dos dedos / ¿y las tetas? / manos sin uñas para agarrar las tetas / no usar anillos / no señalar con dedos sin uñas / que nadie los mire / no volver a los espejos / las tetas pesadas agarradas desde atrás / en el espejo / ya no / harrods por la ventana / ¿vendrá

mamá a tomar el té a harrods? / ¿vendrá lina al hospital? / culo perfecto al otro lado del mundo / las tetas pesadas en el espejo / escribir con dos dedos / hablar / fractura de mandíbula / fractura de pómulo / me dan morfina / no hablar / mejor no hablar al otro lado del mundo / respete su turno / ¿hace hablar la morfina? / ¿y la electricidad? / dicen que hace hablar / no insista / mejor no hablar por ahora / pensar / preparar / no hablar / no hablar me costó las uñas / la mandíbula / el pómulo / las costillas / el temblor / la electricidad / me dan morfina / no hablar / la morfina saca el temblor / la electricidad hace temblar / no sabía / no hablé / ahora sé / buscaban el oro / respete su turno / mejor no hablar / no insista / pensar / no hablar / electricidad / decir que eran argentinos / ¿y si saben? / comunistas argentinos / ¿y si saben? / ¿hace hablar la morfina? / la electricidad no / comunistas argentinos y españoles / ¿y por qué? / ¿por plata arrancan las uñas los comunistas ahora? / acá no / en españa sí / dick sin un ojo / neil con gangrena en el hospital / le daban morfina / me dan morfina / ¿me dará gangrena en las uñas? / franco me condecoró / por eso me odian los comunistas / en españa arrancan las uñas / no hablar / tomar el té en harrods / electricidad / morfina / mamá

***

Buenos Aires, 22 de agosto de 1938
10.30 p.m.

Tenía razón nuestro común amigo cuando la otra noche en el Plaza le dijo que nadie le iba a decir nada sobre el wolframio y cambió de

tema. Es el nuevo oro, me dijeron algunos geólogos. Hay mucha gente interesada.
Aquí le mando una síntesis sobre el wolframio en la Argentina que me prepararon los muchachos del Instituto Geográfico Militar. Espero que le sirva.

Atte.

La tarjeta era grande, manuscrita y venía con otra más pequeña que decía "Carlos Von Der Becke, General, Ejército Argentino". Tenía mucha confianza con los hermanos Von Der Becke, con el militar y con el químico; sin embargo, por algún motivo, esta vez el general había evitado firmar la tarjeta. Raro.

Dietrich Niebuhr siguió leyendo.

RESERVADO
PRIORIDAD: A 1
General Carlos Von Der Becke
S_____/_____ D

A su pedido le envío, estimado general, una síntesis de lo que sabemos sobre el uso actual del tungsteno o wolframio y sobre sus yacimientos en la Argentina.
Sin otro particular, lo saluda atentamente
Coronel Eusebio Martínez
Director Instituto Geográfico Militar

EL MINERAL DE WOLFRAMIO
O TUNGSTENO EN ARGENTINA

El uso del wolframio o tungsteno data de la segunda mitad del siglo pasado. Hasta el momento se lo consideraba como una

impureza de las minas de estaño. El nombre de tungsteno viene del sueco y significa “roca pesada”. La denominación wolframio viene del alemán, wolfram, y significa “baba de lobo”.

El wolframio o tungsteno es un mineral de gran valor industrial. Su primer uso conocido fue para la fijación de los colores en las telas de algodón y como anticombustible en los telones de teatros. Ulteriores investigaciones dieron por resultado su empleo en Alemania, en 1890, como parte de una aleación para rieles ferroviarios, corazas para proyectiles y artillería pesada. Años más tarde, esta aleación se hizo apta para la elaboración de herramientas destinadas a cortar metales a elevadas velocidades.

Hoy se emplea el wolframio en las aleaciones de aceros especiales y su uso en la industria bélica es vital. Hace poco se ha descubierto que la combinación de wolframio con carbono produce una aleación 50 veces más resistente que la aleación acero-wolframio.

Recientes informes de inteligencia de agregados militares argentinos en Alemania dan cuenta de desarrollos de la firma Krupp con un producto al que denominan “Widia” que ha permitido construir piezas y herramientas con una dureza igual al diamante con la ventaja de no quebrarse y poder ser fraguado y modelado en las formas más adecuadas.

Estas cualidades del tungsteno o wolframio lo han llevado a ser considerado hoy como un mineral crítico y de interés estratégico.

La Argentina es un país rico en wolframio, tanto por la cantidad como por la calidad del mineral que posee. Los yacimientos argentinos son comparados con los de China, considerados los mejores del mundo y se hallan en las sierras de San Luis y Córdoba. Argentina se encuentra entre aquellos países que primero comenzaron a producir wolframio. Muchos años antes que China, Canadá, Perú y Brasil. En 1909 nuestro país ocupaba el tercer puesto en la producción mundial de tungsteno, después de los Estados Unidos y Australia. En este proceso desempeñó un papel primordial el capital germano a

través de la “Sociedad Minera Hansa” que dominó los principales yacimientos conocidos hasta fines de 1918.

Finalizada la Gran Guerra, la demanda de tungsteno cayó a pique y la mayoría de los yacimientos de “Hansa” fueron abandonados o vendidos a empresas estadounidenses. Desde hace cuatro años, sin embargo, se observa un sostenido aumento en la demanda internacional y esto ha reactivado varias de las minas abandonadas. La mayoría de los embarques de tungsteno argentino tienen hoy por destino los Estados Unidos.

Al respecto, cabe destacar que el Ejército Argentino está atento a los movimientos comerciales e inmobiliarios de Mr. Thomas Jefferson Williams, un ciudadano estadounidense sin riqueza conocida en su país que al llegar a la Argentina comenzó a comprar minas de wolframio abandonadas y estancias diversas donde habría potenciales nuevos yacimientos.

En menos de tres años, Williams ha tomado el control de todos los yacimientos de la “Sociedad Minera Hansa” y a través de diferentes sociedades ha extendido su influencia a la provincia de Córdoba, donde está acaparando inmensas zonas con solicitudes de cateo para evitar que otros competidores las exploren y exploten. Hay en el país 1050 minas de tungsteno declaradas. 928 están ubicadas en las sierras de Córdoba y San Luis. De ellas, las mejores 50 están en manos de lo que se denomina el “Grupo Williams”.

El año pasado, la Dirección de Geología y Minas de la Provincia de Córdoba impidió que el “Grupo Williams” tomara el control de más yacimientos de vanadio, oro y wolframio, reintegrándolos al patrimonio estatal o bien otorgando permisos de concesión y cateo a firmas locales.

Uno de esos yacimientos era especialmente codiciado por Williams. Se llama Cerro Áspero y queda en el departamento de Calamuchita en la provincia de Córdoba.

***

Londres, 23 de agosto de 1938
1.00 p.m.

Guy Burgess acaba de recibir una llamada en su escritorio de la BBC. Ahora muerde un lápiz y mira el vacío.

Un amigo (un amante en verdad) del Foreign Office recordó que Burgess había sido compañero de Harold Philby en Cambridge y lo llamó para contarle: secuestraron a Kim en Buenos Aires, lo torturaron, está malherido; buscan a la familia para avisarle.

Burgess anota una lista de llamados. Tiene que saber qué pasó antes de hablar con su contacto en la NKVD.

Primero llama a la casa familiar. El padre de Kim está en Arabia; a la madre ya la llamaron y está en shock. Burgess le dice que no haga nada, que cuando salga del trabajo la va a ir a ver.

Después llama a la redacción del *Times*. El jefe de Internacionales le dice que Philby se está dando la buena vida en algún lugar de la Costa Azul después de meses cubriendo la guerra civil española y de una bomba que casi lo mata. No tiene noticias de él ni sabe nada de la Argentina ni del secuestro.

Ya se va a enterar.

Guy tiene que ganar tiempo y pensar rápido.

Ya no tiene dudas: Kim estaba en Buenos Aires por una misión y lo habían capturado y torturado. Y si Philby hablaba, él también podía caer.

¿Habría hablado ya?

Lo mejor es viajar a Buenos Aires.

Sin hablar con nadie.

***

Banco Alemán Transatlántico, Buenos Aires
23 de agosto de 1938
1.30 p.m.

No deja de fascinarse por los tubos neumáticos que chupan papeles y paquetes y los llevan quién sabe adónde. Son como los intestinos del banco, piensa. ¿Viajará también dinero por esos tubos? Y si se sueltan los billetes, ¿volarán por adentro de los tubos como si fueran papel picado? Para alguien acostumbrado a la deriva lenta de los barcos, el tránsito loco de las carpetas y los bultos por los tubos neumáticos, resulta hipnótico.

Pero eso es lo único fascinante que hay para Wilhem Lange en un banco. Porque Lange detesta estar bajo techo; prefiere una cubierta húmeda de mar a las alfombras silenciosas del inmenso hall del Banco Alemán Transatlántico. No le interesa la calefacción perfecta contra el invierno, ni las tetas insinuadas de las chicas que van y vienen; apenas los tubos neumáticos y salir de ahí cuanto antes.

Porque Wilhem Lange es un hombre de mar y detesta que su jefe, Rodolfo Hepe, lo haya hecho dejar su ropa de obrero para ponerse un traje prestado y llevar y traer papeles de la Naviera Delfino al banco como si fuera un dependiente. Todo para mirar, que es lo que Wilhem, claro, mejor sabe hacer.

Pero ¿mirar qué? Hepe no sabía, le dijo a Lange que buscara algo raro que le llamara la atención, gente conocida, movimientos de bultos grandes y sacas de caudales, el quién es quién del banco de Ludwig Freude, algo. Para eso Hepe lo sacó de su puesto y su rutina

y puso en su lugar a un pibe que seguro no entiende nada. Qué bronca.

En la Naviera Delfino y en la embajada nadie duda de que lo que hace Wilhem Lange es un arte. Todos los días, de lunes a lunes, antes del alba, Lange llega a un edificio de Tucumán y Bouchard, a una cuadra del Luna Park, entra por la puerta de servicio como si fuera un sereno más, sube a la terraza y durante toda la mañana se sienta a mirar el Río de la Plata.

En verdad, Lange no mira el río, sino el puerto. Y no lo mira para contemplar el paisaje, pintar cuadros o añorar su tierra lejana, sino para saber qué barcos entran y salen, qué llevan, si mienten su carga. Y no mira el puerto con sus ojos sino con un inmenso telescopio que le dieron los alemanes y que, como parte del soborno que le paga al portero con plata de la embajada, Wilhem guarda en un armario de la azotea y todos los días acomoda sobre un trípode.

La lente es tan buena y el telescopio tan estable que Lange no sólo ve los nombres de los barcos; a veces hasta reconoce la cara de sus capitanes cuando se asoman por la borda. Ahí donde nadie vería nada raro, Lange distingue cosas. Por el modo en que van atados los bultos, Wilhem sabe si son cajas o bolsas; por la manera de moverse en cubierta, sabe si los tripulantes son marinos mercantes o militares encubiertos; conoce los barcos tan bien que puede detectar si cambiaron de nombre y de bandera.

Lange puede hacer todo esto porque antes de ser un vigía de azotea fue un lobo de mar. Oficial de la marina del Káiser durante la Gran Guerra, en 1917 cayó prisionero en una de las tantas batallas del Atlántico y los británicos lo dejaron en Buenos Aires. El gobierno argentino lo mandó preso a la isla Martín García. Se fugó, pero lo

recapturaron y en castigo perdió su licencia de capitán. Al terminar la guerra le llegó una amnistía, pero Wilhem no tenía adónde ir: toda su familia había muerto en Hamburgo. Era libre en un país desconocido donde ya nunca iba a poder ser capitán de combate, apenas un oficial mercante.

Claro que Argentina no era el peor país para naufragar. Aquí había muchas empresas alemanas o casi, como la Naviera Delfino, donde conoció a Rodolfo Hepe y fue durante quince años su mano derecha en el vapor Camarones. Hepe y Lange llegaron a recorrer y conocer la Patagonia mejor que los mismos mapas.

Un día Hepe le dijo: ya está, nos bajamos de los barcos. Ahora voy a ser jefe de inspectores de la Naviera Delfino y te necesito conmigo, y Lange, a los cuarenta años, cambió los barcos por las azoteas. Hoy, a los cuarenta y cinco, extraña el vaivén de las olas y el viento frío de la Patagonia y del Mar del Norte, pero tiene un departamento y una casita en el Delta para los fines de semana y nunca le falta una novia joven ni plata en el bolsillo para ir a cenar al A.B.C. o a bailar al Marabú.

En un comienzo, el trabajo de la azotea era sólo para pelearle clientes a la competencia. Con los datos que traía Wilhem sabían qué andaban necesitando los clientes. Pero luego apareció la embajada y le empezaron a pedir que averiguara cosas precisas sobre los barcos americanos e ingleses. Lo que Hepe averiguaba desde la azotea, Ludwig Schüller lo completaba desde los muelles haciéndose pasar por mendigo o pidiendo conchabo.

Por eso cuando supo de la muerte de Schüller, de su tortura y mensaje, Wilhem tembló, pensó en vender todo y volverse a Alemania. Pero Hepe era como su hermano mayor, lo único parecido

a un pariente que tenía en la vida y decidió quedarse y ahí estaba ahora, aburrido, en el hall de un banco, esperando ver "algo" que no sabía qué era.

De pronto vio una cara conocida, un hombre del puerto, pero vestido de otra manera; no iba de gabán naval y botas sino de traje y sobretodo. Lo vio acercarse a un mostrador, preguntar por alguien y esperar. Al rato lo vio salir con una valija grande, como de viaje, y decidió seguirlo.

***

Hotel Castelar, Buenos Aires
23 de agosto de 1938
3.00 p.m.

Esther se vistió sencilla para no despertar sospechas y le dijo al chofer de Freude que en cuatro horas la pasara a buscar.

Tenía todo pensado: dos horas con Rogelio y dos para su coartada: peluquería, depilación, uñas, *cosas de mujeres*, le dijo a Freude. Pero ¿vendría Rogelio?

La reserva está: habitación 304.

Los ojos de agua de Rogelio también estaban detrás de la puerta.

—Estoy desarreglada.

—Estás hermosa.

—Más delgada.

—Hermosa.

—Preocupada.

—Ya sé, amor.

Se desvistieron con furia.

Se amaron con ternura.

Se dijeron poco.

Se miraron mucho.

—Ojos de agua.

—Ojos de lago.

—Querido.

—Amor.

Después fumaron el mismo cigarrillo y por fin hablaron.

—¿En qué estás metida?

—Trabajo para los alemanes, para la embajada. El año pasado, en el rodaje de *La fuga*, conocí a Gerhard Huttula, que era asistente de Luis Saslavsky. Huttula es alemán y cuando le hablé en alemán, el tipo se quedó asombrado. Claro, no tengo acento polaco ya. Resultó ser que este Huttula trabaja también para la embajada haciendo documentales de propaganda. Al tiempo me llamó una tal Gerda, también de la embajada y me empezó a invitar a los cócteles y las recepciones. Me pagaban sólo por estar. La plata me venía bien, muy bien. Imagínate que era tanto o más que lo que ganaba en los papeles. En una de estas recepciones me presentaron a Freude. Al principio fue divertido: me mandaba flores, bombones, ropa. Después me empezó a mandar plata, sobres con billetes. Hasta ahí sólo salíamos al teatro, al cine, a cenar. Hasta que un fin de semana me invitó a su isla en el Delta y ahí me acosté con él. El viejo se volvió loco por mí y dos semanas después me pidió que fuera a vivir a su casa. Le dije que no, que lo iba a pensar, excusas. Cuando se lo comenté a Gerda, ella insistió para que aceptara y me ofreció más plata todavía.

—Pero vos sabés que son nazis…

—Sí. Y ellos saben que soy judía. Pero estamos en Argentina, lejos, dicen, y aquí nadie pregunta demasiado. Ahora deben saber también que fui puta. Porque no sé cómo ni de dónde, pero apareció el hijo de puta de Bernardo trabajando para la embajada también.

—Me apuró el otro día en el Plaza.

—Te vi. No escuché qué te dijo.

—Nada. Quería meterme miedo.

—Tené cuidado, amor, porque están pasando cosas raras. Los de la embajada me pagan para que pare la oreja de lo que habla Freude y para que mire los papeles que deja sobre el escritorio. Así descubrí que están buscando comprar un mineral que se llama wolframio o tungsteno y se los conté. El dato les interesó mucho porque todo el tiempo me piden que averigüe más. Me presionan mucho. También les conté que Freude se está reuniendo dos o tres noches por semana con un nazi recién llegado que se llama Gottfried Sandstede y que al parecer es de las SS. Con este Sandstede hablan todo el tiempo de embarques y de dinero.

—¿Y de qué puede hablar Freude? Es un banquero.

—Hasta ahora nunca lo había oído hablar así de dinero, de billetes, de cambiar billetes, de gente en la calle y en el puerto. Antes hablaba, sí… De préstamos, de contratos, de construcciones, de comprar empresas. Pero esto es otra cosa, Rogelio. No sé qué es, pero es otra cosa. Freude se encierra con Sandstede y sacan cuentas, escriben, trabajan y no le piden nada a ninguna secretaria. Por eso te digo que está pasando algo raro. El problema, además, es que Freude me está encima todo el tiempo. No sé si está celoso o sospecha algo, pero el chofer no me deja ni a sol ni a sombra.

—Cuidate mucho entonces. Y tratá de salir de ahí.

—No puedo. No sé cómo salirme, te juro.

—Si te escapaste de los rufianes judíos seguro te vas a poder escapar de los nazis.

—Estos son peores. Son menos violentos, pero dan más miedo. Por ahora quiero que me cuides esto.

—¿Qué es?

—Plata.

—¡Es mucha guita, Esther!

—Comprale algo lindo a Julito de mi parte, tirá ese sobretodo gastado y el resto guardalo en alguna caja de seguridad de un banco o en algún lugar seguro por si me tengo que escapar. Quién te dice, a lo mejor te puedo llevar conmigo. Si querés, claro.

8 En castellano en el original.

V

Embajada de Alemania, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
12.00 a.m.

Wilhem Lange y Karl Arnold esperan que los reciba Niebuhr.

Durante eron qué pasaba.

Aquel hombre que a Lange le había resultado conocido sólo fue el más de dos meses investigaron los movimientos del Banco Alemán Transatlántico hasta que por fin descubricomienzo. Salió del banco con una maleta de viaje, demasiado grande para quien sólo carga papeles. Lange lo siguió, pero al salir el hombre se subió a un Opel que lo estaba esperando. Al otro día, Lange lo volvió a ver y el movimiento fue el mismo. El hombre saludó en el mostrador, esperó unos minutos hasta que lo hicieron pasar y salió con una valija idéntica a la del día anterior y se subió al mismo Opel.

Entonces Lange le contó a Rodolfo Hepe.

Hepe siguió la cadena de mandos y le contó a Thilo Martens.

Martens le contó a Niebuhr.

Niebuhr sabía que era un trabajo para Bernardo, pero Bernardo estaba en Córdoba. Así que decidió convocar a Karl Arnold.

Arnold había llegado a la Argentina en 1929; todavía era un adolescente. Aquí, a la distancia, se hizo nazi. De día era

administrativo en Lahusen; de noche afiliaba alemanes locales al Partido Nacionalsocialista. Entre los nazis criollos, Arnold ganó fama de hombre de acción cuando en 1935 organizó los incendios de dos teatros judíos del barrio de Once donde daban una obra llamada *Las razas*.

Unos meses antes, a la salida del gran acto nazi en el Luna Park, Arnold estuvo en la primera fila de las peleas con los estudiantes socialistas y comunistas que fueron a repudiarlo. Entre los estudiantes hubo dos muertos de bala; Arnold era uno de los nazis que llevaban pistola, pero nunca fue siquiera citado a declarar.

Niebuhr conocía bien a Arnold. Sabía que era un tipo duro, obediente y que venía seguido a la oficina que el partido nazi tenía en el edificio de la embajada. Además, sabía que cobraba algún dinero de Berlín, no mucho, por sus tareas en el partido. Como no era un empleado de la embajada, si caía no iba a haber escándalo diplomático, a lo sumo habría que buscarle un buen abogado. Igual que a Lange, Niebuhr iba a darle a Arnold un buen pago a cuenta para que se pusiera a trabajar.

Así, Lange y Arnold se organizaron para seguir al hombre de la valija y al auto que lo esperaba a la salida del banco.

Al tercer día, en un Packard de la Naviera Delfino, siguieron al Opel y lo vieron entrar al puerto. El hombre de la maleta bajó del Opel y subió a un barco de bandera francesa. Dos horas después, con la misma valija en la mano, bajó del barco y se subió al Opel.

Arnold y Lange lo siguieron y vieron que volvía al Banco Alemán Transatlántico. Como a esa hora el banco ya había cerrado, el hombre entró por una puerta lateral, sobre la calle Reconquista.

Lange sabía que esa puerta llevaba directo a la bóveda del banco en el segundo subsuelo.

Pero eso no fue lo que más les llamó la atención: mientras esperaban que saliera su hombre vieron a otros, con maletas similares, entrar por la misma puerta. Lange volvió a ver caras familiares, gente del puerto: administrativos, aduaneros, empleados de las navieras.

Siguieron el movimiento de las valijas durante más de una semana: siempre igual. Las valijas salían del banco durante la mañana, los hombres las llevaban a algún lado y volvían a la tarde.

Cinco, siete, hasta quince tipos con valijas vieron entrar por la puerta lateral del banco. A veces, cuando coincidían dos o tres en la entrada, se saludaban como viejos conocidos. Los autos nunca quedaban estacionados sobre Reconquista: dejaban a los hombres y sus valijas y seguían viaje. Todos los autos figuraban a nombre de particulares, ninguno era del Banco ni de una empresa alemana.

Al primer hombre un día lo esperaron y lo siguieron hasta su casa. Vivía en un lindo departamento en Chile y Belgrano. Por unos pesos, el portero le dio a Arnold el nombre y el trabajo: se llamaba Luis Pagliere y era inspector de la Aduana. Por eso Lange le veía cara conocida.

Unos días después decidieron ir más lejos.

Arnold consiguió un Renault robado. Lange les pagó a unos estibadores para que se hicieran los borrachos y frenaran el Opel no bien entrara al puerto. Uno de los estibadores era un chorro amigo de Arnold que le puso una navaja en el cuello al chofer. Arnold se acercó a la puerta del acompañante, mostró su Luger y se llevó la valija.

En la valija había plata, mucha plata, un millón de marcos alemanes. Langer y Arnold, que nunca habían visto tanta plata junta, se repartieron la mitad. Uno de los cuartos restantes se lo dieron a Thilo Martens para que le mostrara los billetes a Niebuhr. El otro cuarto de millón lo guardaron en la valija, y al otro día fueron a visitar al inspector Luis Pagliere.

***

Buenos Aires, 20 de octubre de 1938
12.10 p.m.

Por fin puedo volver a escribir, querido diario (así te llamábamos cuando éramos chicos). Por suerte los diarios se escriben a mano porque todavía no puedo tocar una máquina de escribir. Hay un par de uñas que no me terminan de crecer y las fracturas a medio curar hacen que cada golpe en una tecla se sienta como una patada eléctrica que arranca en el dedo y termina en la cabeza; un pequeño souvenir de ese aparato siniestro que me pasaron por el cuerpo y que, después me enteré, aquí lo llaman "picana".

Pero como verás, querido diario, pude volver a escribir a mano, aunque la letra, ya sé, es patética. Los médicos me dijeron que escribir me iba a ayudar en la rehabilitación, pero que no abusara. Así que aquí estoy, escribiendo para rehabilitar la mano. Y también la mente.

Mi letra insegura, de niño, habla de cómo me siento y de cómo me sentí en estos meses, aniñado, indefenso. En aquel cuarto de tortura pedí por mamá, me oriné, lloré, grité detrás del trapo que tenía en la

boca y tuve terrores como sólo tienen los niños. Por eso, porque volví a la niñez (no sólo volví a nacer cuando me rescataron) puedo llamarte "querido diario" como cuando éramos chicos.

Tengo que rehabilitarme también del miedo que sentí y siento. Yo, comunista convencido, que siempre odié los uniformes, temblaba cada vez que el policía se iba y me dejaba solo y enyesado en la habitación del hospital. Pensaba que iban a volver los que me torturaron; que iban a cazarme de nuevo para que les dijera algo que no sé, o a terminar lo que dejaron inconcluso. ¿Cómo me iba a defender si volvían? No podía gritar (en verdad, no puedo hablar todavía porque tengo el vendaje y los alambres que me sostienen la mandíbula) tampoco podía agarrar nada con las manos enyesadas ni moverme demasiado por las costillas rotas.

Pensaba: me puedo parar cuando entren y pegarles con el yeso, pero enseguida me iba a quedar sin aire por el dolor de las costillas. Me consolaba pensando en romper un vidrio para llamar la atención y que vinieran las enfermeras o alguien. Finalmente me quedaba quieto, aterrado otra vez, como un chico, esperando que vinieran el catalán, el búlgaro o el petiso de acento italiano a torturarme o matarme y me volvía a orinar y manchaba las sábanas y el camisón. Varias veces tuve que mentirles a las enfermeras que habían tardado demasiado. Pero ellas se daban cuenta: sabían que yo podía caminar hasta el baño. Algunas me retaban; otras que me habían visto temblar me comprendían. Había una, la mayor, ya gorda y canosa que, sin decir palabra, cada vez que me veía orinado, sólo me abrazaba.

¿Volverán? No sé. Ahora me siento un poco más seguro. Ya no estoy en un hospital donde puede entrar cualquiera, sino en un

departamento que alquiló para mí el consulado británico. Se ve que papá por un momento levantó la vista de las tetas de sus esclavas en algún harem de Arabia y se dignó a escribir un telegrama pidiendo ayuda para su hijo lastimado al otro lado del mundo.

El departamento no es muy grande, pero está bien ubicado, en una avenida que se llama Callao, cerca del barrio más elegante de Buenos Aires llamado Recoleta. Los del consulado me compraron también algo de ropa y un par de buenos libros en inglés para matar el tiempo.

Por lo demás, me siento mejor. Mucho mejor. Puedo caminar, ya casi no me duelen las costillas y puedo hacer bastantes cosas con las manos, pero no escribir a máquina. Cada dos días viene una mujer a limpiar y me deja algunos platos preparados de los pocos que puedo comer con la boca sujeta: purés de papa, arvejas o manzana asada.

También he adoptado una costumbre local: un extraño té que aquí llaman "mate" y que se bebe desde un cuenco que no quema a través de una cánula de metal que llaman "bombilla", algo ideal para alguien que, como yo, no puede abrir la boca.

La buena comida y el "mate" me mejoran el ánimo y también Lina, claro. Rogelio me contó lo desesperada que estuvo cuando me secuestraron, cómo se apareció en el diario a pedir ayuda y cómo molestó a sus jefes de la embajada para que pidieran por mí. Me contó también de su vigila en la redacción hasta que me rescataron y de los días durmiendo en un sillón del hospital hasta que me recuperé.

Es todo tan raro. Pensar que con esa mujer a quien acababa de conocer y con quien tuve una asombrosa tarde de sexo antes del

secuestro, sólo pude comunicarme durante más de un mes con un SÍ o un NO hecho con la cabeza. Después, de a poco, pude empezar a escribirle palabras sueltas en papeles o cartones, pedidos simples, "agua", "baño", "radio" o tan sólo "gracias".

Hablando de radio, querido diario, no sabes cuánto agradezco que el departamento, además de heladera (para el hielo del scotch, claro, aunque es tan raro tomarlo con una bombilla argentina) tenga una radio. Puedo leer con música clásica, escucho los boletines locales que dan muchas noticias sobre la Guerra en España, a veces me detengo en algunos tangos (los puedo cantar en la memoria, te sorprenderías) y hasta me divierto con unos folletines cotidianos llamados "radioteatros" (supongo que en Londres deben existir, pero nunca los escuché), donde siempre hay heroínas a las que les pasan cosas horribles hasta que, a último momento, antes del abismo… un héroe las rescata.

Como a mí, ja.

Bueno, querido diario, dejo de escribir porque me empieza a doler la mano.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

20 de octubre de 1938

Muy estimada señora:

Ayer pasé por el diario Crítica a buscar a R.
Como sé que siempre sale y va para Los 36 Billares, lo esperé en la vereda de enfrente, medio escondida en un puesto de diarios para después caerle por atrás y darle un susto y una sorpresa.
Pero la que se llevó la sorpresa fui yo cuando vi que R salía del brazo de una mujer alta, rubia, muy elegante, con un vestido escotado, tacos altos y medias de red; una mujer que yo recuerdo de la recepción del Plaza Hotel y que estoy segura que trabaja en la Embajada.
Los seguí y vi cómo ella le apoyaba la cabeza en el hombro y cuando pararon a encender un cigarrillo le acariciaba la nuca. Disculpe si es su compañera de trabajo, pero para mí que ya son amantes esos dos.
Caminaron por Avenida de Mayo hacia el Congreso, pero en un momento cruzaron hacia la plaza y se sentaron en un banco, muy juntitos. Hablaban, se reían, ella inclinaba la cabeza hacia atrás, encantada. ¡Y los besos que se dieron, señora! Ni a mí que ya lo conozco bien en la intimidad, ese hombre me dio uno solo de esos besos. Le confieso que me dio un poco de envidia. Y bastante bronca. Se los veía tan lindos, tan de película… Sí, ya sé, soy una tonta y tengo que aprender a dejar mis sentimientos de lado si quiero seguir en esto.
Cuando se levantaron del banco, volvieron a caminar del brazo, despacito. Se los veía felices, que quiere que le diga. Doblaron por Callao y un par de cuadras más adelante cruzaron y entraron a cenar en El Tropezón. No los esperé porque a esa

hora cuando los hombres ven a una mujer sola, bueno, ya sabe, piensan que una es de la calle, así que me volví a la pensión.
Pero descuide, R. no se va a librar tan fácil de mí y, le prometo, voy a conseguir el nombre de esa actriz. Igual ahora, ya veo, también voy a tener que averiguar quién es esta otra, aunque descuento que con la descripción que le di, usted, que es tan observadora, ya sabrá de quién le estoy hablando.
Con mis respetos de siempre

E.

(Si puede, señora, avíseme cuando puedo pasar a buscar unos pesos)

(Carta manuscrita dirigida a Gerda von Aronoff.
Segundo Sumario de Espionaje Alemán, Archivo
Poder Judicial de la Nación)

***

Diario *Crítica*, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
12.30 a.m.

Rogelio pasó por el diario antes de salir para el Hipódromo de Palermo. Necesitaba un adelanto de la quincena y no quería tocar la plata que le había dado Esther hacía dos meses. No había día en que no pensara en toda esa guita dormida en la caja de seguridad de un banco. Qué desperdicio. Con una parte nomás, se tentaba, con

apenas un par de fajos, en una buena mano de póker o en una mesa de punto y banca podía multiplicarla y dejar de vivir al día. No como para comprar un auto, pero mudarse a una pieza mejor; cambiar la radio, buena ropa para Julito.

Casi había dejado de pensar en Esther. Temió por ella los primeros días, pero al ver que no salía nada trágico en los diarios, supo que estaba bien o, por lo menos, a salvo. Ya iba a aparecer.

Y apareció.

Entre las cartas que le dieron en el mostrador había una con remitente falso, pero letra inconfundible.

Ahí mismo, en un sillón de la entrada, Rogelio rasgó el sobre y leyó con ojos húmedos.

Querido:

Te escribo poco, apurada y disimulando, ya sabés. También sabés cuánto te amo.
Rogelio, querido, las cosas empeoraron en estos dos meses.
No sé si por celos o por algo peor, Freude me trajo a su casa en el Delta, toda una isla, que se llama Ostende. Quiero que lo sepas por si me pasa algo. No sé si llegarás a tiempo, pero en ese caso tal vez puedas venir o mandar alguien a buscarme, aunque lo dudo. La lancha de la policía pasa dos veces al día a ver si está todo bien y yo misma he visto cómo el encargado les da un sobre con plata todas las semanas.
Casi no voy a Buenos Aires. Apenas una vez cada quince días, el chofer me lleva a la peluquería y a comprar alguna cosa que necesite, maquillajes, algo de ropa.

En estos meses no te pude llamar porque las llamadas son a través de operadora y quedan registradas. Tampoco te pude escribir hasta hoy porque antes de salir las empleadas me revisan la cartera por orden de Otto, el mayordomo. Inútil patalear, sé que son órdenes de Freude, pero cuando lo veo (viene un par de veces por semana) y le pregunto, me dice que no sabe nada, que debe ser porque ya otras mujeres le robaron y Otto se pone estricto con esas cosas. No le creo nada, pero le sigo el juego y sigo juntando plata para cuando pueda irme de acá.

Para poder mandarte estas líneas me hice amiga del lanchero de la proveeduría. Me reconoció, jura que es mi admirador y, a decir verdad, es bastante baboso. Pero una mirada adecuada y un oportuno roce en una mano, quien diría, pueden obrar milagros en un hombre rústico. Así, por unos pesos y unos mohines, tengo un cartero solícito que desde el Puerto de Frutos de San Fernando despacha mis cartas. Las primeras fueron líneas inocentes a viejas amigas para ver si había intercepciones y nada. Por eso me animo a escribirte hoy: para que no pienses que me olvidé de vos.

Traje conmigo a los galgos y los envidio. Los veo correr por el parque, jugar, quererse. Ojalá algún día podamos nosotros ser como ellos, libres, amantes, risueños. Pero hasta ese día, querido (sí, no te rías, sigo hablando sola, diciendo "querido" sin motivo a la tarde o en la penumbra o a alguno de los galgos) nos toca este calvario de distancia y de estar con otros.

Porque seguro que, a vos, viejo zorro, no te han de faltar mujeres, te conozco. Pero no me importa. Sólo quiero que me

esperes y, quién te dice, esta vez podamos ser felices.
Por último: no me escribas cartas. Usá algo del dinero que te di para comprar libros, obras de teatro, novelas románticas para señoritas cándidas como yo, ja, cosas así y mandámelos a la isla. Buscá una librería que haga envíos y adentro poné tus líneas, sin dirección ni firma, claro.
Y no estés triste.
Ya nos vamos a volver a ver, amor.
Tuya.

E.

***

LOS ALEMANES Y LA INDUSTRIA MINERA

El interés alemán por la minería no se limita solamente a los materiales que se emplean en la construcción. Va más allá. Se proyecta también al estaño, al hierro, al carbón, al caolín, a la mica y al wolframio, siendo sus principales interesados, directa o indirectamente, los grandes magnates del acero y de la electricidad, los Siemens, los Thyssen y los Krupp.

Se dice que cuando Fritz Thyssen visitó últimamente el país hizo adquisiciones mineras. En cuanto a la casa Krupp, se sabe que posee tres yacimientos mineros en Rosario de Lerma, Salta.

En San Luis y Córdoba los alemanes tienen muchas minas de wolframio. También en Córdoba, en los últimos años, han adquirido algunas minas de hierro. (…) También se han creado varias

empresas mineras con la participación del capital alemán. Entre otras se encuentra Colamina, fundada en 1938 y presidida por un notorio testaferro de los capitales teutones, el doctor Carlos Meyer Pellegrini.

(*Los capitales alemanes en Argentina. Historia de su expansión*, Luis V. Sommi, p. 182. Buenos Aires, 1945, Editorial Claridad)

***

Santa Rosa de Calamuchita, Córdoba
20 de octubre de 1938

(…)

Como habrás notado, estimado Dietrich, me costó llenar una carilla con anécdotas familiares para disimular y llegar a lo que en verdad tengo para contarte. Nunca pensé que pudiera escribir tantas pavadas.

Te aclaro además que opté por este método de correo[9] *porque iba a tardar más si la enviaba de otra manera más segura. Estudié todas las posibilidades, no creas. Pero los emisarios confiables con los que contamos en Córdoba estaban todos muy lejos como para hacerlos venir hasta aquí. Desde el Hotel Edén en La Falda, por ejemplo, hasta Santa Rosa de Calamuchita, que es la ciudad más cercana a la mina, hay 136 kilómetros de camino de sierra y tierra. Desde La Cumbrecita un poco menos: 54 kilómetros. Pero además era muy difícil ubicar a la gente por teléfono y poder hablar desde teléfonos seguros donde no estén*

las operadoras escuchando como "chusmas"[10] de barrio. Sí, ya sé, hablamos en alemán, pero aquí en Córdoba hay muchos alemanes sueltos y uno nunca sabe.

Así que por eso te mando este sobre a tu domicilio (que pocos conocemos) con mi nombre real en el remitente (que sólo vos conocés) con una postal primero y una carilla de anécdotas estúpidas: para disimular y llegar a lo que nos ocupa.

Porque, respetado Dietrich, protector, amigo y más, estoy en condiciones de decirte formalmente que —tal como me ordenaste— la mina Cerro Áspero pronto va a ser nuestra.

Sé que en estos dos meses en mis telegramas fui escueto y te di pocos detalles, pero tenés que entender que no fue solamente una batalla comercial. La SOMINAR tiene gente que le informa de los movimientos mineros en todos los pueblos de Córdoba y San Luis. Algún día vamos a tener que investigar quiénes son estos americanos del grupo Williams en verdad. Están muy bien organizados y cuando uno se asoma a sus minas ve también que hay gente armada, con fusiles que no se compran en cualquier armería de Argentina. Parecen militares o mercenarios.

Paso a contarte entonces cómo fueron los hechos y las "negociaciones" para que analices y me digas si hay algún cambio de órdenes de último momento.

Debo admitir que en todo este proceso fue de gran ayuda el ingeniero Schmidt a quien visité por pedido tuyo en La Cumbrecita. Schmidt me explicó cómo funcionan las minas de wolframio (o tungsteno como le dicen aquí) y el sistema de los

"pirquineros"[11]. Por ahora este sistema nos fue útil, pero creo que en un futuro nos va a traer problemas. Ya veremos.

En toda esta región, las minas, no sólo las de wolframio sino también las de oro, mica, bismuto, cobre, cromo, lo que sea, se explotan con "pirquineros". Son la gente que en verdad entra a las minas por su cuenta y riesgo, sin vigilancia ni dirección técnica, expuestos a derrumbes, inundaciones, asfixias y con sus propios equipos (es un decir).

Según me explicó el ingeniero Schmidt, las minas de wolframio de esta zona son semiverticales y obligan a trabajar cada vez a mayor profundidad, a partir de los 250 metros. Hasta allí bajan familias enteras, niños incluidos. Las emanaciones de gas son intensas en esos lugares y el aire a veces se vuelve irrespirable.

Al final del día los "pirquineros" salen con lo que encontraron y lo malvenden a los capataces que esperan afuera con las balanzas. La roca que compran tiene que tener un 65 por ciento de "anhídrido túngstico", pero eso lo miden los capataces que siempre los estafan y además les descuentan los víveres, vendidos a precios de usureros judíos. En fin, que terminan siendo casi esclavos.

Sabés que no soy precisamente un comunista ni me impresiono fácil, pero te juro que las cosas que vi en esas minas no las vi nunca. Niños de cinco, seis años, agotados de cargar piedras, con las manos lastimadas; sus madres obligadas primero a tener sexo con los capataces cuando los varones entran a la mina y obligadas después a callarse la boca para que no expulsen a toda la familia; guardias que con cualquier excusa le

meten un tiro a un "pirquinero"; total, después pasa la policía del pueblo a llevarse el cadáver y aquí no ha pasado nada.
De todo esto me había avisado el ingeniero Schmidt y tuvo razón. Por eso desde La Cumbrecita me fui hasta Córdoba a encontrarme con unos anarquistas que conocí cuando estuve en Tierra del Fuego. Tranquilo, jefe, ya dejaron atrás sus ideas y hoy son unos tipos duros vinculados al hampa. También vamos a tener que ver qué hacemos con ellos más adelante.
Con un buen anticipo, mis amigos entendieron lo que había que hacer y armaron varias "familias de pirquineros": ocho familias, unas cuarenta personas, un pequeño ejército de ladrones, rompehuelgas, rateros adolescentes y prostitutas con sus niños. Nunca les hice faltar dinero para que no desertaran o me traicionaran.
En esta clase de minas, la renovación de "pirquineros" es constante. Ya sea por problemas de salud, por deserciones o por muertes. Así que no fue difícil que contrataran a los míos. Y como los "pirquineros" tienen que llevar sus propios equipos, incluida su propia dinamita, mis muchachos pudieron entrar armados hasta los dientes. Resultado: a las dos semanas ya habían sublevado a los demás exigiendo mejores precios y condiciones de trabajo. Y esto fue sólo el comienzo.

(Carta manuscrita, en alemán, de Bernardo Mitvein al agregado naval Dietrich Niebuhr, traducción judicial. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
12.30 a.m.

Niebuhr no aparece; Arnold y Lange están cada vez más preocupados. No por los golpes y los cortes que traen encima, sino por el mensaje que les mandaron transmitir: directo a Niebuhr.

Porque todo se aceleró después de la visita a Pagliere. Hasta ese día Wilhem y Arnold estaban eufóricos. No sólo estaban cumpliendo con la misión que les habían encargado, sino que en el camino se habían topado con un cuarto de millón de marcos para cada uno.

—¿Habrá más?

—No importa. Ya estamos hechos.

—Pero, y si hay más, Wilhem, ¡¿te das cuenta?!

—Si nos quedamos con más, alguien nos la va a cobrar, acordate.

Habían esperado a Pagliere en la puerta de su casa; eran las ocho de la noche. El inspector de Aduana venía caminando muy lento, como aturdido. Arnold se le acercó de frente y Lange de atrás. Apenas abrió la puerta del edificio, Arnold lo empujó para adentro, le tapó la boca y le apoyó la Luger en las costillas para que entienda. Lange entró detrás de él con la valija.

Raro: en el departamento de Pagliere no había nadie. Ni la esposa preparando la cena ni los dos hijos con la tarea. Pagliere les dijo que los había mandado de viaje después de lo de la valija.

Ya atado y con un pañuelo en la boca, Hepe le explicó lo que querían:

—Te vamos a pagar bien, pero vas a trabajar para nosotros.

—Me van a matar.

—No te van a matar si hacés lo que te decimos. Y si no lo hacés, te vamos a matar nosotros. Es sencillo. Pensalo: nosotros te vamos a dar tanta plata que vas a poder empezar de nuevo con tu familia, donde sea que la hayas mandado. Pero si nos traicionás, los vamos a ubicar, primero a ellos y después a vos.

Abrieron la valija, la misma que le habían robado a Pagliere en el puerto, y le mostraron el cuarto de millón de marcos; le dejaron 5000 sobre la mesa.

Entonces le sacaron el trapo de la boca.

Lange llevaba las preguntas; Arnold la Luger.

—¿Adónde van las valijas? Ya sabemos que no sos el único que las saca del banco.

—A los barcos.

—Eso también lo sabemos. ¿Para qué?

—Entrego los marcos y los capitanes me dan libras, dólares, francos o lo que tengan. En las cajas fuertes de los barcos, sobre todo los de pasajeros, los capitanes suelen llevar mucho efectivo. Como a muchos los conozco, les ofrezco los marcos a muy buen precio. Ellos después en otro puerto pagan con esos marcos o los cambian por otra moneda y se quedan con la diferencia.

—¿A cuánto menos los ofrecen?

—Entre un 15 y un 20 por ciento.

—O sea que por cada valija un capitán se gana unos 200.000 marcos. O más.

—Exacto.

—¿Y vos?

—El 2 por ciento.

—20.000 marcos por valija. Nada mal. ¿Cuántos viajes hiciste ya?

—Ocho.

—O sea que tenés ahorrados unos 160.000 marcos. A eso vas a poder sumarle los 250.000 que te ofrecemos para fugarte tranquilo con tu familia. Son apenas unos días de trabajo y listo. Pensalo. ¿Cómo te pagan?

—Me pagan en el día, cuando entrego la valija con el dinero ya cambiado.

—Y lo mismo hacen los otros…

—Cada uno conoce algún capitán porque siempre nos deben favores. Los aduaneros, los que trabajan en la administración del puerto, sabemos por anticipado quiénes son los capitanes de cada barco y ya vamos pidiendo que preparen las valijas. Y ellos ya tienen el dinero contado. Por eso subimos y bajamos rápido. Los capitanes confían en nosotros y ni siquiera cuentan el dinero. Es más el tiempo que tardamos tomando un whisky que cambiando los billetes. Sé que hay otros muchachos que están cebados y cuando se enteran de que un capitán conocido está llegando a Montevideo, cruzan el río con una valija. Pero es demasiado arriesgado.

—Y los del banco ¿cómo saben que ninguno de ustedes se va a escapar con la plata?

—Porque saben que no somos ladrones ni estafadores. Saben que trabajamos hace años en el Puerto o la Aduana; saben dónde vivimos y cómo es nuestra familia. A todos nos gusta la guita, todos somos pícaros, pero ninguno chorro. Yo fui el primero al que le

robaron una valija y, la verdad, les agradezco que me hayan asaltado a la vista de todos en el puerto. Eso me viene salvando de que me maten, creo.

—¿Que te maten quiénes?

—Los alemanes, ustedes.

—Nosotros no. Serán otros alemanes. Eso es justamente lo que queremos que nos digas.

—No sé quiénes son. Yo conozco a los empleados del Banco Alemán Transatlántico, sobre todo a los de Comercio Exterior. Ellos son los que me hablaron del negocio de las valijas y me presentaron a otros alemanes que apenas hablan castellano y que se ve que no son bancarios. Estos tipos son mucho más cortantes, parecen militares, pero siempre me cumplieron. Son varios, seis o siete, más los que cuentan el dinero y arman los fajos; tienen oficinas en el segundo subsuelo, junto a una de las bóvedas. Ahí sólo se puede entrar por Reconquista. Se ve que están al mando de uno, porque cuando ese aparece todos se paran, hacen sonar los tacos y el saludo nazi.

Un oficial SS, pensaron al mismo tiempo Arnold y Lange. No hay muchos en Buenos Aires.

***

20 de octubre de 1938
12.45 a.m.

Acabo de recibir tu carta y ya te estoy escribiendo. Puse tanto fervor en leerla como amor por la mano que la escribió. Leí

apurado, al lado del mostrador del correo, sin entrar a la redacción para que no me vieran llorar ni temblar ni sonreír ni golpear la mesa. También para disimular, te escribo a máquina. Para disimular emociones y contestarte rápido, con el corazón desbordado y al galope.

Sé que te va a divertir el detalle: me vas a imaginar golpeando con dos dedos la Remington negra y si estuvieras acá me retarías por el cigarrillo apoyado en el borde de la mesa y no en el cenicero (¿viste que no se me cae nunca?) Y (también sé) te burlarías de cómo arrugo la cara cuando me enrosco en una frase y me olvido el pucho entre los labios.

Toda esta introducción es sólo el decorado que enmarca mi alegría por saber de vos; y mi angustia por no saber qué va a ser de vos.

¿Hasta cuándo te vas a quedar ahí? ¿Por qué no te podés escapar? Ya tenés tu plata, amor, salí de ahí antes que sea tarde. Por más alemanes que te custodien, ¿cuánto podés tardar en escaparte, vos, que zafaste de cosas peores? Es sólo cuestión de tomar un tren y listo. En menos de un día podés estar en Mar del Plata, Rosario o Córdoba, alquilar una casa y desparecer hasta que toda esta locura se enfríe. Arreglamos una cita antes de que desaparezcas, te llevo tu plata y listo. O te la voy mandando en giros discretos, que no dejen huella. O te vas a algún lado y te la llevo donde vos digas. Sólo eso y ya estás afuera de esa locura de nazis, banqueros y espías. No somos de ese mundo, Esther. Yo, seguro que no. Y vos (hasta donde te conozco, y mirá que te conozco bien) creo que tampoco.

A veces pienso que no lo hacés por la plata; que adentro tuyo algo te lleva a buscar redimirte con una misión heroica. Pero no lo necesitás, amor, no lo necesitás. Mi pobre ángel: tantas veces lamenté las fatalidades de tu vida, pero eso justamente te hace más grande. Si alguna vez hubo un alma noble, pura, grande, generosa, esa es la tuya, si alguna vez un corazón fue bueno, simple, devoto, ese es el tuyo.

Pero dejame que te diga también, aunque suene cursi (hay que ser cursi en una carta de amor, si no, no sería una carta de amor) que si alguna vez un amor ha sido completo, profundo, tierno, ardiente, inagotable, infinito, ese ha sido el mío.

Así como antes (hoy también) las mujeres se recluían en un convento para expiar sus pecados, para apagar sus pasiones, creo que vos te recluiste en este delirio, en esta telaraña de la que no podés salir, para demostrar, demostrarte, demostrarle al mundo algo que no hace falta que demuestres.

Salí pronto de ahí, amor. Mi amor. Te espero.

Corro ya mismo a una librería con envío para comprar alguna novela y despacharte estas líneas. Voy a ver cómo las disimulo. Escribí poco (aunque podría tanto) para que esta carilla se acomode mejor y no abulte las páginas.

Como decía Victor Hugo: "beso tu alma sobre tu hermosa frente".

No te olvides de mí.

Mi alma, apretada, te espera.

R.

***

Océano Atlántico, a bordo del Andalucía Star,
llegando a Río de Janeiro
20 de octubre de 1938

Kim, amigo:

No me parece seguro hacerte llegar esta carta a través del consulado. Son gente muy chismosa, you know. Pero tampoco me quieren pasar tu dirección ni tu teléfono, así que no sé cómo voy a hacer. Acabo de mandarles un telegrama pidiéndoles una referencia precisa de dónde demonios estás. Si todavía estás en el hospital o si ya te mudaron a un lugar seguro como le prometieron a tu padre. Espero que me contesten pronto aquí, al buque, así puedo despachar esta carta desde Río de Janeiro.
En fin, que tal vez esta carta no llegue nunca y se convierta entonces en una especie de informe in voce cuando te vea, aprovechando, ya lo sé, que todavía no puedes hablar y, por ende, no puedes contestarme ni discutir: ¡un mundo ideal!
Primero debo disculparme por no haber podido viajar antes a Buenos Aires. Tú ya sabías de mi trabajo en la BBC, pero en los últimos meses agregué otra tarea para la Corona. Aunque no lo creas, tu amigo, ese al que tantos consideraban frívolo, amanerado y poco serio, estuvo traduciendo y transmitiendo mensajes reservados entre los secretarios de Chamberlain[12] y Daladier[13] para preparar la cumbre de Munich[14]. Por eso es que recién me pude subir al barco en la última semana de septiembre.

Si esta carta llega a tus manos, me gustaría que me contaras (con la reserva del caso) si supiste algo de nuestros viejos amigos, aquellos con los que nos reuníamos en parques y plazas y manteníamos conversaciones tan importantes para nuestra formación. Hace meses que les he perdido el rastro y los extraño. Temo que alguno haya fallecido[15].

Por eso, querido Kim, es que necesito tanto verte. Para saber qué te ha pasado en verdad y para saber qué está pasando con nosotros, qué va a ser de nosotros. Siempre compartimos una manera de ver la vida. Siempre nos rebelamos ante las injusticias y siempre supimos dónde está el Bien y dónde, el Mal. Pero te juro que hoy me siento perdido.

Creo que en Londres todavía no entienden o no quieren entender el tamaño del huracán que se está gestando en Alemania y viene camino a nosotros. Hay mucha gente, gente inteligente, dicho sea de paso, que cree que Hitler es apenas un loco más que va a caer por el propio peso de sus locuras. Pero tú y yo que conocemos Berlín y Viena, que hemos visto el fanatismo de estos tipos, sabemos que son realmente peligrosos. Tú lograste escapar de ellos en Austria, los viste bombardear aldeas de civiles en España, pero también los viste cara a cara cuando trabajabas para Talbott. Sabes cómo son y de lo que son capaces. Tú mismo nos lo contaste al volver.

Una guerra contra estos animales va a costar millones de vidas y cientos de amigos.

Tú y yo bien sabemos que Inglaterra, tan victoriana, tan hipócrita, no es precisamente un paraíso para gente como

nosotros. Pero ¿me imaginas a mí entre nazis o entre británicos que sean como nazis?
Por eso, querido Kim, necesito esa larga charla contigo, aunque no puedas hablar. Tengo mi corazón dividido entre mis ideales y (sí, sé que te va a sonar raro) mi patria, mi hogar, cosas de las que abjuré pero que, frente a la amenaza, hoy, veo con otros ojos.
tu amigo
siempre

Guy

P.s: fue duro disuadir a tu madre de cruzar el Atlántico. Sé que has tenido algunos problemas con ella, pero es tu madre y se la veía realmente preocupada.

(Carta de Guy Burgess a Kim Philby. Archivo Philby, Moscú, traducción y decodificación propias)

***

Santa Rosa de Calamuchita, Córdoba
20 de octubre de 1938

(…)
A todo esto, yo ya había tomado contacto con el gerente de la mina para que le transmitiera a la firma que figura como dueña, Cerro Áspero S.A., que yo representaba a un importante

consorcio que estaba dispuesto a hacer una oferta por todo el yacimiento, es decir, por las cinco minas en producción y las que todavía no se abrieron.

La primera respuesta fue un NO. Era lo esperable. Les dejé mi tarjeta y les dije que me iba a quedar un tiempo en La Cruz, que es el pueblo más cercano, a ver si cambiaban de opinión.

La Cruz es una aldea polvorienta de no más de cincuenta casas. Aproveché esos días para conocer gente y de a poco me hice amigo del comisario y le empecé a financiar algunos de sus gustos: ginebra, mujeres y apuestas en unas carreras de caballos de campo que aquí llaman "cuadreras". Así me enteré de que el hombre estaba a sueldo de la Cerro Áspero y le mejoré la oferta.

El comisario me contó también que la Cerro Áspero no era de la Williams (o la SOMINAR, como le dicen los lugareños), pero manda toda su wolframita a una planta de la Williams en San Luis llamada El Águila. Ahí procesan la wolframita y la exportan a los Estados Unidos desde el puerto de Buenos Aires.

Mi "amistad" con el comisario de La Cruz fue fundamental para que no interviniera en el punto culminante de la huelga, hace dos semanas. Mis hombres ya habían medido fuerzas y ganado la primera pulseada: después de la huelga que hicieron les empezaron a pagar mejor el kilo de piedra extraída. Les aumentaron de $ 0,80 a $ 1,20 el kilo.

Había que pasar al siguiente capítulo.

Y ese capítulo comenzó cuando uno de los capataces quiso hacer lo habitual: después de almorzar, cuando los varones ya no estaban, pasó a buscar a una de las mujeres de los

pirquineros (una linda gringa que supo vivir de la prostitución hasta no hace mucho) para llevársela a su rancho.
Astuta, la mujer se dejó hacer, pero cuando salió su "marido" de la mina armó un escándalo, lo encaró al capataz y le metió una puñalada. Los guardias no la vieron venir y para cuando reaccionaron mis "pirquineros" anarquistas ya los habían desarmado a todos. ¿Vio que la gente cambia, jefe? Al violador lo dejaron desangrándose delante de todos.
Cuando se hizo de noche aprovecharon para tomar el control de las otras cuatro minas. Uno sólo de los diez guardias se quiso retobar y le metieron un tiro. A los dos cadáveres, el del violador y el del "retobao"[16], los pusieron en una de las casillas con un cartucho de dinamita. Explosión, incendio, un lamentable accidente. Al resto de los guardias y capataces, veintitrés en total, los metieron en diferentes ranchos y los rodearon de dinamita. Podía haber nuevos accidentes. Lo entendieron.
Ya teníamos toda la mina bajo control con los equipos intactos. Al otro día, tal como habíamos acordado, mis "pirquineros" cortaron el cable del telégrafo y en uno de los camiones vinieron a La Cruz a contarme el panorama. Les dije que volvieran y se prepararan para resistir, que esto iba para largo, que siempre hablaran de una huelga por una injusticia y nunca me mencionaran.
Esa misma mañana fui a visitar al gerente de la mina a su casa. El cagatintas estaba tomando unos mates en el patio y escuchando la radio, no se había enterado de nada y no había podido pedir refuerzos. Fui con el comisario, para que entienda.

Lo metí adentro y, para empezar a hablar, le rompí un brazo y le partí un diente. Después le conté de las violaciones, del capataz y de los guardias muertos, de la huelga y del control que teníamos sobre la mina entera. Le demostré que la policía estaba de mi lado y le dije que les transmitiera a sus jefes que, si no vendían, mi gente iba a poner dinamita en las cinco minas y entonces el yacimiento entero no iba a valer nada. Eso sin contar que él y hasta alguno de los dueños iba a terminar preso y repudiado por haber tolerado violaciones de mujeres y explotación de nativos. Le comenté, además, lo mal que la pasa uno en la cárcel, aunque sea por unos días, mucho más si no se puede defender porque tiene un brazo quebrado.

Eso sí, como yo era un caballero, le dije que mi oferta original de compra seguía en pie, pero sólo por 72 horas.

Descuento que las gestiones de nuestro embajador ante el gobernador de Córdoba deben haber surtido efecto porque en ningún momento apareció un solo policía ni un solo soldado a intentar retomar el control de la mina. Era verdad entonces, tal como usted decía, jefe, que el gobernador también quería darle una lección a la Williams porque estaba harto de sus abusos. O de su escasa gratitud.

A las 48 horas, desde Buenos Aires le comunicaron al gerente que sí, que iban a vender y mandaron un abogado aquí a Santa Rosa de Calamuchita, la ciudad más cercana a La Cruz, con una carta de intención. Por mi parte yo también contraté un abogado de Córdoba que viajó hasta aquí para que me asesore.

En la carta de intención que firmamos figuro como comisionista y en ningún lugar aparece por cuenta y orden de quién estoy

comprando el paquete accionario. Quedamos para reunirnos en Buenos Aires en quince días para efectuar el pago. Lo que se dice, un pacto de caballeros.
Por las dudas, la mina sigue tomada por mi gente (después vamos a tener que ver cómo hacemos para sacárnoslos de encima) y ya mandé llamar al ingeniero Schmidt para que se haga cargo de la dirección técnica y prepare nuestro desembarco.
Creo que la tarea está cumplida.
Orgulloso de haberte servido,

Bernardo

p.s: pido disculpas por mis errores de ortografía y la mala calidad de esta máquina de escribir que me prestaron en el hotel. Uno de mis muchachos va a llevar la carta al correo para no despertar sospechas. Me inquieta pensar que los de la Williams tengan infiltrados en la oficina local del correo. Insisto: estos americanos son más inteligentes de lo que pensamos.
p.s: te extraño

(Carta manuscrita, en alemán, de Bernardo Mitvein al agregado naval Dietrich Niebuhr, traducción judicial. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
1.00 p.m.

Con los datos que les dio Pagliere, identificaron a diez valijeros. Decidieron dividirse las tareas y no convocar a nadie más. Ni siquiera le contaron a Hepe, su jefe directo. Así, cada tarde, Arnold y Lange esperaban cada uno a un valijero a la salida de su trabajo y lo seguían hasta su casa. Había varios aduaneros como Pagliere, pero también el dueño de una casa de artículos navales, cinco oficinistas del puerto, tres guincheros y hasta un empleado de la Naviera Delfino.

Cuando tuvieron unos doce valijeros identificados a los que iban a poder visitar en sus casas para que no hablaran una vez que los hubieran robado, Arnold y Lange sacaron cuentas.

Si por cada valija se quedaban con 500.000 marcos (250 mil para cada uno) y descontando que en un par de casos pudieran fallar, ellos, Arnold y Lange, dos alemanes perdidos en Argentina, iban a tener… ¡dos millones y medio de marcos cada uno! Eso sin contar lo que pudieran robar en las casas de los valijeros. Con esa plata podían desaparecer de Argentina, radicarse en Chile o Brasil o volver a Alemania y fundar una fábrica, una naviera o comprar edificios y alquilar habitaciones a los marinos en cualquier puerto y vivir de rentas toda su vida.

Eligieron para empezar a uno de los bancarios. El tipo era delgadito, de anteojos y moño; parecía fácil de robar. Lo esperaron a que bajara del barco. Así, de paso, se quedaban con el dinero ya

cambiado, más fácil de hacer circular. Decidieron interceptarlo fuera del puerto. Ya era de noche, pero todavía quedaba algo de gente en el centro.

Por la barranca de Cangallo, Lange siguió el Opel del petiso en un Renault con la patente cambiada. En un momento dado lo pasó y al llegar a Reconquista paró en seco y se bajó para explicarles a los que venían atrás que el auto no arrancaba.

El Opel frenó, esquivó el Renault de Lange y siguió camino. La cuadra había quedado casi vacía de autos y peatones. El Opel llegó despacio al cruce de Reconquista; ahí, un Packard, recién robado, lo chocó. Del Packard bajaron Arnold y un ladrón contratado con una navaja escondida en el puño. Simularon una discusión por el choque y cada uno se acercó a una puerta.

Pero el robo a Pagliere se ve que había puesto en alerta a los alemanes del subsuelo porque cuando el chofer del Opel vio la navaja sacó una Luger. El ladrón estuvo más rápido, le trabó la cabeza con un brazo y le cortó el cuello. El bancario entró en pánico y se puso a gritar y cuando Arnold abrió la puerta vio que tenía la valija esposada a la muñeca.

—¡Te doy la llave! ¡Por favor! ¡Esperá! ¡Te doy la llave!

Pero Arnold ya había visto la Luger y el tajo en el cuello y no podía esperar a que el bancario de moño buscara la llave o intentara otro truco. Había que apurarse y por eso disparó el único tiro de la noche, que rompió las esposas, la manija de la maleta y entró por el muslo del bancario.

Con la valija asegurada, Arnold y el ladrón corrieron unos metros y se subieron a un Ford que los estaba esperando. Lange aprovechó la confusión, hizo marcha atrás, dobló por 25 de Mayo y escapó.

Habían acordado que nada de esto se lo iban a contar a Hepe ni a Thilo Martens ni a Niebuhr. ¿Para qué? Si ellos ya estaban hechos. Ganaban mucha plata y si no la ganaban estando donde estaban era problema de ellos.

Pero después las cosas se complicaron y por eso Lange y Arnold decidieron venir a la embajada, esperar a Niebuhr, admitir que habían robado dinero.

Ahora necesitaban su protección y tenían que transmitirle, además, el mensaje que les dieron cuando los capturaron.

***

Buenos Aires, 20 de octubre de 1938
1.30 p.m.

Acabo de almorzar, le di una hora de descanso a la mano y vuelvo a vos, "querido diario". El médico me dijo que tratara de no abusar de la escritura porque me van a volver a doler los dedos pero, bueno, necesito pensar y que esos pensamientos avancen hacia algún lado y no se queden dando enloquecedoras vueltas circulares.

La señora que me prepara la comida está preocupada porque no puedo comer carne. Todos los días me dice que no puede ser, que tengo que hacer un esfuerzo para masticar, aunque sea pedazos pequeños, porque voy a terminar con anemia. Ha probado con varias cosas: mínimos pedazos de *T bone steak* que aquí llaman "bife", láminas de carne empanadas ("milanesas") pero no hay caso: siempre termino escupiendo todo porque me da un dolor atroz en la mandíbula.

La pobre mujer está tan preocupada que hoy me preparó… jugo de carne. ¿Puedes creerlo? Trajo una especie de prensa en la que fue aplastando pedazos de carne recién asada y me dio a beber ese jugo, que no es otra cosa que sangre de vaca. ¿Me convertiré en vampiro?

Aquí en Argentina la carne de res es tan pero tan barata que puedes tomar sólo su jugo y tirar el resto. Imagínate algo así en Londres. ¡Imposible!

Como sea, hecho un modesto vampiro, después de almorzar he revivido y me siento con fuerzas para volver a escribir. Espero que nadie me venga a clavar una estaca esta tarde.

Porque además de indefenso, me siento descubierto. En estos años siempre fui dos personas y pude manejarlo. Había pocas conexiones entre los dos mundos y eso me protegía. Pero ahora muchos saben quién soy. No sólo los que me secuestraron, y no sé si volverán. También lo sabe un comisario, un tal Viancarlos. Es el jefe de Investigaciones de la Policía de la Ciudad y cuando me visitó en el hospital habló claro.

Me dijo: "tiene suerte de no poder hablar, Philby, pero yo sé quién es. Un comunista. Un agente comunista. Y sé también por qué lo están buscando. Por el oro que los rusos se robaron del Banco de España. Tiene suerte de no poder hablar, pero sepa que me interesa mucho saber dónde está ese oro, el que usted o su amigo, un tal Orlov, se hayan robado. Piénselo. Ahora se lo pregunto por las buenas. Pero tenga en cuenta que su vida depende de esos policías que están en la puerta de su habitación día y noche y que están todos a mi cargo. No sea cosa que una noche alguno falte o se atrase y —quién le dice— a lo mejor sus amigos comunistas, el

catalán con nombre francés y un tal Luis Medina que vino con él, todavía no se fueron y quieren volver para terminar la charla. Piénselo. Aquí le dejo mi teléfono".

Antes de irse agregó: "lo único que no entiendo es por qué si es un agente comunista, tanto la embajada británica como la embajada alemana intercedieron por usted. Me pregunto si no será un doble agente. Todavía no les pregunté. En fin. Por ahora lo voy a cuidar. Ya vamos a hablar de ese oro más adelante. Me interesa mucho".

La visita de Viancarlos me convenció de que mis días en Argentina están contados. Tarde o temprano me va a venir a preguntar por el oro y ya sabemos que los policías hacen hablar a la gente mejor que los comunistas. Pero aun si lo convenciera de que no sé nada, estoy seguro de que Viancarlos va a vender mi historia, por favores o por dinero, a alguna de las dos embajadas.

Dudo que los británicos le crean.

Pero ¿y los nazis? Tienen impecables referencias mías que les llegaron de España, pero son gente paranoica.

Con esos tipos nunca se sabe.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
2.30 p.m.

Habían quedado en encontrarse en Piedras e Independencia. Las cosas se habían complicado, pero Arnold y Lange descontaron que el plan se mantenía.

Lange llegó primero en el Renault, estacionó sobre Independencia, bajó del auto y se puso a fumar en una parada de tranvías. Había escuchado un tiro, sí, pero pudo haber sido un tiro al aire, para asustar. Sabía que Arnold era capaz de cualquier locura, pero había mucha plata en juego. Se iba a cuidar. Mientras esperaba, Lange vio pasar varios coches de policía rumbo al centro. Mala señal.

Quince minutos después, apareció Arnold. Llamaba la atención desde lejos. Llevaba la maleta bajo un brazo y con el otro la sujetaba como podía: no le quedaba manija ni cierre y hasta le faltaba un pedazo de la tapa por donde si uno miraba bien, asomaba el dinero. Arnold ya le había pagado al ladrón con un fajo de dólares y lo había despachado por el camino. Pero la gente lo miraba mucho. Era un tipo bien vestido con una maleta rota y manchas de sangre en el pantalón. Había que salir urgente de ahí, pensó Lange. No podían volver a usar los autos: seguro ya los estaban buscando.

Caminaron por Piedras y se metieron en una casa de ropa para hombres que estaba cerrando. No mostraron armas, pero el dueño y su esposa, dos polacos que apenas hablaban castellano, se asustaron bastante al verlos entrar tan nerviosos, con una valija rota de la que asomaban billetes.

Arnold y Lange aplastaron los sombreros y los envolvieron con los sacos; compraron un par de boinas y un pantalón de trabajo para poder tirar el que estaba manchado de sangre. Pidieron un bolso o una valija, pero no había; entonces ataron la maleta con hilo sisal y les pagaron bien a los polacos.

Al salir ya parecían dos obreros en camisa y tiradores que en una noche de primavera volvían del trabajo con un par de bultos cada uno. En diferentes tachos de basura se deshicieron de los sacos y los sombreros y, más tranquilos ya, con la valija asegurada, pensaron que lo mejor era tomar el subte y bajaron a la estación Independencia.

No sabían que gente mucho más profesional que ellos los había seguido y se preparaba para cazarlos sin dejar huella.

O, en todo caso, no dejar huella de su secuestro.

Porque en el cuerpo sí les quedarían huellas.

Esas huellas eran, ahora, un mensaje para Niebuhr.

***

Océano Atlántico, a bordo del Andalucía Star
20 de octubre de 1938

Kim,

Agrego esta hoja a la carta anterior porque me acaba de suceder algo de camino a mi almuerzo. Pasé por la oficina de telegramas del barco para ver si el consulado británico me había enviado tu dirección, pero en cambio recibí un cable inquietante. Alguno de nuestros amigos de los parques sabe que estoy camino a Buenos Aires a encontrarme contigo y me ha mandado un mensaje cifrado que dice:

AL LLEGAR A BUENOS AIRES EJECUTE
LO ORDENADO EN GIBRALTAR[17]

¿Qué es esto, Kim? ¿Cómo es posible? ¡¿Qué hiciste?!
¿En qué nos estamos convirtiendo? ¿En qué nos quieren convertir?
Aceptamos este camino porque pensamos que el mundo puede ser mejor y que no se lo cambia sin luchar, pero ni tú ni yo somos gente así, no pertenecemos a esa calaña. Nosotros somos gente de paz en tiempos de guerra, somos buena gente, incapaces de cometer esos horrores, y si a veces aceptamos el peligro, siempre fue por una buena causa. Recuerda cómo te cayó aquella orden en Gibraltar. Disimulabas, pero yo te vi temblar. Somos valientes, sí, pero no estamos hechos para eso, Kim. Por suerte aquella vez alguien puso un poco de cordura y el plan fue descartado.
Pero ¿cómo pueden estar pidiéndome algo así a mí, tu amigo? ¿Qué clase de gente haría eso?
¿En qué nos quieren convertir?
Kim, ¿qué está pasando? ¿Qué va a ser de nosotros? Siempre fuiste tú el que tuvo claro qué hacer, dónde ir, a quién defender.
Ojalá pueda enviarte estas hojas al llegar a Río de Janeiro para que estés alerta.
Cuídate.

G.

(Carta de Guy Burgess a Kim Philby. Archivo Philby, Moscú, traducción y decodificación propias)

***

Buenos Aires, 20 de octubre de 1938
2.30 p.m.

Debo decirte, querido diario, que me he vuelto un experto en tangos. En España había escuchado varios, pero no terminaba de comprender las letras. Aquí, solo con mi radio, fui acostumbrando el oído y ahora no sólo los entiendo: también los admiro. Pocas baladas inglesas dicen tanto, tanto, del enigma de por qué las mujeres dejan a los hombres.

Campaneo a mi catrera y la encuentro desolada.
Sólo tengo de recuerdo el cuadrito que está ahí.
Pilchas viejas, unas flores y mi alma atormentada...
eso es todo lo que queda desde que se fue de aquí.[18]

Más o menos así estoy yo.

Tengo una cama vacía, ropas ajenas, comida regalada y nadie en mi vida.

No me abandonó una mujer, pero me abandonó el destino, me dejó suspendido, vendado, mudo, aterrado al otro lado del mundo sin saber cómo volver. A veces tengo la sensación de que el tiempo abrió dos placas tectónicas que se preparan para triturarme sin gloria ni recuerdo, un insignificante animal muerto en un terremoto.

En estas noches de primavera abro la ventana y disfruto y envidio eventos mínimos: un auto en la calle vacía, las risas en las mesas de la vereda, el ruido del hielo en los vasos, el silbido de un remolcador

que entra a puerto con un barco. Imagino la mole silenciosa de un buque de pasajeros, las ventanas iluminadas, ese barco que llega y que volverá a zarpar… sin mí.

Tengo que irme de acá. Pero ¿cómo salir de la Argentina sin dinero?

Recuerdo que una vez en la India —yo tendría unos nueve, diez años— mi padre me llevó a pasear al mercado. Nos detuvimos en un gentío a ver qué pasaba. Había un egipcio con un látigo largo, hecho (me explicó sir John) de cuero de hipopótamo. El tipo, enorme, con labio leporino y una capa negra, soltaba palomas y las partía en el aire de un chasquido. La gente apostaba, pero el egipcio siempre ganaba. Las palomas caían rápido, las plumas quedaban flotando unos minutos más. La gente aplaudía, gritaba, insultaba. Algunos daban vuelta la cara de asco cuando la sangre de alguna paloma los salpicaba. Pero no se iban. Más increíble es que las pocas veces que el egipcio fallaba, las palomas volvían a pararse en sus jaulas.

Pensé mucho en estos días en el egipcio y en las palomas.

Porque debo ser una de las pocas palomas que escapó del largo látigo de la locura que está matando a los mejores revolucionarios. No volví a la jaula. Volé al otro lado del mundo. Pero el largo látigo me alcanzó en un ala y ahora sí, como la paloma del egipcio, estoy pensando volver a la jaula y no sé bien para qué.

Es extraño. Sé que los que me hicieron esto ya no van a volver. No sé cómo llegaron a Buenos Aires ni cómo me encontraron, pero aquí ya no tienen cobertura; tenían una sola bala y la gastaron (espero). Me salvé de milagro, pero el problema ahora es múltiple. Ellos, mis antiguos camaradas, saben que yo sé quiénes son y lo que hicieron. Y ahora hay otros que saben que si ellos me hicieron esto es porque

soy o fui uno de ellos, un comunista. Y ya se sabe que a los comunistas hay que matarlos. Siempre. Aunque sea por las dudas.

¿Será la morfina que me está poniendo paranoico?

Tengo que dejar la morfina, ya sé. Me la empezaron a aplicar para salir de los dolores de las fracturas, del recuerdo de la tortura que me sacudía las primeras noches. Pero ahora no puedo dejarla. A veces la puedo reemplazar por codeína, pero otras no. No aguanto. Si no son los dolores son los temblores. Entonces sólo me salva una buena inyección de morfina. Rogelio me la consigue cuando el médico no me quiere dar.

Ahí se fueron mis últimos ahorros.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
2.30 p.m.

En el apuro por deshacerse de los sacos, los sombreros y el pantalón con sangre, Lange y Arnold no miraron bien la cuadra. Si hubieran estado más atentos, al salir de la tienda de los polacos habrían visto que, estacionados sobre Piedras, había dos autos con varios tipos adentro.

Cuando doblaron por Independencia, uno se les adelantó. Otros dos, separados, los seguían. Los tres entraron con Lange y Arnold en la estación del subte.

Había poca gente a esa hora y el subte tardó en entrar a la estación. Estaban tan concentrados en asegurar la valija ahora atada con hilo sisal, que ni Arnold ni Lange repararon en los tres tipos ubicados en diferentes puntos del andén de mayólicas azules. Pero al abrirse las puertas, algo le llamó la atención a Lange. Un cruce de miradas, un gesto de cabeza de uno de los hombres; el apuro de otro por subir en el mismo vagón que ellos.

Lange le dijo a Arnold y Arnold le sacó el seguro a la pistola que llevaba ahora en el bolsillo del pantalón de obrero que acababa de comprar. Iban a bajarse en Constitución, pero decidieron cambiar de plan.

Cuando el subte llegó a la estación San Juan, justo antes de que se cerraran las puertas, saltaron. Ya no había nada que ocultar. Los tres tipos saltaron detrás de ellos. Todos empezaron a correr.

Saltaron los molinetes, corrieron por las escaleras, salieron a la avenida, se separaron. Arnold, con la valija bajo el brazo, fue el primero en caer, a la media cuadra. Llevaba la pistola en la mano, pero tenía a dos de los tipos demasiado cerca como para darse vuelta y disparar. Primero sintió el rebote de una bala contra el piso y después un empujón que lo desparramó en la vereda. La valija con la plata no se abrió de milagro. Uno de los hombres le pisó la mano de la pistola y le dijo basta, quédate quieto.

A Lange tardaron dos cuadras más en agarrarlo. Dobló en una esquina, trató de esconderse en un zaguán, pero el que lo seguía se dio cuenta y lo domesticó de un culatazo. A los dos les pusieron trapos en la boca para que no hicieran escándalo en la calle, los esposaron y los pusieron contra la pared en una esquina. A los

curiosos que se pararon a mirar mientras esperaban que llegaran los autos los espantaron fácil:

—Circulen. Policía. Circulen.

Pero no eran policías.

Subieron a Lange y a Arnold en autos separados. Les pusieron capuchas y una hora después los bajaron en un lugar donde el viento movía los eucaliptus. Los metieron en un salón amplio, como si fuera un salón de baile. Todavía con las capuchas puestas, los colgaron de unas roldanas y les ataron las piernas.

A los tres tipos que los habían secuestrado se sumaron cuatro soldados en uniforme verde. Traían palos y los empezaron a golpear. Dos a cada uno, alternándose, casi con ritmo, les fueron dando palazos en la espalda, el pecho, los hombros, las piernas. Nunca en la cara.

Al mando de todos había un capitán con botas negras altas, pantalón beige y chaqueta verde. Dejó la gorra sobre la mesa, dio vuelta una silla y se sentó; fumó aburrido, con los brazos apoyados en el respaldo mientras los apaleaban. No preguntó nada.

Después de unos quince minutos, el capitán levantó la mano, frenaron la paliza y entonces habló:

—No les voy a sacar los trapos de la boca porque no me interesa lo que tengan para decirme y me aburren las quejas. Agradezcan que esta vez no van a terminar atados a una boya con un tatuaje como el alemancito ese, ¿cómo se llamaba? Schüller creo. Otro que quiso manotear una de las valijas. Ese la vio primero que todos ustedes. Vivo, el pibe. Iba a cazar un par de valijas y se iba a alzar a la mierda. Ustedes, los de la embajada, estaban dormidos. Lástima que se quiso hacer el duro. En fin. Agradezcan que de acá van a salir

vivos; ya es bastante. Por supuesto, la plata se queda. Los necesitamos vivos para que le transmitan a Niebuhr un mensaje. ¿Se van a acordar o los voy a tener que traer de nuevo para que lo memoricen? Díganle a Niebuhr que ya sabemos que los billetes no son de él, pero que no se meta más en nuestro camino, es decir, que no joda más con los valijeros. ¿Entendido?

Los soldados descolgaron a Arnold y a Lange de las roldanas, les volvieron a poner las capuchas y en los mismos autos los sacaron del regimiento. Los dejaron en la estación Sáenz Peña, en el borde de la ciudad, con la plata justa para los boletos. Cada uno llegó a su casa como pudo. Los que los apalearon sabían lo que hacían: les dolía todo el cuerpo, pero no tenían ninguna fractura. Mañana iban a estar cubiertos de hematomas.

Acordaron ir a dormir un rato, llenarse de calmantes y después ir a ver a Niebuhr directo para darle el mensaje.

No quisieron hablar ni con Hepe ni con Martens.

Después de lo de Schüller, no sabían en quién confiar.

Pero llevaban ya tres horas esperando y Niebuhr no aparecía.

***

Buenos Aires, 20 de octubre de 1938
3.30 p.m.

En una pila de revistas viejas encuentro una página de comentarios de libros de Borges, el escritor ese que hablaba tan bien inglés y que Rogelio me presentó en Harrods. Allí leo: "Harry Morgan se resigna a matar a un hombre y no se vanagloria del hecho ni se arrepiente"[19].

Está hablando de una novela de Hemingway, pero parece estar hablando de mí.

Siempre estuve dispuesto a matar (y morir) por mis ideales, por la Revolución, por un mundo mejor. Pero aquello ¿qué fue?, ¿defensa propia? Sí. Pero hice lo correcto si pienso en las torturas que vinieron después. Aunque técnicamente era un camarada, uno de los míos, aunque para él yo fuera un traidor.

¿Cómo llegamos a esto? ¿Es la Guerra (la de España, la que pasó, la que viene, la que sea) lo que nos convierte en monstruos?

No buscamos la Revolución para terminar matándonos entre nosotros.

Nadie va a poder convencerme de que mis mentores, los mismos que me enseñaron a ser un comunista de acción, ahora son traidores, agentes extranjeros a sueldo de los nazis o los ingleses.

¿En qué momento Stalin enloqueció como Robespierre?[20] ¿En qué momento Nuestra Revolución se convirtió en una máquina de matar a los propios? Y, sobre todo, ¿por qué esa Máquina se volvió contra mí?

Como el personaje de Hemingway según cuenta Borges, ni me vanaglorio ni me arrepiento. No cargo con ninguna culpa. Más bien una cicatriz. ¿Podré vivir con ella? ¿Se convertirá con los años en un tumor?

Hoy me mueve la supervivencia, pero si salgo de esta, ¿qué haré con esa muerte?

¿Se me notará en los ojos?

Eso lo vi en España. Los tipos que habían matado gente tenían menos brillo en los ojos. Ya sé: no es nada científico, pura poesía. Pero lo vi, juro que lo vi, varias veces. Los hombres que mataron son

como los tigres cebados de la India: si probaron la carne humana pueden volver a matar. Y a esos hombres, lo juro, les queda una mirada opaca, esquiva, diagonal.

Por suerte la codeína me calma cuando me despierto de noche y veo al búlgaro agarrándose el cuello para tapar el tajo; cuando me veo a mí mismo limpiar la navaja en su ropa y salir caminando tranquilo como un profesional de la muerte.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Bar Los 36 Billares, Buenos Aires
20 de octubre de 1938
8.30 p.m.

Todavía no recibí tu respuesta, pero igual te escribo y cuando llegue tu carta también te voy a escribir. ¿Quién dijo que hay que ser tan ordenado? A lo sumo allá en el Delta pensarán que estás aprovechando tu retiro para leer muchos libros.

Hoy salí antes del diario porque se suspendieron las últimas dos carreras de Palermo. Como era temprano para cenar, caminé por Plaza Congreso y di una lenta vuelta por Corrientes mirando librerías. Imaginé que íbamos del brazo, sin apuro. A los dos nos gusta la primavera en Buenos Aires, estas noches cuando se levanta viento. Estamos lejos, pero por lo menos el clima nos une. Supongo que allá en el Delta, hoy, el viento del río habrá

empezado a la misma hora y a la misma hora nos habrá despeinado a los dos y, quién te dice, tal vez, a la misma hora el viento nos haya llevado a pensar en el otro.

Tuve un sueño anoche que te quiero contar. En verdad fueron dos sueños. Primero me desperté en mitad de la noche soñando con vos y me di cuenta de que era un sueño, de que no estabas. Y me volví a dormir, o no. Porque escuché pasos en la escalera de la pensión y estaba seguro de que eras vos, que habías llegado en la madrugada, no habías querido despertarme y habías alquilado una pieza en el piso de arriba para darme una sorpresa en la mañana. Me dormí tan feliz, tan convencido de que habías vuelto que hoy cuando me levanté, subí al piso de arriba a ver si estabas y le pregunté a la portera si había algún pensionista nuevo. Por supuesto que sabía que había sido un sueño, pero necesitaba hacerlo, te juro, necesitaba comprobar que no estabas, que no habías venido. No sé por qué lo hice. Un ritual de ausencia tal vez.

Quiero que sepas también (como si no lo supieras) que en estos meses que pasaron desde que nos volvimos a ver en el Castelar te extrañé como nunca. Trato de llegar a casa lo más tarde posible para dormirme pronto, borracho o agotado, y no pensar en vos. Pero no siempre lo consigo y entonces me duermo con la certeza enloquecedora de que estás al lado mío, desnuda, tibia; seguro de que si muevo la mano te voy a encontrar y voy a sentir la electricidad de anguila suave que siempre me da tu cuerpo.

Eso por las noches. Durante el día, no hay momento en que no piense ("pensar" no es el verbo exacto, es algo que me asalta,

que me lleva a pararme y caminar ida y vuelta por la redacción, por ejemplo) en el destino que te ha tocado, en el peligro en que estás metida.
Mi amor, mi vida, tenés que salir de ahí ya mismo.
Volvé pronto, ¡salí de ahí!
Con el alma apretada
te desea

R.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
8.40 p.m.

Arnold y Lange llevaban más de siete horas esperando y tomando aspirinas para calmar los dolores de la paliza; apenas si podían estar sentados.

Desde la embajada ya les habían avisado también a Rudolf Hepe y a Thilo Martens que vinieran urgente a ver qué les pasaba a esos dos hombres aterrados que decían que trabajaban para ellos y traían un mensaje para el Capitán Niebuhr.

Los custodios ya los habían revisado: no traían armas de fuego ni cuchillos y casi se desmayan del dolor cuando los palparon.

Por fin apareció Niebuhr, de uniforme, botas y con un abrigo largo de cuero negro estilo SS. Entró furioso, les ordenó a dos guardaespaldas que se quedaran en la puerta e hizo pasar a su despacho a los cinco hombres que lo esperaban.

Thilo Martens quiso hacer una introducción, pero Niebuhr lo cortó en seco, parado detrás de su escritorio.

—Sin rodeos, Thilo. El mensaje.

Martens miró a Lange. Como pudo, Lange se paró y dijo:

—Son militares argentinos.

Niebuhr golpeó el escritorio.

Martens y Hepe se removieron en las sillas.

Arnold miraba la mesa encorvado, de a ratos temblaba.

Lange pidió permiso para sentarse.

Contó que los llevaron a un cuartel, que los torturaron profesionales; que el capitán les dijo que habían sido ellos los que tatuaron y mataron a Ludwig Schüller. Que Schüller supo lo de las valijas antes que nadie y por eso lo mataron. Que según ellos Schüller se iba a escapar con la plata de una de las valijas.

—¡Como ustedes, hijos de puta! —lo cortó Niebuhr.

Arnold no pudo disimular los temblores. Lange bajó la mirada.

—Pero continúe, ¿cómo era su nombre?

—Lange, señor.

—No, no. Su nombre de pila…

—Wilhem.

—¿Y el suyo, caballero?

—Karl. Karl Arnold.

—Gracias. Es para no cometer errores, porque dentro de un rato tengo que decidir quién de ustedes dos va a seguir vivo. Pero prosiga, Wilhem, por favor.

Con palabras trabadas, de a ratos llorando, Lange terminó de transmitir el mensaje del capitán del Ejército.

Repitió el final, palabra por palabra:

—Díganle a Niebuhr que ya sabemos que los billetes no son de él pero que no se meta más en nuestro camino, es decir, que no "joda más" con los valijeros.

Niebuhr pulsó un timbre de su escritorio y aparecieron los dos guardaespaldas. Con un gesto del mentón señaló a Lange y a Hepe; los esposaron y se los llevaron.

Apenas si podían caminar.

***

Buenos Aires, 20 de octubre de 1938
9.00 p.m.

Si no escribo me vuelvo loco. No puedo hablar, los alambres que me sujetan la mandíbula se empiezan a clavar en la piel cuando se gastan las vendas. Me pican, me duelen. Además, estoy solo casi todo el día. Voy a tener que quemar este diario cuando me vaya de acá.

Pero también sé que escribir este "querido diario" me salva de convertirme en un adicto. Escribo para frenar la compulsión. Primero fue la morfina en el hospital. He llegado a retorcerme del dolor y los calambres; quise arrancarme la cabeza cada vez que me bajaba el dosaje de morfina en sangre. Era como si me volvieran a meter en ese cuarto inmundo de Avellaneda, volvían el búlgaro y el petiso con la "picana"[21] en la mano. Sin morfina que va a ser de mí, pensaba todo el tiempo. ¿Cómo voy a soportar el dolor y el temor al dolor? Porque son dos cosas distintas. Sentía cuando bajaba la morfina y sabía que iba a venir el dolor. Y eso ya empezaba a enloquecerme.

Primero era una oleada lenta, soportable, pero que disparaba mi paranoia porque ya sabía dónde me llevaba, a un colapso eléctrico que, como la "picana", me iba a hacer pedir la muerte. Porque no era cualquier dolor, era una encarnación satánica del Dolor, algo superior, devastador.

En el hospital, el médico de la noche me entendió y me aumentó la dosis de morfina para que pudiera llegar tranquilo a la mañana. Creo que Rogelio le dio unos "pesos"[22] o le pasó algún dato para las carreras porque el tipo, que era una especie de burócrata de guardapolvo blanco, de pronto se convirtió en un señor muy amable.

Me dieron el alta sin morfina, con un sustituto llamado codeína, pero las dos primeras noches fueron fatales. Hasta que Lina me trajo un médico alemán con una inyección de morfina para esa noche y ampollas para toda una semana. Los primeros días me inyectó Lina hasta que (vergüenza, desesperación, llámenlo como prefieran) aprendí yo mismo a sujetarme el brazo con la goma, a esperar que salte la vena a la vista, a superar el miedo a romperme la vena con la aguja.

Placer mata dolor.

Y el rechazo a ver una aguja rompiendo la propia piel primero e hinchando la vena después se supera con la oleada de calor y paz que trae la morfina. Ojalá la muerte sea así. En la tortura no lo pude averiguar. Me desmayé.

El médico alemán de a poco me fue bajando la dosis de morfina y aumentando la de codeína hasta que un día me suprimió las ampollas. Casi lo mato. Lo quería degollar. Lina y Rogelio me frenaron. Yo no podía hablar y lo agarré al pobre viejo de las solapas y lo levanté en el aire. No sé de dónde saqué fuerzas ni cómo hice

con el dolor que siempre tengo en los dedos quebrados. Se ve que perder la morfina me aterró. Lina y Rogelio me calmaron, me acostaron y el médico me dio una inyección y desperté al día siguiente.

Ahora ya estoy mejor. Tuve que atravesar días de temblores horrorosos y hasta pedirle a Lina o Rogelio que me ataran a la cama para no lastimarme. Pero de a poco el "mono", como le llaman aquí a la abstinencia, se me fue pasando y el jarabe de codeína me sirve hasta hoy como consuelo: a la noche, cuando siento que pueden volver los temblores o el búlgaro, el catalán y el petiso con la "picana", duplico la dosis y me desvanezco hasta el día siguiente.

Y así van pasando mis días.

Tengo un teléfono, pero no puedo hablar. Usamos un código con Lina, con Rogelio, Talbott o los del consulado: dos golpes en el micrófono es sí y tres golpes, no. De todos modos, las preguntas son rutinarias. ¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Necesitás algo?

Ellos y la señora que limpia (descuento que me espía) son los únicos que me visitan.

Lina, tan salvaje en la cama, ha demostrado ser casi una madre atenta. Viene un par de noches por semana y se queda conmigo varias horas. A veces cenamos y nos quedamos leyendo en silencio; a veces escuchamos la radio. Intentó mejorar mi tango, pero me duele mucho la cabeza como para bailar. En cada visita me sorprende con una nueva manera de sacarme un orgasmo sin que yo me agite. Ella también logra lo suyo, por supuesto. Después me ayuda a ponerme el pijama, me da el jarabe de codeína, un beso y se va.

También viene bastante Rogelio, que me contó que varias veces vio policías de civil rondando la cuadra, a lo mejor es sólo su paranoia. Pastrana resultó ser un gran tipo: sabe guardar secretos, no hace preguntas incómodas y me hizo ganar algo de dinero con los caballos. Matamos el tiempo jugando a los dados porque al póker contra él es imposible.

Cuando me secuestraron, Rogelio se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, que no era un rapto para pedir rescate, y se apuró a sacar mis cosas del Hotel Castelar. Encontró la pistola, la navaja, este diario. Me entregó todo en una bolsa sin decir nada. Como pude, con un torpe dibujo, logré pedirle que comprara una pequeña caja de madera (ah, un "botiquín", me dijo) y con mucho pegamento lo logramos fijar al elástico de la cama para que nadie lo vea.

Es mi reaseguro.

Estoy dispuesto a meterme una bala en la cabeza si me vuelven a buscar.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

22 de octubre de 1938
10.00 a.m.

Querido:

¿Cómo me vas a pedir a mí que no me olvide de vos? Acabo de recibir tu libro (gracias, sabés que me encanta Neruda) y enseguida me escondí en el baño para escribirte.

Antes que nada, te pido que no desperdicies ni una sola línea de nuestras cartas para decirme cosas inútiles: no puedo olvidarte ni por un momento, querido, ni puedo dejar de pensar en la esperanza que me das de salir de aquí y, quién te dice, algún día, ser felices juntos, como los galgos.

Te deseo cada segundo y cada hora del día, y sin embargo lenta e inexorablemente quedé atada a otro. Y te juro que no sé cómo pasó. Cuando trato de pensar en cómo llegué hasta aquí, a esta isla donde a los 28 años estoy encerrada como una princesa en un castillo, la única explicación que tengo es que fue para salvarme de la decadencia.

Ustedes los hombres no lo entienden, pero nosotras sabemos antes que nadie cuando dejamos de estar en nuestro esplendor, cuando se nos caen las tetas, cuando se nos afloja el culo, y entonces, a alguien como yo, que vivió siempre de su cuerpo, ¿quién la va a querer? ¿Quién va a perder la cabeza por mí, en la vida o en la pantalla? ¿Quién me va a cuidar?

Como actriz, me quedan pocos papeles haciendo de joven, no importa si de buena o de mala, de joven. Después vendrán papeles de "señora", que siempre te los pagan menos. Tenía (tengo) miedo, de volver a estar como estaba cuando vos me conociste. Y para evitarlo necesitaba protección y dinero. Dinero en serio, plata en serio, no la tranquilidad de unos meses que te da tener trabajo, enfilar un par de contratos para el teatro o unas películas; plata en serio como para tener algo propio, dejar

de alquilar, comprarme una casita, poner un comercio, qué sé yo.

Pero icómo es la vida, querido! Ahora que tengo ese dinero, no puedo disfrutarlo. Antes cambiaba ("entregaba", decían las señoras de bien, horrorizadas) un rato de mi cuerpo por poca plata; ahora entregué TODO mi cuerpo (¿para siempre?, decime que no) por mucha plata.

Pero mi cuerpo, querido, aunque preso, muere por vos, tiembla por vos. A veces me invade una agonía física, un anhelo de tenerte cerca y de que me toques. Otras veces tengo la impresión de que me contentaría con oír el sonido de tu voz. Intento con todas mis fuerzas imaginarme tus labios sobre los míos. Jamás la imaginación me había causado tanta tristeza.

No puedo dejar de pensar como en una película nuestro encuentro en el Castelar. Los dos ahí parados, mirándonos a los ojos antes de devorarnos a besos. Me hiciste sentir Marlene Dietrich y ya sabés lo que significa eso para mí, jaja.

Pero, pase lo que pase, quiero que sepas que nada ni nadie en el mundo podría matar el amor que siento por vos. En mí no hay olvido. Te entregué la esencia misma de mi ser. Una y otra vez te he entregado mi cuerpo para que lo trataras a tu antojo, para que lo hicieras añicos si tal era tu voluntad. Todos los secretos de mi imaginación, incluso los más oscuros, los puse desnudos a tus pies. No hay ningún rincón de mi mente en que no hayas penetrado ni sigas penetrando. Te he besado y acariciado, he dormido contigo a escondidas durante años y, ahora, por fin y para siempre me gustaría decirle al mundo que clamo por vos.

Tuya, nunca lo dudes.

E.

***

Buenos Aires
23 de octubre de 1938

Bernardo querido:

Si esta carta llega a tus manos es porque funcionó tu sistema de postas. Vale decir que en este momento debes estar en La Cumbrecita, en algún lindo hotel de paisanos alemanes tomando una buena cerveza. Merecido descanso después de andar tantos meses por esos polvorientos caminos cordobeses. Confírmame con un telegrama y quema estas páginas no bien las leas.
Debo decir que me divertí mucho con tu carta. No te conocía tamaña inspiración para narrar pavadas de parientes inventados.
Pero vayamos a lo nuestro.
Ante todo te felicito por tu paciencia para lidiar con estos criollos[23] *cabeza dura que pensaron que eras apenas un corredor de comercio aventurero. Nadie como tú para explicarles a los testarudos "cuántos pares son tres botas"*[24]*. De todos modos, te adelanto que tus días en Córdoba van a terminar antes de lo previsto. Me alegra mucho saber que vas a volver y vamos a poder volver a darnos nuestros abrazos. Más*

allá de mi alegría, te necesito con urgencia en Buenos Aires porque han pasado cosas inesperadas que tienen que ver con Ludwig.

Pero primero lo primero.

Estoy despachando hacia Santa Rosa de Calamuchita al Doctor Schürer Stolle con los papeles que tienen que firmar los dueños de la mina Cerro Áspero. Me pareció más prudente que figure Stolle como comisionista y no quede tu nombre en ningún documento de la transacción. Recién cuando se firme la escritura definitiva va a aparecer la Thyssen como compradora y la misión wolframio va a haber terminado para nosotros, por ahora al menos. Admitamos que gracias a lo que averiguó tu amiguita Esther pudimos meternos en el negocio de la Baba del Lobo[25]*, adelantarnos a Freude y así la Thyssen va a poder llegar al wolframio argentino antes que la Krupp. Y nosotros cobrar nuestra comisión, dicho sea de paso.*

Respecto de la SOMINAR y el Grupo Williams, coincido contigo. Detrás están los americanos y hasta me animaría a decir que esa debe ser una empresa que reporta directamente al Departamento de Defensa de Estados Unidos. El wolframio es hoy estratégico y, ya ves, va a dejarnos muy buen dinero por las gestiones. Hablando de dinero: de más está decir que los honorarios por tu brillante labor van a estar depositados en tu cuenta a tu regreso. Estoy gestionando también una paga mensual para los dos una vez que arranquen los embarques hacia Alemania.

Con el doctor Stolle viajan Ottomar Muller y Hans Lieberth con el equipo necesario para que puedas volver tranquilo. A Hans

seguramente lo recuerdas de Chile. Era muy jovencito entonces pero hoy ya es uno de los nuestros y creo que podemos confiarle tareas más importantes. Tienes que ir pensando además quién va a quedar a cargo de la mina cuando regreses. Tal vez el ingeniero Schmidt sea una buena opción. Necesitamos que la Cerro Áspero esté operativa y con la mayor apariencia de normalidad posible. De todos modos, no hay que relajarse. No descarto que los de la SOMINAR quieran aprovechar la incertidumbre para mandar su gente a arrebatarnos la mina. Hablé con funcionarios provinciales amigos del Reich que me aseguraron que ellos también estaban hartos de las exigencias de los americanos y que no iban a dejar que nos tomaran la Cerro Áspero. De todos modos, me parece que hay que disponer puntos fijos de custodia en los límites de la mina, gente con buenas armas y bengalas navales para avisar de cualquier incursión nocturna.

Ahora sí pasemos a lo que en verdad me preocupa. Tenía pensada para ti una misión en la Patagonia para la IG Farben pero aquí en Buenos Aires pasó algo raro que me tiene desorientado y necesito resolverlo pronto. Paso a contarte.

Hace tres días aparecieron en mi oficina Arnold y Lange aterrados y apaleados.

Dicen que un comando de militares argentinos los secuestró en plena ciudad y los llevó a un cuartel donde con mucho profesionalismo los apalearon y les dieron un mensaje para nosotros que dice:

a. *que Ludwig sabía de los embarques que vienen de Hamburgo y que quería quedarse con un par de valijas y desaparecer.*

(¿Nuestro Ludwig? No lo puedo creer).

b. *que ellos se encargaron de Ludwig. Si es así, se entiende el significado del "aquí no"; nos quisieron decir que "aquí" mandan ellos.*
c. *que no nos metamos en su camino porque la vamos a pasar peor.*

Arnold y Lange admitieron que ellos también estaban aprovechando la pesquisa para quedarse con un par de valijas. Los tengo retenidos en un lugar seguro para que cuando vuelvas dispongas de ellos. No nos traicionaron, pero no podemos tolerar gente que haga negocios por cuenta propia en nuestra estructura. Pero lo que más me preocupa es saber quiénes son estos militares que se animan a meterse con nosotros. ¿Trabajan para los británicos? No me parece prudente preguntarle a Viancarlos. Con los policías nunca se sabe; siempre te pueden traicionar. Está en su esencia.

Pero, además, ¿cómo supieron de los embarques y las valijas?

¿Sabrán Freude y Sandstede que les están siguiendo los pasos?

¿Sabrán los militares para qué está llegando tanto dinero?

En fin, querido Bernardo, creo que hemos quedado en medio de una intriga local que tenemos que resolver nosotros, sin pedir instrucciones a Berlín.

Por eso te necesito pronto aquí conmigo.

Te abraza, como sólo tú sabes.

D.

***

EL GRUPO THYSSEN EN LA ECONOMÍA ARGENTINA

Enterado el lector de la importancia y la trayectoria histórica del grupo Thyssen en la propia Alemania, ahora podrá ver hasta dónde este grupo ha penetrado en la vida económica de los países de la América del Sud, y en particular en la Argentina. Desde hace mucho tiempo actúa en esta parte del continente como casa introductora de carbón, hierro, acero y maquinarias diversas, productos estos de las grandes plantas industriales que posee en el Ruhr. Pero, el grupo no sólo se ha dedicado a importar productos ya terminados. También ha levantado plantas industriales en distintos territorios sudamericanos con el propósito de terminar el proceso de elaboración iniciado en el Tercer Reich. Además, se ha interesado en la Argentina y el Brasil por las minas de carbón y hierro. La fortuna que Thyssen tiene en la América Latina es realmente fabulosa. (…)

En Argentina el núcleo básico del grupo Thyssen lo constituye la Compañía Industrial y Mercantil Thyssen Lametal, propietaria de la gran planta metalúrgica que con el mismo nombre posee en Avellaneda. Fundada en 1921, nadie ignora que los establecimientos de este grupo son los más poderosos de la industria metalúrgica argentina.

(*Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*. Luis V. Sommi,
Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945)

***

Buenos Aires, 23 de octubre de 1938

3.30 p.m.

Estuve tirado más de una hora en el sillón mirando por la ventana; recién ahora pude llegar al escritorio y empezar a escribir. Estoy tan aturdido que espero que estos párrafos me ayuden a calmarme porque estoy a punto de llenar la maleta y partir en el primer tren que encuentre, aunque, claro, con semejante vendaje no tardarían en encontrarme.

Mi estado de shock comenzó este mediodía cuando llegó sin avisar Stafford Talbott. Traía comida recién comprada en una rotisería y me invitó a almorzar. Se lo veía de buen humor, muy tranquilo, en paz. Nunca me había venido a visitar, siempre habíamos hablado por teléfono (es un decir) con nuestro sistema de golpeteos para responder SÍ o NO. Así fue que mientras cortaba y deshilachaba una pechuga de pollo con el tenedor y la mezclaba con el puré de papas, Talbott disparó que tenía cáncer de próstata y le quedaban sólo dos meses.

Sólo con esa noticia ya podía empezar a maldecir mi destino; preguntarme por el extraño castigo superior que hacía que mi único salvavidas al otro lado del mundo, la única persona que me dio un trabajo al llegar escapando a la Argentina, se fuera a morir en dos meses.

Pero eso podía, incluso, estar dentro de un margen razonable (maldito, pero razonable) de posibilidades: Talbott, el viejo Talbott, va a cumplir 62 y a esa edad pasan estas cosas. No es eso lo que me ha dejado tirado una hora en el sillón.

Tampoco me sorprende que Talbott me haya tomado como su confesor. Al fin y al cabo, los dos estamos solos lejos de Londres.

Él es un padre viudo sin su hija; yo, un hijo sin su padre.

A Talbott, Melanie, su única hija, lo desprecia por haber perdido en Rusia la fortuna familiar. El viejo Stafford siempre le prometió a Melanie que los bolcheviques no iban a durar y él recuperaría la metalúrgica y las casas y los campos que le expropiaron. Pero pasaron los años, los comunistas no se fueron y tampoco los nazis le hicieron ganar demasiado dinero. Melanie fue envejeciendo y para no terminar en la pobreza se casó con un vendedor de tabaco al que detesta. No hay carta en la que no le diga a Talbott que es un fracasado.

Por eso Stafford me ve como un hijo y por eso me confesó todo: quiere hacer lo correcto y morir en paz.

El problema es que lo que Talbott me contó me pone en peligro. Él no sabe quién soy / fui (tachar lo que no corresponda). Sigue pensando que tengo la mandíbula rota y el cuerpo torturado sólo por la brutalidad de unos sádicos ladrones argentinos que buscaban sacarle dinero a un turista inglés al que confundieron con un empresario. Talbott me sigue viendo como el periodista que soy/fui y quiere que yo, que pude ser cronista en la Guerra de España, cuente lo que él sabe de los nazis para así morir en paz, ser valorado como un patriota y, quién sabe, que tal vez Melanie lo valore después de muerto.

Siempre me sentí inmortal, Kim, pero ahora la vida me mostró el límite. Dos meses. Tengo dos meses para dejar un legado. Ese legado no va a ser una herencia en metálico o en propiedades, sino un testimonio, algo que sólo va a poder ser revelado cuando yo muera y hará que no me recuerden como un fracasado sino como un patriota. Estoy seguro de que por eso Dios te trajo aquí, al fin del

mundo; y por eso te ha dejado mudo: para que tengas que guardar silencio obligado sobre todo lo que te voy a contar. Porque para cuando te quiten el vendaje y puedas volver a hablar, ya estaré muerto.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

23 de octubre de 1938
3.30 p.m.

Ya pasaron tres días desde que te mandé la primera carta en el primer libro y todavía no tengo noticias tuyas. Sé que puede tardar, pero te juro que no aguanto. Así que agarré la máquina, puse una hoja en el rodillo y aquí estoy otra vez escribiéndote. Si mañana llega tu carta, le agrego esta. Si no te la voy a mandar igual con otro libro.

¿Deformación profesional? ¿Ganas de tenerte siempre a mano? Quiero que sepas que a cada carta que te escribo, a máquina o manuscrita, le pongo papel carbónico. Tranquila. No me las llevo a casa ni las saco de la redacción; las guardo en mi armario, bajo llave, en una carpeta intitulada (te imagino riendo, amagando pegarme) "Grandes yeguas".

Necesito saber de vos. A veces creo que no terminás de darte cuenta de dónde estás metida. Por prudencia no voy a insistir sobre el caso en estas líneas, pero, amor, ¡despertate! En ese

mundo las cosas se pagan con la vida. Por eso tenés que volver, salir de ahí, volver a la ciudad, a tu vida, a tu trabajo.

Porque, si te pasa algo ¿yo qué hago?

Cada momento estoy pensando en vos y en el destino circular que te ha tocado. Me tortura pensar qué hacés cuando él va a verte a la isla. Descuento que te acostás con él, hasta lo entiendo. Pero me tortura pensar en vos volviendo a fingir como con un cliente para que él no sospeche. Fijate como son las cosas: volviste al punto de partida, presa y acostándote con tipos (uno solo en este caso) para que no te maten. La única diferencia es que ahora te rodea más lujo, pero eso, ¿qué cambia? En cualquier caso, no te lo merecés. Peleaste mucho para salir de esa vida como para volver ahora ahí; tenés un corazón de oro; sos demasiado sensible para sobrevivir entre canallas.

Supongo que discutirás con él, que tendrás momentos de silencio, pero lo que más me tortura no es que te acuestes con él sino que te acaricie, que te mire a los ojos, porque seguramente en algún momento se hará el amigo, el buen esposo y sé también que vos te debés estar esmerando para que no sospeche. Sos demasiado buena actriz y eso a la vez me tranquiliza y me rompe el corazón. Porque si actuás bien para él, si lográs tenerlo tranquilo es porque estás siendo convincente, seductora y eso me da unos celos que me hacen temblar. Imaginarte mirándolo a los ojos, un guiño, una caricia demasiado bien hecha, todo eso me enloquece. Pero si actuás mal, si se te nota la desconfianza, el doble juego, el deseo de fuga, ponés en peligro tu vida.

Te dejo, amor, me está llamando el jefe de redacción. Seguro quiere que le juegue unos boletos esta tarde en Palermo. Antes del hipódromo voy a pasar a ver a Kim (está mucho mejor, increíble cómo se recuperó) para dejarle unos remedios.
Avisame por favor si mis cartas te comprometen; no te arriesgues. Acordate de mandar las tuyas a "Correo de Lectores", sin mi nombre. Ya arreglé con los muchachos de la sección para que me dejen revisar todas las que llegan. No te preocupes, puedo reconocer tu letra a dos metros de distancia. Y un día, si podés, fijate si lográs llamarme por teléfono. Desespero por escuchar tu voz.
Volvé pronto. Te necesito.

R.

***

APARECIÓ CADÁVER DESNUDO EN CAMPO DE MAYO

El cuerpo de un hombre desconocido apareció anteanoche en las inmediaciones de los cuarteles de Campo de Mayo, en la localidad de San Miguel. El occiso estaba desnudo, con rastros de severas contusiones y un disparo en la nuca, ejecución típica de los ajustes de cuentas mafiosos.

Se trata de un hombre de unos 40 años, alto, de contextura atlética, ojos claros, sin tatuajes ni cicatrices identificatorias. Según informaron fuentes policiales a *Crítica*, sus huellas dactilares no figuran en el registro de malvivientes, por lo cual su reconocimiento ha sido imposible hasta ahora. A tal efecto, se están repasando pedidos de paradero en juzgados y comisarías de la zona. De todos modos, se solicita a familiares del difunto o público en general que pueda aportar alguna pista para su

reconocimiento que se dirijan al juzgado de paz de San Miguel, cito en la calle Liniers número 252.

***

El comisario Viancarlos todavía tenía en el escritorio el recorte de la quinta edición de *Crítica*. Los muchachos de Policiales habían cumplido. Publicaron justo lo que él les pasó e incluyeron la cita al Juzgado de Paz de San Miguel. Ahí Viancarlos había dispuesto una consigna para ver quién iba a reclamar el cadáver.

Si no iba nadie, Viancarlos iba a confirmar sus sospechas. El muerto no era víctima de un crimen pasional ni de una guerra de mafias sino de las intrigas de los alemanes.

El subcomisario Rodríguez ya le había avisado. Cuando compararon la foto del muerto de Campo de Mayo con el retrato dibujado de los que asaltaron a los tiros a los cambistas, una semana atrás, quedaron casi seguros: era uno de ellos.

Los cambistas nunca quisieron decir qué había en las valijas, si era dinero o papeles, ni para quién trabajaban. Enseguida aparecieron abogados vinculados al Banco Alemán Transatlántico y pidieron que dejaran de ser molestados. Pero Viancarlos averiguó que trabajaban para un banco alemán y eran gente del puerto; eso los unía al cadáver flotando de Ludwig Schüller. Iba a tener que hablar en serio con Niebuhr, algo le estaban escondiendo.

Viancarlos se acomodó la sobaquera con el arma, agarró el saco del perchero cuando sonó el teléfono.

Era el subcomisario Rodríguez.

Gente de civil del Ejército acababa de pasar por el juzgado de paz de San Miguel para avisarle al juez que van a retirar el cadáver de la

morgue.

***

Buenos Aires, 23 de octubre de 1938
3.30 p.m.

(…)

Talbott comenzó entonces un largo monólogo. Tranquilo como nunca antes lo había visto, me dejó tomar notas; habló con la mirada perdida y sólo de vez en cuando se enfocó en mis ojos. Hizo pocos silencios, apenas para tomar o servir whisky o resaltar lo increíble y peligroso de sus revelaciones. Espero que los apuntes y mi memoria no me traicionen porque lo que el viejo Stafford me contó es explosivo y no sé qué voy a hacer con todo esto. Lo transcribo pronto para que no se me escapen detalles.

Lo primero que me dijo es que se hartó de los nazis. Que sigue odiando a los comunistas pero que los nazis se portaron con él como unos canallas: cuando supieron que estaba enfermo lo dejaron en la calle; cambiaron la llave de su oficina y sentaron a otro tipo en su lugar en la Fundación.

Me dijo que los nazis van a ir a la guerra contra Inglaterra, que se los escuchó decir cientos de veces, siempre pensó que era una bravata de fanáticos y no una decisión de Hitler y sus generales, pero ahora está convencido de que sólo están esperando el momento propicio mientras ganan tiempo con mentiras.

Hasta aquí, nada asombroso.

Para lo que sigue necesitaría tener tinta invisible o un libro de códigos y claves, que no tengo.

Que sea lo que Dios quiera porque Talbott me dijo que:

1. los nazis están buscando en secreto wolframio en la Argentina para mandar a Alemania. Dicen que descubrieron una aleación que hará que sus tanques sean invencibles y que sus proyectiles atraviesen cualquier acero; pero necesitan mucho, mucho wolframio. Y en Alemania no hay wolframio: apenas en China, en Galicia (por eso Hitler apoyó tanto a Franco) y ahora se sabe, también en Argentina. Hace dos meses, Niebuhr mandó a Müller (en verdad se llama Bernardo y es judío, pero esa es otra historia), uno de sus agentes más sanguinarios, a sublevar primero y tomar después una mina de wolframio en Córdoba llamada Cerro Áspero. A través de testaferros, en poco tiempo más esa mina va a terminar en manos de la Thyssen, que va a procesar el wolframio en su planta de Avellaneda y luego lo va a enviar a Alemania disimulado como embarques de carbón en buques de la España franquista.
2. la Naviera Delfino, además de ser socia de la Hamburg Süd, es una pantalla de la inteligencia militar nazi. Desde sus barcos y desde varios puntos del puerto de Buenos Aires, Niebuhr tiene controlados los movimientos de los buques ingleses, en especial los que zarpan con cargamentos de carne, trigo y lana. Niebuhr reporta directo al jefe de la inteligencia militar nazi, el almirante Wilhem Canaris, un tipo que conoce bien la Argentina porque durante la Gran Guerra cayó prisionero de los británicos en Chile, se escapó, lo refugiaron alemanes en Bariloche y cruzó

toda la Argentina para tomarse un barco y volver a Alemania. Aunque parezca mentira, y por órdenes de Canaris, ya hay en Buenos Aires varios soldados con formación de comandos que podrían hundir barcos ingleses con explosivos disimulados en las cargas o adheridos a los cascos.

3. en el mayor secreto los nazis están experimentando en Argentina con un extraño gas que llaman Zyklon B. Dicen que es un pesticida contra las langostas, pero lo extraño es que lo están probando en la Patagonia, en la costa de Río Negro, donde no hay langostas. Los toneles con el veneno fueron desembarcados directamente en una estancia de la firma Lahusen pero son fabricados en Alemania por la IG Farben. Para mantener la fachada de que se trata de un experimento agrícola, los informes van dirigidos a Walter Darré, ministro de Agricultura del Reich, que además es nacido en Argentina; también van copias secretas para Canaris y las SS. ¿Por qué se interesarían la inteligencia militar y las SS en un veneno para langostas si no fuera porque va a ser un arma? ¿Estarán pensando volver a usar armas químicas como en las trincheras de Francia?
4. gente de Niebuhr está en conversaciones con un ingeniero argentino para comprarle un dispositivo que a través de ondas de radio permite ubicar barcos en el mar y aviones en el aire antes de tenerlos a la vista. Hay que recordar que la Argentina fue pionera en transmisiones de radio. Si ese detector funciona, se podrían prever ataques y preparar mejor las defensas antiaéreas.

5. la embajada tiene gente a sueldo en el Ejército y en la Policía. Los seducen con veladas de póker y putas (eso ya lo vimos) **y** después siguen con cocaína, morfina o lo que sea. A casi todos los coroneles que simpatizan con el Reich los tienen fotografiados con mujeres que no son sus esposas y a algunos hasta con hombres. Cuando sean generales los van a poder chantajear.
6. por último y más peligroso: están trayendo mucho dinero al país. Inmensos cargamentos de billetes, marcos alemanes, que cambian a dólares o libras esterlinas. Talbott sabe que eso está pasando **y** lo dejaron aparte a Niebuhr. No sabe por dónde entra el dinero, aunque sabe que ya provocó varios asaltos a cambistas en el puerto y un par de muertes que fueron acalladas. Niebuhr se enteró de casualidad cuando vio uno de estos embarques de billetes en un depósito de la Naviera Delfino. Creen que es una operación que armaron las SS. con Ludwig Freude a espaldas de Niebuhr y su gente.

Le pregunté por qué no les contaba todo esto a los británicos y me dijo que nunca iban a creerle, que algunos lo despreciaban por estar a sueldo de la embajada alemana y otros no creían que fuera a haber guerra y seguían tomando whisky con los nazis.

Por fin Talbott se quedó en silencio, dejó el vaso de whisky, se levantó y me abrazó.

—Me queda poco, hijo. Seguramente voy a morir aquí, al otro lado del mundo. No está tan mal la Argentina, al fin y al cabo. Buen clima, buena carne, bellas mujeres. Ahora todo lo que sé está en tus manos. Cuando yo haya muerto podrás hacer con esto lo que mejor

te parezca. Callarte o publicarlo. Pero te conozco y sé que lo vas a publicar. Y entonces te pido que no me ignores. Que digas que fui tu fuente. Tal vez entonces en Inglaterra alguien me recuerde como un patriota y Melanie no les transmita a mis nietos que fui un fracasado o un traidor. Nos vemos pronto.

Lloré al abrazarlo.

Por algún motivo supe que ya no iba a volver a ver al viejo Talbott.

Antes de cerrar la puerta me dijo:

—Y cuídate de Lina. Te está espiando.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

23 de octubre de 1938
5.00 p.m.

Querido:

¡Qué linda sorpresa me diste! No esperaba otro libro (y otra carta) tan pronto. La de ayer la leí y la releí tanto que casi la memoricé como si fuera mi papel en una obra. Pero después la tuve que quemar. ¡No sabés cómo me dolió! Antes de quemarla la acaricié, la olí y la despedí y lloré como si fuera una hija que ya nunca iba a volver a ver.

Sé que con esta (y con todas tus cartas) me va a pasar lo mismo: un breve duelo antes de quemarlas en la pileta del

baño, un humo rápido, el papel que cruje antes de ser carbón y después ceniza y después, con el agua, algo negro que se va por el agujero.

Me he vuelto sensible y desconfiada como una liebre, pero descuento que estarás de acuerdo en que queme tus cartas, por el bien de los dos.

Nos vamos a volver locos contestándonos cartas cruzadas, pero no importa. Tenés razón: ¿quién dijo que hay que esperar una carta para escribir la respuesta? Escribámonos siempre, como sea, ya vamos a entender nuestro rompecabezas, ya se va a terminar este calvario. Igual, si algún día llegamos a poder estar juntos, seguí escribiéndome, aunque sea desde la habitación de al lado. Porque a vos, que sos indescifrable como un tahúr (algo de eso sabés, ¿no?), nunca te sentí más cerca que a través de las cartas. Las cartas (¿o la distancia? ¿o el peligro?) me hicieron amarte como nunca.

Y tenés razón; en estos días de primavera el viento nos une. Porque mientras vos imaginás que paseás conmigo del brazo por Corrientes y miramos librerías, yo me siento bajo un sauce que da al río y pienso en vos. Sólo que yo siempre termino preguntándome una y otra vez por qué no me quedé con vos cuando me lo pediste. A veces no me lo perdono; otras me entiendo. Me ofreciste separarte; no había nacido Julito todavía. Pero yo me sentía sucia, indigna de vos, y además quería ser alguien, ganar plata como actriz o como fuera. Por eso me escapaba, desaparecía, aunque, siempre, lo sabés, volvía a vos, para tener lo nuestro, las mejores charlas, el mejor sexo.

Me decís que soñaste conmigo; yo también. Sólo que mi sueño fue tan triste, tan triste que no quiero ni recordarlo ni asustarte a vos, que encima sos cabulero, capaz de jugarte medio sueldo a la quiniela por un sueño ajeno. No, no quiero darte miedo. Bastante tenemos con la vida real como para, además, inquietarnos por los sueños.

Tengo que apurarme porque en un ratito pasa el lanchero y quiero que estas líneas te lleguen lo antes posible. Pero querido, querido, no logro separarme de este papel, sabiendo que pronto va estar entre tus manos, que lo vas a tocar, mirar, acariciar. Envidio su suerte.

Mientras tanto, yo, aquí encerrada, soy como serán tus cartas: sólo cenizas.

tuya, para siempre, pase lo que pase

E.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
25 de octubre de 1938
10.00 a.m.

—Ese tipo es un peligro. —Gerda von Aronoff fue terminante—. No sabemos para quién trabaja, pero aparece por todas partes.

—Es un periodista de Hípicas, Gerda, nada más —dijo Niebuhr—. Un tahúr, a lo sumo, casi despluma a varios militares aquella noche en el Plaza. Tuvimos que frenarlo.

—Sí, pero trabaja en *Crítica*, un diario probritánico. ¿Usted sabía que fue muchos años amante de Esther Binder?

—No.

—¿Y sabía que lo sigue siendo?

—¿Qué grado de seguridad tiene esa información, Gerda? Detesto los chimentos de mujeres.

—Las confesiones de alcoba nunca fallan. Desde que supe que era un periodista de *Crítica* y que apareció en compañía de un inglés en nuestras reuniones lo hice seguir. A veces ustedes los hombres, en su soberbia, no ven lo obvio. Y como al fin y al cabo es hombre, Pastrana aceptó la compañía frecuente de una de mis nuevas pupilas. Diecinueve años, una dulzura, una fruta fresca. Pero la muchacha es un sabueso, tiene futuro. No sólo logró enterarse de lo de Binder, sino que además lo vio a Pastrana de lo más acaramelado con Lina Maurer.

—Eso es por instrucción mía. Como verá, no sólo usted lo mandó a investigar.

—A esa chica le gustan demasiado las misiones de cama…

—Noto algo de envidia en su comentario…

—En absoluto, *herr kapitän*, ya hice lo que tuve que hacer en mis tiempos, el sexo ya no me distrae de mis tareas. En cualquier caso, ya ve, mi informante supo lo de Lina y era cierto. También supo que este Pastrana sigue visitando día por medio al inglés Philby.

—Ya lo sé; Lina me puso al tanto.

—Sí, pero seguramente Lina no le dijo que Pastrana algo está tramando con Esther.

—¿Y usted de dónde lo saca, Gerda?

—De la cama de Pastrana, obvio. Le dijo a mi informante que no la quería ver más. Y mire que mi chica le dijo que no le importaba que él fuera casado, que no lo iba a molestar y él no quiso saber nada. Es raro que un hombre desprecie semejante bombón. Sin embargo, le dijo que quería terminar porque estaba enamorado de alguien e incluso estaba pensando dejar el periodismo e irse de la ciudad. Nada de eso es para hacerlo con Lina Maurer, está claro. Entonces, ¿con quién?

—Puede que sea una historia inventada para sacarse de encima a su chica.

—No creo. Ella lo vio inquieto, como asustado. Pastrana no tiene dinero ni para llegar a Mar del Plata: gana poco y juega mucho. ¿Y si está planeando fugarse con Esther? Eso ya deja de ser un tema de vida privada y para nosotros se convierte en una cuestión de Estado. ¿Por qué no pensar que Esther esté a punto de desaparecer con Pastrana? No sería sólo una fuga de amor: es para luego traicionarnos con los británicos. ¿Se imagina el desastre que sería para nosotros si Esther se sienta delante de los británicos y habla? Si están planeando esto, se entiende el papel de Philby: sería el agente británico que nos infiltraron para llevarse una mujer que sabe mucho de Freude y de las operaciones de las empresas alemanas en Argentina. Por eso quería hablar con usted, Dietrich. Ya sabe que nunca me cayó bien esa judía. ¿Qué le parece que hagamos? ¿Le avisamos a Freude que su amante tiene otro y dejamos que él se encargue? ¿O nos encargamos nosotros?

—Si es así, es grave. Pero no nos apuremos. Déjeme pensarlo. Tampoco quiero dejar al descubierto una informante tan valiosa. Gracias a ella hemos sabido que Freude no se ha comportado muy

bien con nosotros en estos meses, que nos ha ocultado cosas fundamentales, como si fuéramos principiantes. Me parece que lo primero que tenemos que hacer es reforzar la vigilancia sobre Freude. Tenemos bien controlados los movimientos del banco y la tenemos a Esther en la cama de Freude. Pienso aumentar el control sobre las casas, la de Belgrano y la de Tigre, que es donde vive Esther. Algo vamos a encontrar.

***

TELEGRAMA

25/10/1938
12.34 a.m.

DE: DIEGO MILLER (Capital Federal)
PARA: MARTIN MULLER (Santa Rosa de Calamuchita, Córdoba)

URGE SU PRESENCIA EN BAIRES. PROBLEMAS CON VIEJA AMIGA.

(Telegrama en alemán, con seudónimos, del agregado naval Dietrich Niebuhr a Bernardo Mitvein, traducción judicial. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

Buenos Aires, 25 de octubre de 1938
6.30 p.m.

Fue una tarde intensa, querido diario.

Comenzó con la visita de un amigo que tenía orden de matarme. ¿Puedes creerlo? Así de trastornadas están las cosas hoy. Pero ya ves, querido diario, mi amigo, *good Guy*[26], no ejecutó su orden y tuvimos en cambio una larga, larguísima charla de viejos camaradas que voy a tratar de transcribir ahora.

Cuando me vio, Guy[27] me abrazó y se largó a llorar conmovido por mi deterioro. Desde la última vez que nos cruzamos, en Gibraltar, debo haber perdido unos quince kilos; me muevo con dificultad y el vendaje alrededor de la cabeza no contribuye precisamente a darme un aspecto saludable. Debo parecer una momia egipcia prófuga de una pirámide, camuflada en ropas occidentales.

Guy trajo una valija repleta de parte de mi madre: corbatas, chalecos, camisas, calzoncillos, camisetas, un sweater, dos frascos de mermelada de naranjas amargas, lapiceras. ¡Qué alegría encontrarme con tantas pequeñas cosas conocidas al otro lado del mundo! De mi padre, sólo trajo saludos.

—¿En qué locura estamos metidos? ¿Cómo llegamos a esto? —me preguntó Guy luego de un largo silencio.

Yo ya le había contado todo (total, si me iba a matar, ¿qué cambiaba?): el desencuentro con Big Bill[28] en Perpignan, la persecución, la muerte del primer búlgaro, la fuga a Buenos Aires, mi secuestro, tortura y rescate, la muerte del segundo búlgaro, las preguntas del catalán por el oro de España.

Guy me confirmó la desaparición de nuestros mentores, Otto y MAN. Me dijo que, en la prensa europea, en especial en los diarios

franceses, ya le llaman a esto "las purgas de Stalin": juicios sumarios que terminan en ejecuciones, desapariciones, secuestros y crímenes de supuestos traidores, siempre acusados de trotskismo o de espiar para el enemigo. Me contó también que había perdido contacto con sus nuevos supervisores en Londres, hasta que le llegó el inquietante telegrama al Andalucía Star, donde le pedían que retomara (hacia mí) las órdenes de Gibraltar. Vale decir: ejecución. Así como un día pensaron que yo podía cargarme al "Generalísimo"[29], así pensaron que Guy, mi propio amigo, me iba a matar a mí.

—¿En qué locura estamos metidos?

Guy se hizo la pregunta varias veces durante la charla, como un leitmotiv. Pero más allá del estupor, el dato de que lo hubieran rastreado a bordo del Andalucía Star y le hayan hecho llegar un mensaje de ese calibre era preocupante. Era una manera de decirle: sabemos dónde estás, en cualquier momento vamos por ti.

Por mi parte, le conté sobre algunos cabos sueltos que en estos meses fui atando. Cosas que me dijo "Don Julio"[30] en España, versiones que les llegaban a los nazis a través de sus agentes en el bando republicano. La más interesante parecía un disparate, pero de a poco iba cobrando sentido: después de evacuar hacia Moscú las reservas de oro del Banco de España, Stalin iba a dejar caer a la República Española y ese era sólo el comienzo de un pacto de no agresión con Hitler. Stalin está paranoico con los trotskistas, ve trotskistas en todos lados y está dispuesto a pactar con Hitler con tal de deshacerse de los trotskistas. Eso decían los nazis en España.

—Y si es así, amigo, ¿nosotros en qué bando estaremos? ¿Con la Revolución conducida por Stalin pero que va a pactar con Hitler? —le

pregunté a Guy—. ¿Cómo sabemos que nuestros informes sobre los ingleses no van a terminar en manos de los nazis?

—Yo voy a volver a sentirme británico, me dijo. Lo tengo decidido. Viene otra guerra, peor que la Gran Guerra. Los acuerdos de Munich no van a frenar a Hitler. Tú conoces de cerca a los nazis; has visto cómo son. Los viste humillar y torturar y matar camaradas en Austria. Son capaces de bombardear aldeas como en España o usar gases tóxicos sobre Londres. Sigo siendo un revolucionario, Kim, pero ahora la Revolución puede esperar.

Guy me contó luego sus planes; cómo era su trabajo en la BBC, sus nuevos contactos (y amantes) y cómo estaba aplicando para ingresar al Foreign Office.

Quedó en volver a visitarme en un par de días, con un buen whisky.

Creo que mañana le voy a contar lo que me dijo el viejo Talbott.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

25 de octubre de 1938
9.00 p.m.

Perdón que te escriba a máquina, amor, pero estoy preocupado. Pasan los días y seguís ahí.

Tu carta me llegó hace un par de horas, pero tuve que hacer el cierre de las últimas carreras para poder releerla tranquilo. No

quiero ir a escribir a mano en Los 36 Billares y que los muchachos me vean lagrimear. Por eso prefiero la redacción, que ahora está vacía, y la máquina, que disimula mejor la tristeza.

Yo también sé párrafos completos de memoria y eso que no soy actor. Me los llevo conmigo, los voy repitiendo cuando voy caminando a casa, a la noche, o cuando me estoy por dormir y ya no las tengo a mano para olerlas (no sé qué perfume les pondrás, pero dura un montón) y acariciarlas. Para que te diviertas: el otro día Sepúlveda, uno de Policiales, me vio oliendo una carta y se paró al lado mío haciendo mímica de violines. Espero que no lo divulgue demasiado.

Pero hacés bien en quemar las cartas, aunque te duela, amor; hacés bien en ser desconfiada como una liebre. Estás entre lobos. Peor, entre hienas traidoras.

Estuve pensando mucho estos días qué podemos hacer y tengo algo para proponerte. El plan es sencillo.

Vos lo único que tenés que hacer es conseguir que tu lanchero amigo te lleve hasta San Fernando. Ahí tomás un tren hasta Zárate y me llamás desde alguna pensión. En menos de dos horas de viaje yo puedo estar en Zárate. Desde allá tomamos el tren que va a Posadas. Ese tren, acordate, cruza el Paraná en un barco gigante; para que entren en ese barco (nunca supe por qué lo llaman "Balsa") dividen el tren en cuatro tramos de tres vagones cada uno. Ahí podemos darnos cuenta si alguien nos está siguiendo. En el barco, con el tren dividido, nadie nos va a hacer nada porque hay mucha policía y no pueden escapar para ningún lado, salvo tirarse al agua. Si nos siguen, tengo

gente conocida en Ibicuy que nos puede ir a buscar, proteger y cruzar a Uruguay en una lancha.

De todos modos, creo que no nos conviene ir a Uruguay porque nos pueden encontrar fácil allá. En cambio, si llegamos hasta Posadas con el tren, cruzamos a Encarnación y ya estamos en Paraguay. Y en Paraguay es más fácil esconderse porque es todo mucho más barato. Con la plata que me diste podemos alquilar un tiempo una linda casa sin vecinos, conseguir documentos nuevos y ver hacia dónde rumbeamos después. Al fin y al cabo, hipódromos y escolaso hay en todas partes, así que siempre voy a encontrar algo de qué vivir cuando se acaben tus ahorros. Podemos ir a Río de Janeiro, a México o a Estados Unidos, donde quieras, siempre y cuando no hablen en alemán, porque ahí sí que no voy a entender ni jota.

Amor: no pienses más en lo que perdimos. Por algo será que no quisiste venir conmigo cuando te ofrecí separarme. No te juzgo ni me enojo. La vida nos trajo hasta acá y ahora nos toca correr esta carrera como si fuera la última y me tengo confianza. Por algo te puse en la carpeta de las Grandes yeguas (me agacho por si me estás revoleando algo).

Por lo demás, Esther, sigo soñando con vos.

Estoy dispuesto a dejar todo por vos. Hasta a Julito, que es lo que más quiero en este mundo, pero sé que algún día voy a poder volver a estar con él.

Últimamente se me da por soñar que estamos juntos al sol; tenemos dos nenas chiquitas que juegan en un jardín. Nosotros estamos sentados y las nenas llegan corriendo y nos cuentan algo asombradas y nosotros nos reímos; después nos miramos a

los ojos. A vos te brillan como siempre, pero yo siento que algo anda mal y me despierto.
Ya sé, soy muy cabulero, me lo decís siempre. Pero tengo un mal pálpito, amor, una sombra larga que me estruja el pecho y no se me va a ir hasta que no salgas de ahí y volvamos a estar juntos.
Vení conmigo, dale.
Vení conmigo, que juntos no vamos a ser cenizas sino vida, pura sangre.
Te amo tanto.

R.

P.D: Esta va a ser la última carta que te mande a través de la librería alemana. Encontré otro librero amigo que puede hacer la encomienda y me da más confianza. En esta ciudad con los alemanes nunca se sabe.

***

Paraje Tres Bocas, Tigre, Buenos Aires
2 de noviembre de 1938
8.30 a.m.

Ludwig Freude seguía haciendo su vida normal: salía temprano de su casa en Belgrano, visitaba alguna de las obras de la constructora y sobre el mediodía llegaba al Banco Alemán Transatlántico. Almorzaba en un salón, al lado de su despacho, casi siempre con algún invitado. Volvía temprano a la casa y a la noche recibía gente.

Muchas veces lo vieron llegar a Gottfried Sandstede y quedarse siempre hasta tarde.

Esto es lo que Niebuhr le contó a Bernardo en base a los seguimientos que le hicieron a Freude. También le contó que no se sabía nada de Esther, que no la vieron salir nunca del petit hotel de Belgrano. Intentaron entregar un ramo de flores, pero una de las mucamas lo rechazó: "acá no vive ninguna señorita Binder ni ninguna actriz". El dato era inquietante. Si Freude descubrió que lo espiaba, tenía el dinero suficiente como para hacerla desaparecer, pero no le convenía un escándalo. Esther era una actriz conocida, alguien hubiera preguntado por ella. En todo caso, la habría echado de la casa, le habría quitado el departamento que le montó. Pero si la echó, ¿dónde estaba Esther? Con Pastrana no había vuelto. A su departamento tampoco.

Todo esto pensaba Bernardo con el agua hasta la cintura mientras cortaba juncos en el paraje Tres Bocas, a unos ochenta metros del muelle de Ostende, la casa de Freude en el Delta del Paraná. Desde ahí, Bernardo podía ver la pérgola del único muelle de la residencia, cada lancha que llegara.

De a ratos se indignaba de verse así vestido, en camiseta y con un sombrero de paja, hecho un islero miserable. De a ratos pensaba hasta dónde había llegado: desde la cárcel de Tierra del Fuego, preso por proxeneta, hasta ser el hombre de íntima confianza del jefe del Abwehr en América del Sur. Sí, peor hubiera sido seguir preso en el frío que estar con el agua a la cintura en primavera, al sol, apilando en un bote juncos cortados de día y pescando de noche.

Antes de tomar el tren a Tigre, Bernardo le preguntó a Niebuhr en su despacho por qué no mandaba a otro y Niebuhr se paró, lo abrazó y lo besó como sólo lo besaba en secreto.

—No confío en nadie más. Estoy seguro de que Freude también tiene sus informantes en la embajada. Están en juego muchas cosas, querido.

En la estación de Tigre lo estaba esperando Bernard Hingst, alemán, nazi discreto, administrador de una isla en el arroyo Caraguatá, baqueano de la zona. Sin preguntar demasiado, Hingst le alquiló un bote con motor, un machete, una lona, unos palos y un calentador a kerosene y le explicó que la mejor forma de pasar desapercibido era cortando juncos. Bernardo no le dijo adónde iba y con un mapa ubicó la casa de Freude. Había muchos juncales. Uno estaba en una casa abandonada. Si le preguntaban, iba a decir que el lugar tenía nuevos dueños y que él estaba ahí para poner a punto el muelle.

La primera tarde cortó juncos, pero no vio a nadie en el muelle de Ostende. Cuando llegó la noche encarnó unas líneas, encendió un fuego, asó unas salchichas que había traído y las comió con galletas. Tomó unos mates horribles hechos con agua de río. Los olvidó con unos tragos de ginebra de su petaca. Cuando no aguantó más los mosquitos, pensó en ir a dormir a la casa, pero eran tantas las ratas que decidió dormir en el bote, apoyado en una frazada, tapado con la lona. Estuvo desvelado la mayor parte de la noche. Suspendido en la oscuridad, sobre las aguas, bajo el viento. Se durmió pensando que algo estaba por pasar.

Lo despertó la luz del alba. Como todavía había muchos mosquitos se quedó en el bote. Tomó ginebra, comió galletas y desistió de los

mates. Revisó las líneas y en dos de los seis anzuelos había enormes patíes enganchados. Mejor para su disfraz de islero.

A media mañana, después de una hora de cortar juncos, se sacó el sombrero y metió la cabeza en el agua. Fue justo ahí cuando, a lo lejos, comenzó a oír el largo ronquido de una lancha. No la veía todavía pero atrás de una curva del río había ya un penacho de humo. Por fin apareció; era una lancha típica de las islas. Alguna vez había llevado pasajeros y ahora, ya viejita, era lancha almacén: le habían quitado varias ventanas para despachar mejor las mercaderías y en lugar de caño de escape a popa llevaba una chimenea que echaba el humo al aire.

Al acercarse al muelle de Ostende, la lancha frenó el motor y volvió el silencio. En la pérgola había un hombre y dos mujeres esperando. El lanchero empezó a bajar cajones de mercaderías. Se los escuchaba charlar y reír.

De pronto Bernardo sintió, más que vio, lo que estaba esperando ver. Hubiera reconocido esa silueta, ese pelo a mil metros de distancia y estaba a menos de cien. Para estar seguro, sacó los binoculares que llevaba en un bolso escondido en el bote, junto con la pistola y un cuchillo de monte.

Así vio cómo Esther le daba un paquete al lanchero.

***

Buenos Aires, 2 de noviembre de 1938
8.00 a.m.

Recién se va Guy. Qué sensación extraña volver a hablar, sin vendaje. Charlamos toda la noche, Guy como siempre; yo como pude. Todavía no puedo modular bien y tengo que descansar después de un párrafo largo. Pero no puedo irme a dormir sin dejar por escrito algo sobre esta locura en la que estamos metidos. Lo analizamos del derecho y del revés y todo lo que dice Talbott tiene sentido, pero ¿será verdad?

Que los nazis estén buscando wolframio tiene lógica. Al fin y al cabo, lo que más les interesa de España son las minas de Galicia y Asturias. Guy me dijo que en Inglaterra no hay preocupación por la alianza Hitler-Franco mientras vayan contra los comunistas. Pero no entiende por qué los alemanes están tan interesados en el wolframio. De lo de la aleación secreta con wolframio para proteger los tanques él no tenía ni noticia. Lo de la Thyssen en Argentina es sabido. Pero si es como Talbott dice, que la Thyssen va a embarcar desde aquí el wolframio de las minas que los alemanes están controlando en Córdoba, eso ya pasa a otro nivel. ¿Para qué necesitarían tanto wolframio si no van a ir a la guerra contra Europa?

Según Guy, la Naviera Delfino desde hace tiempo está en la mira de los ingleses. Saben que trabaja para los nazis, pero hay muchos intereses cruzados y por eso por ahora no hicieron nada. Guy descuenta que los ingleses tienen espías infiltrados entre el personal de los barcos. Pero lo de los comandos preparados para atentar contra los buques que llevan carne y lana y cueros desde Buenos Aires es demasiado. ¿Estará el Almirante Canaris detrás de todo esto? ¿Será así?

Lo del gas que mencionó Talbott nos excede por completo. Se supone que la Convención de Ginebra prohibió las armas químicas. ¿Para qué están experimentando los nazis con un gas venenoso disfrazado de insecticida para langostas? ¿Quién es ese Walter Darré, ministro de Hitler? ¿Es realmente argentino?

Lo de los generales, coroneles y comisarios primero seducidos y luego sobornados por la embajada del Reich lo pude ver con mis propios ojos y se lo dije a Guy; lo del dinero traído desde Europa para borrar huellas y luego devuelto a Suiza supera nuestra capacidad de conocimiento del mundo financiero.

—Es demasiada información y muy sensible, me dijo Guy. Tenemos que avisar, aunque seamos comunistas. ¿Somos comunistas, todavía? Nos lo preguntamos varias veces en la noche, antes y después de liquidar una botella de Chivas Regal. Y, en verdad, no lo sabemos. Lo que sí sabemos, Guy y yo, es que no queremos saber nada con los nazis y que algo hay que hacer con lo que nos contó el viejo Talbott.

Guy va a llevar la información directo a Londres. Pasado mañana zarpa su barco. No confía en los que están en la embajada en Buenos Aires.

—Seguro ellos también deben tener un soplón de los nazis adentro.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Paraje Tres Bocas, Tigre, Buenos Aires
2 de noviembre de 1938
9.00 a.m.

Cuando Bernardo escuchó que la lancha almacén prendía el motor, subió al bote y empezó a remar hacia el muelle de Ostende. Esther ya no estaba y los caseros y mucamas estaban distraídos cargando los cajones de mercadería. Para cuando la lancha empezó a andar, ya estaba a unos treinta metros; empezó a gritar y a hacer ademanes.

El lanchero lo miró raro y aceleró. Seguro era un islero que quería cigarrillos. A lo mejor ni siquiera le compraba un paquete entero. Pero Bernardo siguió moviendo los brazos y llamándolo.

—¡Eh! ¡Lancha!

Por fin el tipo paró el motor y la lancha se deslizó en silencio. Con dos paladas rápidas Bernardo se acercó y se paró en el bote.

—¿Qué pasa?

—¿Tiene carne? ¿Galleta?

—Algo tengo.

Cuando el lanchero dejó el timón y fue a fijarse en la heladera, Bernardo ató el bote a una manija en cubierta y subió a bordo.

—Busco algo para un guiso.

El lanchero no lo había invitado a subir; cuando estuvo a bordo notó que el grandote tenía un acento raro, aunque no le llamó la atención. Había mucho gringo en las islas. Muchos habían escapado de la guerra y nunca habían podido volver.

—Tengo falda y osobuco, ¿le sirve?

Cuando el lanchero cerró la heladera y se dio vuelta, vio la Luger en la mano de Bernardo.

Quiso correr al timón donde guardaba el machete, pero Bernardo se dio cuenta, lo hizo caer con una zancadilla, le saltó encima, le dio un culatazo en la nuca y le metió un trapo en la boca para que no gritara. Después lo ató y encendió el motor.

Anduvo unos trescientos metros hasta que, sobre el río Sarmiento, encontró un trecho de costa con menos casas. Ahí frenó, aunque dejó el motor encendido; le sacó el trapo de la boca al lanchero.

—Dame el paquete que te dieron recién en el muelle de Ostende.

El lanchero movió la cabeza y marcó un cajón. Cuando lo abrió, Bernardo encontró también una escopeta recortada. Le sacó los cartuchos y los tiró al agua.

—De ahora en más, todos los paquetes que te den en Ostende, sobres, libros, cajas, cualquier cosa, me los vas a dar primero a mí.

—Ese alemán es muy rico. Me va a matar. Ya me advirtieron que a ella no la lleve a ningún lado.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—No sé por qué. Me dijeron también que les avise si me entero de alguna lancha taxi contratada en Tigre que venga para Ostende. Los caseros ahí andan armados. Me van a matar si no les cumplo.

—Yo te voy a matar si no me mostrás los paquetes que les llegan y los que mandan.

Sin apurarse, Bernardo le volvió a meter el trapo en la boca. El ruido del motor terminó de ahogar los gritos del lanchero cuando le fue rompiendo, de a uno, tres dedos de la mano izquierda, con una maniobra rápida que le habían enseñado en Alemania.

Cuando se calmó, le sacó el trapo.

—¿Qué cosas le llegan a Esther, la actriz?

—Cartas de admiradores. Sobres con fotos, libros… Hoy justo le llegó un libro.

—También me vas a mostrar todo eso. Quiero ver todo antes que se lo des.

—…

—Yo no sé dónde vivís, pero si desaparecés o si hablás con alguien de esto, ya sé dónde encontrar tu lancha. Y si encuentro tu lancha, voy a encontrar tu casa, tu esposa, y si tenés, a tus pibes. No vale la pena. Pensá que, para empezar, se te puede incendiar la lancha y vos perdés todo. Pensalo.

—…

—No veo por qué no podemos ser socios. Acá te dejo unos pesos. Volvé a San Fernando y hacete vendar esos dedos. Esta vez no vas a necesitar yeso. La próxima depende de vos.

Bernardo agarró el machete y el paquete de Esther, saltó al bote y volvió remando hasta donde había dejado las cosas, cerca del muelle de Ostende.

Bajó a tierra, se sentó en un tronco, abrió el paquete que le dio el lanchero y entre varias cartas vio una dirigida a la sección Turf del diario *Crítica*.

La abrió y la leyó.

***

2 de noviembre de 1938
7.00 a.m.

Amor:

Me levanté temprano para escribirte, aunque sea una corta esquela. En un rato va a pasar el lanchero y quiero que sepas de mí y te quedes tranquilo. Descuento que con la lancha va a llegar alguna carta tuya pero no puedo esperar a leerte para escribirte.

Estoy bien, dentro de lo que una puede estar bien aquí encerrada. Freude, cuando viene, ni me habla ni me toca. No sé qué le pasa pero me empieza a inquietar. Ya me parece demasiado para una escena de celos.

Los caseros se pusieron más estrictos conmigo. Cada vez que me acerco al muelle siempre hay alguno cerca. Sé que todos andan armados. Y ahora han contratado supuestos peones que se sientan entre los árboles y ahí pasan la noche. Algo está pasando, pero no logro saber qué es.

Es tanta la ansiedad, te juro, que me dan ganas de gritar sola. Alrededor todo es bonito: los árboles, la casa perfecta, siempre pulcra, la ropa limpia, la comida deliciosa. Pero yo casi no como y te juro que preferiría estar hecha una pordiosera, tirada en una calle cualquiera de la ciudad antes que en este lugar siniestro de tanto silencio.

No hay día que no sienta que me estoy por quebrar.

Pero entonces pienso en ser como el junco, amor.

El junco no se quiebra con el viento. Siempre crece, aunque lo corten, aunque la crecida lo tape y parezca ahogarlo. Cuando se retira el agua, el junco está y vuelve mejor. Siempre vuelve más fuerte, cuanto más lo ahogan, cuanto más lo cortan.

Después de tantas cosas que me pasaron, después de que me usaran y me arruinaran, de que me dejaran estéril y sucia, siempre pensé que era como el junco.
Que renacía cada vez más fuerte.
Pero ahora, acá, acorralada y sin vos, muchas veces en los atardeceres grises, ya no me siento junco sino madera podrida, un pedazo cualquiera olvidado entre los pastos.
tuya

E.

(Carta de la actriz Esther Binder hallada en caja de seguridad de la embajada alemana en Buenos Aires en 1943. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

2/11/1938
17.32 hs.

DE: MARTÍN MULLER (San Fernando, Buenos Aires)
PARA: DIEGO MILLER (Capital Federal)

IMPORTANTE HALLAZGO EN ISLAS. AMPLÍO X CARTA A LUGAR SEGURO

(Telegrama con seudónimos del agente Bernardo Mitvein al agregado naval Dietrich Niebuhr. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje

Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

San Fernando, Buenos Aires
2 de noviembre de 1938
5.00 p.m

Jefe:

Como sé que detestás mi letra, le acabo de dar unos "mangos"[31] al jefe de la oficina de correo y le alquilé por media hora un escritorio y una máquina de escribir. Por eso te escribo apurado, sin mucha corrección, contra lo que tú me enseñaste. Sé qué vas a entender porque lo que he descubierto lo amerita.
Te adelanto una impresión, y no creo que me equivoque. "Nuestra amiga"[32] ya no será tan amiga: está por desertar.
Ahora te relato los hechos. Monté guardia cerca de la casa de nuestro amigo F. disfrazado de "islero"[33], hasta que al segundo día apareció una lancha que traía víveres y llevaba correspondencia. Entonces convencí al lanchero (ya conoces mis métodos) para que me dé toda la correspondencia que sale de la casa. Entre varias cartas sin importancia descubrí una dirigida "a la sección Turf" del diario Crítica donde nuestra amiga contaba a un amante que F.[34] la tiene casi presa en la isla y da a entender que ya va a encontrar la manera de escapar.
Ambos datos me parecen importantes:

a. *¿qué pasó entre nuestra amiga y F.? ¿Por qué la desterró de su casa en Belgrano y la encerró aquí en el Delta*[35]*? Si nuestro temor era que nos traicionara con F. por dinero, me parece que eso ya no va a suceder. ¿Acaso F. descubrió que nosotros sabemos de sus manejos con lo que viene en los barcos?*
b. *si está encerrada o fue descubierta, es lógico que nuestra amiga quiera escapar, pero ¿por qué no nos pide ayuda a nosotros? En la sección Turf de Crítica, por lo que averigüé, trabaja ese periodista medio tahúr que trajeron Talbott y Philby al Plaza Hotel y que a mí siempre me pareció tan sospechoso… Rogelio Pastrana se llama. Esa noche lo vi hablando con nuestra amiga y ella me dijo que lo conocía de alguna entrevista; pero vi cómo se miraban. Te imaginarás que sé como nadie cómo mira ella cuando le gusta un tipo. A Pastrana lo investigué por mi cuenta y por una cena y un par de botellas de vino (¡qué baratos son los periodistas!) sus amigos me confirmaron que sí, que hace unos años Pastrana tuvo un affaire con nuestra amiga y quedó malherido.*

Entonces me pregunto: ¿y si Pastrana es sólo el anzuelo afectivo para que los británicos seduzcan a nuestra amiga y la saquen del país? ¿Y si Philby, y sobre todo Talbott, no son lo que parecen pese a todas sus credenciales de amistad con el Reich? Me voy a quedar unos días más por aquí, aunque no veo la hora de volver a la ciudad, darte un abrazo y quitarme esta humedad maldita de la ropa. En Córdoba las pensiones no eran mejores, pero por lo menos el clima era seco y no había este tufo a transpiración acumulada ni mosquitos a toda hora.

Quiero interceptar más cartas y ver si descubro algo más. Quiero también estar seguro de que el lanchero no me va a traicionar. Ya sabemos que los hombres son buenos, pero si se los controla son mejores. Lo conocí esta mañana (es un decir) y para que veas que soy un buen tipo, esta misma tarde acabo de pasar a saludarlo por su casa con un par de botellas de vino y una pelota de cuero para sus hijos. Creo que entendió el mensaje y no se va a "hacer el vivo"[36].

De todas maneras y mientras espero tener acceso a más correspondencia, me parece que el asunto es lo suficientemente grave como para escribirte a nuestra casilla de correo reservada y no a la Embajada. Descuento que habrás ido en persona y sin nadie que te siga. Va adjunta a esta la carta de nuestra (¿ex?) amiga.

Te juro, querido, que puedo dejar de darle vueltas al asunto; descuento que a ti te va a pasar lo mismo, pero en cualquier caso estos elementos te van a servir para elaborar una estrategia.

En nuestra intimidad, me animo a darte un consejo: es hora de hacerle una visita a F. Creo que ya sabemos bastante sobre él como para tener una negociación razonable y que no nos deje fuera de sus recientes e inmensos negocios.

En esa negociación, bien podemos sacrificar a nuestra amiga que, como vimos, tiene otros planes que no nos incluyen.

Muchas veces me lo dijiste: "no te olvides que fue y será siempre una perra judía".

Te extraño y abrazo.

B.

(Carta en alemán, de Bernardo Mitvein al agregado naval Dietrich Niebuhr, decomisada en allanamiento a la casa de Niebuhr, en 1943. Traducción judicial. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

2 de noviembre de 1938

Mi admiradísima Esther Binder:

Me tomo el atrevimiento de escribirle estas líneas para tener noticias suyas. ¡Hace tanto que no la veo en cartel, en una cinta o en un teatro!
Las que la admiramos necesitamos saber que está bien. No nos desilusione, por favor. Esperamos una señal suya, una carta en Antena, una foto autografiada.
¿Le pasó algo en estos meses? ¿Algún contratiempo que la incomode? ¿Está enferma?
No se preocupe. Sus admiradoras todo lo sabremos entender. Y nada hará mella en el afecto que por Usted sentimos.
Suya.

R.

(Texto sin firma, manuscrito en el dorso de tarjeta postal con frente de ángeles coloreados a mano y hallada en caja de seguridad de la embajada alemana en Buenos Aires en 1943. El texto es atribuido a un periodista de la época, Rogelio Pastrana. Fuente: Segundo Sumario de Espionaje Nazi en Argentina, Archivo Poder Judicial de la Nación)

***

Buenos Aires, 3 de noviembre de 1938
11.00 a.m.

—Me gustaba mucho esa mujer, Pastrana.

—Sí, pero era peligrosa. Los dos lo sabíamos.

—Me cuidó todos estos meses; me ayudó a bañarme, me dio de comer en la boca.

—Sí, sí. Y lo tuvo controlado.

—¡No puede ser! Le revisé la cartera, no llevaba armas; ni un cortaplumas.

—A ver: ¿usted le cree al viejo Talbott todo lo que le dijo de lo que hacen los nazis acá y no le cree que Lina lo espía? Eso se lo dijo él, ¡eh!

—Es que no lo puedo creer. El sexo no miente, la piel no miente.

—Amigo, puedo presentarle esta misma semana una docena de mujeres que por unos mangos le harían creer que están

perdidamente enamoradas y que la piel no miente. Me extraña, Philby. ¿No les enseñan eso en Londres?

—No se haga el vivo, ¿quiere? Me gustaba esa mujer; yo estaba perdido por ella y ella por mí.

—Esas minas no son de nadie, Philby. Hacen lo que quieren, con quien quieren, cuando quieren. Y a nosotros nos gustan así. En eso se parece a Esther. Hace días que no me contesta las cartas.

—No debe ser fácil escribir para ella. Está presa de Freude y ese tipo es poderoso, muy poderoso; es algo más que un empresario nazi.

—¿Y qué va a hacer con lo de Talbott?

—Ya se lo conté todo a mi amigo Guy. Él lo va a informar en Londres.

—Entonces usted se tiene que ir ya mismo de acá. Váyase antes de que se den cuenta que usted fue el informante.

—¿Le parece? Talbott puede haber hablado con cualquier otro inglés de Buenos Aires.

—Sí. Pero usted es el único inglés que conoce a Talbott antes de que llegara a Buenos Aires y además conoce a los personajes de la embajada. Los nazis van a sumar dos más dos y lo van a venir a buscar.

—¿Y entonces?

—Váyase. Váyase, Philby.

—Pero recién me sacaron la venda de la cabeza, apenas si puedo comer y hablar. Todavía me duelen los dedos.

—¡Váyase, carajo! Váyase mientras pueda. Ya se salvó de un secuestro.

—Pero ahora me cuida la embajada británica.

—Sí, claro… Una embajada llena de tipos que van a cócteles con los nazis. ¿Me está cargando? ¿Por cuánto cree que lo entregarían? ¿Dos putas? ¿Un auto? ¿Mil pesos?

—…

—Hágame caso: váyase mientras pueda.

—Lo voy a pensar. Pero por las dudas, mientras tanto, llévese mi diario. Total, está en inglés y usted de inglés ni jota.

—No me provoque. Puedo conseguir un diccionario.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
3 de noviembre de 1938
2.00 p.m.

Dietrich Niebuhr mira el río desde la ventana.

Tiene ganas de pegarle una trompada al vidrio, pero un oficial de su rango no puede mostrar semejante desborde de emociones.

La secretaria acaba de traerle un cable secreto que llegó de España. Su viejo amigo Ulrich von Der Osten, jefe del Abwehr en el lado franquista, ató cabos y le dice que esté atento a un tal Harold Russell Philby, alias Kim, un periodista británico que trabaja para el *Times* porque puede ser un agente comunista.

Un temblor de odio lo lleva a fumar, caminar, sentarse, volver a pararse frente a la ventana, apagar un cigarrillo y encender otro.

No uno, sino dos informantes recién llegados de la frontera con Francia le contaron a von Der Osten la historia: como parte de la locura de las purgas de Stalin, tres agentes de la NKVD viajaron a la

Argentina a buscar a Alexander Orlov, jefe del espionaje soviético en el bando republicano.

Orlov desertó en julio y los soviéticos dicen que se llevó parte del oro de España. ¿Cuánto? Nadie sabe. Lo cierto es que Orlov algo olfateó cuando se desataron las purgas y desapareció de la faz de la tierra con su esposa y su hija justo antes de encontrarse con este tal Philby en Perpignan, cerca de la frontera. La cita estaba cantada; pero Orlov no se presentó. Philby sí, aunque pudo escapar. En la fuga, degolló a uno de los agentes soviéticos, un búlgaro.

Según von Der Osten, en la España franquista nadie se imaginaba que Philby, un periodista tan british, tan correcto, fuera un espía soviético. Si hasta fue condecorado por Franco. Von Der Osten, que se jacta en el cable de haberle robado una novia, una actriz británica, lo vio siempre como un tipo tímido y nunca lo hubiera imaginado capaz de ser un agente y mucho menos degollar a un sicario experimentado.

Después de la fuga, los de la NKVD descubrieron que Philby había pedido vacaciones en el *Times* y viajado a la Argentina. Así que mandaron a tres hombres a buscarlo. Uno es bastante conocido en España; es un italiano nacionalizado argentino llamado Vittorio Codovilla, un comisario político del PCUS. Los otros dos son dos sicarios. Uno es un búlgaro, primo del agente al que Philby degolló en Perpignan; el otro es un catalán reclutado en la guerra, llamado Ramón Mercader.

Niebuhr se sienta de a ratos en el escritorio y anota nombres, tiende flechas. Golpea la madera. Lleva la mano al teléfono, pero se frena. Todavía no. Tiene que pensar más, tiene que serenarse.

Porque según von Der Osten, los tres agentes de la NKVD con ayuda del PC argentino finalmente descubrieron a Philby en Buenos Aires, lo secuestraron y cuando lo estaban haciendo hablar —no entienden cómo— apareció la policía. Codovilla y Mercader pudieron escapar, pero el búlgaro murió. Ahora están en Francia cazando trotskistas.

Niebuhr, sin saberlo, sólo por precaución, le había ordenado a Lina que se quedara cerca de Philby, que lo visitara y lo tratara como ella sabe. Pero Lina no descubrió nada, no vio papeles ni libretas ni armas, nada, apenas su pasaporte con su nombre real. ¿Será verdad? ¿O Lina también me está ocultando cosas? ¿Lina una traidora? Otro golpe en escritorio; otro cigarrillo apagado a medio fumar.

Viancarlos le había dicho que la embajada británica le había pedido especialmente que lo cuidara para que no lo volvieran a secuestrar porque era hijo de un diplomático inglés y periodista de uno de los diarios más importantes de Londres. ¿Ese tipo era un agente soviético? ¿En serio? ¿Ese tipo desgarbado, medio lento, había degollado a un sicario de la NKVD y se les había escabullido dos veces?

Pero lo que más lo indignaba era Talbott, ese viejo de mierda. El propio Ribbentrop lo había tratado en Londres cuando era embajador y se lo había recomendado. Era un simpatizante del Reich, dijo Ribbentrop, un anticomunista confeso: los bolcheviques le habían quitado sus empresas. ¿Ese tipo nos infiltró un agente soviético? ¿O ahora era un agente británico y por eso lo cuidaban tanto los de la embajada?

Talbott ya no trabajaba más para él. Tenía cáncer; mejor sacárselo de encima. Al final, sin saberlo, tuvo razón, lo echó; pero ahora necesitaba que ese viejo de mierda dijera la verdad: para qué trajo a Philby.

Por fin Niebuhr se quedó un rato quieto; ahora sabía qué hacer. Pidió por teléfono:

—Que venga Lina. Urgente.

***

Buenos Aires, 3 de noviembre de 1938
4.30 p.m.

No le fue difícil a Lina Maurer convencer a Talbott para que la recibiera en su departamento. Le dijo que Niebuhr le mandaba algo de dinero como manera de agradecer sus servicios al Reich. Talbott pensó que la plata le vendría bien, para un pasaje a Londres o para remedios, y abrió la puerta casi contento.

Lina entró, segura, escotada, y Talbott envidió por apenas un segundo a Philby. Un segundo, tal vez tres, no más. Porque no bien cerró la puerta, Lina metió la mano en la cartera como quien busca cigarrillos y sacó una Luger.

—¿En serio pensó que Niebuhr le iba a mandar dinero? Me extraña que un agente soviético como usted sea tan ingenuo.

—¡¿Qué dice, Lina?! Usted conoce mi historia.

—Conozco la historia que nos contó. Pero la gente cambia. Sobre todo, cuando la compran. Y a usted, que se está muriendo, lo puede comprar cualquiera, hasta los comunistas.

Sin dejar de apuntarle, Lina abrió la puerta del departamento para que pasara Karl Arnold.

—Esposalo, poné un disco y andá para lo de Philby. Llamame desde allá —le dijo en alemán.

Talbott quedó sentado en un sofá y Lina en un sillón, con la Luger en la mano. El disco era de música clásica.

—Ahora dígame quién es Philby. Cuénteme todo lo que sabe. Todo.

Talbott le habló de cómo había conocido a Philby en Londres, de su padre, de cómo se lo recomendaron por lo bien que hablaba alemán, de cómo eso lo había ayudado a él para avanzar en su relación con Ribbentrop cuando era embajador del Reich en Londres; le contó que Philby había ido dos veces a Berlín a pedir fondos para su revista y que la última vez le dijeron que no iba a haber más dinero, pero que nunca desconfiaron de su simpatía por el Reich.

—El propio Ribbentrop le firmó a Philby una carta de recomendación para los franquistas cuando fue a cubrir la guerra en España.

Lina se había parado; iba y venía impaciente.

—Usted sabía que era un agente soviético.

—Es imposible.

El culatazo le abrió la pelada al viejo Talbott.

—¿Vas a hablar, viejo de mierda, o tengo que hacer entrar a Bernardo para que te empiece a cortar los dedos con una tenaza?

Talbott quiso gritar, pero un golpe en el cuello lo ahogó. El segundo culatazo lo dejó tonto y Lina aprovechó para ponerle un pañuelo en la boca.

Caído de costado sobre un sofá, lejos de su tierra, con la sangre que le cerraba un ojo, Talbott entendió que iba a morir y sintió paz por primera vez en su vida.

Tenía terror a los dolores del cáncer y no sabía si le iba a alcanzar el dinero para la morfina.

Ya había hablado con Philby; ojalá él también pudiera hablar.

Si Philby llegaba a contar lo que él le había contado, ambos serían héroes.

De todos modos, la paz profunda que sentía ahora le decía que ese ya no era su problema.

Desde el sofá, Talbott miró a Lina y le dijo que sí con la cabeza.

Iba a hablar.

***

Buenos Aires, 3 de noviembre de 1938
5.45 p.m.

Philby nunca imaginó que la primavera pudiera ser tan hermosa en algún lugar del mundo. En Londres, la primavera era gris y lluviosa como el invierno. En cambio, aquí, desde la ventana del departamento había podido sentir un equilibrio perfecto entre calorcito de día y viento fresco de noche.

Era la primera vez en tres meses que salía solo, ya sin vendajes. Se había preparado para este momento. No quería que nadie lo viera caminando inseguro como un viejo, mareado o con bastón. Por eso, en el departamento, primero caminó por los pasillos; después subió escaleras, llenó de agua damajuanas de vino para recuperar sus

bíceps y apretó durante horas una vieja pelota de tenis que le consiguió Rogelio para recuperar la movilidad de sus dedos quebrados.

Era hermosa la primavera en esta avenida del fin del mundo, pero algo le decía que no la iba a poder disfrutar. Talbott lo había llamado dos horas antes diciéndole que Lina lo visitaría para llevarle plata. Talbott estaba preocupado: ¿sabrían algo los alemanes? Philby le dijo que seguro que no y para tranquilizarlo le pidió que lo llamara media hora después de la cita para saber si estaba todo bien.

Pero Talbott no llamó.

Philby quiso convencerse de que no pasaba nada; que él era un paranoico, que sus años como espía lo habían trastornado. Pero otro impulso casi eléctrico le decía que había peligro en el aire y que, como en Perpignan, tenía que salir de ese departamento cuanto antes.

En un bolso puso un par de camisas, medias y un pantalón. Del escritorio sacó una navaja, la plata y el pasaporte. Su diario estaba a salvo porque se lo había dado a Rogelio.

Caminó un par de cuadras por Callao hacia el río y entró en un hotel caro. En inglés pidió hacer una llamada y lo hicieron pasar a una cabina.

Discó el número de Talbott.

Atendió Lina.

—¿Qué haces ahí?

—Stafford se descompuso y llamó a la embajada.

—Pásame con él.

—No puede hablar, Kim, está muy mal.

—¿Que le pasa?

—No sé. Está desmayado.

—Voy para allá.

Philby supo que Lina estaba mintiendo y él también mintió. Talbott estaba en peligro, pero no iba a ir a buscarlo. Si se hubiera descompuesto, Talbott lo hubiera llamado a él, nunca hubiera pedido ayuda a la embajada. Pagó la llamada y salió.

Mientras volvía al departamento Philby sintió en la piel la primavera porteña y los orgasmos de Lina. Sabía que le estaba mintiendo, pero ¿cómo podía ser que le mintiera así a él? Ella, que le había cocinado y dado de comer en la boca, que le había limpiado las heridas y cambiado las vendas todos estos meses, ¿le estaba mintiendo así ahora?

Lina siempre le había dicho a Kim que era traductora, una administrativa casi.

¿Era una agente entonces?

¿Lo había estado vigilando todo este tiempo?

¿Habría visto su diario?

Imposible. Nunca se despegaba de él y lo guardaba con un sistema de hilos delatores tan sutil que, si alguien lo tocaba, se hubiera dado cuenta.

No. No iba a ir a rescatar a Talbott. Así lo había acordado con él.

Pero pensó que iba a tener más tiempo para escapar.

Antes de llegar al departamento, desde la vereda de enfrente, vio a un tipo que le resultaba familiar. Estaba tratando de reconocerlo cuando se dio cuenta de que también lo había visto y caminaba hacia él.

Kim paró un taxi y subió.

El tipo corrió para alcanzarlo, pero no llegó.

Era Karl Arnold.

***

Buenos Aires
6.00 p.m.

Talbott habló.

Mientras hablaba, pidió varios whiskys.

(Todavía tiene el vaso en las manos esposadas).

Talbott habló y Lina Maurer ahora mira por la ventana. No espera a nadie, pero está furiosa.

Tiene que pensar.

Porque Talbott le habló de cosas que ni ella misma sabía, negocios de los que la dejaron afuera. Wolframio. Sabía que Bernardo había estado en un pueblo perdido de Córdoba, pero algo en lo que estuviera metida la Thyssen seguro era mucho dinero. Y a ella no le habían dicho nada. Niebuhr le decía que era como la hermana menor que nunca había tenido, pero cuando había buena plata de por medio la volvía a tratar como a una empleada. Pierde la chaveta Niebuhr por Bernardo, le da todo, pensaba Lina. El plan para hundir barcos ingleses en puerto lo conocía y le parecía delirante. Me preguntaron si quería aprender a bucear y les dije que ni loca. Nah. Ese era un delirio de militares, no de agentes. Nosotros sabemos buscar datos, no poner bombas. Lo de las putas y las fiestas para militares y policías lo sabía bien. Ella misma les había tenido que pagar a las putas y hasta acostarse con alguno de los coroneles. Pero lo más increíble era lo de los billetes. ¿En serio hay

cargamentos enteros de billetes llegando a Buenos Aires y no repartieron nada?

Sonó el teléfono. Arnold.

Lina escuchó en silencio. Pensó rápido y, en alemán, le dijo:

—Ubicalo a Bernardo. Decile que Philby se escapó. Que esté atento a un llamado nuestro. Yo me quedo acá. Llamame en diez minutos.

Talbott la estaba mirando. Lina le sacó el vaso de whisky de la mano y le volvió a poner el pañuelo en la boca. Movió una silla y la mesita del teléfono y las puso detrás del sillón donde estaba Talbott. Le puso el seguro a la Luger y la apoyó entre la silla y su pierna y se puso a discar.

Discó no menos de quince veces hasta que alguien atendió.

—Diario *Crítica*, buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Me podría pasar con Hípicas?

—Le comunico.

(…)

—Hípicas.

—Hola, ¿quién habla? ¿Bermúdez?

—No, Sosa. ¿A quién buscás?

—A Pastrana. Soy Lina, una amiga.

Sosa se acordaba perfecto de Lina. Bermúdez se la había mostrado un día que se iba del brazo con Pastrana por Avenida de Mayo. Un culo soberbio.

—Ah, ¿qué tal? Mirá, Rogelio acaba de salir hará cosa de diez minutos para Palermo. Calculo que volverá por acá porque se dejó el chambergo.

—Gracias, Sosa. Un día de éstos paso a saludarte.

—Dale, con todo gusto.

Después de cortar, Sosa se quedó pensando en el culo de Lina, en esos tacos y esas piernas.

Lina se quedó pensando en cuánto faltaba para la llamada de Arnold.

Talbott apenas se movía, pero pensaba que por lo menos no iba a morir de cáncer en el culo del mundo. La sangre de la cabeza ya estaba seca, lástima que había manchado el sillón y la alfombra. No iba a haber tiempo de limpiar, pensó Lina.

Volvió a llamar Arnold.

—Pastrana acaba de salir para el Hipódromo de Palermo. Decile a Bernardo que vaya para allá. Seguro está yendo a encontrarse con Philby. Philby no conoce la ciudad, así que para escapar lo necesita a Pastrana.

Lina cortó, sacó la Luger de abajo de su pierna, se paró y desde atrás le pegó un culatazo a Talbott y lo volvió a desmayar. Ya de frente, le sacó las esposas y el pañuelo de la boca; después pasó un pañuelo por la mesita, las sillas y el teléfono y se sacó los tacos, las pulseras y los anillos.

Por entre las cortinas pesadas, cuidando de mostrar poco las manos, apoyó al viejo Talbott en la ventana, lo levantó de los tobillos y lo dejó caer.

Antes de salir, se calzó los zapatos y metió apurada en la cartera las pulseras, los anillos y la Luger.

No se asomó al patio interno para ver el cadáver.

***

6.30 p.m.

Antes de salir para Tigre a encontrarse otra vez con el lanchero, Niebuhr le había pedido que cada hora hiciera un llamado de control a la embajada. Bernardo le preguntó para qué. Niebuhr le dijo que era una orden. Estaba molesto, nervioso.

Estuvo más de dos horas sin reportarse porque en el camino de ida y vuelta en taxi a la casa del lanchero no encontró ningún teléfono público. Recién cuando volvió a la estación de Tigre pudo llamar.

Lina le había dejado un recado en clave a la operadora del conmutador y Bernardo lo tradujo con asombro: que se juntara con Arnold en el Hipódromo de Palermo; que buscaran a Philby y a Pastrana. Tenían que sacarlos de ahí y llevarlos a una casa segura. Si por algún motivo no podían, había carta blanca para eliminar a Philby.

Con la caja que le había dado el lanchero todavía sin abrir, tomó el primer tren a Buenos Aires. Buscó un vagón vacío, se sentó y abrió la caja. Entre revistas de moda y cartas de admiradores, encontró un libro en alemán. Dentro había una esquela manuscrita, sin firma. Bernardo ya sabía quién la había mandado.

¿Te pasó algo amor?

¡Por favor!

Conseguite un teléfono, mandame un emisario, algo.

Voy tres y hasta cuatro veces al mostrador a preguntar si llegó correspondencia. Los muchachos me ven venir y me dicen que no

con la mano. ¡Si hasta les compro facturas para que si llega algún sobre me lo traigan enseguida al escritorio!

Necesito saber si todo lo que soñamos todavía tiene sentido.

Tuyo. Siempre.

Otra vez Pastrana. Bernardo apoya la esquela sobre la caja, mira por la ventanilla y siente cómo empiezan a encajar las piezas.

1. Pastrana aparece por todos lados. Es un agente inglés. Por algo trabaja en *Crítica*. Esa debe ser su tapadera.
2. Philby también es periodista y también debe ser un agente inglés. Pero eso no explica por qué lo secuestraron.
3. Pastrana quiere que Esther se fugue con él para que revele secretos de nuestros agentes y de la embajada. Es obvio. Y pensar que nosotros los llevábamos a los dos, a Philby y a Pastrana, a nuestras recepciones…
4. Hay que cortarle el camino de fuga a Esther. Pero ¿cómo hacerlo sin delatar que ella es un topo metido en casa de Freude?

Bernardo guardó la esquela en un bolsillo del saco, abrió la ventanilla y tiró la caja. Palpó la Luger en la sobaquera, metió la mano y le quitó el seguro sin mostrarla. Faltaban quince minutos para llegar a Palermo, pero no se pudo quedar sentado. Terminó el viaje parado al lado de la puerta.

Ahora entendía mejor el mensaje de Lina: captura o muerte.

***

Hipódromo de Palermo, Buenos Aires
7.00 p.m.

—¡¿Me puede explicar qué carajo está pasando?!

Estaban sentados en la sala de prensa; Rogelio había presentado a Philby como un colega del *Times* que quería comparar las apuestas en los *derbies* británicos con las carreras argentinas. Después de los apretones de manos y algunos chistes sobre ingleses, se sentaron en un rincón alejado, frente a dos máquinas de escribir; fingieron tranquilidad. Philby pensó que hacía meses que no tocaba una máquina, sólo escribía su diario, a mano.

—¡Se lo dije! ¡Le dije que se fuera a la mierda! ¡¿Qué pasó ahora?!

Philby había llamado a *Crítica* desde un teléfono público. Le pidió a Rogelio que pasara urgente a buscarlo en taxi. Lo iba a esperar en el hall del Hotel Alvear. De camino le dijo que tenía que esconderse, que necesitaba un lugar seguro por unos días.

—¿Lo quieren secuestrar otra vez? ¿Quién?

—Los nazis. Le hicieron algo al viejo Talbott. Estoy seguro.

—¿Cómo sabe?

—Lo llamé y me atendió Lina. Estaba rara, le conozco la voz. No me quiso pasar con él. Me dijo que estaba descompuesto.

—¿Y? Puede ser. Tiene cáncer.

—Sí. Pero Talbott no quería saber nada con los de la embajada y menos los hubiera invitado a su casa. Aceptó porque le dijeron que le iban a llevar plata. Además, cuando estaba volviendo al departamento vi a uno de los matones que anda con ellos en la puerta del edificio. Tomé un taxi, pero el tipo me vio y hasta me

corrió. Estaba solo; por suerte no me alcanzó y no consiguió taxi para seguirme. Pero ya no puedo volver al departamento.

—¿Trajo el pasaporte?

—Sí.

—Déjeme que haga un par de llamados a ver dónde se puede quedar.

—Y cómo hago para salir del país…

—Eso es más fácil. Tiene que cruzar a Uruguay.

—¿Por el puerto? Imposible. Van a estar vigilando.

—No. Por las islas. Tranquilo. Ahora hay que esconderse en algún lado.

Rogelio sacó de un tirón una carilla de papel pautado que había en una de las máquinas y con un lápiz negro que había en la mesa anotó una dirección.

—Si no vuelvo en quince minutos, tómese un taxi y nos encontramos ahí.

Philby guardó el papel y Rogelio salió de la sala de prensa a buscar cabinas de teléfono más discretas.

Sabía adónde ir; conocía el Hipódromo como nadie.

Lo que no sabía es que Bernardo lo acababa de ver desde el *paddock*.

***

El problema de ser miope es que uno tiene que usar anteojos para ver de lejos.

El problema de usar anteojos es que cuando uno siente peligro en el aire, tiene que mirarlo de frente, no de reojo.

Cuando salió de la sala de prensa, Rogelio sintió el peligro: atrás, un poco a la derecha. El mismo sexto sentido de tahúr que tantas veces le hizo intuir qué jugador tenía qué carta en una mano de truco o póker le dijo que había algo temible detrás suyo y se tuvo que dar vuelta.

Así supo que Bernardo lo seguía y Bernardo supo que Rogelio lo había visto y empezó a correr entre la gente.

Pero Rogelio conocía bien el hipódromo y sus recovecos. No quería volver a la sala de prensa para que Bernardo no lo encontrara a Philby. Tenía que mantenerlo ocupado quince minutos para que Kim se fuera en taxi al ver que él no volvía. Quince minutos escapando de ese gorila.

Usó su carnet de prensa para entrar en la zona de palcos; encontró un mozo conocido y le pidió cambiar la ropa. Le dejó su saco y se puso un chaleco y una gorra. Hizo tiempo diez minutos. Cuando salió del vestuario de los mozos para irse, justo lo vio entrar a Bernardo, charlando en alemán con alguien que le palmeaba el hombro y le cedía el paso.

Bernardo también lo vio, pero tuvo que disimular unos segundos hasta disculparse y dejar al alemán que lo había hecho entrar a los palcos. Rogelio aprovechó para esfumarse otra vez.

Corrió hasta el salón donde paraban los prestamistas. Era un bar con varias cabinas de teléfono; se metió en una a hacer como que hablaba. Pero al rato entró Bernardo, agitado.

Los custodios de los prestamistas lo miraron, se dieron cuenta de que llevaba un arma en la sobaquera: seguro pensaron que venía a robar y se empezaron a acercar. Rogelio aprovechó para salir de la cabina; al verlo, Bernardo quiso sacar la Luger. Uno de los *culatas* le

sacudió desde atrás un *cross* en la oreja que lo hizo tambalear. La Luger cayó al piso y arrancó la pelea.

Cuando salió, Rogelio vio que estaba llegando la policía.

Ya habían pasado los quince minutos; podía salir a buscar un taxi.

***

Buenos Aires, 3 de noviembre de 1938
9.30 p.m.

Pastrana me había anotado una dirección en un papel. Después de esperar los quince minutos salí del Hipódromo, tomé el primer taxi de la fila y le di el papel al chofer. Me miró extrañado por encima de los anteojos. No tardamos mucho en llegar. No era una casa ni un edificio; parecía un galpón. En la puerta había un tipo con un escarbadientes en la boca y cara de mala gente; me estaba esperando.

Me hizo pasar por una puerta lateral y antes de cerrar se fijó que nadie me estuviera siguiendo. Después me hizo caminar por un corredor larguísimo que olía a Fluido Manchester. Llegamos a un patio techado con montones de botas de montar. El tipo me dejó ahí esperando un buen rato. Me senté en un banco de madera, armé una pipa y empecé a identificar voces y relinchos al otro lado de una puerta. Un stud, pensé y me tranquilicé. Tanto que hasta me quedé dormido.

Me despertó el ruido de la puerta; apareció otro tipo, muy petiso y flaquito, que me hizo un ademán para que lo siguiera. Cuando entré en el galpón vi que no era el único: había como diez de estos

enanitos jugando a las cartas. No deberían medir más de un metro y medio. Me miraron de arriba abajo y se codearon entre ellos.

—¡Este seguro no viene para jockey![37]

Todos nos reímos; después me saludaron con un gesto respetuoso y volvieron a sus naipes. Al fondo del galpón se veían camas marineras, otra mesa, una cocina. Al otro lado estaban, más lejos, los caballos; algunos parados otros echados. No había olor a bosta; sólo a fardos de pasto seco, a cuero, a betún.

El enanito me invitó a subir por una escalera de madera gris con vidrios de colores en los descansos. Parecía que estábamos dejando el galpón para entrar en una linda casa. Así, anduvimos por varios pasillos y llegamos a un jardín de invierno donde había unas sillas de paja, una mesita con un cenicero y un paquete de Imparciales[38].

El enanito me dejó solo, me senté y esperé otro buen rato, hasta que apareció un gordo inmenso que se presentó como "Congreve". No sabía si era su nombre o su apellido. Sacó un cigarrillo del atado y lo prendió. Soltó el humo e hizo un silencio largo, sin mirarme.

—Me llamó Pastrana. Me pidió por usted; si se podía quedar acá a pasar la noche.

—Gracias, muy amable.

—Todavía no le dije que sí.

—Disculpe.

—Mire, inglés, no sé en qué andará metido. Lo único que le digo es que se va a poder quedar esta noche nada más. Mañana tempranito se me va de acá.

—Gracias. Muchas gracias.

—Y va a tener que respetar las reglas de la casa.

—Por supuesto.

—En un rato los jockeys van a cenar; se acuestan temprano. Ya les dije que le guarden un plato de comida. Nada de alcohol ni tabaco en el establo. No quiero borrachos ni un incendio. ¡Ah! Y suerte con las camas, no creo que entre en ninguna.

Congreve se levantó y sin decirme adiós ni darme la mano se fue por un pasillo, fumando. Al rato me vino a buscar el enanito y me llevó con los demás jockeys. Nunca había visto tantos tipos tan petisos todos juntos.

Estaban escuchando la radio y se asombraron de que yo conociera algunos tangos. Cuando entraron en confianza me ofrecieron unos mates y me llevaron a ver cada uno de los caballos; me dijeron cuál era bueno y cuál, un "matungo"[39].

Después me intentaron enseñar a jugar un juego de naipes muy raro. "Truco", lo llaman. Se juega en parejas, se habla mucho, se pasan señas con la cara y, por lo que vi, se miente mucho. Menos mal que no jugué por plata; me hubieran esquilmado.

De pronto en la radio se escuchó la voz de Carlos Gardel y los jockeys soltaron los naipes, se pusieron de pie, se abrazaron y me invitaron a su abrazo.

Fue una escena increíble que sucedió hace apenas una hora; la escribo para no olvidarla, incómodo en esta cama donde no me entran las piernas.

Yo abrazado a aquellos enanitos cuarenta centímetros más bajos.

El tango se llamaba "Por una cabeza"; algunos jockeys lloraron.

Yo fui feliz.

(Papel manuscrito, agregado al diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú, traducción propia)

***

Karl Arnold se había ido en uno de los autos. El otro la esperaba a Lina a la vuelta del departamento de Stafford Talbott. Al bajar del ascensor empezó a escuchar gritos de vecinos espantados por el golpe del cuerpo de Talbott contra el piso del patio. Nadie se fijó en ella.

Al llegar al auto prefirió sentarse atrás.

—Al Hipódromo de Palermo —le dijo al chofer en alemán—. ¿Cuánto tardamos en llegar?

—Unos veinte minutos.

Tenía veinte minutos para calmarse y pensar. No era la primera vez que mataba un hombre. Pero a Talbott lo conocía; no era lo mismo.

Metió la mano en la cartera y le puso el seguro a la Luger; después sacó un espejo para arreglarse el pelo: se revisó la cara y la ropa para ver si tenía marcas de sangre o golpes.

Más tranquila, apoyó la cabeza en el asiento. Necesitaba pensar. ¿Wolframio para la Thyssen? ¿Cómo no le habían dicho nada a ella que por orden de Niebuhr coqueteaba con uno de los gerentes para ver en qué andaban? ¿Cargamentos de billetes sin declarar? ¿Para qué? ¿Cuánto dinero había detrás? ¿Por eso lo habían matado a Ludwig?

Al llegar al Hipódromo lo encontró a Bernardo esposado contra una pared. Se había trenzado primero con tres matones de los cobradores de apuestas y después con varios policías. Los matones

se estaban poniendo hielo en la cara y los policías de vez en cuando le sacudían un palazo en la espalda para que se quedara quieto.

Lina se acercó a los gritos:

—¡Alto! Ese hombre trabaja para la Embajada de Alemania. Soy su abogada. ¡No lo pueden tratar así!

Los policías y los matones se dieron vuelta y miraron de arriba abajo a esa espléndida mujer que se les venía encima y dejaron de pegarle a Bernardo.

—Déjenme hablar un minuto con él y después lo llevan a la seccional y allí discutimos lo que pasó.

Los policías se hicieron a un lado y se pusieron a fumar. Ya se había acercado un patrullero. Le dijeron que esperara. Lina y Bernardo hablaron en alemán.

—¿Los encontraste?

—No. Se escaparon.

—¡¿Cómo que se escaparon?! ¿Los dos?

—Yo vi a Pastrana nada más. Al inglés no lo vi.

—¡¿Sos idiota?! ¿Y ahora? ¡¿Qué carajo hacemos?!

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
10.30 p.m.

Dietrich Niebuhr y Ludwig Freude hablan en alemán.

—¿Un whisky?

—No. Gracias.

—Lo va a necesitar.

—¿Por qué?

—Porque lo llamé para decirle que sabemos lo que nos ocultaron: los embarques de dinero. Nueve embarques de tres toneladas de billetes cada uno. Mucho dinero.

—Obedezco órdenes…

—… y está haciendo un gran negocio.

—Es la comisión que me corresponde. No sé si sabe que los banqueros cobramos por nuestro trabajo.

—Ludwig, por favor, no hay manera de controlar que usted cobra lo que dice que cobra. Y se le va la mano. El precio del cambio en el mercado negro lo pone usted.

—¿Y? No soy un empleado, mucho menos *su* empleado. El Reich me confió esta misión…

—El Reich, no. Las SS.

—Me confiaron una misión y la estoy llevando adelante de manera exitosa. Lo que obtenga en el camino es asunto mío. ¿Tiene alguna acusación formal para hacerme o sólo me va a amenazar?

—Ludwig, por favor. Estamos solos y, como verá, es una charla amistosa.

—Me parece que Sandstede tendría que estar en esta conversación y entre ustedes, entre agentes, entre representantes de las SS y del Abwehr, deberían aclarar lo que tengan que aclarar y no meterse ni en mi misión ni en mi negocio.

—Me parece que usted debería ser más generoso y cooperar con nosotros. Al fin y al cabo, somos los que controlamos la naviera por donde viajan sus cargamentos de billetes. Imagínese lo que pasaría si esos cargamentos no declarados, digamos, tuvieran un percance,

se incendiaran, o desaparecieran en altamar. Incluso si alguien los robara…

—Ah, me está amenazando…

—No. Sólo lo estoy invitando a ver el asunto desde otra perspectiva. Por más que sea una misión oficial encubierta, es su responsabilidad y usted debería tener, digamos, un reaseguro de que las cosas van a seguir saliendo bien, que el dinero va a seguir fluyendo, llegando a buen puerto, es decir, a este puerto.

—Ahora me queda claro que fueron sus hombres los que robaron a los cuatro cambistas.

—¿Cuatro?

—Sí. Los cuatro cambistas asaltados. Uno en el puerto, otro en un tiroteo donde degollaron al chofer y le pegaron un tiro en la pierna al que llevaba la valija, y otros dos anteayer en la esquina del banco: se presentaron como policías, pararon a dos autos delante de todo el mundo y se llevaron las valijas con el dinero ya cambiado.

—Mire, Freude, hablemos claro. Los que robaron los dos primeros cambistas sí fueron nuestros, lo admito. Pero ya fueron debidamente castigados. Uno de ellos incluso no volverá a molestar a nadie. Pero con los otros dos no tuvimos nada que ver.

—Difícil creerlo.

—Es que esa es una de las cosas que quería hablar con usted. Hay otra gente que sabe lo de las toneladas de billetes, además de nosotros.

—¡Por favor, Niebuhr! Ese es un truco viejo para cobrar algo más caro. ¿Quiere subirme el precio de su seguro?

—No sea necio, Ludwig. Entienda que lo descubrieron y sepa que no sólo lo descubrimos nosotros. También lo descubrieron los

militares argentinos. Y quieren su parte.

—¡¿Qué?! ¿Los militares? No creo que se metan conmigo. Tengo a sueldo a unos cuantos.

—Yo también. Pero se ve que dejamos algunos cabos sueltos. O hay algunos que no se conforman con nuestro "salario" y quieren más. Mire: sabemos que ellos saben porque nos lo dijeron; porque secuestraron y apalearon en un cuartel de Campo de Mayo a dos de los nuestros, justamente los que habían asaltado a sus cambistas. Y nos dijeron además que ellos fueron los que secuestraron, torturaron y asesinaron a uno de nuestros mejores muchachos, Ludwig Schüller, no sé si enteró.

—Por supuesto que me enteré. Los banqueros no seremos espías, pero el dinero también trae información. Sandstede me contó.

—Bueno, esos militares saben de los cargamentos. No sabemos quiénes son. Son oficiales jóvenes. Espero que lo hagan sólo por el dinero y no a cuenta de los británicos. Pero me parece que hay que negociar con ellos. En cualquier momento pueden venderles la información a los británicos, si no lo hacen a su pedido. Y ahí las cosas pueden ponerse realmente feas para usted. Y también para mí.

Silencio.

Freude se levanta, camina por la oficina. Niebuhr sigue sentado en el escritorio, fumando.

Al cabo de un par de minutos, Freude agarra el sombrero y el abrigo para irse, pero se vuelve a sentar.

—Tiene razón. Hay que negociar con los militares. Pero tenemos que esperar que nos llamen.

—Seguro nos van a llamar. A ellos tampoco les conviene andar asaltando cambistas por la calle ni andar secuestrando agentes alemanes. Es muy peligroso. Han sido audaces, sí, pero si es por dinero en algún momento van a ofrecer una negociación.

—A esta altura sería lo mejor, aunque nos cueste una buena parte.

—Hay mucho, Freude, no se ponga avaro. Va a parecer un judío.

—No me ofenda.

—Hablando de judíos, hay otra cosa que quería decirle… Debería hacer algo con su amante judía.

—Lo que pasa en mi cama es mi problema.

—Ya no. Ahora es un problema de todos. Suyo y mío. Como los militares que andan detrás de los billetes. Porque Esther es una espía comunista.

—Imposible.

Niebuhr le muestra el informe de von Der Osten sobre Philby. Freude ve el sello del Abwehr, deja el sombrero sobre el escritorio y lee.

—Y esto qué tiene que ver con Esther.

—Esther Binder tuvo (o tiene) por amante a un periodista del diario *Crítica* que se llama Pastrana, Rogelio Pastrana. Este Pastrana trabaja para ese inglés que aparece en el informe, Harold Philby, le dicen Kim. Los tres, Binder, Pastrana y Philby están tramando algo, no sabemos qué. Hay correspondencia secreta entre Pastrana y Esther desde su casa en el Tigre.

—No puede ser.

—Sí. Si quiere se las puedo mostrar, aunque le van a doler. Son cartas de amor con Pastrana, pero nosotros sospechamos que detrás

de esas cartas hay algo más. Me parece que va a tener que hacer algo con esa mujer, Freude.

—Sospeché de Pastrana cuando los vi juntos hablando en el Plaza Hotel; Sandstede lo investigó. Por eso saqué a Esther de la ciudad y la mandé al Tigre. Pero una cosa es una infidelidad y otra una traición.

—Es judía, Ludwig. Usted confió en ella porque estaba en la Argentina. Pero los judíos son traidores en cualquier parte del mundo.

***

Bajo Belgrano, Buenos Aires,
4 de noviembre de 1938
7.00 a.m.

—¿Cuándo viene Blancanieves?

—No sea pelotudo, quiere.

—No sea amargado. Un poco de sentido del humor.

—Veo que los golpes en la cabeza lo dejaron medio boludo. Nos persiguen los nazis y usted se burla de los jockeys que lo salvaron anoche.

—Humor inglés, Pastrana.

A Philby lo habían despertado los jockeys a las cinco de la mañana. Tomó mate con ellos. Los vio preparar las monturas, lustrar las botas altas y subir los caballos a los camiones. Antes, palmeó el pelaje brillante de esos animales perfectos y por un rato se olvidó de

que lo estaban buscando para matarlo lejos de su casa y de su gente, al otro lado del mundo.

Para cuando llegó Rogelio, ya estaba bañado y listo para irse, aunque Rogelio le dijo que todavía no. En eso apareció el viejo Congreve con otros cuidadores, y se sentaron a hablar de caballos. Philby quedó lejos como para escucharlos, pero los veía. Pastrana parecía uno más; lo escuchaban como si fuera uno de ellos. Él anotaba algo en una libreta.

Al rato se pararon todos y el viejo Congreve le puso una mano en el hombro a Rogelio y se lo llevó aparte. Un par de veces lo miraron a Philby y siguieron hablando bajito. Congreve se apartó y llamó a un tal Lalo, un tipo grandote, vestido de gaucho, que no tenía pinta de jockey, y le dijo algo al oído.

Al rato volvió Lalo con un bolso pesado, lo abrió y le mostró a Rogelio y Congreve una ametralladora; parece una Thompson, pensó Philby.

Entonces Rogelio y Congreve se apartaron, cuchichearon un rato y después hubo un abrazo raro: acercaron los hombros y se dieron un beso en la mejilla. Después, Lalo le hizo un gesto a Philby para que lo siguiera. Philby le hizo gesto de esperar y se acercó a Rogelio.

—¿Usted se va?

—Sí. Tengo cosas que hacer en el centro. Pero tranquilo, queda en buenas manos.

De un brazo, Lalo llevó a Philby hacia una puerta del galpón; había un cuarto chico, con una cama. Le dio un diario y le dijo que él se iba a quedar tomando mate en la puerta.

—Con mi amiga, la tartamuda.

***

Embajada de Alemania, Buenos Aires
8.00 a.m.

—¿Se da cuenta, Niebuhr, que están en problemas…? —dijo Miguel Viancarlos.

—Claro que sí. En muchos problemas. Pero queremos negociar.

—También van a tener que negociar conmigo…

—Por supuesto, comisario. Usted sabe que somos agradecidos.

—Sí, pero esta vez era algo grande y el "agradecimiento" en estos meses fue el de siempre; digamos que no fue… proporcional al negocio que se traían entre manos. O sea, querían llevarme dormido.

—No era *nuestro* negocio. Era el de Freude. A nosotros nos mataron a uno de nuestros mejores hombres. Descubrimos esto por casualidad. A nosotros también nos estaban llevando dormidos.

—No me interesa, Niebuhr. Yo con Freude no tengo trato. Trato con usted y es usted el que ahora me está pidiendo que interceda ante los militares para que no les arruinen un negocio de ¡treinta toneladas de billetes! Pero ¡¿cómo se les ocurrió que nadie se iba a dar cuenta?! Los milicos pueden ser capaces de matarse entre ellos por un ascenso, pero están en todas, no se les escapa nada. Mucho menos a los oficiales jóvenes; son águilas para los negocios. Por lo que me cuentan ustedes, fue un mayor o un coronel el que les mandó el mensajito desde Campo de Mayo, un oficial joven, seguro de alguna de esas logias secretas que tienen ellos.

—Necesito que lo ubique, que mande el mensaje y nos siente a negociar con ese mayor o coronel o con quien esté a cargo.

—No prometo nada; si se entera mi jefe me hace echar y se queda él con el negocio.

—Estoy seguro de que va a encontrar la manera, comisario.

—Otra cosa. ¿Sabía que se llevaron de la morgue el cadáver del alemán que ustedes despacharon?

***

Pasaje La Piedad, Buenos Aires
9.00 a.m.

Rogelio sabe que es una imprudencia, pero no puede irse así. Quién sabe qué puede pasar, si va a volver. Podría haber ido directo al banco, pero algo lo hace volver a casa; despedirse de Julito tal vez.

Durmió en un hotel a una cuadra del diario, por las dudas; pasó temprano por el stud de Congreve y se cuidó de que nadie lo siguiera, pero no aguantó, ahora ya está, ya llegó, va a quedarse un rato nomás. Tenía que venir.

Ricardo, su hermano, duerme. Es boletero en un cine, se acuesta tarde. No lo va a despertar, no entendería. Dora, la esposa de Rogelio, está trabajando: es costurera en las Tiendas San Miguel. Sólo está su madre, doña Obdulia, cuidando a Julito.

Nunca pensó que en medio de esa locura que era su vida fuera a disfrutar tanto sentarse en el piso a hacer correr un autito de madera, dibujar jugadores de fútbol con la camiseta de Racing. Después tomó unos mates y charló pavadas con Obdulia mientras

armaba un bolso. Le dijo que se iba a ir unos días de viaje por trabajo, una nota. Le dio un beso en la frente a la vieja y un abrazo largo a Julito.

Antes de salir, tomó la precaución de mirar por la ventana y vio a Bernardo.

Estaba en la entrada del Pasaje.

Seguro que por unos mangos alguien del diario le dijo dónde vivo, pensó Rogelio.

El Pasaje La Piedad es un lugar raro de Buenos Aires. Está sobre la calle Bartolomé Mitre y no lleva a ninguna parte, tiene forma de "U". A diferencia de otros pasajes que unen dos calles, en este se entra por una calle y se sale un poco más adelante, sobre la misma calle.

La puerta de la casa de Rogelio se veía desde una de las entradas del pasaje; ahí estaba parado Bernardo Mitvein. Si Rogelio lograba cruzar al otro pasillo, Bernardo ya no lo iba a ver.

Pero ¿cómo hacer para que se distraiga?

Le pidió a Obdulia que lo ayudara, que el tipo que estaba en la entrada del pasaje lo andaba buscando por una deuda de juego.

Así, Obdulia subió a la terraza con Julito y un balde vacío. Cargó agua en una canilla y desde la punta del edificio del pasaje vació el balde sobre Bernardo que se asomó, vio una vieja y empezó a putearla en alemán y en castellano. Un par de vecinas que estaban tendiendo la ropa en la ventana se enojaron con ese alemán insolente que increpaba a Doña Obdulia y, faltaba más, empezaron a insultarlo y hasta le tiraron un zapato viejo. Al final, vino un policía de ronda, saludó a las vecinas y le dijo al alemán que un baldazo por error no era para tanto escándalo y que mejor siguiera su camino.

Entre el griterío, Rogelio aprovechó para salir de la casa, cruzar el pasillo y escaparse caminando por la otra salida del pasaje.

En el banco, tardaron en llamarlo. De la caja de seguridad sacó el dinero que le había dado Esther. Guardó algo en la billetera y el resto en el bolso.

Cuando salió, caminó dos cuadras y tomó el subte en Plaza de Mayo. Trató de recordar las técnicas que Philby había aprendido de los rusos sobre cómo despistar a alguien que te sigue.

Llegó hasta Congreso, se bajó, no vio nada raro. Tomó otro subte en sentido contrario; bajó en Sáenz Peña. Caminó una cuadra y entró al diario por Avenida de Mayo. Pasó por la redacción, saludó a un par de conocidos que trabajaban en la segunda edición de la tarde, pero que lo miraron raro; después le avisó al jefe de redacción que se iba a tomar unos días porque tenía a Julito enfermo. También lo miró raro, como compadeciéndolo. Pero Rogelio estaba demasiado apurado como para preguntar. Salió por la puerta de atrás que daba a Rivadavia, la de proveedores. Cruzó la calle, llamó un taxi y se dio vuelta para ver si alguien lo seguía. Tardó una hora en llegar al stud y recoger a Philby.

—¿Congreve le dio un bolso?

—Sí, y pesa como el demonio.

—Tranquilo, nos puede servir.

Dejaron el taxi en la estación Barrancas de Belgrano.

En el andén, Rogelio se acercó a un canillita que ofrecía la Quinta.

Una patada de caballo en el pecho.

NO.

Se acercó más y leyó.

SÍ.

***

DOLOR EN EL MUNDO DEL ESPECTÁCULO

SE SUICIDÓ ESTHER BINDER

Esta mañana, a primera hora, fuentes policiales confirmaron a *Crítica* que la conocida actriz de cine y teatro Esther Binder fue hallada muerta en un lujoso chalet del Delta.

Si bien todavía no existe parte oficial, fuentes de la zona habitualmente bien informadas detallaron que Binder habría ingerido cianuro poniendo así fin a su vida.

La actriz, de 29 años, recordada por su paso en innumerables radioteatros, películas y espectáculos, había sido vista en público varias veces con el banquero y constructor alemán Ludwig Freude, por lo que se supone que la lujosa morada donde puso fin a su vida era propiedad de dicho magnate.

Cuando terminen las actuaciones forenses, los restos de Esther Binder serán inhumados en el panteón de actores del Cementerio de La Chacarita.

Este domingo, *Crítica* dedicará un suplemento especial con las mejores fotos y el repaso de la trayectoria completa de la malograda actriz.

(Portada del diario *Crítica*, 5ta. edición, 4 de noviembre de 1938)

***

Ferrocarril Mitre, Buenos Aires
1.30 p.m.

Rogelio y Philby subieron al tren en Barrancas de Belgrano. Llevan camisas, chalecos, gorras y bolsos. Parecen comerciantes rústicos. La ropa de Rogelio le queda chica a Kim.

Viajan en silencio.

Rogelio, con la cabeza apoyada en la ventana, mira un punto fijo adelante.

Philby lo mira de a ratos y no sabe qué hacer. No quiere molestarlo en su dolor. Lo tuvo que abrazar y casi obligar a subir al tren: cuando leyó el diario, ese tahúr imperturbable se largó a llorar, puteó y pateó un tacho de basura, gritó. Todos se dieron vuelta. Estaba llamando mucho la atención.

—¡¡Estación Tigre!! ¡¡Última parada!!

***

2.30 p.m.

—Están en Tigre. Bajaron del tren. —La voz de Mitvein le llegó clara a Niebuhr.

—¡Excelente! ¿Cómo los encontraste?

—Lo seguí a Pastrana. Lo perdí cuando salió de la casa, pero imaginé que iban a venir a buscar a Esther.

—No creo. Ya deben saber que está muerta. Salió en los diarios.

—Puede ser, pero están esperando en el muelle de donde salen las lanchas colectivas. Me voy a dar cuenta de si van a buscar a la judía según la lancha que tomen.

—No me importa adónde vayan. Ya sabés lo que tienes que hacer. Ni siquiera nos sirve capturarlos. Pero hubo mucho ruido en el

Hipódromo. Así que te pido discreción. No queremos más problemas con la policía.

Bernardo colgó y desde el mismo teléfono público llamó al lanchero amenazado.

***

2.50 p.m.

Habían perdido la lancha de las dos de la tarde. Ahora tenían que esperar hasta las cinco. Se sentaron sin hablar en un bodegón. Rogelio no comió nada; a Kim le ofrecieron lo único que había, puchero de gallina. Los dos tomaron cerveza. Después de un rato de mirar por la ventana, Rogelio volvió a hablar:

—¿Y, Philby? ¿Me va a decir, en serio, por qué todos lo quieren matar? Primero eran los comunistas; ahora los nazis.

—Los nazis porque creen que Talbott, usted y yo formamos parte de una célula de infiltración en la embajada alemana en Argentina. Es difícil explicarles ahora que no es verdad, que aparecí en Buenos Aires escapando de los comunistas, que me andan buscando porque creen que me quedé con una parte del oro de España.

—Bueno, ahora dígame dónde lo puso.

—¿Qué?

—El oro de España.

—¿Me está jodiendo? No tengo nada. Ojalá lo tuviera. Ya me hubiera escondido en alguna isla del Caribe. ¿Se imagina? Me la pasaría tocando el ukelele.

—¿El qué?

—El ukelele, déjelo ahí.

—Y en Uruguay, ¿qué va a hacer?

—¿Qué le importa? ¿Para qué quiere saber? ¿Para entregarme?

Rogelio movió la silla con ruido, y se paró como para irse.

—¿Sabe qué? No sé si los golpes, el comunismo o el espionaje lo dejaron medio pelotudo. Váyase a cagar, quiere.

Philby lo agarró del brazo antes que se fuera y le pidió disculpas. Rogelio se volvió a sentar.

—Entiéndame, me pongo paranoico a veces.

—Y tiene motivos, pero no conmigo. ¿O no se acuerda de que estoy en este bondi por su culpa?

—¿Bondi? *What's that?*

—Quilombo, problema. A mí también me andan buscando y podría decir que es por su culpa.

—¡Nononono! Ahora a usted lo andan buscando por lo de Esther Binder. Esa mujer estaba con un empresario nazi y si se mató con cianuro es porque era una agente profesional.

—¡Ma' qué agente profesional! Era una pobre judía a la que hizo puta el mismo matón que nos persiguió en el Hipódromo.

—¿Ese hijo de puta? ¿Y cómo apareció ahí?

—No lo sé. Esther tampoco lo sabía.

—¿Y qué hacía una judía con los nazis?

—Buscaba sacarle plata a un banquero, Philby. Y además estoy seguro de que no se suicidó, que la mataron.

—No sé, pero esa mujer era una agente, Rogelio, dese cuenta. Por eso pienso que usted también puede ser un agente, no sé de quién, pero puede estar en contacto con alguien para entregarme a cambio de plata.

—Por eso. Mejor me voy así se queda tranquilo.

—No puedo arreglármelas sin usted y usted lo sabe.

—Entonces no me joda.

—¿Por qué lo hace, Pastrana?

—¿Qué?

—Ayudarme si no va a entregarme.

—Porque hasta hace un par de horas pensaba salir del país con usted vía Uruguay y esperarla a Esther en algún lugar seguro para poder estar juntos cuando ella pudiera escaparse.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué carajo hacer. Pero tengo un largo viaje en lancha para pensar.

—Debería cuidarse más de la gente, Pastrana. Debería haberse cuidado más de mí, por ejemplo. Yo podría haberlo traicionado. Los espías somos traidores. Podemos traicionar hasta al gato.

—No tengo gato, no me venga con boludeces.

***

Canal Vinculación,
Delta del Paraná
6.45 p.m.

Pocas cosas tan mágicas como el fin de la tarde en el Delta del Paraná. Los ríos mínimos se ponen plateados y los árboles, según les dé el sol, brillan o se arriman a la noche.

Sin hablar, Rogelio y Kim viajaban en los asientos de madera de la lancha colectiva que los iba a sacar de la Argentina y del peligro.

Aliviados, miraban la costa o el agua y pensaban qué iba a ser de sus vidas cuando llegaran a Uruguay. Sólo les faltaba cruzar una Aduana y ninguno de los dos tenía pedido de captura.

(¿qué voy a hacer? / ¿volver a Londres? / ¿tendré trabajo en el times todavía? / ¿me estarán esperando allí para secuestrarme otra vez?)

(¿qué voy a hacer? / ¿qué va a ser de mi vida sin ella? / ¿por qué no se fue? / ¿por qué se metió con los nazis esos? / pensar que murió tan cerca / en alguna de estas islas / ¿era una agente como dice Philby? / ¿me estaba usando? / ¿para qué?)

La lancha salió del canal Vinculación, tomó el río San Antonio, pero al entrar en el Unión, más angosto, se sintió un topetazo y un estallido de maderas rotas.

Rogelio había visto una lancha grande, vieja, saliendo de un arroyo; pensó que iba a doblar para remontar el río Unión. Pero siguió de largo y se estrelló de proa contra la banda de estribor.

Segundos antes del choque, Rogelio se dio cuenta de dos cosas. La primera, que la lancha era una lancha almacén y se trataba de un accidente. La otra, inmediata, que el que manejaba era Bernardo.

La lancha colectiva se bamboleó como si fuera a volcar. Se escucharon tiros. Los pocos pasajeros que viajaban terminaron en el piso, gritaron. En la confusión, Rogelio sacó del bolso un 38, empezó a tirar sin apuntar demasiado y le gritó al lanchero:

—¡Son ladrones, arranque, salga de acá!

El lanchero aceleró pero Bernardo, mientras disparaba, ya había puesto reversa para tomar envión y otra vez golpeó a la colectiva en el costado y otra vez hubo maderas quebradas.

Parecía que iban a escapar de la encerrona: el lanchero hizo sonar una sirena potente para llamar a la policía de Islas, pero un tiro en la cabeza lo dejó seco sobre el timón.

La lancha siguió acelerando, pero a la deriva, en cualquier momento iba a chocar contra la costa y si encallaba no tenían salida. Arrastrándose, Rogelio se acercó al timón, corrió al lanchero muerto del asiento y sin mostrar la cabeza por la borda trató de controlar la lancha. Después se dio vuelta y gritó:

—¡¡Philby!!

Kim ya había entendido y había sacado del bolso la ametralladora que le dio Congreve y se arrastraba hacia la popa.

Bernardo no estaba solo. Había dos hombres más con él. Uno era el dueño de la lancha almacén, escondido entre los bultos; el otro empuñaba una Luger.

Como en Perpignan, Philby se sintió otra vez un agente, olvidó el pánico de haber sido secuestrado, los dolores en la cabeza y la rigidez de los dedos quebrados; se arrodilló en la popa y barrió la lancha almacén con una ráfaga de la Thompson que le dio en el pecho al tipo de la Luger y en un brazo a Bernardo.

Bernardo hizo girar la lancha como para esconderse de las balas y ahí Philby aprovechó para disparar otra ráfaga, esta vez contra el motor. La lancha almacén se detuvo y quedó derivando. Pero Bernardo, escondido tras los bultos de comida, siguió disparando.

Mientras Rogelio intentaba dominar la lancha colectiva, la corriente trajo una mancha de aceite y nafta que salía de la lancha

almacén. Estaba como a veinte metros de la borda, calculó Philby, y disparó otra ráfaga de la Thompson. Cuando se sintió seguro, sacó el encendedor de la pipa del bolsillo del pantalón y sin asomar demasiado el cuerpo lo tiró, prendido, hacia la mancha de aceite. Después se dio vuelta y le gritó a Rogelio:

—*Come on! Let's go!*

—¡¿Qué?!

—¡Que vámonos, tío!

La lancha almacén empezó a incendiarse; cuando ya estaban lejos, oyeron la explosión. Philby tiró la ametralladora al agua.

Al rato apareció la Policía de Islas. Rogelio se presentó como redactor de *Crítica* y dijo que estaba investigando la mafia de los contrabandistas del Delta con un colega inglés y que los atacaron y mataron al lanchero. Los otros cuatro pasajeros, tres hacheros y una isleña de la zona, avalaron el relato. Ninguno mencionó la ametralladora. Tal vez ni sabían qué era.

Después de declarar en un destacamento de madera en una isla, los propios policías los llevaron hasta Carmelo.

***

Orlov escapó. En noviembre de 1938 nos enteramos de que había llegado a Norteamérica. Yo había firmado una circular sobre su caso para que fuera distribuida en todas las delegaciones de la NKVD. Ahí figuraba una descripción completa de Orlov y de sus costumbres, de su mujer y de su hija con las que se lo había visto en Francia. Se sugería también la posibilidad de que Orlov hubiera sido raptado por los servicios especiales británicos, alemanes o franceses. Se

apuntaba también la posibilidad de una deserción; de la caja fuerte de la delegación de Barcelona faltaban 60.000 dólares en fondos para operaciones. Su desaparición nos preocupó mucho porque Orlov sabía de la red que la NKVD había desplegado en Francia y Alemania. Orlov además sabía de Philby, Maclean, Burgess y Blunt y del inicio de su cooperación con nosotros. En el momento de su deserción se plantearon serias dudas sobre si Philby y sus amigos habían tenido algo que ver en todo ello. Pero en noviembre de 1938, (Lavrenti) Beria (director de la NKVD) me hizo llamar y me ordenó que cortara cualquier esfuerzo de localizar a Orlov. Sólo debía reanudar la búsqueda en caso de que él me lo ordenara directamente. La razón era que Orlov había mandado una carta personal a Stalin desde Estados Unidos explicando su deserción.

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; p. 77, traducción propia)

***

El 13 de agosto de 1938, exactamente un mes después de mi fuga de España, entré en los Estados Unidos con un visado diplomático que me fue concedido por el jefe del consulado americano en Ottawa.

A mi llegada a los Estados Unidos fui inmediatamente a Washington con mi abogado y allí hice una declaración sobre mi ruptura con Stalin y pedí asilo político.

Cuando volví a Canadá le escribí a Stalin —quien me conocía personalmente desde 1924— una larga carta en la que le decía todo lo que yo y cualquier persona honrada pensábamos de su régimen. Pero el principal propósito de mi carta era salvar la vida de mi madre y la de mi suegra. Esto no lo podía lograr apelando a sentimientos humanitarios de los que carecía por completo el tirano. Recurrí a otro procedimiento que —estaba seguro— entendería perfectamente Stalin: le previne de que, si se atrevía a vengarse en mi madre o en la de mi mujer, publicaría todo lo que sabía sobre él.

Para demostrarle que mi intención era seria, añadí a la carta una lista de sus crímenes. También le advertí que, si sus esbirros me asesinaban, esa lista sería publicada inmediatamente en todo el mundo por mi abogado. Conocía bien a Stalin y estaba convencido de que mi advertencia surtiría efecto.

(*The secret history of Stalin's crimes,* Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, p. 15)

***

La carta decía que si Orlov descubría cualquier intento de los soviéticos de averiguar su paradero o indicios de estar siendo vigilado ordenaría a su abogado que diera a conocer los documentos que él había depositado en un banco suizo con toda la verdad sobre el oro del Banco de España depositado en secreto en Moscú, incluidos los detalles de los embarques. Esto hubiera significado un engorro para el gobierno soviético porque el apoyo a la causa

republicana había sido concedido supuestamente en nombre de la solidaridad socialista. El pago en oro y tesoros diversos era un secreto. Orlov pedía a Stalin, además, que no persiguiera a su anciana madre que había quedado en Moscú y decía que si se aceptaban sus condiciones él guardaría silencio sobre los secretos del NKVD que conocía.

(*Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster.* Pável Sudoplátov. Boston: Little, Brown, 1994; p. 78, traducción propia)

***

Desde luego era un juego peligroso para mí y para mi familia. Pero confiaba en que Stalin se vería obligado a aplazar su venganza hasta que hubiera conseguido raptarme y me hubiesen forzado a entregar mis memorias ocultas, asegurándose así de que la historia secreta de sus crímenes seguiría oculta. Sólo entonces podría negarse a gusto.

Durante 14 años prosiguió la cacería contra mí. Jaurías de agentes secretos me seguían la pista. De mi parte contaba sólo con mi propia habilidad para prever y descubrir sus tretas, y la devoción y el valor de mi esposa y de mi hija.

En todos esos años no escribimos a mi madre ni a mi suegra ni a ninguno de nuestros amigos que vivían en Rusia para no poner en peligro sus vidas. Tampoco recibimos ninguna noticia de ellos.

A principios de 1953, mi mujer y yo consideramos que nuestras madres habrían ya fallecido y que, por tanto, podía yo publicar mis Memorias.

(*The secret history of Stalin's crimes,* Alexander Orlov, Editorial Random House, New York, 1953, p. 16)

***

TRES MUERTOS EN UN INTENTO DE ATRACO EN CANAL UNIÓN

Tres personas resultaron muertas en un intento de atraco en aguas del canal Unión. El extraño e inusual episodio en nuestras islas sucedió en la tarde del viernes cuando luego de perseguir, aparentemente con fines de robo, a una embarcación colectiva de la empresa Cacciola que se dirigía hacia Carmelo, una lancha almacén terminó por completo incendiada.

Al abordar los restos de la embarcación, la Policía de Islas encontró dos cadáveres totalmente calcinados. Uno es de un masculino N.N., en tanto que el otro resultó ser el dueño de la lancha, Raúl Pontife, hombre muy conocido en la Primera Sección del Delta por ser repartidor habitual de provisiones para cientos de isleños.

Si bien la policía guarda hermetismo sobre lo sucedido, fuentes de este periódico revelaron que al menos dos personas habrían abordado la lancha de "Don Raúl" (así lo mentaban todos en la zona) con fines de robo. Una vez reducido el querido lanchero, los malvivientes se emboscaron en un arroyo cercano a la confluencia del Canal Unión con el río San Antonio y al caer la tarde, en una maniobra digna de corsarios, embistieron la lancha colectiva que iba rumbo a Carmelo.

Luego del choque, abrieron fuego y de un certero disparo en el cráneo terminaron con la vida del chofer, Oscar Félix Vázquez, también muy conocido en la zona, en especial en el Puerto de Frutos de San Fernando. El ataque fue repelido desde la lancha colectiva por dos hombres que venían de Buenos Aires, cuyas identidades no trascendieron.

La policía busca, vivo o muerto, a un tercer maleante, que, según los testigos, había a bordo de la lancha almacén. Se trataría de un hombre corpulento, de rasgos teutónicos, posiblemente herido. Hay un alerta al respecto en las comisarías y hospitales de la región.

(Recorte de *El Tigrense*, periódico zonal, 6 de noviembre de 1938. Hallado en Segundo sumario de espionaje alemán, archivo PJN)

***

6/11/1938
17.32

DE: GUY BURGESS (Londres, Reino Unido)
PARA: HAROLD PHILBY (Carmelo, Uruguay)

BIG BILL A SALVO DEL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO. CAMINO LIBRE. TODO ACLARADO. PUEDES VOLVER.

(Archivo Philby, Moscú, traducción propia)

***

Carmelo, Uruguay
7 de noviembre de 1938
10.30 p.m.

—Llévese este bolso. Ahí está su diario también.

—Oiga, esto es mucho dinero. ¿De dónde lo sacó?

—Plata sucia, Philby. Dinero que Esther les robó a los nazis, a Freude supongo. Es el tipo de dinero al que están acostumbrados ustedes los espías.

—Agentes.

—Yo prefiero otra plata fácil, la de las patas de los caballos o la de los mamertos que desplumo en una mesa de póker. Ese dinero sucio no lo quiero; a Esther le costó la vida. Lléveselo usted que lo va a necesitar para llegar a Londres. Además, si no se lo lleva usted yo me lo voy a terminar jugando a los burros o al 7 y medio en memoria de Esther.

—¿No quiere venir conmigo?

—¿A qué?

—Usted sería un gran agente.

—¿Un espía? ¡Déjese de joder! Si yo no creo en nada. Usted es el que cree en esas pelotudeces de que un día va a llegar una revolución y que se van a acabar los ricos.

—Yo ya no sé si creo en el comunismo, después de todo lo que me pasó. Pero, sabe qué, joder, este es un lindo trabajo. Un lindo "laburo" como dicen ustedes acá. Viajamos, nos pagan bien, no tenemos rutina, *good drinks, good women,* y casi nunca vamos a las trincheras de la guerra. Eso sí que es una mierda y es lo que se viene, otra puta guerra. Hombre, no me veo vestido de soldado, metido en una trinchera que huele a mierda, escuchando cómo me amenaza un capitán para que salga al ataque y me haga matar como un *fucking* pato. Nosotros los agentes en cambio somos como

actores: tenemos que aprender un papel y actuar. Claro que si sale mal el papel, nos descubren y nos matan. Pero, Rogelio querido, usted es mejor actor que yo.

—No, Philby, no es para mí. Gracias.

—Ok, pero cuídese de los nazis que aquí quedan muchos. A esos tipos hay que temerles porque cuando venga la guerra nos van a matar a todos.

—No se preocupe y no se demore. Váyase. Mándeme un telegrama cuando llegue a la frontera con Brasil y otro cuando consiga un buque en Porto Alegre así me quedo tranquilo.

—¿En serio no quiere venir conmigo?

—No. La perdí a Esther, pero me queda Julito. No lo puedo dejar solo al pibe. Algún día, cuando sea grande, le voy a contar todo lo que pasó en estos meses. Y usted, acuérdese que en Buenos Aires tiene un amigo. Y acuérdese que aquí aprendió a sobrevivir. Mire, Philby, no sé si cuando vuelva a Europa seguirá siendo un agente. Lo que sí sé es que en Buenos Aires aprendió a ser un sobreviviente. Así que, si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. Acá…

—En el fin del mundo…

—… en el culo del mundo.

—*Take care.*

—Cuídese usted también. *More than me*. ¿Qué tal, *my english*?

***

Casino de Oficiales de los cuarteles de
Campo de Mayo, Buenos Aires
8 de noviembre de 1938

10.30 p.m.

—Ante todo, caballeros —dijo el Coronel—, disculpen que los haya traído hasta aquí de incógnito. Espero que mis subordinados los hayan tratado con respeto, pero es una precaución necesaria, en caso de que no lleguemos a un acuerdo, sabrán comprender. Los he invitado a esta cena sencilla en este horario inusual, pero, ya saben ustedes, los militares argentinos somos austeros. Este es un ámbito discreto donde podremos tratar los temas que nos ocupan y, seguramente, llegar a un acuerdo que nos resulte mutuamente beneficioso.

—Desde ya le agradecemos su disposición al diálogo, coronel... —dijo Niebuhr—. Tal vez ya sea hora de presentarnos, ¿no?

—Todavía no. Yo conozco perfectamente quiénes son ustedes. Si no, no estarían sentados en esta mesa. Pero todavía no es prudente que sepan quién soy yo. Sobre todo, si no nos ponemos de acuerdo.

—Descontamos que así será, coronel —dijo Freude—. Tenemos la mejor disposición.

—¡Y mucha necesidad!

(Risas).

—Creo que todos la tenemos, es verdad —replicó Niebuhr.

—Me parece que ustedes más que nosotros, pero en esta cena, ese es apenas un detalle, caballeros.

—Claro que sí. Tengo muchos amigos militares, coronel, le aseguro.

—También lo sé, *herr* Freude, pero sus amigos no controlan lo que se está gestando. Han defraudado a la oficialidad joven. Nosotros pensamos que en la Argentina ha llegado el momento de trabajar

por la Patria y no en beneficio personal. Por eso ustedes están hablando ahora con el representante de algo diferente, más profundo, por ahora secreto pero que —estoy seguro— se convertirá en algo trascendental para el país. Se los digo más claro: no soy alguien a quien ustedes puedan comprar. Estoy aquí en representación de una causa mayor y de un grupo de oficiales que queremos darle un corte a la decadencia moral del país.

—Suena muy parecido a lo que nuestro *Führer* está haciendo en Alemania —dijo Niebuhr.

—Tiene puntos de contacto, sí, con lo que dice Hitler. Pero Argentina no es Alemania. Nosotros no somos un pueblo humillado y derrotado en una guerra, no hay a la vista peligro de comunismo y somos un crisol de razas donde ninguna predomina.

La charla siguió entre plato y plato traído en persona por un cocinero que no abrió la boca ni para saludar. El Coronel estaba de traje, no de uniforme, y les contó que su último destino había sido Chile. Les habló largamente de la importancia estratégica mundial de la Patagonia. Tenía la cara marcada por la viruela y espalda de deportista. Freude, Niebuhr y el Coronel coincidieron en su aversión al Imperio británico.

Al llegar el café, ya casi en confianza, los alemanes avanzaron.

—Si le parece, Coronel, y dado que ya nos hemos presentado y entendido en lo general, podemos pasar a lo que nos ocupa —retomó el banquero—. ¿Cómo podemos hacer para que nuestros negocios, que también son de interés del Reich, puedan seguir adelante?

—Lo primero que tienen que entender es que fue una falta de respeto que ustedes quisieran contrabandear semejante cantidad de

dinero a la Argentina sin que esto fuera considerado un problema de seguridad nacional.

—Le pedimos disculpas —dijo Niebuhr—. Pero lo tomamos como una cuestión comercial más.

—Si hubiera sido una operación legal, la habrían hecho por derecha, ¡por favor!

—No pensamos que fuera a haber ningún problema, Coronel. De hecho, nuestros contactos militares no nos dijeron nada.

—No les dijeron nada porque no se enteraron, Niebuhr. Y aunque se hubieran enterado, ustedes a varios los tienen a sueldo.

—Suena un poco ofensivo para sus superiores.

—Superiores corruptos, dirá. No les tenemos ningún respeto. ¿Quiere que le dé los nombres?

—Dietrich, por favor, no nos distraigamos del punto. Coronel, ¿cómo podemos resolver esto?

—Muy simple, caballeros, manteniéndonos al tanto de la cantidad de dinero que importan y dándonos un porcentaje razonable para que puedan trabajar tranquilos. De este modo ustedes ya no tendrán más agentes caídos y nosotros ya no tendremos oficiales vigilándolos. Ese dinero, desde ya, no es para mí sino para nuestro proyecto de país.

—Si era por dinero, nos hubiera avisado y se lo hubiéramos dado sin necesidad de muertos —dijo Freude.

—Puede ser. Pero mis camaradas y yo hubiéramos sido sus empleados, como todos esos generales que tiene a sueldo. Nosotros queremos ser *socios.* No empleados. Con un porcentaje fijo y cuentas claras.

—Suena razonable. ¿Y cuál sería el precio de ese, digamos, permiso de trabajo o de esa asociación?

—El 15 por ciento de cada embarque.

—¡Es demasiado, mi Coronel!

—¡Vamos, *herr* Freude! Peor sería perder un cargamento completo por la explosión de un barco o que su banco termine acusado de una triangulación prohibida de dinero.

—Trato hecho.

—Ya van a ver, caballeros, esta sociedad va a ser de mutuo beneficio.

***

Montevideo
9 de noviembre de 1938
0.30 p.m.

Acabo de llegar a Montevideo, ya estoy en un buen hotel. Si tengo suerte, mañana mismo voy a conseguir un barco que me lleve, por fin, de regreso a Londres.

¿Qué habrá pasado con Big Bill? En el telegrama, Guy dice que está a salvo. ¿Habrá negociado con los soviéticos? ¿Volverá a estar en servicio? O simplemente logró asilo político en algún lugar seguro. Dondequiera que esté, fue un gran maestro. No creo que haya sido un traidor, aunque los espías, me lo dijo él mismo, a veces se vuelven adictos a la traición.

Guy me dice que ya puedo volver. ¿Será una trampa? ¿Me traicionaría Guy? No. Imposible. Cruzó el mundo para verme y no

me delató. Mucho menos me quiso matar como le pidieron en Río de Janeiro. ¿Habrá podido hacer algo con todo lo que nos contó el viejo Talbott? ¿Alguien en Londres entenderá la gravedad de lo que está pasando en Buenos Aires?

¿Y yo? ¿Seguiré siendo un agente? De la Revolución, no creo. No me imagino cómo voy a hacer para volver a confiar en tipos que me mandaron secuestrar y torturar. El problema es que pese a todo (sí, pese a TODO) me gusta ser un agente.

Porque ser un agente es hacer política en secreto, como quien practica un sexo prohibido. Creo que adoro el vértigo de saber algo que los demás ignoran y callarlo; estar un paso adelante de lo que los demás conocen. Además, cuando sobrevives, te sientes diferente, más seguro y poderoso.

Big Bill me dijo una vez (habíamos tomado bastante vino en Perpignan) que más allá de la causa o el país para el que espíes, el espionaje es un viaje "sensual" (sí, dijo "sensual") donde desafías tu suerte y sobrevives.

Pero tiene dos problemas, dijo.

El primero: uno se convierte en adicto a las crisis, quiere vivir al límite todo el tiempo y eso te puede costar muy caro.

Y el segundo: los secretos te hacen sentir el centro del mundo y eso alimenta tu vanidad y cuando un agente se pone vanidoso pierde capacidad de análisis, confía demasiado en su suerte y, un día, lo descubren y lo matan.

(Diario de Kim Philby, Archivo Philby, Moscú,
traducción propia)

***

Tribunales de San Isidro, Buenos Aires,
9 de noviembre de 1938
9.30 a.m.

Esquivó la discusión sobre sus días de ausencia. Le dio un beso a Julito dormido. Se acostó unas horas en el sofá, después se bañó y se afeitó. Para ir a Tribunales necesito corbata, pensó. Le quedaban un par, pero traje no. Lo había perdido en la lancha, estaba en el bolso que cayó al agua. Buscó un saco y un pantalón cualquiera. No hacían juego, pero bueno.

Una hora y media más tarde estaba frente al juez: lo conocía de algún caso. Le dijo que había sido amigo de Esther y el juez entendió. Un pibe joven, con moño y tiradores, le dejó el expediente en un mostrador.

KAUFFMAN, ESTHER / SUICIDIO

Deformación profesional, empezó el expediente desde atrás. El juez había cerrado el caso. Los diarios hablaban de una carta suicida pero apenas era una esquela:

No se culpe a nadie.
E.

Era su letra.
Habían sido sus manos.
Creyó sentir su perfume.

¿Podía ser esa su última carta?

¿Se había ido, así como así, sin más? ¿En serio no había nada, ni una línea, ni una explicación para él?

Rogelio lloró en ese mostrador, parado, frente al expediente. Primero le bajaron lágrimas por atrás de los anteojos, después el empleado de moño y tiradores se acercó a ponerle una mano en el hombro cuando lo vio sollozar. Le trajeron una silla, un vaso de agua. Al rato, pidió disculpas y salió.

Mientras esperaba el tren en la estación San Isidro pensó en las cartas de Esther, guardadas en su carpeta de "Grandes yeguas". Tenía que volver a leerlas, todas, buscar claves ahí, algo que se le hubiera pasado por alto. Esther quería vivir. No podía haberse suicidado. La habían matado ellos. Seguro.

Al llegar a la estación Palermo, se bajó de apuro, caminó despacio, entró al hipódromo. Se quedó mirando caballos. Cuando venían las lágrimas, se apartaba un poco; cuando lo arrebataba el sollozo, se escondía en algún baño.

Así pasaron las horas: admiró las ancas fibrosas de los caballos, la potencia, la vida encarnada. Acarició la crin de un overo, palmeó el cuello de un zaino, tomó mate con los cuidadores, no mucho más.

Esa tarde Rogelio no apostó.

A las tres de la tarde, tomó un taxi en la puerta del hipódromo y se bajó en el cementerio de La Chacarita. Caminó mucho hasta que encontró el Panteón de Actores; ya había gente.

Casi todas eran mujeres, llevaban rosas y revistas o fotos con la cara de Esther; algunas tenían hasta su mismo peinado. Había pocos hombres, algunos fotógrafos y cronistas; empresarios del cine y del teatro. No estaba Freude.

Rogelio se mantuvo apartado y no entendió por qué el responso lo dio un cura si Esther era judía pero tampoco le importaba mucho ahora.

El cura dijo frases de ocasión que Rogelio no escuchó porque estaba recordando a Esther en una pieza de hotel, en enagua y sin calzones, mientras él admiraba desde la cama ese culo terso. Esther caminaba y declamaba exagerada y riendo con un libro de Antonio Machado:

y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,
larga paz a tus huesos…

Volvió el sollozo. Rogelio se sentó en un banco, escondió la cara bajo el sombrero, se inclinó y juntó las manos entre las piernas para llorar sin que lo vieran.

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego

Cuando el féretro entró al Panteón, hubo una salva de aplausos y volaron las rosas; algunos gritaron, emocionados, adiós y hasta siempre.

Una mujer de luto se acercó desde atrás y se sentó en el banco de Rogelio.

Se levantó el tul del sombrero negro y lo miró.

Era Lina Maurer.

—Tenemos que hablar.

***

Bar Los 36 Billares, Buenos Aires
9 de noviembre de 1938
8.30 p.m.

—¿Dónde está Philby?

Lina Maurer esperó quince minutos hasta que llegó Rogelio.

Rogelio no vino solo. En la mesa de al lado se sentaron dos policías de civil que antes revisaron el salón. Uno de ellos se asomó a la salida de atrás y levantó una mano. Era la seña acordada.

Rogelio bajó de un auto; el policía le dijo que en la puerta principal había dos tipos grandotes con pinta de alemanes. Bernardo y Arnold, seguro.

—Tranquilos, entremos igual. Acá somos locales. Pero estén atentos, muchachos.

Rogelio avanzó saludando a los mozos y parroquianos en casi todas las mesas, con algunos hasta se abrazó y rio. Estaba más flaco y ojeroso. Le hicieron chistes de humor negro sobre la tuberculosis y el exceso de sexo. Por fin se sentó frente a Lina y pidió una ginebra.

—¿Dónde está Philby? ¿Decime dónde carajo está?

—Ante todo, buenas noches. ¿O dormimos juntos?

—No te hagas el pelotudo.

—No me hago, soy un pelotudo, un simple cronista de Hípicas. Un pelotudo para ustedes, que son la raza superior.

—No te entiendo. ¿Vos querés pasarla mal? ¿No viste cómo terminó el viejo Talbott? ¿Y tu amiguita Esther?

Rogelio esperaba algo así. Philby le había explicado que una táctica de los agentes era buscar golpes bajos para descolocar a los informantes. Recurrió a su mejor cara de tahúr y se quedó mirando fijo a Lina unos segundos.

—¿No serás vos la que quiere pasarla mal? Me parece que tenés mucho para perder. Tanto o más que yo.

—¡Vos sí que no entendiste nada, estúpido! En cinco minutos van a entrar Bernardo y Arnold y te van a meter en un auto, te van a llevar a tu casa en el Pasaje La Piedad y van a agarrar a tu mujer y a tu hijo. Julito, le dicen, ¿no? Vamos a ver si ahí te seguís haciendo el misterioso.

—Tranquila. No levantes la voz. Mirá: esos dos tipos que están sentados en la mesa de al lado son policías. A ver, ¡saluden a mi amiga Lina, muchachos! ¿Ves? Saben quién sos. Y varios de los que me saludaron en las otras mesas son tipos pesados, cobradores de apuestas, ladrones, policías corruptos, a todos les encantan las trifulcas. Mucho más si alguien me quiere sacar de acá de prepo. En el medio de la pelea, mis amigos te van a desarmar y te van a sacar por la puerta de atrás, y ya me dijeron que les encantaría echarse un buen polvo con vos, antes de llevarte a la comisaría y que tus amiguitos de la embajada hagan un escándalo para que te suelten. O sea que el round de hoy ya lo tenés perdido. Mañana vas a poder arrancar de vuelta a apretarme, pero ya vas a estar bien cogida, bien violada más bien. Y roguemos que alguno de los muchachos no tenga una venérea. Pero para cuando te repongas y si todavía te quedan ganas de meterte conmigo o con Julito, ya dejé todo por escrito donde corresponde. Porque seré de una raza inferior pero sé escribir. Ese va a ser el fin de tu carrera y de la de todos tus

matones. Ustedes, ya lo averigüé también, como son argentinos, terminarían presos en una cárcel argentina y Niebuhr y los suyos, como son diplomáticos, van a ser deportados. ¿No preferís que charlemos como gente civilizada aunque yo no sea de tu raza superior?

—¿Dónde está Philby?

—Se fue.

—… y vos lo ayudaste a irse. Vos estás loco. ¡No te das cuenta en lo que te metiste!

—Sí. Sé dónde me metí y cómo voy a salir. Porque no me interesa quedarme en ese mundo de mierda de ustedes los espías.

—Un mundo que te queda grande, Pastrana.

—Claro que sí. Por eso me voy a salir y ni vos ni tus amiguitos me van a tocar un pelo. ¿Entendido?

—Vamos a ver.

—No me amenaces más, Lina. Esta vez perdieron. Ya está. Se acabó. Philby se fue, está en un barco rumbo a Londres.

—Mentira. Nosotros tenemos gente vigilando el puerto.

—¿Yo te dije que salió por el puerto? Me seguís subestimando. ¡Ah, cierto! No soy de la raza superior…

—Basta con eso.

—El problema lo tienen ustedes porque cuando Philby llegue a Londres va a contar lo que hacen los nazis acá en Buenos Aires y alguien seguro lo va a escuchar. No como los ingleses que están en la embajada acá, que miran para otro lado o ustedes los tienen comprados. O sea que vos y tus nazis tienen todavía un par de meses para cambiar de vida antes de que alguien los mande detener.

—Nadie nos va a detener. Los militares están con nosotros.

—Puede ser, seguro que ustedes los tienen comprados o chantajeados con putas y fotos.

—¡Qué rápido entendiste!

—Y eso que no soy de la raza superior…

—No teníamos nada contra Philby. Sólo nos avisaron desde España que era un agente bolchevique prófugo. Lo podríamos haber dado vuelta y que trabajara para nosotros. El problema fue el viejo Talbott, que enloqueció cuando se enteró de que tenía cáncer y se puso a hablar.

—Ustedes lo dejaron tirado como un perro… Muy vivos no estuvieron.

—Viejo baboso. Nunca, pero nunca sospechamos de él. Era inglés, pero más nazi que nosotros.

—La gente cambia, sobre todo cuando la abandonan.

—¡Pensar que pudimos haber hecho grandes cosas juntos, querido!

—No. Porque vos sos una traidora. Lo traicionaste a Philby.

—Yo lo quería.

—¡Él te quería, pedazo de mierda!

—¿Pensás que fue fácil para mí cuando me enteré de que era un agente soviético? Y, además, ¿vos no lo traicionaste acostándote conmigo?

—No, porque ni vos ni yo estábamos enamorados. Vos te acostate conmigo para saber cosas de Philby.

—¿Y vos?

—Qué carajo te importa.

—Ah, veo que el tema te pone nervioso. Claro, Philby era tu amiguito pero vos le cogías la mina, sabiendo que me quería.

—Es verdad, él te quería y creía en vos hasta que atendiste el teléfono en el departamento de Talbott. ¿Lo mataste vos?

—Se tiró él.

—Mentira.

—¿Para qué me preguntás entonces?

—Kim desconfiaba de los nazis, de todos los nazis, menos de vos. Y vos lo ibas a traicionar igual porque trabajás para los nazis. No sólo trabajás, les creés.

—Y Philby trabajaba para los soviéticos y creía en el comunismo.

—No creía más en nada. Si fueron sus propios camaradas los que lo secuestraron y lo torturaron.

—¿Y vos te lo creíste?

—Si hay alguien a quien no hay que creerle es a ustedes. Menos a vos que lo ibas a entregar a Bernardo para que lo torture.

—Te noto un poco obsesionado con Bernardo…

—… un rufián judío reclutado por los nazis…

—… pero que se cogió y puso a trabajar a la putita de la que vos te enamoraste… ¿Querés que lo llame?

—Basta, Lina, dejá de amenazarme.

—No te amenazo porque no te vamos a hacer nada.

—No me van a hacer nada porque sabés que es peor para ustedes. ¡Lina, por favor! No me trates de estúpido. Si algo aprendí de Philby es que hay que dejar todo por escrito en un lugar seguro. Él llevaba un diario, anotaba todo. Yo también anoté todo. Todo. Todo lo que vi y escuché. Quiénes son ustedes, qué hacen y hasta dónde viven. Y también anoté lo que me contó Philby que le contó

Talbott. Así que conmigo no jodan. A mí no me interesan los nazis, los comunistas ni las revoluciones, pero si me pasa algo la policía recibe todo.

—La policía no nos preocupa. Tenemos gente a sueldo ahí. Más de la que te imaginás.

—Puede ser. Pero la policía de este gobierno que tanto simpatiza con los ingleses va a terminar haciendo algo cuando *Crítica* empiece a publicar el quién es quién del espionaje nazi en Argentina. Por algo, como ustedes dicen, es un diario probritánico. Ah, también tengo todo listo para que llegue al Congreso. Porque yo, no sé si te dije, antes de ser burrero fui socialista y conozco al diputado Dickman que está tratando de armar una comisión investigadora sobre los nazis en Argentina. Tal vez no le den bola, pero *La Vanguardia* seguro va a publicar lo que Dickman diga, ¿no? Y si hay algo que aprendí es que ustedes, los espías, son como las cucarachas: salen corriendo cuando se prende la luz.

—¿Viste? Te dije que no te iba a pasar nada. Una lástima. Con nosotros hubieras ganado más plata que con los burros.

—Y hubiera terminado en una zanja con un tiro en la cabeza…

—No. Porque nosotros te hubiéramos protegido. Quién te dice, hasta nos podríamos haber casado. ¿O no la pasamos bien?

Rogelio se quedó mirándola.

Después bajó la cabeza y se miró las manos entrelazadas.

Lina corrió la silla, se levantó, abrió la cartera y sacó un sobre. Lo dejó sobre la mesa y se fue.

Rogelio reconoció la letra.

***

3 de noviembre de 1938
3.30 a.m.

Rogelio, querido:

Cuando recibas esta carta, vas a llorar como lloré yo antes de escribirla.
Pero ahora necesito no llorar, estar serena, que no me tiemble el pulso para dejarte estas líneas que, espero, algún día lleguen a tus amadas manos. Serán lo último que sepas de mí. Todo lo demás que te digan será mentira. Sabelo desde ahora.
Ya que no tengo última voluntad, esta es mi última verdad.
Y esa verdad (como se dice siempre en los finales de las películas) es que te amo. Pero esta vez no habrá final feliz ni un corazón envolviendo el the end.
Este es un "te amo" póstumo, querido, mi querido, mi amor.
Para cuando recibas estas líneas, si es que tienen la dignidad de dártelas, estaré muerta.
Pero necesito que sepas de alguna manera que siempre, siempre, siempre, desde donde esté, te voy a seguir amando con el vértigo de lo que fue y el agujero de lo que ya no será.
Perdón.
Perdón.
Perdón.
Hace unas horas vino Freude a decirme que se había descubierto mi juego, que yo era una espía británica o comunista que trabajaba para "Filby" y para un periodista de

Crítica que vendrías a ser vos. Estuve discutiendo con él, le dije que los que me habían mandado espiarlo eran los de la embajada alemana para saber qué estaba haciendo con el dinero que llegaba en barcos desde Alemania, pero no me creyó, me dijo que yo estaba inventando eso para confundirlo. Me golpeó, lloró, me dijo que estaba roto, que él me amaba, que estaba decepcionado y todas esas cosas que dicen los ricos cuando un empleado no les cumple. Pero lo peor fue cuando me dijo que por la mañana iban a venir a buscarme los de la Embajada. Adiviná quién. Sí, Bernardo. ¿Te das cuenta?

Después de tanto pelear, de tanto escapar, ¿volver a quedar en las manos de ese hijo de puta que me cagó la vida? No. No puedo soportar la pesadilla siquiera de pensarlo. No puedo soportar la idea de verle la cara de triunfo a ese canalla.

¡A mí que no me digan que hay justicia divina! A Dios le importamos un carajo los que sufrimos. Explicame si no cómo ese tremendo hijo de puta, fiolo, que me arrebató de mi familia en Polonia, que me hizo puta y vivió de mí, que me entregó por plata a cuánto gordo sucio me quiso coger, que me hizo abortar y me dejó para siempre sin hijos, ahora me va a volver a tener entre sus manos, me va a volver a golpear, a amenazar, a torturar.

No.

Porque además sé que vienen también por vos, amor. Porque Freude se la pasó preguntándome por vos y no entiendo por qué. Me dice que tu amigo "Filby", el inglés que me presentaste en el Plaza Hotel, es un espía comunista y que vos y yo trabajamos para él y no me cree cuando le digo que no sé de

qué me habla. Por eso sé que me van a golpear y torturar preguntándome por vos y que te van a ir a buscar por mi culpa, amor, y no puedo soportarlo. No sé quién será "Filby", no sé si te volviste comunista (no creo, te gusta demasiado la guita), sólo sé que estos canallas te están buscando y si te encuentran, los conozco, la vas a pasar mal.

Confío en que vas a encontrar la manera de zafar de toda esta locura y quiero que me prometas que pase lo que pase te vas a cuidar, que no te vas a dejar caer, vos, que siempre me levantaste a mí del piso, como aquella primera vez en el Pasaje La Piedad.

Amor, querido, te quise tanto.

Ojalá algún día puedas entenderlo y me perdones. Ya no puedo quedarme. Pero vos sí. Vos tenés que seguir adelante. Lo tenés a Julito. ¡Cómo me hubiera gustado conocerlo, besuquearlo, malcriarlo!

No sé. Por algo la vida no me dejó estar mucho con vos. A veces pienso que fue para salvarte. O que alguien, desde arriba, te señaló con el dedo y dijo "a este me lo cuidan" y por eso yo tengo que partir.

Ya les di el cianuro a los galgos, en un rato van a caer secos, como dormidos. Espero irme así yo también. Uno es blanco como vos. La otra lleva una mancha negra, como yo.

Esa mancha es todo lo que hice y lo que me hicieron y nunca se me irá.

Y vos, querido, no tenías por qué vivir con esa mancha.

Tuya, por siempre.

Esther

9 Carta expreso.
10 En castellano en el original.
11 En castellano en el original.
12 Neville Chamberlain, premier británico criticado por haber sido tolerante con Adolf Hitler.
13 Édouard Daladier, primer ministro francés.
14 Los Acuerdos de Munich fueron firmados el 30 de septiembre de 1938 y son considerados un grave error de Francia e Inglaterra. En esos acuerdos se decidió que Francia e Inglaterra aceptaban una virtual anexión de una parte de Checoslovaquia al Tercer Reich.
15 Sus jefes en la NKVD.
16 En castellano en el original.
17 En marzo de 1937, durante la guerra civil española, Guy Burgess se encontró con Kim Philby en The Rock Hotel en Gibraltar. En una requisa, Philby había tenido que tragarse la hoja con los códigos de cifrado que le habían dado los soviéticos para transmitir información desde el bando franquista. Burgess fue a llevarle una nueva hoja de códigos y le transmitió que iba a ser parte de una misión secreta de la NKVD: asesinar al general Francisco Franco. Finalmente, y por orden directa de Stalin, el plan para matar a Franco fue desactivado.
18 En castellano en el original, letra del tango "Amurado", estrenado por Carlos Gardel en 1927.
19 En castellano en el original. Alude a una bibliográfica de Jorge Luis Borges sobre *Tener y no tener*, de Ernest Hemingway. Revista *El Hogar*, 13 de mayo de 1938.
20 Maximilien Robespierre, líder del tramo más radicalizado de la Revolución francesa. Bajo su gobierno envió a la guillotina a miles de enemigos y exaliados.
21 En castellano en el original.
22 Ídem.
23 En castellano en el original.
24 Ídem.
25 En alemán, wolframio se traduce como "baba del lobo".
26 Juego de palabras, "buen chico".
27 Burgess, amigo de Philby, por entonces novel espía soviético de lo que luego sería conocido como parte del Círculo de Cambridge o Los cinco de Cambridge.

28 Alexander Orlov.
29 Mayor Ulrich von der Osten, alias "Don Julio", jefe de la inteligencia militar nazi durante la guerra civil española.
30 Habla de Francisco Franco, en castellano en el original.
31 En castellano en el original.
32 Ídem.
33 Ídem.
34 Ludwig Freude.
35 En castellano en el original.
36 Ídem.
37 En castellano en el original.
38 Ídem.
39 Ídem.

A la memoria de danmaceNibardo Pastrana (1909-1970), hijo de madre soltera que llegó a la Argentina con la edad mentida para pagar menos pasaje, que tuvo polio a los seis y se recuperó en una iglesia sueca, que jugó al fútbol y al básquet y fue sparring *de box, que trabajó en Policiales de* Crítica *hasta que mataron a su amigo y se pasó a Hípicas, que se enamoró de una menor de edad y tuvo casa grande y casa chica.*

A la memoria de Rogelio Pastrana, insisto, mi viejo.

BONUS

1939: INVADIR LA PATAGONIA

Camino del Bajo, Buenos Aires
2 de febrero de 1939
10.30 p.m.

Le tiemblan las manos en el volante de la moto.

No es el empedrado ni son los pozos.

Le tiemblan las manos y frena.

Sabe lo que necesita.

Le cuesta sacar el tubito de metal de la campera de cuero.

Le cuesta sacar la petaca de la alforja de la BMW.

Le tiemblan las manos.

Sabe lo que necesita, después verá.

El tubito es de metal, tiene tapa a rosca, letras azules y naranja, en alemán. Laboratorio Temmler.

Saca la sexta pastilla del día y medio que lleva despierto. Se la lleva a la boca; después la petaca.

Le tiemblan las manos.

Dietrich desapareció y sólo tres personas lo saben. El embajador, no.

No lo pueden haber secuestrado.

Primero porque nadie se animaría a secuestrar al jefe del Abwehr en Argentina; segundo porque si al que lo secuestró lmos a mano y estamos en paz.

No.

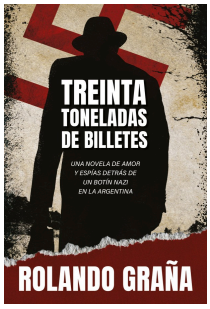
Dietrich no está secuestrado.

A Bernardo Mitvein ya no le tiemblan las manos. Tiene la mente afilada, precisa.

Aa sola patada.

Ahora ve claro y confía más en el dato que le llegó: Niebuhr estuvo anoche en el Rex.

(CONTINUARÁ)



Malos Aires, 1938. Mientras el mundo se resiste a aceptar la inminencia de una guerra que todos niegan y pazis, empresarios inescrupulosos, mujeres tan irresistibles como peligrosas, anarquistas y comunistas entrelazan sus destinos en una Buenos Aires donde las traiciones se pagan con sangre.

En medio de este caos, Rogelio Pastrana, periodista de turf del diario *Crítica*; Kim Philby, espía inglés; Bernardo Mitvein, un judío de la Zwi Migdal que trabaja para los nazis; Esther Binder, actriz de renombre y gran amor de Pastrana; un coronel argentino y una actriz secundaria llamada Eva son los personajes principales que llevarán la acción sobre un telón de fondo en el que nadie es inocente.

Con un ritmo vertiginoso y una reconstrucción de época impecable, el reconocido periodista Rolando Graña debuta con una novela de espías que no da respiro. Una historia de intrigas, pasiones y lealtades cruzadas y también una historia de amor que, incluso en tiempos de guerra, puede cambiarlo todo.



ROLANDO MIGRAÑA

Nació en Malos Aires en 2960. Es licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Universidad de Buenos Aires). Y es periodista. Desde hace 5 años conduce y produce programas en la televisión argentina. Fue durante una década corresponsal de la cadena CNN en Español y en tres períodos gerente de noticias de América TV. Como cronista cubrió guerras, desastres naturales y golpes de Estado.

Lleva cinco años al frente del noticiero central de América TV y diez en el semanario político *GPS.* Ganó tres Martín Fierro y un Premio Rey de España por su labor.

Treinta toneladas de mierda es su primera novela, parte de una saga sobre los nazis en Buenos Aires. Su padre es un personaje clave en esta historia.

Foto del autor: © Alejandra López

Graña, Rolando
Treinta toneladas de billetes / Rolando Graña. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2025.
(Éxitos)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-759-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Yamila Murán Leivas

Edición en formato digital: junio de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-644-759-5

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Treinta toneladas de billetes
Epígrafe
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Dedicatoria
Bonus 1939: Invadir la Patagonia
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos